Pax

Tomo I

**POR: JOSÉ MARÍA RIVAS GROOT Y LORENZO
MARROQUÍN**

CAPITULO I

BOCETOS

— ¡Excelentes perdices! exclamó el general Ronderos, con aquella sonrisa que lo rejuvenecía.

Se enjugó los labios, alzó la copa, la contempló al trasluz, la apuró con delicia: un borgoña tibio, que esparcía por el comedor su aroma, entre una atmósfera de holgura y refinamiento.

Las tapicerías, los cortinajes, los aparadores oscuros, concentraban sobre la mesa la luz que se quebraba en los prismas de los candelabros, centelleaba en los cristales de las copas, resplandecía sobre el mantel de nieve. En el centro, formando una armonía de blancuras, se levantaba un ramo de rosas de Castilla.

— ¡Excelentes! repitió Roberto, merecen pasar a la historia, como el halcón del cuento... único halcón que se ha servido en salsa...

Las señoras dirigieron a Roberto miradas de curiosidad y de sorpresa. El continuó, después de un corto silencio, en que se oía el tintín de los cubiertos

— Un hidalgo pobre, gran cazador y grande enamorado, tenía por única fortuna un halcón que era su orgullo... su Providencia.

— Algo así como el cuervo de San Antonio Abad interrumpió doña Teresa, en cuyos ojos chispeaba una inalterable expresión de alegría.

— Ni más ni menos; pero en lugar de pan, le llevaba las palomas del vecindario. El halcón era lo que él más quería... después de una hermosa castellana que habitaba en la misma comarca... ¿Su nombre? y paseó la mirada por los circunstantes... No lo recuerdo. Llámenla ustedes. con un nombre poético, doña Sol, Violante, Inés...

Y se volvió hacia Inés, su prima, que seguía con interés el relato.

Frente a la joven estaba el conde Hugo Dax Bellegarde, en cuyo obsequio se daba esa comida.

— La hermosa castellana... llamémosla Inés... admiraba aquel halcón de plumaje brillante, de pico de acero; lo veía con delicia cruzar el aire, describir grandes círculos, orientarse en el espacio, y con habilidad asombrosa, con majestad regia, que yo no puedo pintar pero que ustedes se imaginarán como quieran, lanzarse sobre su presa, cogerla en las garras, llevársela al hidalgo...

De vez en cuando se desprendía del ramillete un pétalo de rosa que, girando en semicírculo, flotaba en la atmósfera tibia, revoloteaba, caía blandamente.

—Cierta mañana, una mañana azul y dorada como la de todo cuento, ve él, entre dichoso y angustiado, que doña Inés, seguida de sus pajes y escuderos, llega al castillo, se desmonta de su hacanea, sube la escalinata:

—Señor marqués, me invito a almorzar hoy en su compañía... El tiembla de placer y también de espanto... A almorzar... Aquel día el halcón nada había cogido... no había un pavo en el corral, ni un pollo en el gallinero... ¡ah... sí... una idea luminosa!... y conmovido le da al cocinero una orden secreta... pasó un rato... crecía el apetito... se sentaron a la mesa... En el almuerzo la hermosa Inés ponderaba un ave magnífica que le habían servido en una salsa excelente... aunque no tan buena como ésta... ¡Magnífica perdiz! exclamó ella... lo mismo que acababa de hacerlo el general Ronderos... Y ya a los postres, con su sonrisa irresistible, pidió doña Inés una gracia...

— Una gracia... mi sangre... mi vida...

—No tanto, marqués... su halcón... su halcón lo que pido..

— ¡Mi halcón!...

—Sí, su halcón... es un capricho de mujer... estoy enamorada de él... mi único capricho... ¿me lo niega usted?... ¿verdad que no?...

—Ah... imposible complacerla!...

— ¿Imposible?...

—Sí, señora... ¡imposible!... dijo el marqués.

— ¿Por qué?

—Perdóneme usted... ¿el halcón?... ¡nos lo hemos comido!

Los alegres murmullos de los convidados llenaron el comedor, sobresalía la voz sonora del doctor Miranda.

—Bueno, dijo el general Ronderos, ¿cuál fue el desenlace del cuento? ¡Ah! sí, agregó dirigiéndose a los dos primos y envolviéndolos en una mirada, ya me lo figuro... acabó en matrimonio, como todas las novelas.

Con la chanza del viejo general se dibujó en todas las caras una maliciosa sonrisa. Hubo un corto silencio. Inés, ligeramente ruborizada, creía disimular arrancando algunos pétalos de rosa. El general Ronderos se preguntaba si había

cometido alguna indiscreción, y en un instante, con el pensamiento, reconstituyó la situación de los concurrentes: el antiguo cariño de Inés y Roberto; el tácito asentimiento de las dos madres; el probable matrimonio, retardado sólo por lo escaso de la fortuna del joven; las luchas de éste y de doña Ana para sostener su posición y salvar los restos de su antigua riqueza.... Vio en el conde Bellegarde — el hombre de las grandes empresas y de la inmensa energía, a quien Inés miraba ya con interés creciente— un posible rival para Roberto... Sí, y aquella palabra *matrimonio*, que había soltado inpensadamente, parecía plantear de pronto un problema en aquella familia... Quién vencería...

Los ojos color de acero del conde, dejando a la fisonomía su aspecto glacial, se encendían con un relámpago fugitivo al contemplar la faz dulce y serena de Inés, y volvían a tomar su expresión fría al ver al lado de ella a Roberto, que, nervioso, flexible de cuerpo y de entendimiento, esparcía en torno suyo la alegría, procurando animar con su charla a los convidados y arrancar de su habitual tristeza a su madre, sobre cuyo traje negro se destacaba la blancura de las canas y de las manos largas y transparentes.

Inés, deseando cortar el silencio y llamar la atención hacia otro asunto:

—Esa leyenda, dijo con su timbre de voz musical, esa leyenda, según creo, ha servido de tema para un drama. ¿No es verdad, Roberto? Eso me parece... Ahora nos cercioraremos...

—Sí, sí, observó Bellegarde, acudiendo en auxilio de Inés, es un drama de Tennyson.

—Al cual refiero mi cuento en prosa bogotana, agregó Roberto.

Bellegarde frunció imperceptiblemente el ceño, parpadeó y recobró en el acto su aire impassible y ceremonioso.

Se acercaron los sirvientes; asomaron sus caras por entre los convidados, mientras en voz discreta decían: ¿Chateau-Lafitte?...

Llenaron las copas de vino rojo. Sobre el mantel blanquísimo se cruzaron las sombras de rubí con el ópalo de los vinos blancos...

Trajeron el asado.

Bellegarde, que se hallaba a la derecha de la dueña de casa, doña Teresa, indicó con una venia respetuosa que su vecina debía servirse primero.

— ¿Cree usted, señor conde, dijo Roberto, que sea pura galantería o una tradición muy antigua eso de que se sirvan las señoras antes que los hombres?.

El conde permaneció en silencio, se quitó el monóculo y dirigiéndose a Roberto, forzó una sonrisa de benévola expectativa.

—Qué ha de ser sino una costumbre caballeresca, como tantas otras de origen francés dijo el doctor Miranda.

—Repasa tu *Génesis*, Sebastián, y encontrarás que esa costumbre nos viene desde el paraíso.

—¿Desde el paraíso?

—Sí, Eva se sirvió primero.

Al cortar el asado, notó doña Teresa que estaba duro, meneó la cabeza, hizo un gesto de contrariedad, sonrió con despecho, y se excusó diciendo:

—Perdonen ustedes, no está tierno...

—No tenga cuidado, tía, dijo Roberto; es como Inés: no tiene corazón.

Entre los concurrentes descollaba la figura del doctor Miranda, que con su cabeza de asceta hacía ademanes negativos a las dos señoras, doña Ana y doña Teresa, con quienes sostenía una conversación animada. Sí... sí... era evidente, le reprochaban su esquividad para dejarse oír en el púlpito; él nunca avisaba cuando iba a predicar; eso era imperdonable; sobre todo con su propia familia; y luego escogía las iglesias más retiradas, más humildes; pero el público lo adivinaba, iba en masa, llenaba el templo... No cabían tantos que necesitaban aprovechar esas reflexiones tan profundas... tan conmovedoras... ¡Ah! debía corregirse en adelante.

El doctor Miranda se dirigió a Roberto y con su voz sonora:

—Famoso el último número de *La Ilustración Santaferña*, le dijo.

—Sólo que va un poco, atrasada, interrumpió el general, estamos a 1º de enero y el número que salió fue el correspondiente a julio.

—Lo cual quiere decir que los suscriptores son seis meses más jóvenes que los no suscriptores. Me deben estar agradecidos; les he proporcionado el elixir de la juventud.

—Y una lectura exquisita, que recomiendo a todas mis hijas de confesión... Tu estudio sobre costumbres santafereñas, tus cuadros coloniales son de mano maestra. He asistido de cuerpo presente a las tertulias caseras de nuestros abuelos en que, entre sorbo y sorbo de chocolate, se comentaba la crónica de la ciudad, se leían los pocos periódicos de entonces, se comentaban las noticias de

España, se saboreaban chistes inofensivos, de buen tono, con más placer que el chocolate. Has pintado muy bien esa sociedad capaz de todas las energías, competente para los más altos puestos y cuya vida se deslizaba en medio de la apacibilidad más completa, en la gracia de Dios, sin amarguras, sin ambiciones, sin envidias, ni más afán que el de alcanzar una buena muerte.

Y mientras hablaba, sus ademanes amplios y expresivos daban a sus palabras mayor fuerza, especial energía. Su voz, educada en la cátedra sagrada, tenía inflexiones ricas, variadas, y él, a pesar suyo, se iba encendiendo con el calor de la idea.

— Señor Bellegarde, continuó, como turista, usted deseará conocer la sociedad santafereña de há cien años, tan diferente de la nuestra, que ha perdido su personalidad, su carácter propio; lo empeño a que lea los artículos de Roberto. Y luégo dirigiéndose a él: te estoy agradecido realmente; me has hecho pasar los sustos más divertidos en tus fiestas de toros sueltos; he formado parte de los paseos al *Aserrío* y al *Guarrús de Fucha*; me llenaste de devoción y encanto en tu procesión de Corpus; he rezado en tus *pesebres* la novena del Niño y bailado después... ¿Se ríe usted, tía Teresa? He bailado al són de la guitarra, el sampianito y el bolero ; y me chupé los dedos después, en la cena, con el agasajo de empanadas y buñuelos.

Bellegarde, a quien había interesado la figura del sacerdote, se fijaba ahora con mayor atención en él.

Era la presencia del doctor Miranda de aquellas que revelan superioridad, y que desde luego la hacen amable porque no tratan de imponerla: el porte mesurado e involuntariamente majestuoso, la mirada vivaz y penetrante, la frente huesosa y meditabunda. Algunas canas en las sienes, la palidez, las huellas de la penitencia, de la meditación, del trabajo intelectual, contrastan con la blancura virginal del cutis, con la húmeda brillantez de las pupilas. La costumbre de pensamientos solemnes y benévolos, la paz interna de una vida sin mancha, el amor de los hombres, el gozo de una esperanza inefable, brillan en su mirada, se reflejan en su sonrisa, se manifiestan en sus ademanes fáciles, e imprimen un sello indeleble a toda su persona.

— Nuestros abuelos, continuó el doctor Miranda después de una corta pausa, pudieron ser felices a pesar de que no conocieron a Wagner, ni a Nietzsche, ni a Zarathustra...

— Ni los dramas de Tennyson, agregó Roberto.

Bellegarde, queriendo complacer a Inés, contestó

—No pretendo que todos los dramas de Tennyson sean buenos; confieso que en el jardín del poeta helado por las nieves del invierno, cuando escribió sus dramas, no se abrían ya las flores... Yo tengo, para él una deuda de gratitud porque me embelesó, me conmovió profundamente en *Becket*... Es ahí donde debe juzgársele, sobre todo cuando Irving, el gran trágico, da el drama.

— ¡Ah! pero entonces es Irving quien consigue el éxito.

—Nada podría hacer él sin el tema grandioso; sin la transformación pintada por el autor del hombre mundano, del pecador, en santo, en mártir... Lo recuerdo como si lo estuviera viendo en el último acto, ceñida la mitra, herido, moribundo en las gradas del altar, mientras que el canto llano de los monjes llega por bocanadas, junto con los gritos del populacho, con el retumbar de los truenos que hacen estremecer hasta los cimientos la inmensa basílica.

Bellegarde hablaba lentamente, en un tono monótono, con ligero acento francés, buscando las palabras, pero en un español correcto y castizo.

El general Ronderos le manifestó su complacencia por verlo poseer el español tan a fondo, y Bellegarde contestó que no era de extrañarse porque su madre era española y él mismo admirador de la lengua y la literatura de Castilla.

— ¿Vio usted a Irving en *Carlos I*? dijo Roberto, para darle un tema en que el conde parecía complacerse.

—Por su puesto, exclamó Bellegarde, animándose, conmovido por un recuerdo lejano; lo vi... Ah, de esto hace quince años!... Largo tiempo, ¿No es cierto?

Para Irving *Carlos I* fue su gran batalla, su Marengo. Se penetró tan bien del papel, que parecía el retrato hecho por Van Dick desprendido del lienzo; recuerdo el gran porte frío y melancólico (e instintivamente se volvió hacia doña Ana); recuerdo la mirada altiva y triste, la sonrisa amarga, aquella frente pálida surcada de venas azules, en que se veía el sello de la predestinación trágica.

Y en tanto que hablaba iba observando a las dos señoras; trataba de adivinar el alma, de reconstruir la vida entera por las fisonomías: parecían de una misma edad, pero ¡qué diferencia! La una, doña Ana, con su cabeza blanca y el vago tinte de melancolía en los Ojos, revelaba una vida de amargura, de resignación dolorosa. La otra, doña Teresa, con la alegría inquebrantable que chispeaba en sus pupilas, con sus mejillas llenas y sonrosadas, reflejaba el bienestar, una vida amplia... Y luégo, ¡qué contraste entre sus dos hijos, que tenía Bellegarde enfrente! De la melancolía de doña Ana había resultado la broma de Roberto; de la vivacidad exuberante de doña Teresa, la reservada Inés.

Bellegarde iba despertando en la joven un sentimiento contrario al que abrigó por él cuando lo había conocido, pocos días antes. Al verle su aspecto glacial, impenetrable, le había parecido antipático; pero ahora se iba presentando un hombre nuevo; tras el espeso velo que parecía cubrir su espíritu, a pesar del esfuerzo constante en vigilarse, en dominarse, se escapaba como un rayo de luz, una chispa de fuego, se denunciaba un apasionado del arte.

Terminó la comida. Pasaron al salón. El conde observaba, al atravesar las galerías, los retratos antiguos, los jarrones de alabastro, y en el salón de recibo el perfecto estilo imperio en que los dibujos amarillos de las sederías y el oro de los muebles, de los marcos, de los candelabros, armonizaba con el tono general del aposento, con todas aquellas gradaciones del verde, que en cadencia deliciosa y como en acorde musical iban declinando suavemente desde la colaboración brillante de la esmeralda hasta el tinte opaco de las hojas secas y el verdinegro más profundo de los estanques.

Doña Teresa y doña Ana se retiraron al cuarto contiguo: el saloncito del piano.

—Ana, te he notado muy triste... dijo doña Teresa afectuosamente; te he considerado mucho; ya sé que tuviste que vender la antigua casa de familia... tan cómoda... ¿a quién?

—A un señor de fuera que llega en estos días. Lo siento, sobre todo por Roberto.

—¡Cómo!... esta noche está tan alegre...

—El día en que está más apenado es cuando se me presenta más chispeante y cariñoso. Míralo... ahí está en el centro de aquel grupo, haciéndolos reír a todos... y sin embargo tengo seguridad de que ahora mismo está pensando en que esta semana tiene que ir a entregarle la casa a un desconocido... El último resto de nuestra fortuna... Esa casa tan llena de recuerdos. Te confieso que no he tenido valor de volver allá desde hace meses.

—No te preocupes por Roberto. El con su talento, con su facilidad para todo... lo queremos tanto... dijo mirando a Inés... además ese gran negocio que proyecta con el señor Bellegarde... ¡Ah, Roberto tiene un gran porvenir!...

En el centro del salón, en un grupo bullicioso, que animaba Roberto, formado del general Ronderos, el conde Bellegarde e Inés, se hablaba de todo, se saltaba de un tema a otro; el próximo abono de la ópera, en que venían como *prima dona* la Rondinelli y como tenor Malatesta; las carreras organizadas a beneficio del hospital docente por González Mogollón; las dos revistas recién fundadas: *La Mujer Independiente*, de doña Aura de Cardoso, y la *Pagoda Nietzsche*, del poeta Solón Carlos Mata.

El general Ronderos desempeñaba a la sazón la Cartera de Guerra y estaba encargado de la de Finanza, y Bellegarde, que había venido al país para desarrollar grandes empresas, se encaminó con él hacia un rincón donde habían servido el café su una consola de mármol. Y allí con su tono de voz mesurada, con sus ademanes sobrios, explicaba al Ministro, que lo escuchaba con interés, los prodigios que se habían obrado en otros países americanos, por medio de a paz y de los capitales que podría proporcionar su grupo.

Su grupo se ocupaba especialmente de colonizaciones, de canalización de los ríos. El había concluído trabajos importantes en los Estados Unidos, en México, en la Argentina. Desgraciadamente, su permanencia en Colombia tendría que ser corta, porque sus amigos deseaban que se emprendiera la canalización del Sena, haciendo de París puerto de mar, a cuyo efecto había presentado ya su proyecto y sus planos a la comisión que estudiaba el asunto. Colombia, para él, era un país más rico, de un porvenir más brillante que ningún otro suramericano; sólo faltaba la paz, pero el progreso material, la riqueza, el bienestar, la harían incontrastable; él, Bellegarde, representaba a grandes banqueros, una compañía fuerte, un grupo serio, "su grupo".

El general Ronderos, cuya fisonomía vivaz, de rasgos movibles y ojos que chispeaban bajo las cejas grises, contrastaba con la frialdad mesurada del conde, escuchaba con encanto aquellos planes de progreso.

—En este país, cruzado por tres inmensas cordilleras, decía Bellegarde, los ferrocarriles son demasiado costosos... Para llegar a ellos necesitan ustedes caminos más baratos, los que la naturaleza ofrece: las vías fluviales.

Tienen ustedes como salida al mar esa vía, sólo que es una vía primitiva, salvaje, indisciplinada... hay que domesticarla, hay que educarla, hay que reducir a su lechó el Magdalena y aumentar el caudal de su corriente navegable tapando los brazos... y entonces tendrá usted, señor Ministro, en Honda, que será el gran puerto, Puerto Ronderos, buques como *La Normandía*, como *La Turena*... y el conde siguió así explayando sus ideas, mostrando grandes conocimientos en la materia, lleno de un entusiasmo y de una fe que comunicaba al viejo general.

—¡Ah! señor Bellegarde, haremos mucho por este país. Mañana mismo lo espero a usted en compañía de Roberto, en el Ministerio de Finanzas. Ya entregué sus planos al doctor Karlonoff, consultor técnico del Ministerio.

Roberto se acercó a ellos.

—Señor Avila: usted es de los nuestros. Le he agradecido la fe que ha tenido en la empresa, la confianza que ha depositado en mí, tomando acciones de fundador...

usted no se arrepentirá. La empresa enriquecerá al país y enriquecerá también a los accionistas... si hay paz.

El general Ronderos, restregándose el bigote con entusiasmo, mostraba a Roberto su admiración por los conocimientos del empresario, por su adivinación, por la precisión de sus cálculos.

— ¡Oh! no es nada, señor Ministro; encontrar el Magdalena como la vía más importante para Colombia, es el huevo de Colón.

— ¿Me permite una objeción, estimado Bellegarde?

El conde se figuró que Roberto iba a combatir su proyecto, se quitó el monóculo, lo mantuvo en alto, se preparó a la réplica.

— Diga usted.

— Pues bien... es que no hay huevo de Colón.

El doctor Miranda e Inés se habían acercado. Bellegarde se incrustó el monóculo, recobró su aire de fría afabilidad.

— ¡Ah, Brunelleschi!

— ¿Cómo así? preguntó Inés.

— Esto me lo ha contado, le respondió Roberto, el *cicerone* que me mostró a Florencia; yo no sabía más italiano que el de las óperas, pero hablaba el guía con tal fuego, con tal mímica, que le entendí. Santa María del Fiore, la catedral de Florencia, estaba inconclusa, faltaba la techumbre; el sol y el agua se entraban con toda confianza. Se abrió un gran concurso para adoptar una cubierta. Llega el día, se instalan los jueces, examinan los proyectos. Brunelleschi propone que se haga una cúpula en forma de huevo. La idea se juzga irrealizable, se le cree loco, se le expulsa del recinto; pero él vuelve a la carga:

— Vamos a ver, señores, esta es la forma de mi cúpula, el que logre poner de punta este huevo sobre la mesa, ese debe ser el preferido, el que lleve a cabo la obra.

Los arquitectos cogen el huevo, lo examinan, prorrumpen en risotadas.

Entonces Brunelleschi lo toma, le da un golpe, queda colocado verticalmente... manchando, por supuesto la carpeta.

— Y esa cúpula fue la desesperación de Miguel Angel, concluyó el doctor Miranda; al idear la de San Pedro, la admiraba sin querer imitarla... en su despecho repetía:

no te quiero copiar y no puedo superarte... *comete, non voglio; meglio di te, non passo.*

—Pero acabó por imitarla, y se llevó la gloria de la originalidad; nadie se acuerda hoy de Brunelleschi; por eso he vuelto por él, para que se le deje siquiera el mérito de haber manchado una carpeta con yema de huevo... la suerte de los que no sacan partido de sus invenciones, terminó Roberto, y... que aprovechan otros, está expresada en un solo verso de Cyrano de Bergerac... *ma vie... ce fut d'être celui qui souffle — et qu'on oublie!*

—Y tal vez por eso te llaman a ti Bergerac, interrumpió el doctor Miranda.

—¿Le gusta a usted la música, señor conde?...

Ofreció Roberto el brazo a su prima, la llevó al piano y permaneció en pie cerca de ella.

Al pasar cerca a una mesa, Inés había dejado encima un ramo de rosas de Castilla que llevaba al pecho.

El general Ronderos se acercó al doctor Miranda; Bellegarde, que veía con cierta desazón la intimidad de los dos primos, se levantó y con su aspecto impenetrable, que revelaba a veces la indiferencia, a veces el aburrimiento, fue dando vueltas por el salón, puesto el monóculo, encorvándose para observar algunas fotografías, irguiéndose para mirar los retratos al óleo. Se detuvo ante dos lienzos de iguales dimensiones y ricamente enmarcados. Dejó caer el monóculo, dio un paso atrás, recogió la vista. No le desagradaban: pintura moderna, pincel inseguro, una misma mano, aunque dos asuntos distintos; dos tendencias contrarias...

Sí, sí, eran de un mismo pintor... en el contraste baste aparente de los dos lienzos había una misma idea, un símbolo, una intención marcada... aun viéndolos de lejos, abarcándolos en una sola ojeada, el colorido indica la intención del artista: el un cuadro, en tonos luminosos, calientes; el otro, en tintas frías, muertas. La luz ambiente marca la diferencia, traza la antítesis: es un juego trágico de coloraciones.

Se acercó a uno de los lienzos, observó talles... El asunto tratado con tintas vivaces y transparentes: un circo de carreras. Pasó al otro: paisaje gris, un campo de batalla.

—Veamos los detalles, se dijo aproximándose, seguramente esto no es de un maestro; se nota más bien la mano de un aficionado... incorrecciones de dibujo, falta de academia, poco vigor anatómico... más intención que maestría... No hay relación entre la idea y el desempeño... acaso no un trabajo definitivo, sino dos bocetos... no está del todo malo; a pesar del descuido, gran sentimiento del color...

brillo, franqueza, energía... El hipódromo. Un cielo luminoso que lanza su esplendor sobre una pradera verde... la pista, las tribunas colmadas de espectadores... Es un estudio al aire libre, lleno de movimiento: cabezas en que se pinta la ansiedad, el apiñamiento de la muchedumbre, y aquí y allá, alegrando el conjunto, toques rojos, azules, amarillos, en los gallardetes en las sombrillas, en los trajes, en las chaquetas los *jockeys*; ese paisaje, esa turba, ese movimiento, envueltos en una atmósfera tibia, en un esplendor de ámbar que todo lo acaricia y transfigura... ¿El otro?... El paisaje gris... Tina sola mancha, forme, monótona, casi desapacible, con intensidades misteriosas en las sombras. Del cielo lechoso baja la luz sobre un páramo de grandes ondulaciones negras. En el fondo, entre las brumas, resplandores rojizos, que dejan adivinar una batalla... allá, en el último término... Acá, solo en primer término, un oficial tendido en tierra, abandonado cerca de hoguera extinguida; el hilo de humo que se alza lado del moribundo le da al cuadro un carácter soledad lamentable. Y el conjunto produce una sensación intensa, profunda, la intención se revela en el lienzo con una grandiosidad melancólica.

La música continuaba: Roberto a la derecha, con la mano en el papel y la mirada fija en Inés, espiaba el momento en que ella, con una sonrisa rápida y una inclinación de cabeza, le indicara que debía volver la hoja. Bellegarde dejó los cuadros y se dirigió al piano. Vio la pareja, la sonrisa.. El eterno idilio de los primos... matrimonio hecho... Pero no, no pensemos en la música, volvamos a los cuadros... Al pasar junto a la mesa se detiene, toma el ramo, aspira su fragancia, arranca unas rosas... se acerca a los bocetos. Este *jockey* del primer término que avanza victorioso sobre la yegua negra, entre la polvareda luminosa, está más estudiado... se siente, se adivina el modelo... Lo mismo que en el moribundo del cuadro gris... Es una cara fina, espiritual... sí: un mismo modelo He visto esa cara en alguna parte... ¿dónde? ¡ah sí, es el primo, siempre el primo... ¡Roberto!

Calló la música... un breve aplauso.

Bellegarde, que estaba en el extremo del salón, empezó a atravesarlo para felicitar a Inés; y Roberto, al observarlo, se sentía involuntariamente atraído hacia el extranjero, porque su aire señorial, *feudal* estaba suavizado por una fisonomía en que se leían siempre pensamientos altos y nobles, por su distinción exquisita... Frases de admiración, de excusa... "no... no ... ella no merecía tanto..."

Comentarios sobre la interpretación, sobre Chopin, sobre las sonatas.

Veo, dijo Inés, que es usted un conocedor, un artista, que tiene un gusto especial por la música.

— ¡Ah! señorita, permítame que le dé una definición del ingeniero, que es mi oficio: la música es la combinación de dos fuerzas, de dos hermosas fuerzas, la fuerza del espíritu y la fuerza del sonido.

—Me aparto de su opinión... esa no es una definición de ingeniero; es una definición de artista... y de un buen artista... ¿Y usted cómo define la música, Roberto? preguntó Inés.

—La música es la expresión exacta de lo indefinido, otra definición matemática.

—Pero usted debe tocar piano, amigo mío, insinuó el conde; y ante la negativa de Roberto, prosiguió:

—Entonces estoy cierto de que canta, acompañado por *mademoiselle*.

—¿Cantar yo? Usted no ignora que el canto del buho anuncia la muerte de un hombre... si yo cantara, mi voz anunciaría la muerte de los buhos.

Bellegarde, volviendo a observar los dos bocetos, dirigió una mirada interrogadora.

—¡Ah! sí, dijo doña Teresa, que se había acercado.

—¿Pregunta usted quién los pintó?... Un sobrino mío... Alejandro... Me los envió de Europa hace tres meses. ¡Si usted lo conociera! Hace de todo: viaja, pinta, escribe... se divierte... Un artista... Artista no, no precisamente... un apasionado, un gran corazón, el íntimo de Roberto... en fin, ya lo conocerá usted, llega pasado mañana.

—Un apasionado, sí, dijo Roberto, un derrochador de sentimientos, un buscador de emociones... un San Agustín... en la primera época...

—¡Ah! pero ese gran corazón, dijo el doctor Miranda, llegará a la segunda etapa, a la segunda época, con ayuda de la gracia.

—Ante todo, un grande amigo, dijo Roberto.

—Sí, observó el doctor Miranda, es una amistad generosa: de esa amistad no puede decirse que sea la higuera estéril de la parábola.

—¿Qué nombre, preguntó Bellegarde, les ha dado a estos bocetos... digo mal, perdón, a estos cuadros

—¡Ah, señor! dijo doña Ana con su voz más, joven que su fisonomía, Roberto le dio a Alejandro la idea de estas pinturas, y me dio la pena de servir él de modelo... imagínese usted: modelo de un muerto... hasta me he soñado viéndolo así, a él mismo, en ese páramo... En fin, él, que dio la idea, quiso también darles los nombres, e indicó luz y sombra... Esto de los nombres ha suscitado toda una polémica de familia. Cada cual da un i distinto para los dos cuadros: Teresa, Día y

Noche; Sebastián, Antítesis... a ver quién más... El general Ronderos, La paz y la guerra.

—Inés ha propuesto, dijo Roberto, el lema de un escudo de nuestra familia: Gloria y duelo.

—Magnífico, señorita, exclamó el conde; dice mucho, *bien trouvé*.

—Y usted, señor Bellegarde, preguntó Inés, ¿qué nombre les daría?

Después de un momento de meditación:

—Yo buscaría, no dos nombres, no la antítesis, no el equilibrio entre dos ideas, sino la expresión del pensamiento íntimo del autor, algo que abarque ambos cuadros... ambos espectáculos... El marco que pudiera encerrar los dos lienzos, presentando el tema de un solo golpe... Como la lección, como el deseo, como el arranque que esas imágenes produzcan; como un grito del alma que sale del autor y repercute poderosamente en los espectadores: las alegrías de la paz, los horrores de la guerra... y no sé... no encuentro...

Y se quitó el monóculo, se pasó la mano por la frente:

—Un telegrama, dijo un criado.

—Es para mí, observó Roberto; ¡y es de Alejandro!...

—¿Alejandro? preguntaron varios a un tiempo...

—Sí, ya llega... ya está en Honda, tía Teresa, envía saludes para usted y para Inés, un abrazo para ti, madrecita, algo más... ¡cómo!... malísima noticia! vea usted, general Ronderos...

Y entregó el telegrama al general, quien se acercó a un candelabro, sacó los anteojos, leyó con lentitud, hasta que de pronto frunció las cejas y estrujó el papel.

—¿Qué es? dijeron todos. El general devolvió el telegrama, que pasó de mano en mano: Alejandro anunciaba que Floro Landáburo volvía del extranjero y que a su tránsito por las poblaciones organizaba juntas y hacía mítines políticos.

—Es el eterno agitador, dijo Roberto a Bellegarde, para explicarle lo que sucedía... un hombre, sin valor, impotente para el bien... pero capaz producir el incendio...

Se presentó en la sala un joven militar, una ancha cicatriz en la frente y en cuyos gestos maneras se revelaba el recuerdo perenne de la ordenanza.

—¡Hola Borrero! exclamó Roberto: ¿qué traes?

El coronel entregó al Ministro un telegrama que decía así:

"Ministro Guerra:

Vengo haciendo propaganda favor paz.

Flandáburo"

El general Ronderos exclamó con voz bronca:

— ¡Es la guerra!...

— Ese hombre, añadió Roberto, dirigiéndose al conde, llegará a Bogotá, fundará periódico, agitará el país; y en tanto, Tubalcaín Cardoso, otro revolucionario, que estuvo en la guerra de Cuba, y ahora en una revolución en Centroamérica, vendrá a invadirnos... Ya verán que Cardoso, con un ejército de aventureros, penetra algún día por los Llanos.

Cesaron las conversaciones, un pensamiento de horror apagó la alegría; todos sobrecogidos presentían el desastre.

Doña Ana se pasó una mano temblorosa por el cabello, y con espanto dirigió una mirada hacia el paisaje gris, el cuadro de batalla, el páramo de grandes ondulaciones negras, donde agonizaba el oficial tendido en tierra, abandonado cerca de una hoguera extinguida... El hilo de humo que se alzaba al lado del moribundo, le daba al cuadro un carácter de soledad lamentable.

— ¡Ah! mi buen amigo, dijo el general Ronderos, dirigiéndose al conde y paseándose con inquietud, estos rumores caen siempre en los momentos de mayor descuido y alegría; el estrépito de las batallas retumba constantemente en nuestros oídos, y cuando el país empieza a reponerse de sus quebrantos, cuando sonrío el porvenir, alertas como éste, dijo sacudiendo el telegrama con violencia, vienen a derrumbar toda esperanza. En los hogares colombianos tiene eco lúgubre el alarma; a las satisfacciones del trabajo suceden el terror, a zozobra; la revolución avanza sordamente; es la lava que infatigable corre en la sombra, que busca salida y que rompe por el cráter tarde o temprano.

El doctor Miranda, con una voz que llenó el espacioso salón, exclamó: "*Vocem terroris audivimus, formido et non est pax*". Y juzgando que las señoras no entendían, tradujo: "Llegan voces de terror, cunde el espanto, no hay paz". Non est pax.

— Ese, exclamó Bellegarde, con un ademán amplio, ese debe ser el nombre de los cuadros: ¡Pax!

CAPITULO II

MUSICA Y POLITICA

El general Ronderos suspendió su paseo, se detuvo en mitad de la sala: "¡sostendré la paz a todo trance!" dijo.

La luz de una araña, hiriéndole de lleno, destacó los rasgos de su fisonomía enérgica: las facciones de un dibujo firme, la frente vasta y bronceada, las cejas pobladas, los bigotes recortados sobre el labio, la quijada saliente, toda aquella cara que revelaba un alma dominadora, predestinada para la lucha y para el mando.

—Y yo respondo de ella, observó Roberto; pero mientras usted esté en el Ministerio ya verá cómo se va a abrir toda una campaña para que deje ese puesto, y desencadenar la guerra.

—¿Es posible? exclamó Bellegarde. Este país tan desgraciado y tan rico, sólo necesita de paz. Es seguro que todos los habitantes, comprendiendo sus propios intereses, trabajarán contra la guerra civil, que sólo trae la ruina y la muerte.

Al oír esta última palabra doña Ana, con un estremecimiento, volvió instintivamente la mirada hacia el boceto en que Roberto estaba pintado agonizante en el páramo sombrío.

—En estos países, amigo Bellegarde, dijo Roberto, en estas tierras de América, hay elementos interesados en la paz, y elementos interesados en la guerra... ¡Cosa extraña! Aquí la guerra es el campo de los débiles, de los vencidos de la vida. La paz es el campo de los fuertes, que por el talento, el trabajo y la constancia logran una posición, una fortuna, un nombre... Y cosa curiosa también: las revoluciones vencidas fortifican más que destruyen a los gobiernos contra los cuales se hacen.

—¿De veras? Nunca acabaremos en Europa de conocer esta América.

Para variar el enojoso tema, Roberto abrió una entrega de La Mujer Independiente.

—Esta es, amigo Bellegarde, una revista redactada por doña Aura del Campo de Cardoso... Precisamente la mujer de Tubalcaín Cardoso, el famoso revolucionario... ¿Quieren que lea? "Contenido: *La mujer en el siglo XXI, El feminismo avanza, Monografía psicológica de Policarpa Salabarrieta, La solución por el divorcio, El contrasentido de una muerte o La gitana maldita*, novela por A. del C. de C."

Roberto cerró el cuaderno, se quedó pensativo, y prorrumpió en una carcajada.

—Ahora caigo; esa novela es una venganza. Sí, señor. Hace pocos días me encontré a doña Aura por la Aguanueva, acompañada de algunas muchachas... Ya saben ustedes que ha plantado en los veinticinco años.

Supe después que iban en busca de una gitana, verdadera o apócrifa, que decía la buena ventura. Y para dar prueba de la certeza de sus profecías adivinaba algún hecho de la vida del cliente... la edad, por ejemplo. Doña Aura se burló terriblemente de la gitana; pero sus compañeras la obligaron a tenderle la mano, para que examinara en ella los signos y las arrugas cabalísticas. La gitana tomó la mano; pero en lugar de observarla miró el rostro de la poetisa:

—Para saber la edad dé usted, señora, no necesito ver las arrugas de la mano, me basta con las arrugas de la cara.

Roberto leyó luego:

—Aquí están las obras de Tubalcaín, el marido de la literata ¿Leo? "*Panfletos políticos del general Tubalcaín Cardoso*, de venta en la Redacción de "*La Mujer Independiente*"; *Mi diario de la guerra en Cuba*, por el general T.C.; *El gran general Ezeta, salvador de El Salvador*, por T.C.; *Mi expulsión de Centroamérica, decretada por el jaguar-pantera Ezeta*, por T.C.; *La verdad sobre la batalla de Tezaltenango*, relato de un revolucionario internacional, por T.C.; *Mi fuga por el Orinoco*; *Quince días entre las tribus gohajivas*, por el general T.C."

—¿Cómo?... hay dos folletos contrarios, sobre Ezeta, dijo el doctor Miranda extendiendo la mano hacia el cuaderno.

—Esos dos folletos son toda una historia. Es original el modo como Cardoso entró en relaciones con el dictador Ezeta, dijo Roberto.

—¿Cómo fue eso? preguntó doña Teresa. Debe de ser divertido.

—Cuando Cardoso, derrotado, salió de Colombia, en fuga por el Orinoco, después de entrar en relaciones con los gohajivos, buscó en El Salvador la amistad de Ezeta; éste, receloso, le negó la audiencia; pero por medio del secretario privado del dictador, Cardoso le hizo llegar dos folletos, que eran dos biografías opuestas; el uno le tributaba las mayores alabanzas a su dictadura; el otro, con datos precisos, que había recogido entre los conspiradores, pintaba un monstruo; el uno se titulaba *Biografía del gran general Ezeta, salvador de El Salvador*, y el otro *Ezeta, el jaguar-pantera de Centroamérica...* el dictador debía elegir y comprar uno de los dos manuscritos... Ezeta optó por la apoteosis y le envió a Cardoso diez mil dólares... Poco después, y a pesar de los elogios que había escrito, el "revolucionario internacional" entró en una conjuración contra Ezeta, fue descubierto, condenado a muerte, y logró salir de El Salvador disfrazado de fraile...

—Y ahora ¿dónde estará? preguntó con inquietud doña Ana... ¿Vendrá a hacer una revolución?

—Salió de México y le hemos perdido la pista, observó el general Ronderos.

—Y son estos hombres, dijo el doctor Miranda que van a batir palmas y a vender su pluma a los tiranuelos extranjeros, los que vienen a Colombia a hacer revoluciones en nombre de la libertad!

—Ahí tenemos otro cuaderno, dijo Roberto, para desviar de nuevo la conversación en que parecía volver tenazmente la idea de la guerra civil. Oye, madrecita; escuche usted, tía Teresa... esta es la gran revista del poeta Mata: *La Pagoda de Nietzsche*... ¿Leo?... ¿Prosa o verso?... Inés, elija usted... Bien, versos; oigan ustedes:

NOSTALGIA EGIPCIA
(Del tomo *Oriente Eterno*)

En el triunfo cenizo de evanescentes pintas,
Al surgir la apoteosis para las medias tintas,

Yo quiero que se rompa el canto de mi lira
Junto a la fija Esfinge, que mira, mira, mira,

Y en el arenal cálido, que un sueño blanco finge,
Ser el eterno novio de la silente Esfinge,

Allí do el sol, lustrando los oros de su magia,
Desata la escarlata de su roja hemorragia;

Do erigen los camellos el cuello corvo y largo
Cual los interrogantes de un gran poema amargo;

Y donde las jirafas alzan el cuello recto
Cual las admiraciones de un dístico perfecto;

En la tierra del loto, donde duerme Rameses,
Donde el río de Fango las erizadas mieses

Riega y donde sus linfas por el delta derrama,
Con los ocre y cromos de su mágica gama;

Allí donde las palmeras tienden su abanico

Y el Ibis sacro lustra el ostro de su pico.

Morir en donde el dátíl a lo lejos se pierde
Fingiendo en el oasis la agonía de lo verde;

Morir en una orgía, en un festín impuro
de esos en que la mano escribe sobre el muro,

Y al choque de las copas y al són de mis cantares
Reír agonizante del *Mane-Thecel-Phares*,

Allá entre el verde eufónico y el amarillo inicuo,
Que deslinda la Esfinge con su mirar oblicuo,

Donde el calvo Triunvido, dejando a Roma,
Atravesó los mares por obtener de Cleopatra

El áspid delicioso de sus besos calmos,
Ofrendados en labios de canopes mirrinos.

—No, no, no más versos de esos, no más versos decadentes, gritó doña Teresa, y todos la siguieron con bulliciosa protesta.

—No más versos Pues ahí va prosa de la misma fábrica, pero sin garantía del buen gusto: se titula el Evangelio del Blasfemo, firmado por S.C. Mata. Oigan ustedes:

"Viajaba el Sobrehumano por una landa desierta, sin sol y sin árboles. Su sombra no lo seguía. El seguía a su sombra. Atravesaba el caos sangriento. Llegó a las puertas de una ciudad, la ciudad de los hombres, más monos que los monos mismos."

"Y dijo el Sobrehumano: Os anuncio la buena nueva. He matado lo supraterrrestre; he matado el amor; he matado el alma,"

—No, hijo, exclamó doña Ana, no leas eso... ¡Qué extravagancias!

—Déjalo, dijo doña Teresa, la cosa está divertida.

"No creáis a los farsantes ermitaños que os hablan de lo supraterrrestre, del alma, del amor. No hay más que una soberanía, la soberanía del genio; no hay más que un amor: el amor dionisiaco."

—No más; no más

Pero Roberto, que sabía que la refutación del nietzschismo era un tema inagotable para el doctor Miranda, continuó impertérrito, dirigiéndole una mirada socarrona:

"No hay más que un Dios: el hombre Sobrehumano. ¿No veis los tres cadáveres de los tres grandes Muertos? ¿No os apesta la putrefacción de las cosas divinas? Romped las trampas del Estado despótico. No seáis el deber sino la voluntad. No sigáis imitando al giboso camello que obedece y bebe el agua sucia de las cisternas, y dice: Yo debo. Imitad al asno testarudo que se resiste a su dueño y va diciendo: Yo quiero. Ascended, buscad el zenit de la voluntad. Regocijaos: os doy la buena nueva: ya no hay pecadores, porque he matado la Virtud. Ya no hay engañadores, porque he matado la Verdad."

"¡Por encima del bien y del mal, por encima de la Verdad y la Mentira, por encima de esos grandes Muertos, no queda ya en pie sino el Yo Sobrehumano!"

El doctor Miranda fue volviendo la cabeza hacia Roberto: fue prestando oído a las frases estridentes, dejó de sonreír, con movimiento nervioso hizo voltear entre los dedos la caja de rapé, que al girar lanzaba cortos relámpagos, y cuando concluyó la lectura:

—Es inadmisibile, exclamó, animándose por momentos; ¡es imperdonable que se publiquen esas cosas! Estas extravagancias, señor Bellegarde, parecen cosas de locos, y sin embargo hay quienes traten de formar escuela con ellas.

—¡Ah! dijo Bellegarde, en Francia sucede lo mismo... allá tenemos a Verlaine...

—¡Evangelio del Blasfemo!... ¿No dice así?... ¡Qué sabe Mata de evangelio, ni de Dios... ni siquiera de alemán, ni de Nietzsche! Excusen que me exalte un poco, pero no se puede sufrir a esta escuela nietzschista aborigen, a estos decadentes payasos de un autor que no comprenden. Porque pertenecen precisamente a esos mismos que; según Nietzsche, "saben poco y aprenden mal..." En Nietzsche al menos había un hombre sincero, aunque extraviado por el orgullo. Tenía en el estilo cierta música grandiosa, como una reminiscencia de su antiguo maestro Wagner Nietzsche, al apartarse del maestro, le arrebató un magnífico jirón de su manto...

Tomó la revista, la acercó a los ojos, la soltó con desdén sobre la mesa y como olvidándose de sí mismo, dejándose arrastrar por el asunto:

—Mucho daño, dijo con un movimiento enérgico del cuello y de la cabeza, mucho daño hacen esas cosas... Aunque mal parodiadas por nuestros decadentes, en el fondo las ideas de Nietzsche son desastrosas... anarquismo, ateísmo... Todos pensamos esto: "Puesto que tengo un alma, y puesto que hay innumerables almas, debe haber una fuente infinita de amor y de inteligencia, de la cual salimos y a la cual volveremos." Pero Nietzsche dice: "Si hubiera un Dios, ¿cómo podría

yo tolerar el no ser Dios yo mismo? Declaro, pues, que no existe." Ustedes ven, ese es el paroxismo del orgullo ateo.

El doctor Miranda, a quien el tema de Nietzsche y del decadentismo sacaba efectivamente de su habitual moderación, dio una vuelta por la sala, tomó rapé, se acercó a la mesa, y cogió la revista.

—Pero hago una distinción, dijo soltando de nuevo el cuaderno, hago una distinción entre Nietzsche y nuestros *nietzschistas*... Estos nunca han tenido un pensamiento filosófico, ni siquiera serio; admiran a un ídolo que no conocen... Buscan la popularidad, hacen *la réclame*, fundan pagodas sólo para el público lo sepa. ¡Ah! Nietzsche era por lo me otra cosa; en medio de todos sus horrores y de su orgullo, tenía siquiera la cualidad de ese defecto satánico: el desprecio de la popularidad. Fue capaz de aislarse, desdeñó los aplausos, conoció la embriaguez de la soledad, y bebió sus amarguras hasta las heces, hasta la locura. Estos *nietzschistas* nos inspiran... permítanme decirlo acá entre nos... inspiran desdén, mientras que Nietzsche inspira cierto asombro mezclado de compasión, esa compasión que sentimos por los caracteres desinteresados y por los grandes infortunios... Los pagodistas de aquí no tienen ni inteligencia ni forma artística; mientras que la locura del ateo alemán es la locura de un artista, tiene cierta hermosura trágica y sombría que le da a aquel personaje el realce de un símbolo y el valor de una advertencia. Su vida fue una tragedia filosófica en que él era a un tiempo héroe, verdugo y víctima; un drama en que los pensamientos se convierten en personajes, a veces en espectros, y que podría llamarse el drama del orgullo, la tragedia de un ateo místico.

—Concedido, dijo Roberto, pero... (agregó para provocar la réplica ardorosa del sacerdote y buscando un tema de conversación grato a Bellegarde) pero hay un punto en que tú mismo estás de acuerdo con Nietzsche.

—Yo preguntó el doctor Miranda con asombro; y al tomar el rapé quedó en suspenso con el índice y el pulgar unidos esperando la respuesta.

—Sí, tú... Nietzsche no podía ver a Wagner... ni tú tampoco...

—Verdad, señor doctor dijo Bellegarde, desearía tener su elocuencia para convertirlo a Wagner, porque la música del gran maestro es la más ideal, la que habla mejor al pensamiento; a él lo preocuparon siempre hondas cuestiones morales, y su amor inconstrastable a los principios religiosos le atrajo la terrible enemistad de Nietzsche. Una redención es el motivo de todas sus obras...

Bellegarde se contuvo, temiendo molestar a los circunstantes con un asunto pesado; pero el doctor Miranda, con un ademán, lo invitó a continuar, manifestándole el agrado con que le oía.

—No hay una ópera wagneriana en que no haya un redimido... Erí *Parsifal* y en los *Maestros cantores*, es una joven; en *Tanhauser*, un pecador, y en el Buque fantasma, el judío errante...

Inés seguía con atención las palabras de Bellegarde, y él parecía por momentos hablar sólo para ella.

—Admiro en Wagner, continuó Bellegarde, al revolucionario —y dirigiéndose a doña Ana, sonriente—, al revolucionario internacional como Cardoso

— Ah! señor, dijo ella con acento de alarma, no admire usted a ningún revolucionario.

—A los del arte, cuando triunfan...

—¿Y en qué consistió la revolución? replicó el sacerdote.

—Para un filósofo, para un pensador como usted, señor doctor, la explicación es sencilla y considero fácil por eso su conversión: Wagner, ante todo, fue eso, un pensador, un filósofo. ¿La revolución?... —Después de un instante, en que paseó la mirada por el techo.— El consiguió encarnar en la forma viva del drama lírico, los pensamientos más profundos, más abstractos. En todas sus obras domina la concepción del filósofo.

El sacerdote, meditabundo, se concentraba. Inés replicó:

—Francamente... no entiendo.

—Wagner consiguió que se realizara un enlace feliz, continuó Bellegarde, un matrimonio de conveniencia y amor, enlace en que los novios se estaban buscando hacía tiempo: el matrimonio del Drama y de la Música.

—Matrimonio muy igual, dijo Roberto, ambos hermosos, ambos de sangre real... entiendo que sobre todo en la orquesta también hizo el maestro la revolución, agregó para animar a Bellegarde a que continuara.

—¡Oh! es un sinfonista incomparable; subordinó la voz humana a la orquesta, le reservó las frases elocuentes, los ímpetus apasionados, la expansión lírica. Nadie como él conoce, además, los efectos de cada instrumento: él sabía qué instrumentos nos dan golpes sordos en el pecho, cuáles nos electrizan la medula espinal... a veces me ha parecido, al escuchar ciertos pasajes, que los arcos de los violines no frotaban las cuerdas, sino mis nervios descubiertos... — Dirigiéndose a las señoras.— Iremos al estreno de la compañía de ópera, ¿no es verdad? Según he visto dan el *Werther*, de Massenet, quien aprendió, quien imitó de Wagner, el nuevo papel, la importancia antes inusitada de la orquesta.

— Todo eso será así, interrumpió el doctor Miranda, mientras jugaba con la caja de rapé; pero entiendo que Wagner escribió para un pueblo de artistas; sus obras no están al alcance de la mayoría, y yo creo que las obras de arte deben ser comprensibles para todos.

— Pues esa es, precisamente, la opinión de Wagner. El sostiene que la obra de arte ha de surgir del pueblo y volver a él. Y para acabar de Convencerlo, doctor, sólo tendré que añadir que Wagner no fue sólo músico, sino un gran poeta, un poeta cristiano. El innovador que ha mostrado mayor respeto, mayor amor al arte... sostiene con un valor admirable, en estos tiempos de codicia y materialismo, que el fin terreno del hombre es el arte y que sólo el arte hace la vida soportable. Ese concepto de la vida es el mío... Por eso respeto y admiro en Wagner al apóstol que se dedicó con los elementos poderosos de la música a arrancar a los hombres de los intereses materiales, vulgares, para levantarlos al culto de la inteligencia, a lo que el espíritu humano tiene de más delicado, de más grande.

— Pues bien: me paso a Wagner, dijo el doctor Miranda, guardando la caja de rapé.

— Usted, interrumpió Inés, habla como un admirador entusiasta, debe conocerlo muy bien. Es indudable que usted lo sabe interpretar.

Bellegarde, sin vacilar, se levantó, mientras Roberto le decía, mostrándole el piano:

— Ahí tiene usted a la fiera, espera al domador.

— De Wagner no puedo tocar nada, señorita, ni puede juzgársele sino en conjunto; pero sé de memoria trozos de Beethoven, el verdadero maestro de Wagner.

Sentado ya, con las manos fuertes y largas extendidas sobre el teclado, y con la mirada en alto, después de arrancar un acorde, Bellegarde se detuvo, volvió la cabeza como buscando a Inés.

— Aunque soy mal ejecutante, temo calumniar a Beethoven con una falsa interpretación de la Cuarta sinfonía en si bemol; voy a tocarla; deseo complacerlos... ¡Es tan hermosa!... Ustedes conocen el asunto pasional del adagio: la melodía es un canto de amor dirigido a la condesa de Bruns wick, la inmortal adorada. Al mismo tiempo que Beethoven le reveló su amor por medio de la música, le escribió una carta. Se conserva, pues, una doble expresión, por las palabras y las notas, de un mismo sentimiento de pasión intensa.

— Sería curioso, observó Roberto, confrontar la prosa de Beethoven con su música, y comparar el amor que habla con el amor que canta...

—El estilo del hombre, dijo Bellegarde levantando una mano del teclado y dejándola caer sobre la rodilla, el estilo de sus cartas es desigual, entrecortado; pero el otro estilo, el de la música, es superior a la vida y a la realidad; después de las humanas, Beethoven hizo vibrar un lenguaje divino...

Se volvió hacia el teclado, y como revelando sus propios sentimientos, poniéndole alma e intención a la frase musical, ejecutó la sonata. En mitad de ella, al principiar el adagio, se oyó fuera del cuarto un aullido quejumbroso, y un instante después, agitado, con los ojos encendidos y batiendo la cola, se presentó un perrazo a la puerta.

—Quieto, Maratón, ¡fuera! exclamó Roberto disgustado; y luego, suavizando el ademán, dijo en voz baja, mientras acariciaba al perro: ¿Sufres?... ¿Te gusta la música alemana? Oye, pero callado... Bueno, ahora a tu puesto, vuelve al jardín.

El perro, calmado, cruzó la galería y bajó los escalones. Bellegarde, a instancias de Inés, volvió a empezar el pasaje truncado, y al llegar de nuevo al adagio, en el mismo acorde interrumpido, volvió a oírse lejos, desgarrador, el aullido de Maratón, que esta vez se presentó, y, ansioso, sin atender a Roberto, siguió aullando en la puerta de la sala, y, anhelante, daba vueltas dejando oír un gruñido sordo de satisfacción o de cólera.

—¡Fuera! decía Roberto, queriendo alejarlo

—¿Sufre? Pregunto Inés.

—¿Goza? observó el doctor Miranda

Doña Ana estaba apenada; doña Teresa reía.

Se presentó un criado con dos periódicos que acababan de llevar.

—¡Es *La Integridad*, exclamó Roberto inquieto, el periódico de Sánchez Méndez...

Al oír este nombre, el general Honderos que había estado conversando en intimidad con las señoras, volvió a tomar un aire de preocupación y de tristeza.

—Sánchez Méndez, dijo, fue hace diez años mi mejor amigo, el peor enemigo del partido de la Revaluación, que lo llamaba entonces el Gran Inquisidor... y ahora se une con ellos contra mí. Su voz tiene la autoridad que dan una pluma brillante, los grandes servicios y una ilustración sólida; pero el despecho lo ha convertido en agitador, en destructor de su misma obra, en instrumento de Landáburo.

—Aquí hay algo en que sueño yo, dijo Roberto, empezó leer en *La Integridad*:

"¡El último acto de la comedia eleccionaria va ser representado!

"¡La prestidigitación y juglería superarán a toda expectativa! Los absolutistas, a quienes no se ve sino en las oficinas públicas y en las covachas de los contratistas, aparecerán con abrumadora mayoría sobre los dos grandes partidos de los íntegros y de la revaluación.

"Veremos, pues, elegidos, gracias a la imposición a las tramoyas, a los satélites del ministro omnipotente, a Roberto Avila, a Alejandro Borja y a otros que no tienen más título que su incondicionalismo, y cuya misión no será otra que defender o encubrir, por lo menos, a los explotadores del tesoro. En cambio será derrotada la candidatura para representante del señor general Floro Landábuero, lanzada, con beneplácito de todos los republicanos, en varios Departamentos.

"Las ovaciones que ha recibido a su paso este ilustre ciudadano, son ante todo la protesta de los pueblos contra la férrea armazón que nos asfixia.

"Esta candidatura honra al país, porque el general ha combatido siempre los abusos del poder, porque no tiene miedo a la libertad de sus enemigos, porque no es un banderizo y porque respeta la propiedad, que con honrado esfuerzo ha sabido adquirir.

"Ese será el resultado de la lucha, en todo terreno desigual, entre los absolutistas, cuyo núcleo es la compañía industrial y cuya única fuerza es el abuso del poder, y los dos grandes partidos, unidos en una sola aspiración y que forman las nueve décimas partes del país: el partido de la revaluación y el partido de los íntegros.

"Vanos serán los esfuerzos del ministro Ronderos para reintegrar el antiguo partido constitucional, de que estamos separados, proclamando la unión... palabra menguada que no significa concierto para el bien, sino reclamo de apandillamiento.

"La única unión posible y lógica es la de los republicanos, al rededor del programa antiabsolutista que contiene la bandera de los íntegros..."

Doña Ana, que seguía con atención la lectura, manifestaba en su actitud de congoja el disgusto que le causaban los ataques a su amigo el general Ronderos, y especialmente los dirigidos a su hijo.

Roberto lo notó; suspendió la lectura y abrió el otro periódico, una hoja diminuta, que traía igualmente un artículo marcado al margen con lápiz rojo.

Todos exclamaron con alarma:

—¡Ah! ¿*El Escorpión*?... ¡Ese si no... por Dios! No vayas a leerlo...

—Este avisito siquiera, dijo Roberto.

"GUERRA A LOS LADRONES

"Para que el país sepa la manera como algunos individuos explotan el tesoro público, en la redacción de este periódico se recibirán informes de toda clase, de 3 a 4 p m., los días no feriados. Se garantiza la reserva. Precio: de \$50 a \$200, según la importancia del denuncia."

Y este verso, dijo Roberto, que va contra usted, general Ronderos, es la explicación de la caricatura, que no pueden ver las señoras, y del envío de *El Escorpión*:

"El padre Adán comió en cueros
La manzana solamente;
Si hubiera sido Ronderos
Se traga basta la serpiente."

CAPITULO III

EL CONSULTOR TECNICO

El conde Bellegarde atravesó la plaza y se encaminó al Ministerio de Finanzas para concurrir a la cita que la noche anterior, en casa de doña Teresa, le había dado el general Ronderos. Cruzó el atrio del Capitolio, en que reverberaba el sol de la tarde; pasó por entre la columnata que tendía su sombra sobre las baldosas; al tomar la escalera sintió, después del calor de la plaza, el frío del edificio; en la escalera vio gentes que bajaban y subían con papeles bajo el brazo, y, ya en el piso alto, por una ventana, mientras llegaban hasta él les campanillazos del tranvía, oyó el martilleo de los picapedreros, el rodar de los carruajes, echó una mirada sobre el panorama de la ciudad. Vio la fachada de la catedral bañada por el sol, la aguja de un pino, los tejados, el humo de una chimenea, y más allá la masa verdosa de los cerros, un trozo azul del firmamento. Su mirada de turista se detuvo en los detalles; sabía descubrir ciertos rasgos que dan la fisonomía, el carácter de las cosas. Echó a andar en busca del Ministerio; penetró en un pasillo donde corría un viento helado; encontró varios grupos, empleados que paseaban sin sombrero, como entre casa, las manos en los bolsillos, el cigarrillo en la boca; policiales con notas y libros de recibos; solicitantes con aire de tedio y de expectativa. En el fondo del corredor un foco eléctrico olvidado brillaba con fulgor mortecino, entre los resplandores de la tarde. Bellegarde llegó al extremo del corredor.

— ¿El señor ministro? preguntó.

— Aquí, a la izquierda.

Cruzó, encontró otro corredor, volvió a vacilar, repitió la pregunta.

— Allá en el fondo, le contestó un policial que llevaba un expediente.

Ya en el extremo, tras una reja de madera, encontró al portero en su cuartucho: una mesa, una prensa de copiar y una silla desvencijada.

— ¿El señor ministro?

— No recibe ahora; puede usted hablar con el subsecretario, el doctor Alcón, contestó el portero, serie de salones, al fin de los cuales estaba el despacho. Atravesó Bellegarde dos salones por entre filas de escribientes, inclinados sobre los pupitres. mientras forcejeaba, dando vuelta a la palanca de la prensa. De la casulla del portero se divisaba una. Se acercó, interrogó a un joven que estaba absorto en la lectura de un libro; el joven lo miró un instante con disgusto y volvió a inclinarse sobre el libro para continuar la lectura... Leía: "Había atravesado la calle y daba vueltas en torno de aquel cupé de la baronesa, inmóvil, mudo, con el cochero rígido en el pescante..."

— ¿El señor subsecretario?... se atrevió a preguntar de nuevo Bellegarde.

Adelante, respondió el empleado, que volvió a doblar la cabeza y continuó la lectura de *L'Argent*, de Zola: "...rígido en el pescante. Una mano femenina bajó las vidrieras del cupé; él saludó y se aproximó galantemente a la baronesa de Sandorff. Y bien, monsieur Saccard, preguntó la baronesa, ¿jugamos a la baja?..."

— ¿En el salón siguiente? preguntó Bellegarde.

El joven contestó "sí" con solo un movimiento de la cabeza, para no perder el diálogo entre el banquero Saccard y la baronesa de Sandorff.

En el salón siguiente se acercó el conde a la mesa de un viejo empleado, don Cosme Oramas, quien dobló la cabeza y lo miró, sonriendo, por encima de los anteojos.

— ¿El señor ministro? Me citó para las dos y media.

— Siga usted: creo que sí recibe, contestó amablemente con la sonrisa que gastaba ahí, hacía medio siglo, al recibir a los "particulares"; y cuando Bellegarde se alejó, agregó el empleado, con alarma: ¿Las dos y media?... ¡La hora de mi leche! Y fue a un estante donde, entre dos legajos de expedientes, se ocultaba una taza rodeada de bizcochuelos. En las dos mesas vecinas había dos empleados absolutamente absortos en sus ocupaciones: el uno, en el papel timbrado del Ministerio, entrelazaba en un monograma sus iniciales con las de su novia; el otro, se arreglaba primorosamente las uñas con un cortaplumas.

En el salón contiguo, un salón verde, con cielos pintados al fresco, frente a una ancha mesa cubierta de libros y rodeada de sillas llenas de papeles, el doctor Alcón, encorvado, consultaba un mapa.

Por una alta ventana, entre dos cortinas de Damasco verde, se filtraba la luz, y entre el crepúsculo del salón daba toques en el barniz de los mapas, en la moldura de un estante, y hacía brillar en un rincón, con reflejos lívidos, la calva del doctor Alcón.

El subsecretario se acercó a los ojos la tarjeta que le presentó el conde; leyó con aire adusto: *C. ^{ite} Dax Bellegarde — Issy-sur-Seine — B. Hausmann, 144*, y en seguida, cambiando de fisonomía, con fingida humildad, ruboroso, se levantó a saludar, tosió y señaló hacia una puerta cerrada.

— El señor ministro, dijo el empleado, me ha dado orden de que lo introduzca a usted inmediatamente. El se ha estado ocupando en su asunto toda la mañana. El doctor Karlonoff, el consultor técnico del Ministerio, ahora mismo está tratando

esta materia con el señor ministro. Han estado encerrados tres horas. Pero siga usted. Y torció el botón de la puerta, metió la cabeza y volvió a sacarla.

—El doctor Karlonoff ha salido por la otra puerta. Su Señoría está solo. Siga usted... y, encorvándose, dejó pasar al conde, volvió a su pupitre e inclinó de nuevo la calva de marfil sobre los papeles del escritorio.

Bellegarde, al sentarse frente al general Ronderos, lo encontró fatigado, con un aire de extenuación, como abrumado por una enorme tarea. El doctor Karlonoff, durante tres horas, había estado ahí exponiendo las dificultades y peligros de la canalización del Magdalena; el ministro estaba desalentado, vacilante, suspiraba a trechos, tenía mareo cifras y de nombres; deseaba que Bellegarde le devolviera la fe, le demostrara que aquella empresa era realizable. El conde entró inmediatamente en materia: aunque había presentado su propuesta y sus planos, creía conveniente precisar algunos puntos de la empresa que lo había hecho venir a Colombia: la canalización y la colonización. Proponíase canalizar la principal arteria del país, el Magdalena, hacerlo navegable para vapores trasatlánticos; sanear y descuajar las inmensas selvas de las orillas; extraer las preciosas maderas; explotar de sus bosques el caucho; colonizar esas inmensas regiones... El "grupo" de capitalistas, "su grupo", la compañía franco-belga, en vista de los informes presentados por los ingenieros, tenía prontos los fondos, la maquinaria lista. En pocos días se lanzaría la empresa en las bolsas de París y de Bruselas. Sólo esperaba "su grupo" un cable.

El conde, metódico, dividió su exposición en cuatro partes: mostró los inconvenientes actuales del Magdalena; en seguida entró en el estudio científico de la canalización; presentó las ventajas de la empresa, y por último manifestó cuáles eran las exigencias de su compañía, de "su grupo".

—El Magdalena, decía, mientras Ronderos, desconcertado por Karlonoff, iba recobrando la fe, es un río de aguas turbias, con arenas en suspensión; uno de los más desiguales, caprichosos e indisciplinados que he estudiado en América. Unas veces seco y perezoso, otras violento y crecido, detiene la navegación con sus bancos de arenas movibles o la pone en peligro con sus corrientes rápidas. Es demasiado pobre o demasiado rico. En tierra y arenas arrastra más de seis millones de metros cúbicos, según los datos que han obtenido mis dos ingenieros auxiliares. Esa prodigiosa masa de despojos arrancados a las orillas, se va encaminando al mar, se deposita de distancia en distancia, cubre el fondo, y va formando y trasformando en cada creciente la línea del cauce, el *talweg*, la profundidad del lecho, la forma general del río. Lo que caracteriza al Magdalena es la anchura desmesurada... vea usted, señor ministro, ese dibujo cuya exactitud garantizo... vea las curvas constantes y la serie de islotes que forma en su carrera.

Se puso el monóculo, se inclinó un instante sobre un mapa que había extendido en la mesa, pasó el dedo señalando, varios puntos negros sobre una curva azul, y luego, irguiéndose, agregó:

—Una isla, señor ministro, debe ser una excepción para un río bien educado; pero aquí la isla es la regla, y el río, siempre dividido en dos o tres brazos, carece de aguas.

Se puso en pie, y erguido, animándose, pero siempre con la voz educada y armoniosa, entró de un modo preciso en la explicación de la manera como debía cor el mal, y de hacer navegable el río para lo buques de alto bordo. Concretó lo que había expuesto en las dos memorias presentadas al Ministerio: la obra no era imposible; al contrario, la creía fácil si el Gobierno apoyaba a "su grupo"; las dragas, demasiado lentas, no eran el factor principal; todo el sistema consistía, en particular, en aprovechar la corriente misma del río, estrechándola por diques oblicuos, y obligándola, ya concentrada, a profundizar el lecho. El agua, añadió, al estrecharse, lame el fondo, barre los bancos, rectifica el *talweg*, lleva las arenas al océano. A veces esas arenas, causa del mal, podrían ser a aprovecharse rellenando los pantanos, levantando gradualmente el fondo de las inmensas ciénagas y riberas, que de esta suerte se convertirían en valles sanos y fecundos. ¿Por qué vacilaba de nuevo el señor ministro? Nada más sencillo, nada más claro, nada más fácil: era así como "su grupo" había canalizado el Misisipí y rectificado el Cauce de varios ríos en la Argentina. En cualquier punto —según el mapa que estaba ahí, sobre esa silla, y levantado cuidadosamente sobre el terreno mismo— podía obtenerse una profundidad de siete metros, bastante para un buque de alto bordo.

—La empresa, señor ministro, no exige auxilios pecuniarios de ninguna clase ni en ninguna forma; pedimos solamente un corto privilegio y tierras baldías. El Gobierno será partícipe en la empresa. Y como garantía de que se empezarán los trabajos, en el acto que esté firmado el contrato, depositaré un millón de francos en la tesorería. Me atrevo a creer que antes de cinco años estará terminada la obra. En suma, señor ministro, lo que nosotros pedimos al Gobierno es solamente seguridad y paz.

—Yo tengo confianza en el buen sentido del país. Ya han pasado las locuras, las tentativas de suicidio... Los agitadores Landáburo, Sánchez Méndez... son ya impotentes para lanzar al país en la aventura de la guerra. Confío también en Dios, señor conde.

Ronderos —que fluctuaba entre las dudas que le había dejado Karlonoff y la fe que de nuevo le inspiraba la exposición del conde— confesó que él no era competente en la materia; deseaba llegar a una solución satisfactoria, pero juzgaba conveniente que el señor conde y el doctor Karlonoff tuvieran una entrevista, se explicaran sus doctrinas; apretó el botón de un timbre e hizo llamar

al doctor Karlonoff. El conde manifestó que no tenía inconveniente en conferenciar con el "consultor técnico"; pero se preguntaba interiormente quién sería ese sabio de nombre ruso o alemán que discutía y observaba los planos de canalización hechos por los ingenieros auxiliares y verificados por el mismo Bellegarde, con tanto esmero y tras prolijos estudios. Se oyó un golpecito en la puerta y asomaron la calva y la sonrisa falsa del subsecretario.

—El doctor Karlonoff está ahí, a la orden de su señoría, dijo el doctor Alcón.

Se abrió la puerta. Cuando el conde se figuraba que iba a presentarse algún sabio ruso alto, de frente espaciosa, rubio y grave, notó con sorpresa que se deslizaba en el despacho un hombrecito rechoncho, moreno, de ojos inquietos, con una nariz enorme, aumentada todavía por la falta de dientes, no bien disimulada por el bigote. Se adelantó, saludó de lejos, y con una sonrisilla de suficiencia y de malicia, avanzó a paso de ratón, discurrió por varias mesas, revolvió papeles y libros, observó mapas, y, por último, con aire de desafío y un meneo en la cabeza, se paró frente al conde. El general los presentó.

—El conde Bellegarde; el doctor Carlos Onofre Sandoval y Sabogal capitán de puentes y calzadas.

Como el conde preguntó con la mirada si el individuo presentado era el propio Karlonoff, consultor técnico, este mismo explicó que el nombre de "doctor Karlonoff" era un seudónimo, un nombre de guerra, con que firmaba sus artículos políticos, sus rectificaciones históricas, sus opúsculos geográficos, sus observaciones astronómicas, sus disertaciones filosóficas, sus enseñanzas militares, sus revistas, "algunas de las cuales, agregó sonriendo, le habían sido tomadas por el almirante Jurien de Lagravière para un estudio sobre balística"

Hubo un silencio, un instante de expectativa, como en los momentos en que dos duelistas van a cruzar las espadas. El ministro pasó tras de la mesa, se sentó, señaló de nuevo a Bellegarde el ancho sillón de cuero, que estaba a la derecha; el conde, grave, circunspecto, esperaba a que el ministro iniciara el asunto. Karlonoff arrastró una silla frente a los dos, y se sentó, cruzó las manos; sobre el bastón; quiso lanzarse, empezó diciendo que en el proyecto de canalización había errores, que los planos del río habían sido levantados por ingenieros poco hábiles, que... Pero el general, con un movimiento de la mano, le pidió que callara y manifestó que primero debía exponer sus teorías el conde. Este desarrolló sus ideas con lentitud, con sencillez, buscando los términos más claros, rehuendo todo aspecto dogmático, siempre con su noble y sobria elegancia.

— ¿Las ventajas?... Ya las he expuesto en cuadros completos que están ahí, señor ministro, continuaba Bellegarde, señalando un grueso cuaderno de cubierta azul. Pero, para mayor seguridad, me permito invocar nuestra propia experiencia en otros países; señalaré los datos que tiene "mi grupo" sobre el Sena, por

ejemplo, en cuya canalización nos ocupamos allí actualmente, para convertir a París en puerto de mar, como ya lo he manifestado. Es una verdad sencilla que la navegación fluvial es el más económico de todos los medios de transporte. Puedo traducir a cifras esta observación; las recuerdo por haber hecho parte de la comisión de estudios en el Sena, y por haber presentado un proyecto al Consejo de Puentes y Calzadas; allí el flete medio será de un décimo de céntimo —hablo de francos— por tonelada y por kilómetro; pero en todo caso aumentemos ese precio, elevémoslo a dos céntimos de franco. Para los 185 kilómetros que tendrá el Sena canalizado y profundizado entre Ruan y París, tendremos por tonelada 37 céntimos de franco, es decir, señor ministro, 370 francos para un navío de 1.000 toneladas. No comparemos ese precio con lo que habría costado en otro tiempo llevar esas mil toneladas por la carretera, y que habría sido... permítame... creo que no me es infiel la memoria... habría sido un costo de 45.000 francos... Comparemos el costo de navegación con el de la vía férrea. En ferrocarril la tarifa media en nuestro país es de 7 céntimos; y aplicando esta cifra al transporte de 1.000 toneladas en una distancia de 156 kilómetros, tenemos... permítame el señor ministro... yo recuerdo... este es mi oficio... tenemos (y limpió el monóculo para aclarar las ideas), tenemos una cifra de 4.080 francos, que deben aumentarse en 750 francos para el cargue de los vagones, o sea un total de costo de 4.830 francos..

Karlonoff, sorprendido por un momento con la precisión y la memoria del empresario, y las capacidades de cálculo que exhibía, determinó no quedarse atrás, e interiormente quiso evocar las cifras que, para improvisarse una erudición, había leído de prisa en la palabra *Canal*, de la Enciclopedia Germánica y en ciertos libros antiguos de los cuales tomaba préstamos con frecuencia en sus lucubraciones periodísticas.

—Estamos, continuó el conde, en presencia de dos cifras: 370 francos y 4.830 francos, que representan, respectivamente, el precio de transporte de 1.000 toneladas por los dos medios; navío y ferrocarril... Vea el señor ministro la inmensa ventaja de la canalización, y del transporte fluvial, aun teniendo al lado del río un ferrocarril, como sucede en Francia.

—Sin duda, exclamó el general Ronderos, recobrando el entusiasmo y con nuevo brillo en los ojos, sin duda; y si esas ventajas son tan grandes en Francia, serán mucho mayores aquí, donde nuestros ferrocarriles, tan escasos y tan deficientes, tienen una tarifa diez veces más alta que la de Europa.

—Tránsito barato es movimiento —agregó el conde— y esa circulación rápida y económica, por la principal arteria del país, es vida, es civilización, es el único adelanto posible y cierto para esta nación, destinada a gran desarrollo. Lo que usted dice: los ferrocarriles aquí son difíciles, costosos... Por el río la vía está hecha, sólo falta perfeccionarla, hacerla económica y ponerla en situación de que a esas ricas selvas, a esa inmensa y fecunda hoya, al corazón de la República,

lleguen los navíos de alto bordo, con los colonos que han de poblar sus márgenes. ¿La cuestión de sanidad?... Abierto el cauce del río, con algunas obras complementarias, no habrá inundaciones, se secarán los pantanos, mejorará toda esa región, será tan sana como la del Misisipí, que era mortífera antes de que "mi grupo" trabajara allí, y que hoy tiene un aire tan puro como el del Bosque de Bolonia.

El general Ronderos, que amaba tanto a Colombia, sintió que le palpitaba el corazón, como a los veinte años; le brillaron los ojos; una sonrisa de esperanza, de gozo, le arriscaba el bigote gris, dejaba ver la dentadura gastada y pareja... Sí, él realizaría esa obra, esa inmensa empresa de redención, y pensó que aunque hubiera inconvenientes no ahorraría sacrificios para llevar a término el proyecto que iba a transformar a Colombia. ¡Ah! cimentar la paz, fundarla en la prosperidad, en la riqueza, en la libertad, en el contento general... después de haber luchado contra los principios corruptores, luchar contra los pantanos pestilentes... ¡qué dicha, qué gloria! Además, pensó, no tenía que gastarse dinero del tesoro público; la compañía no pedía sino tierras baldías para los colonos y un derecho de tránsito sobre los buques, una vez canalizado el río... Sí, él concluiría sus años con alegría, moriría feliz si lograba unir su nombre a esa empresa, si alcanzaba a ver siquiera el principio de esa colonización, el río con sus grandes buques, la vida en sus márgenes, las selvas descuajadas, la riqueza, el bienestar, los millones de colonos cultivando, enriqueciendo esas inmensas comarcas; ahuyentando para siempre las guerras, civilizando este país, esta patria infortunada, que pasaría a ser opulenta, fuerte, llena de poderío y de gloria.

Toca el turno de exponer sus teorías a Karlonoff; en su monólogo fatigante multiplica los gestos, las actitudes. Agachado, con las manos en los bolsillos, acciona con la punta del pie; se para en firme, saca una mano, martilla con el índice, se lo lleva a la nariz. Medita. Cambia de mano. En los momentos de calor habla en voz atiplada, abre los brazos, acciona con la cabeza, con todo el cuerpo. Opinó que aquí —como se había hecho en Francia, cuando Labadie, Manier, Roals, Gourdon y otros cuatro más pensaron en canalizar el Sena— se debía consultar previamente a los oficiales de marina y a los armadores de buques.

Bellegarde enarcó las cejas con sorpresa; preguntó si aquí había oficiales de marina y armadores.

—No los hay, contestó Karlonoff imperturbable, pero se les nombra *ad hoc*. Yo, como capitán de puentes y calzadas, me prestaría a hacer parte de esa junta y aun a presidirla.

Y sin fijarse en la nueva sorpresa del conde, sin detenerse a respirar, sin hacer pausa, por temor de que se le interrumpiera, de que se le rectificaran sus cifras, se lanzó resueltamente al asunto, en frases interminables, oscuras, aglomerando nombres y términos abstrusos, recorriendo todos los países, saltando de un autor

a otro, de un siglo a otro siglo. ¿Se hablaba del canal del Sena? ¡Ah! no debía olvidarse lo que respecto del declive del Sena había escrito en el *Misofogón* el emperador Juliano; los bosques y los pantanos en esa remota época cubrían casi por completo la cuenca hasta París, en una superficie de 43.665 kilómetros cuadrados... según decía la Sociedad Geográfica de Francia; 43.668 kilómetros, según las rectificaciones hechas desde Bogotá por el mismo Karlonoff... Si en ese tiempo llovía menos que ahora, el caudal medio del Sena, frente a París, debía oscilar entre 360 y 365 metros cúbicos por segundo, en tanto que hoy, después de dieciocho siglos, en las grandes crecientes, tenía 2.500 metros cúbicos, lo cual prueba hasta la evidencia que era preciso levantar el nivel del río a 7 metros y 80 centímetros, y hacerlo navegable como los lagos de Norteamérica, descritos por Réclus, páginas 1.235 a 1.239; que con un gasto de vigésimo de céntimo por tonelada y por kilómetro, son navegados por buques de 2.550 a 3.825 toneladas, muy superiores a las barcas que cruzaban el Nilo en tiempo de Ramsés II, tiempo feliz en que los egipcios resolvieron científicamente el problema de la colonización ribereña, pues construían sus casas a salvo de inundación, gracias a palizadas en alto, construcciones que fueron imitadas por los paisanos de Nantes en los siglos XVII y XVIII en los diques del Loira, río navegable, según consta, no sólo en Strabón y César, sino en las inscripciones votivas de los navegantes del Loira y la época galo-romana...

El general Ronderos doblegó la cabeza, volvió a su perplejidad, a la fatiga, a la confusión, al mareo; Bellegarde escuchaba, primero sorprendido, luego impaciente; y por último, con supremo desdén, alzó la mano derecha, la llevó a la cara, desprendió el monóculo y permaneció así media hora, el codo en el brazo de la silla, la mirada en el espacio.

—...Y en cuanto a los planos, perfiles y mensura —continuaba Karlonoff después de una hora de digresiones— presentados por la comisión de la empresa, yo conjeturo o afirmo a primera vista que están llenos de incalculables e imperdonables errores, y me fundo para eso en que el problema de medir bien el área de un país o las declinaciones de un río es mucho más difícil de lo que parece, para demostrar lo cual me bastará recordar que al estallar la guerra franco-prusiana se exhibía por los pretendidos militares del estado mayor alemán la llamada carta militar en que se valuaba el territorio en 533.845 kilómetros cuadrados; pero apenas se acabó esa guerra, esa desastrosa guerra en que no hubo una sola concepción estratégica y en que Francia perdió 14.533 kilómetros cuadrados, nada menos que el famoso pero siempre equivocado Anuario de la Sociedad Geográfica de Londres, estimaba el territorio francés en 520.443 kilómetros cuadrados; de manera que a medida que le recortaban a Francia kilómetros y kilómetros (y aquí miró con malicia al conde) ese territorio iba creciendo gracias a los cálculos erróneos y bárbaros que publicaba. año por año el Anuario de Longitudes de París.

Roberto Avila, que se había dado cita con Bellegarde para acompañarlo al Ministerio, llegó en aquel momento al capitolio y subió precipitadamente la escalera; se detuvo un momento, fatigado por la subida. Mientras cruzaba los salones, pensaba en aquella empresa a la cual estaba vinculada su fortuna.

Al entrar en el salón del ministro Roberto se detuvo un instante, comprendió lo que sucedía: el general, cabizbajo, vacilaba; Bellegarde se despedía fríamente; Karlonoff triunfaba, abrumaba al ministro con una montaña de nombres raros y de demostraciones abstrusas.

—Estaba yo aquí demostrando, agregó Karlonoff, metiendo ambas manos entre los bolsillos, estaba demostrando hasta la evidencia, no sólo que es impracticable la canalización para subir buques de alto bordo, sino que está fundada en imperdonables errores, porque la medida de las alturas está equivocada. Voy a explicarme: basta tomar las abscisas de dos pares de estaciones, tales que la suma de las del segundo par sea igual a la de las del primero y unidos dos a dos los puntos correspondientes por cuerdas que resultan paralelas y con sus medios sobre una misma vertical... ¿Comprende usted, don Roberto?

— ¡Ah, nada más claro! exclamó Roberto, ¡si me parece verlo!

Y le hizo una leve seña a Bellegarde como diciéndole: "No se impaciente: espérese; esto yo lo defino." Karlonoff prosiguió imperturbable:

—Pero no es esto sólo, señor ministro; es que también hay que ver la cuestión por el lado militar; es peligroso cuando suban esos buques, permitir así que los trasatlánticos se aproximen tanto a la capital de la República. Ese día estaremos perdidos, militarmente, a menos que logremos construir, según la táctica del Almirante Fieramosca, fortines con artillería de grueso calibre, v. gr., con cañones Máxim, número 48, como lo he aconsejado en el Ministerio de la Guerra y Marina, del cual soy también consultor técnico, por todo lo cual creo haber demostrado que el asunto es imposible desde el punto de la ingeniería hidrográfica, peligroso desde el punto de vista militar. Se nos invadirá como los normandos invadieron a París por el Sena. Pero hay algo más: la cosa es grave desde el punto de vista del Derecho, pues el Código Político y Municipal, respetando los derechos de los ribereños, se opone a esta clase de empresas en sus artículos 1.893 a 1.896.

—¿Qué artículos? preguntó Roberto.

—1.893 a 1.896 del Código Político, repitió Karlonoff imperturbable.

—Creo que ese Código no pasa de quinientos artículos. Veámoslo, dijo Roberto.

Y dirigiéndose a un estante de vidrieras, recorrió los rótulos.

Reinó un silencio de expectativa; Bellegar se sentó; el general Ronderos se incorporó, de ver la solución de ese punto concreto; ese asunto de fácil verificación, iba a mostrarle si realmente Karlonoff conocía o no las materias de que trataba, aglomerando cifras y nombres... Mientras Roberto recorría los libros del estante, llegaban al salón entre aquel silencio de curiosidad, los ruidos lejanos y ya amortiguados de la plaza.

—"Código Militar"... Nada... "Recopil..." tampoco... "Leyes de..." aquí está, mi general, ¡vamos a ver!...

Abrió el tomo por la última página, echó una ojeada, sonrió, lo extendió al ministro:

—Vean ustedes, dijo, el Código Político no tiene tal artículo 1.893: sólo llega hasta el 378.

—He podido equivocarme en esa cita, continuó Karlonoff impertérrito; el ingeniero, el militar, el geólogo, el historiador, el geógrafo, no tienen para qué saber leyes... a mí no me importan... y saltando inmediatamente a otro asunto: estos planos, estos mapas, tienen tantas equivocaciones como líneas; no hay más que un mapa real y auténtico del río: "El Magdalena militar", levantado por mí y presentado al jefe de operaciones en la última guerra.

—¿Y para levantar su mapa estuvo usted en esa región? preguntó Roberto.

—La ciencia moderna ha evitado esas molestias; yo le reconstruyo cualquier comarca por medio de la tectónica; es la anatomía de la tierra; con un terrón, con una piedra, soy como Cuvier con un hueso, puedo precisarle las alturas con diferencias de milímetros.

—Bien, observó Roberto, usted no sabrá de leyes porque no es su especialidad; pero sí conocerá el Canal de San Martín; allí se vencieron dificultades de orden semejante.

—¿El Canal de San Martín?... ¡Cómo no! Tiene doce kilómetros; pero allí el río no está expuesto a cambiar de lecho... Y cambiando nuevamente de tema: falta la cuestión seismológica, otra ciencia nueva que tal vez no conoce el señor Bellegarde.

—Yo no sé, dijo Roberto atajándolo, si el Canal de San Martín tiene doce kilómetros... es posible... lo que me consta, aun sin conocer la seismología, es que tiene cuatro actos, seis cuadros, no sé cuántas escenas.

—¿Cuatro actos, interrumpió Ronderos, un canal?

—Sí, señor, es el nombre de un drama.

—Señor Bellegarde, exclamó el general Ronderos levantándose, creo en su grande empresa, firmaremos el contrato.

CAPITULO IV CONQUISTADORES

—Alejandro, ¿no has visto en Europa un panorama como éste?

—Me siento perfumado con todos los olores de esta montaña.

Habían salido de Honda al amanecer y la atmósfera pesada, el bochorno insoportable, se habían cambiado en brisas deliciosas, que les traían el olor acre de las cortezas, las emanaciones de musgos y resinas, la fragancia de flores ocultas en la espesura.

En el silencio de la madrugada no oían sino el choque de las herraduras en la pendiente, el gorjeo de algún ave madrugadora, el gotear del rocío que, de los follajes, caía sobre el camino.

El despertar del día, el aliento de las montañas, la compañía de su amigo, comunican a Roberto una exuberancia de vida, de fuerza, de alegría; decididamente la vida es una fiesta.

— ¡Mira!

Han llegado a un boquerón; ven sobre sus cabezas la cúpula de azul diáfana; a medida que van alejándose las nieblas, los paisajes, en las profundidades, aparecen en un crepúsculo transparente. Asoma una luz nueva; del mar de neblinas van surgiendo los filos de los picáchos, las masas de follaje, los manchones del valle; la bruma se disipa hasta que en el fondo aparece el valle que corta de un extremo a otro extremo, en curvas angustiosas, el Magdalena.

Despertó la floresta; aleteos, concierto de trinos, de cantos; pájaros que aparecen, cruzan al sesgo el camino y se pierden chillando entre los árboles.

—Qué felicidad, exclamó Alejandro, es este aire húmedo y fresco cargado de emanaciones vegetales que me llenan los pulmones, que me embriagan como el vino, esta inmensidad no medida, ni descrita en ninguna guía... este... aguárdate... aguárdate: me has inspirado un pensamiento magnífico... sublime.. ¿dónde lo pusimos?... Sí, en esta alforja de la derecha... Saca un frasco de plata, destornilla el tapón, sirve, se quita el sombrero, dejando ver el rostro rubicundo, enmarcado por la barba y los cabellos de oro.

—A la salud de mi tierra, la más bella, la más querida de todas las tierras!

A pesar de la broma, en el acento de Alejandro había un dejo de emoción y de ternura.

Siguieron subiendo.

— *Fausto, Fausto*, exclamó Roberto... no te has corregido... siempre eres el agotador de sensaciones, buscando todos los excesos y todos los contrastes.

— A propósito, gran inconstante, terminaste la traducción de *Fausto*?

— Eso es superior a mis fuerzas; Goethe envuelve en un cuarzo durísimo el diamante de su pensamiento. El traductor tiene que hacer trabajo de lapidario; no tengo vocación de cantero... es una empresa propia más bien para la paciencia y para la tenacidad del doctor Alcón...

— Hablando de otra cosa... ¿sabes que el general Ronderos nos tiene de candidatos para el Senado?

— ¡Ah! no... quién se mete en eso... tú le habrás dicho que es imposible; que declinamos el honor... que...

— No, no se lo he dicho, porque no podemos abandonarlo en la lucha... El mismo me advirtió, recordando las palabras del Arzobispo Mosquera, que no nos convidaba para el Tabor sino para el Calvario.

Oyeron atrás en la pendiente el rodar de los cascajos, los resbalones de un tropel de bestias. Se detuvieron, volvieron a mirar. Era Casanova, el mayordomo de Alejandro, y Milán Gil, a quien llamaban el *Chispas*, mayordomo del general Ronderos, que traían las bestias de remuda y dos caballos de coche que venían de Europa.

— ¿Cómo vienen los alazanes?

Eran dos caballos de pura sangre; bajo la piel fina y lustrosa se mostraban las venas, la recia musculatura.

— Mira qué asombrados están, continuó Alejandro, de andar por estas breñas.

— Y sin dignarse cruzar una palabra con esas mulas, conforme a observaciones hechas en *El Moro*, de tío Manuel.

Coronaron la altura, empezaron a bajar; en el fin de la cuesta se oía un torrente, que despeñándose llegaba al camino, hacía un remanso y se precipitaba luego en la hondonada.

Las mulas al acercarse aguzaron las orejas, arriscaron la nariz, se lanzaron hacia el pozo, que, tocado por los primeros rayos del sol, dejaba ver en el fondo, entre transparencias trémulas, guijos como tejos dorados.

—Ustedes se adelantan, dijo Alejandro a Gil y a Casanova, y nos mandan hacer de almorzar en *El Consuelo*.

Después de remudar cabalgaduras se adelantaron los mozos, y los dos amigos continuaron escalonando las montañas.

—Y ¿qué tal de negocios?

—¿De negocios?... contestó Roberto, te hablaré con franqueza... tú sabes que yo empecé a trabajar con muy poca cosa... con nada... pues bien: ese nada ha ido en aumento... en aumento...

Alejandro iba a replicar, pero en ese instante los alcanzó un sujeto que subía a escape; los miró torvamente, con sorpresa y con disgusto, puso espuelas a su caballo y los dejó atrás.

—¿Conoces?... preguntó Roberto.

—No.

—Es Escipión Socarraz.

—Escipión?... Con esos humos, sin detenerse?... Qué ha habido?

—Es una historia... que se repite con frecuencia.

—Hace cuatro años que lo dejé en *El Sauzal* con su padre, que quería enseñarlo a trabajar.

—Pero eso no lo aprenderá él, ni habrá quién se lo enseñe... En fin, tú sabes que el pobre viejo, que anda todavía descalzo, gastando sus economías de treinta años, mandó a Escipión al colegio, pero no fue posible que estudiara; pretendía siempre, eso sí, los honores, las distinciones, sin tomarse la molestia de trabajar para obtenerlos, y alegaba que los profesores le tenían entre ojos porque era pobre y que allí sólo había preferencia por los ricos. Esta palabra de "los ricos" es la que quizá ha repetido más en su vida. No creo que haya quien aborrezca más el gremio a que desea pertenecer. Del colegio lo expulsaron porque había armado no sé qué revolución; volvió a casa de su padre diciendo que él no quería estudios sino empezar a trabajar; el viejo le entregó cuanto tenía y de todo dio cuenta en poco tiempo. Pidió más dinero, se le negó, falsificó la firma de su padre para obtenerlo; el viejo, al saber la fechoría, lo echó de la casa.

—¿Y ahora?...

— ¿No lo adivinas?... Ahora se ha metido a periodista jocosos y agresivos: redacta El Escorpión... No, no lo redacta, sirve de testaferrero para que escriban otros, y él saca la cara, responde de todo... El nombre del periódico te indicará su objeto... Sin duda viene ahora de encontrar a Landáburu y poner el periódico y su persona a sus órdenes.

— A nadie como a Escipión le convendría más una guerra... tipos como él son los que obtienen en nuestras revoluciones, de un salto y como por encanto, la posición social, las riquezas y la notoriedad que no consiguen otros sino por medio de largos esfuerzos, de una vida llena de merecimientos.

— Pero esos son los hombres de Landáburu, sus futuros soldados, sus capitanes y... créemelo, será un ejército temible, porque nada tienen que exponer.

Siguieron largo tiempo en silencio, cabizbajos; el entusiasmo que los dominaba se desvanecía ante la perspectiva de la guerra.

Alejandro de pronto acortó la rienda y fijó con intención la mirada en su amigo

— Volvamos a hablar de tu prima Inés... Ese es matrimonio hecho ¿no? Cuando me fui estabas tan entusiasta... Y ella ¿siempre tan bella, tan aristocrática y tan reservada?

— No..

— ¿No? ¿Cómo así?

— No: ahora es más bella, más aristocrática y más reservada.

— Pero tú la quieres... y ella te corresponde. Al fin te casas... pero, no. Tú siempre mariposeando: ni acabarás la traducción de Goethe, ni la biografía de don Melchor, ni tus estudios coloniales, ni harás en tu vida un soneto completo, ni te casarás con Inés.

— ¡Ah, quién sabe!

— Pero míra: en el fondo no me disgusta eso: no es Inés para ti, ni eres tú para ella.

— No hay mujer que se parezca más a mí, replicó Roberto con entusiasmo; lo siento cuando estoy con ella. Unos mismos gustos, un mismo carácter...

— Precisamente: dos soñadores... dos inconstantes. ¡Imposible! Dicen que no se deben unir dos voluntades, ni dos vacilaciones tampoco. Tú necesitas otra mujer. A tus sueños hay que oponer la realidad; a tus fluctuaciones, una resolución; para una naturaleza complicada como la tuya, se necesita una naturaleza sencilla, neta,

práctica, primitiva, como la de una muchacha con quien he subido el río... ¿Dices que no me acuerdo de ti?... Me he acordado al ver esa joven. Viene con su padre, un millonario que va a establecerse en Bogotá. Esa, ésa sí te conviene...

— ¡Nada, nada! Matrimonio científico con programa, por nota... Matrimonio de conveniencia... No me conviene. Si me caso, me caso en una improvisación.

— Hasta el nombre bonito, insistió Alejandro. Es Lola... Lola Montellano

— ¿Montellano? dijo Roberto frunciendo las cejas con un sentimiento de malestar. Precisamente es el que ha comprado nuestra casa, por medio de apoderado.

— ¿Vendieron la casa? contestó Alejandro con sorpresa y desagrado. Ya ves, es un argumento en favor de lo que te decía. De la cuestión vital del dinero no conoces sino un lado: el saberlo gastar.

— ¿Y tú? repuso Roberto con ironía. ¡Ah! respeto en ti al maestro que tiene toda la autoridad de la experiencia... Vas a tener que vender la mitad de *Sauzal* y *Cebaderos* para pagarte este último viajecito, y lo que llevas en esos cajones... Ya me figuro, lienzos, bronces, obras de arte, las sorpresas que me tienes ofrecidas. Y desfilaron las diez mulas con el equipaje de Alejandro. Desde ahora te profetizo al comprador: sería curioso que fuera el mismo Montellano. Te profetizo al padre y te receto la hija.

— Ese Montellano... ya lo conocerás mañana, tal vez hoy mismo... me ha divertido muchísimo en el viaje; un completo contraste entre el modo de ver y de sentir de él y nuestro modo de sentir y de ver; pero no es un hombre de quien pueda uno reírse; es un luchador formidable, un victorioso; ha hecho una fortuna a golpe de hacha y golpes de ingeniero... "a vuelta de brazo", como él dice. Me ha contado su vida: llegó un día, hace veinte años, a las selvas del Taguaté, sin más que su mujer, una hacha en la mano, una idea fija en la cabeza: enriquecerse. Descuajó el bosque, "árbol por árbol, culebra por culebra"... Ya le oirás el estilo... Al cabo de diez años aquellas montañas eran vegas cubiertas de pastales y de cañas. Para mover el trapiche desvió una corriente de agua que iba a la población. Los vecinos protestaron: agonizaban de sed. Entonces empezó una lucha, que todavía continúa, entre el pueblo y el trapiche. Unas veces el pueblo en masa se arma, ataca al centenar de peones del trapiche, vence, incendia los cañaverales... Otras veces Montellano aterrca al pueblo, se traba la lucha, brillan los machetes, vence, corre la sangre... y corre el agua al trapiche. "Un mes... un solo mes de molienda, como él dice, y se repleta la caja." Después de los golpes de hacha vinieron los golpes de bolsa. Es un gran rematador de rentas en aquellas regiones. Por último, ha resuelto invertir su dinero en casas y haciendas... y viene a ejercitar su talento, sus energías, su audacia, en un campo más vasto: viene a la conquista de la capital.

—De modo, dijo Roberto con sarcasmo, que la muchacha está llena de cualidades: es casera y es hacendosa.

—Pero entendámonos, hablemos en serio; no te aconsejo esa muchacha por el dinero... ¡Ah, eso no! Uno debe ser amo y no esclavo del dinero... Es que tú necesitas de alguien que te haga sacar provecho para ti, y no para los demás, de tu iniciativa, de tu talento; ella tiene lo que te falta: una ambición, una voluntad que te encamine, que te fuerce a pensar en la vida real, que te haga entender tus obligaciones.

—¿Mis obligaciones?... ¡Ah, sí! El que se case con ella se llenará de obligaciones.

—No; ella te hará el yugo suave; tú la amoldaras.

—Sí; el que se case con ella se llenará de obligaciones, porque el padre, el Montellano, le entregará a su yerno algunas fincas raíces y le endosará sus créditos... ¡Gracias! Renuncio a la muchacha y a las obligaciones de ese matrimonio... ¿Dejar a Inés?... Ahora menos que nunca... ¡Sería una deserción enfrente del enemigo!

—¿Enemigo?... ¿Quién?... ¡Un rival!

—Vas a conocerlo, será tu grande amigo... Es un hombre que sostiene que el único fin de la vida es el arte... un wagneriano empedernido que admira en el maestro más al apóstol del arte que al artista. Como rival, peligroso; con esas ideas ya ves si será simpático para ti y para Inés... En nadie he visto un equilibrio más perfecto entre el corazón y la cabeza... Ya ves... le hago justicia... A mí mismo me ha conquistado... He comprometido en su empresa todo lo que tengo, lo poco que me queda, porque es un grande empresario.

—Pero ¿cómo se llama?

—Bellegarde.

—Lo conozco de nombre; supe que venía a Colombia y que algunos amigos le habían dado cartas de recomendación para tía Teresa...

—Y por eso lo convidó a comer el 1° de enero... Pues precisamente esa noche noté que Inés derretía el hielo de que está formado... A pesar de que parece no haber querido nunca sino a las mujeres pintadas o esculpidas, sorprendí en él ademanes, gestos, matices que me probaron que no le es indiferente la hermosura humana.

—¿Y qué viste?...

— Te repito, matices imperceptibles, entonaciones de voz, miradas fugitivas.

— ¿Y eso es todo?... Me parece poca cosa, aun para un Otelo.

— Hay algo más grave: yo acompañaba a Inés de pie junto al piano, tenía un espejo enfrente y vi en él, sin que Bellegarde lo sospechara, que se acercaba a una consola donde ella había dejado un ramo de rosas de Castilla... lo vi tomar dos o tres de ellas y esconderlas furtivamente.

— ¿Sí?... ¡Me alegro mucho! Y ojalá que Inés le corresponda... Y su empresa...

— Como te dije anoche, Bellegarde tiene una idea salvadora, un proyecto colosal: la canalización del Magdalena, y la colonización de todas las selvas que baña el río; y el contrato con el Gobierno quedó ya firmado.

— Sí, magnífico replicó Alejandro; el proyecto en sí me parece admirable...

— No sólo para el país, en general, sino en particular para nosotros, agregó Roberto con creciente entusiasmo. Te conté que vendimos nuestra casa: en parte, para pagar deudas; en parte, para tomar acciones en esa grande empresa... Tú también debes entrar; le he pedido a Bellegarde que te reserve unas cuantas acciones. ¡Ah! tú verás; seremos ricos... ricos, no: millonarios.

— ¿Ya pagaste las acciones?

— Sí.

— ¿De modo que has quemado las naves? Todo tu porvenir, toda tu felicidad están vinculados al éxito de esa empresa.

— Todo: de ahí dependen la tranquilidad de mi madre, el decoro de mi vida, la satisfacción de mis ambiciones, mi matrimonio. Lo he puesto todo a una sola carta.

— Sí, yo también entraré, exclamó Alejandro extendiendo la mirada por el inmenso panorama con una expresión de conquista. ¡Yo también!... Y mientras tú le ayudes a Bellegarde en Bogotá, yo iré a esas selvas, gastaré mis energías, este exceso de vigor que constituye mi felicidad y mi desgracia... ¡Ah, haremos cosas admirables!.. Sí voy a vender a Cebaderos para tomar acciones...

Roberto de pronto hizo un gesto de desaliento.

— ¿Cosas admirables? ¡Ah, si hubiera paz!...

— Sí, habrá paz. Es verdad que Landáburo ha subido el río arengando en todas las poblaciones; es cierto que Cardoso, según se decía en la costa, ronda por la

frontera; pero el pueblo quiere paz... La vanidad inconmensurable de Landáburo, los despechos de Sánchez Méndez, las ambiciones de Cardoso, de Polanco, la envidia de Socarraz... Todo eso se volverá humo, se desvanecerá al soplo del progreso y la riqueza. La nación aprenderá al fin a conocer a esos hombres, a desconfiar de ellos. Nosotros, guiados por el general Ronderos, desplegaremos doble energía contra esos bárbaros y contra la naturaleza salvaje... Es preciso que la empresa se lleve a cabo, y se llevará. Y al hablar con entusiasmo, con calor, con fe, se revelaba en su verdadero sér; de su cuerpo atlético parecían desprenderse efluvios de voluntad. En sus ojos azules brillaba el grano de locura que inspira las aventuras gigantescas, las empresas imposibles.

— ¡Bah! yo iré a esas selvas; echaré los caímanes del río, haré un gran puerto; donde braman tigres, pitarán las locomotoras, y donde hay selvas espesas, levantaré ciudades.

Habían llegado a otra cima; se detuvieron, volvieron bridas, contemplaron el vasto horizonte.

Y siguieron así, embriagándose con sus propias ideas, discutiendo todos los pormenores, escrutando el porvenir esbozando sus sueños de lucha, de prosperidad y de progreso; sí, realizarían la conquista de esas selvas inmensas, enmarañadas, cubiertas ahora de pantanos, pobladas de fieras; el río, convertido en un canal profundo, permitiría el tránsito de buques de alto bordo, que subirían con las muchedumbres de inmigrantes y bajarían con los productos de esas fecundas regiones; vendría el despertar de un mundo descubierto, adivinado, pero no conquistado todavía; y de ese mundo virgen, intacto, de incalculables riquezas ocultas en la sombra de los bosques, saldría luégo un rumor de vida, un himno de resurrección, el clamoreo de las campanas y los yunques en las aldeas nuevas; la agitación, el hervor gozoso de las ciudades que surgirían en medio de los plantíos sueños; y entre el estrépito de la industria, la barahunda del comercio y el rodar del oro, millones de hombres felices, ricos, gozando de la paz, bendecirían, aclamarían a los fundadores de esa prosperidad y esa grandeza.

Y ambos, nietos de conquistadores, sintiendo despertar en ellos el instinto de las nobles aventuras, de las ideas gigantescas, y embriagados por ese ilimitado horizonte, excitados por los perfumes de esa mañana tropical, extendían el brazo en un movimiento amplio de dominio, de esperanza y de victoria.

CAPITULO V

SUCESOS DE LA VENTA

Adelantaron las mulas hacia la posada.

— ¿Qué es aquello? exclamó Roberto sorprendido.

En el centro de la explanada, dos hombres, frente a frente, se desafiaban: el uno, moreno, de barba negra, esbelto, empuñaba un garrote; el otro, grueso, corpulento, bizco, apretaba una navaja. En u ventana asomaba el rostro asustado de una muchacha.

— ¡Quietos! gritó Alejandro. Quieto, Escipión... ¿Qué es eso, Milán?

Los dos paladines, el redactor de *El Escorpión* y el mayordomo del general Ronderos, después de lanzarse una última mirada de odio, en que aplazaban el reto, se retiraron.

Saltó de la tienda una mujer regordeta. Saludó con júbilo a los dos viajeros; luégo se deslizó en quejas. Esos mozos no le dejaban vida... Ella estaba tan contenta en la sabana, en *El Sauzal*; pero había tenido que emigrar; todas las semanas había riñas como esa por su hija Bibiana, que no quería a ninguno de los dos, o que los quería a ambos... En fin, había venido a poner su tienda ahí, bien lejos, y sin embargo el diablo volvía a traer a los dos enamorados... El día menos pensado habría una desgracia...

— La navaja... el garrote... dijo Alejandro riendo y recordando los celos de Roberto. Esos sí son matices...

— Desmóntense, gritó la ventera. Sigán a tomar su almuercito, que si no apuran... hoy me llega mucha gente.

Entraron. En la mesa, y de espaldas a la puerta, un individuo despachaba a la carrera un plato de huevos. Del saco blanco salían un cuello y una calva roja y grasosa.

— Mi querido González Mogollón, dijo Alejandro echándole los brazos por detrás, ¿usted por aquí?

— Sí, amigo. ¡Cuánto gusto de verlo! Cuatro años ya de ausencia. Yo ya sabía que usted había subido el río en el *Pachita Stevenson*. ¿Dónde dejó a las Hermanas de la Caridad? Me he venido a encontrarlas porque, como usted sabe, mi vida es de los pobres... No me gusta hacer ruido con mis cosas —agregó con voz de abejón y gesticulando rabiosamente—, aunque me pese el decirlo y ofenda mi reconocida modestia, pero sí le digo que tengo hoy tres proyectos y una comisión.

Mire este hiladillo en la cadena del reloj; me lo amarré para acordarme de que no debo dejar pasar al general Landáburo sin hablar con él de un arreglo entre el círculo de *La Revaluación*, de que es él jefe, y el círculo de *La Integridad*, a que yo pertenezco. Me dicen que viene muy bien dispuesto, predicando la paz. Mire esta otra señalita, este algodón que tengo entre la oreja; pues es para acordarme de fundar aquí, como estoy fundando en otras posadas, la lectura moral gratis y obligatoria... una idea práctica reconstituyente y rehabilitadora; mientras los transeúntes comen, quieras que no, les pongo un lector a que les lea cositas edificantes. Además, estoy aguardando a las Hermanas de la Caridad para ver si se encargan del Hospital Docente; otra idea mía; idea práctica, enteramente práctica. Y en todo esto no me gusta hablar de mí, mi atención es de tejas para arriba.

—Usted siempre tan atareado, señor González, y con cien proyectos a un mismo tiempo.

—Mi amigo, todos reniegan de González Mogollón, pero me salgo con todo.

—¿A quiénes ha dejado usted en el camino? agregó González.

—Dejé, dijo Alejandro paseándose por el corredor, a las Hermanas, a quienes traté mucho durante la travesía.

—¿Y Landáburo? preguntó González.

—Sí, sí; atrás se quedó; hubiera podido llegar desde ayer, pero se detuvo en Honda en su propaganda, echando peroratas contra la "política de la puerta trancada", contra el "terror blanco" y mucho de "derechos conculcados", de la "Ley 22 con su inicuo parágrafo", pero... en medio de predicando la paz, una paz a su manera.

—Apuesto mi cabeza, clamó González Mogollón, dándose en el cuello un tajo terrible con el filo de la mano, mi cabeza, sí señor, a que antes de quince días he celebrado un arreglo entre los jefes de los dos bandos. Ya tengo preparado un banquete... Pues tendremos paz para veinte años.

—A propósito de farsantes, dijo Alejandro, también viene la compañía de ópera.

—Y la pri... ma... do... na, interrumpió Roberto con sorna.

—Hombre, sí, una maravilla, un encanto, hasta el nombre: la Rondinelli, la Golondrina. Si la oyeras en *Aida*, en el dúo final con Malatesta.

—Malatesta.... Rondinelli... Opera, agregó González con el ademán de un hombre en acecho, éstos ya los cogeré por mi cuenta... los exprimo... ya verán cómo les

saco una noche de beneficio para el Hospital Docente... para que no se me olvide, voy a ponerme cambiado este botón del chaleco.

—Míra, Roberto, dijo Alejandro en voz baja, ahí está ya la hija de Montellano.

—¿El millonario?... Sí, sí; interrumpió González con gesto de malicia y amenaza, aunque reniegue, aunque me salga con el *non serviam*, le saco unos veinte mil para la Sociedad de la Salvación Forzosa... y unos treinta mil para el hospital consabido.

Las espuelas de Montellano resonaron sobre el empedrado, y con las piernas abiertas para no enredarse, fue a tratar con la patrona el asunto del almuerzo.

No se hizo esperar éste, y con las apetitosas fritangas desapareció el decaimiento causado por el madrugón y el hambre.

Después del almuerzo, Montellano, todavía con zamarros, espuelas y sombrero, respaldado el taburete contra la pared del corredor, se entregó a la placidez de una digestión tranquila. Medio aletargado, entrecerrados los ojos, recordaba su hacienda —*La Danta*—, el trapiche, las luchas sangrientas por el agua, el río de miel, el río de oro; repasaba sus otras propiedades en tierra fría, en tierra caliente; las sumas dadas a interés; los deudores morosos, el cúmulo de obligaciones pendientes de que había hablado Roberto; el producto probable de una nueva renta; sus próximos negocios al llegar a la capital; esa nueva casa que había comprado sin conocerla; y, en tanto, percibía confusamente lo que le rodeaba: las mulas que pateaban secamente sobre el empedrado, mientras molían con tesón el pasto entre las mandíbulas; una clueca que, seguida de su pollada, escarbaba entre brozas; el ruido de la tienda y de una conversación monótona una caja de lata que arrastraba un chiquillo; y sumergiendo esos ruidos, envolviéndolo todo en un zumbido arrullador, surge en contorno, con el vaho sofocante de las hondonadas, el rumor de la tierra caliente, rumor sordo en que se mezclan ruidos de torrente, el frote sedoso de las plataneras y el canto soñoliento de las chicharras. Pronto a esa sinfonía se agregó el ronquido estruendoso de Montellano, entrecortado por palabras ininteligibles: cien mil... duplicar renta... seguir molienda... no rebajo...

Entretanto, Dolores salió a dar una vuelta para desentumecerse, sofaldando el traje de amazona; quería echar una ojeada al camino que iban a recorrer, y vio a un lado de la casa levantarse e intrincarse los peldaños medrosos del camino, y más arriba, en una atmósfera helada, la crestería de la cordillera, sobre la cual se apoyaban nubarrones amenazantes. Quiso luégo, al lado opuesto, sondear las regiones que habían dejado atrás, dio algunos pasos y se detuvo de pronto ante un corte vertiginoso que se asomaba sobre la tierra caliente. A su lado crujía la hojarasca con la fuga de los lagartos. Del fondo se alzaba una palmera, que venía a balancear a los pies de Dolores, con vaivenes de abanico, los flecos del

penacho, entre el cual bermejeaba el inmenso racimo. Enredados en las copas de los árboles colgaban los bejucos de campanillas, rojas y moradas, transparentes, alimentadas de luz y de aire puro. Cruzó una enorme mariposa que en vuelo oblicuo encendía y apagaba perezosamente el terciopelo azul de sus alas.

— ¿Tenía yo razón? dijo Alejandro apoyándose contra el madero de la puerta y observando de lejos a Dolores. Míra, Roberto, esa cara tan fresca, ese cuerpo vigoroso... y sobre todo, esos ojos.

— Sí: llenos de voluntad y de fuego.

Desde el alto mirador tendió Dolores la vista, y vio hundirse y dilatarse un valle que, como abarcando medio continente, se extendía hasta el último fondo del horizonte. Se estremeció al ver a sus pies, entretrejidas y balanceándose, las copas de los árboles, cuyas ramas al entreabrirse dejaban ver claridades y sombras, y la trabazón de raíces, bejucos y troncos que se abrazan y retuercen como serpientes que luchan en el abismo. En oleadas sucesivas, un bosque sigue a otro bosque hasta que los tumbos de verdura decrecen y se pierden en prodigiosa lejanía. Los bosques cercanos brillan con la pompa de sus flores rojizas y el verde vivaz de sus frondas; a medida que la perspectiva montaraz se va alejando, los matices se asombran y confunden; sólo a grandes trechos resaltan los abanicos de las palmeras, el plumón amarillo de los guaduales, y negrean distintamente los manchones de los desmontes y las rozas.

El río, deslizándose sobre arenales candentes, alza allá en las hoyas un vapor que flota a lo largo de la corriente, y esa gasa que ondula a veces desgarrada, deja entrever el relampagueo de las ondas.

Rayando el azul de los cielos, el cono del Tolima, con cambiantes de perla y la cinta de nevados, sobre cuyas blancuras van cayendo cascadas de carmín y de oro. Una fiesta de luz, de luz tropical exuberante, con regueros verdes, rojos, amarillos, se derrama, se revuelve en una bacanal de colores.

Roberto, que quería también admirar el paisaje, y conocer a la *Lola* de Alejandro, se acercó a la orilla del tajo, y dejó vagar la mirada por aquel paisaje admirable. Permaneció allí, entregado en pleno éxtasis, al encanto de una mañana de luz, y gozando con ese abandono de todo su sér, que en tales momentos lo hacía tan sensible, tan vibrante a las más ligeras impresiones. Crujió la hojarasca. Dolores volvió la cabeza, sonrió; Roberto, con gran cortesía y acercándose, le dirigió algunas frases banales que no recibió ella con desagrado, animándolo así a prolongar una conversación en que Roberto pudo derrochar la agudeza y la chispa de su ingenio, los tesoros de su fantasía.

Un coro de alegres voces interrumpió la conversación.

Bulliciosos, con sus trajes de colores claros, condecorados de flores, el sombrero sobre la oreja una sonrisa entre los bigotes de mosquetero, salieron a la explanada en tropel abigarrado los coristas de la compañía de ópera. Detrás surgió el tenor, Malatesta, envuelto majestuosamente en su *plaid* escocés, que con los flecos cubría las ancas de la mula.

—Salud, Radamés, gritó Alejandro, tarareando la marcha de Aida.

—La-ri-la-ri. Salute, caro Alessandro, contestó el otro con voz de trueno, inflando la camisa con la respiración poderosa; se descubrió, se enjugó la frente, se pasó el pañuelo por los largos bucles castaños, se frotó el cuello fornido, y fijó en Alejandro las pupilas color de aceituna. *¡Cuánto caldo!... ¡Dío, qué caldó!*

—Señora, caldo; el francés viene en ayunas, dijo González Mogollón; yo siempre en las obras de misericordia: dar de comer al hambriento.

Llegó a la explanada la Rondinelli y detuvo la mula.

—*Eccola qua*, dijo Roberto rodeando con sorna a Alejandro. Realmente, una belleza; ayudémosla a desmontarse.

—Camína y verás una de esas cabezas que has admirado cien veces en los lienzos de los grandes maestros venecianos.

—¿Veneciana?

—De la propia plaza de San Marcos.

Se acercó Roberto y admiró la elegancia larga y llena del cuerpo; el arranque del cuello, que salía con libertad de un saco blanco, y mostraba inflexiones y curvas de escultura. Los rasgos de la cara tenían un ritmo de líneas y de sonrisas en que se leía la falta de pensamiento y de preocupaciones, y los ojos una placidez brillante que recordaba la mirada húmeda y tranquila de las vacas; la boca, en que vagaba una sonrisa desdeñosa, estaba llena de provocaciones y de encantos.

—*¡Alessandro! ¡Alessandro! ¡Cuanto é bella, la tua terra, ma é terribile! ¡Abismos! ¡Abismos! Yo lloraba* —decía la Rondinelli fijando en Roberto los ojos agrandados por el miedo—. *Este mulo es pérfido. Ya toco terra; ¡andiamo, andiamo! ¡Oh! Malatesta é castato por terra tre veces e yo rideba ¡ja, ja, ja!* Y siguió hacia la casa, del brazo de Alejandro.

Sofocada, echó a un lado el sombrero. Roberto, siguiéndola, observaba la arrogancia y altivez inconsciente de movimientos, los ademanes amplios en que el enorme chal rojo ondulaba como rico manto de púrpura y se partía en pliegues que recordaban los papeles y actitudes de trágica. Al hablar con Alejandro, en un

parloteo sin sustancia, movía ella la cabeza y hacía valer más la línea pura y larga de la nuca, la redondez del cuello. Sobre la blancura de tonalidad caliente flotan y brillan mechoncitos sueltos, sortijas rebeldes con reflejos de ámbar, con cambiantes de llama, con visos rubios de tamo, y luégo, en arranque magnífico, se alza, se retuerce y se enrosca sobre la cabeza una trenza maciza de oro.

Cruzaron la explanada; al llegar a la sombra de la casa los hizo volver la cabeza el ruido de las herraduras de un caballo que en largos resbalones descendía la cuesta.

Se acercó a la casa un individuo flaquísimo, de cara lívida, con los ojos sin brillo, sudoroso; chaleco de terciopelo y larga melena 1830.

—Alejandro, observó Roberto señalando al recién llegado, con un tinte de ironía imperceptible, te presento al poeta Mata, al Director de la *Pagoda de Nietzsche* una notabilidad que no dejaste... una nueva esperanza para Colombia...

—Gracias, gracias... dijo Mata apeándose, gracias: apenas un tomito de Nitroglicerinas, que han reproducido casi todos los periódicos de América, inclusive *La Abeja*, de Tehuantepec. Y si ustedes se empeñan —agregó poniendo un ceño de inspirado— les voy a recitar los versos que publiqué en la última Pagoda: van las últimas estrofas, las más aplaudidas:

Yo quisiera en mi tumba bajo tirsos de lotos
Beber la sombra entre momias de ojos inmotos.

—Hombre, amigo, interrumpió Alejandro con mal humor. Usted pensando morir a su edad.

—Sí, señor: la muerte es mi amada, mi eterna prometida, como lo digo en mi próximo tomo *Amor Dionisíaco* y continuó:

Cubran, pues, mi cadáver las arenas del nublo
Arenal, como pliegues de un gran sudario rubio
Y en vez de sacerdotes de hipócritas suspiros,
Récenme roncros bonzos, rezando en sus papiros.
Se interrumpió.

—¡Una idea!... Dejar esta poesía aquí mismo, en el album de *El Consuelo*... Mi señora, ¡el álbum!, y escribió:

"A mi inolvidable amigo el general Landáburo, a quien vine a encontrar hoy en comisión política importante:

.....
.....

En vez de cruz y de latines, quiero magníficos
Signos sobre mi lápida con ocres jeroglíficos.

En vez de los *requiescat* en caracteres góticos
Quiero los sugestivos caracteres demóticos

Con sus hierogramatas y erizados criocéfalos
Abuelos decadentes de los griegos bucéfalos

Y el cuerno funerario de cariñosa Osiris
Que juega con las danzas estéticas del Iris."

Al acabar de escribir, aprovechando un momento de descuido, sacó una jeringuilla, se remangó los pantalones y con un gesto de dolor en que cerró los ojos y se mordió el labio, se puso una inyección de morfina.

Mata dejó caer al agacharse un papel impreso. Roberto lo recogió: eran las pruebas de la *Pagoda de Nietzsche*, con la relación del "espléndido y popular" recibimiento al general Landáburo en *El Consuelo*.

—Míra, dijo Roberto a Alejandro, ya está impresa la descripción de un mítin. Aquí, hoy, con discursos y todo, un mítin que no ha habido ni habrá nunca... ¡Ah, Landáburo y Mata, qué pareja!... Míra, el poeta está ahora en la otra pieza clavando el retrato de Landáburo, ayudado por Escipión Socarraz.

Llegaron las Hermanas de la Caridad y atravesaron la explanada. González Mogollón se adelantó a recibirlas.

Alejandro se inmutó, se puso sombrío.

—Esa hermana, preguntó Roberto, tan joven y distinguida, ¿es la marquesita de Montemar?

Y admiró Roberto la elevada estatura, el porte de reina; la palidez ascética, la fascinación de las pupilas azules, la calma imperturbable de la eternidad que revelaba toda su persona.

Roberto iba a continuar y lo interrumpió un alboroto.

—¡Viva el general Landáburo! gritó Mata al oír en el patio un ruido de herraduras. Al grito salieron todos los viajeros y vieron un hombre de catadura militar, guantes de manopla, botas, galápago de terciopelo rojo, gualdrapa con franjas amarillas, pistoleras, y un caballo que coleaba frenéticamente hostigado por los espolines, y derramaba por el suelo espumarajos sanguinolentos.

— ¡Viva el general Landáburo! repitió Socarraz.

El del caballo se retorció el bigote en un movimiento nervioso se irguió heroicamente, dirigió una mirada de conquistador sobre aquella agrupación, en que se confundían caballeros, coristas, religiosas, sirvientes, arrieros.

— ¡General Landáburo! dijo Mata adelantándose con una copa y a riesgo de quedar aplastado, por los caracoleos del caballo. Permitid que, en comisión de la *Pagoda Nietzsche*, y en nombre de la Revaluación, os presente esta copa de bienvenida... ¡Salve al héroe de la idea! ¡Salve al republicano conspicuo! ¡Salve al azote del cesarismo! ¡Salve al terror de la camarilla de suizos! ¡Tres veces salve al futuro fundador de la revaluación republicana!

El otro procuró sosegar el caballo, se sentó mejor en el galápago, levantó el pecho, tendió la mano en que brillaba un látigo con pomo de plata, hizo un gesto circular, sonrió, extendió la mirada a lo lejos como sobre un mar de cabezas, y en voz de parada prorrumpió:

"¡Soldados...! digo, conciudadanos y señoras:

"Estoy leyendo en vuestras húmedas pupilas la satisfacción de verme otra vez entre vosotros, después de un año o algo más de ausencia de esta tierra que, para darle algún nombre, llamaría patria, aunque se nos niegan nuestros derechos, sobre los cuales no debemos permitir la prescripción del olvido.

"Me dirijo en estos momentos a vosotros, a pesar de que estamos todos con el pie en el estribo, porque se extrañaría que un hombre de mi notoriedad y de mis largos servicios a la gran causa de la revaluación, pasara sin decir esta boca es mía a todos los que sin distinción de fronteras ni de razas me están escuchando con tan exquisita cultura. Sería cargo de conciencia, que yo no me perdonaría, el no decirle cuatro palabras a la masa neutral y pasiva que me escucha y que vive entre a la lucha del pan, viviendo en y para la servidumbre, como feudales hijos de la gleba, en esta época de exclusivismo en que impera la política de la puerta cerrada. Sí: aunque los del Gobierno, y el Gobierno mismo, se gastan lujo asiático y visten seda de a quinientos pesos la vara, mientras que vosotros no tenéis sino ropas astrosas para cubrir vuestras carnes; aunque ellos Viven en opulentos palacios y vosotros en guaridas como guardatinajos, los aconsejo, como medida prudencial, que viváis de y para la paz, y la prediquéis a los cuatro vientos."

Todos, en fila, desde el corredor de la posada, escuchaban con sorpresa, con curiosidad, algunos con asombro, otros con risa.

"Me gusta —agregaba Landáburo— que al presentarme yo hablando de paz y, como Carlos Alberto de Saboya, con la espada envainada, se ensoberbecerán más y más los esbirros oficiales; me consta que no habrá de reconocerse la

iniquidad del artículo 22 con su pavoroso párrafo; me consta que seguirá imperando el régimen del terror blanco; me consta que se nos seguirá negando nuestra parte de sol, de aire y de agua; me consta que, olvidando mi sangre derramada en todos los departamentos, se seguirá haciendo mofa de mi origen *chiriquiteño* o *chirequitano*, como dicen. ¡No importa! En aras de la paz sigamos soportando el tacón herrado del despotismo sobre nuestras Cervices. ¡Viva la paz! Que cuando suene en el cuadrante de los pueblos la hora blanca de la libertad, siempre habrá entre el rescoldo cuatro tizones mal apagados para juntarlos con cuidado, soplar con fuerza, y hacer que se prenda la llamarada que será el alba de mejores días.

"Yo aconsejo una tregua para que por ahora no sigamos arrojando víctimas humanas en las hambrientas fauces de la hidra de la guerra. La hora de la Revaluación todavía no amanece: ¡Viva la paz! Convencidos ya de la inanidad de la recriminación, echemos agua sobre el vivac de los campamentos y no llenemos nuestros morrales de soldados con balas sino con frutos de exportación.

"¡Viva la paz!

"Yo siempre el primero en empuñar el rifle, y que siempre he disparado el último tiro, me siento con autoridad suficiente para predicar la paz. La última desastrosa y desoladora revolución fue una tremenda lección para hacerle ver al país lo que son las guerras. Cábeme a mí la no pequeña honra, que no me negaréis, de haber sido el sepulturero de la guerra civil, y de haber desacreditado por completo las revoluciones.

"¡Viva la paz!"

González Mogollón, que no perdía una sílaba enternecido, al pie de Landábuero, se sonaba estrepitosamente, se enjugaba las lágrimas, mientras iba y venía, hacía quites y giraba para evitar los caracoleos del caballo.

—General, exclamó, usted me ha conmovido. Desde ahora lo convido a poner la primera piedra del Hospital Docente. Una obra magnífica; los planos son del doctor Karlonoff.. Y tiene usted que hacerme otro discurso como éste, de mucha paz... de mucha concordia, de respeto a la autoridad.

Y, dirigiéndose a Roberto y a Alejandro, exclamó con cierto aire de reproche:

—Amigos, ¿por qué no aplauden ustedes? Ahora sí tenemos paz para veinte años.

Mientras seguía en el patio el torrente de palabras, la Rondinelli le preguntó en voz baja a Roberto:

— Señor mío... ¿quién habla?... Non capisco.... ¿Un sacamuelas?... ¿Vende específico?... ¿Médico ambulante?... ¿Un chioncatore? ¿Un gran chialatore?

— Un gran descretatore, señorita.

CAPITULO VI GLORIA Y DUELO

—Adiós, Roberto.

—Adiós, Fausto.

—Te espero en el *Bicontinental*. Después iremos al teatro; dan a *Werther*, no lo olvides.

Se alejó Alejandro.

Crujió la enorme llave de la cerradura, rechinó el portón y entró Roberto al antiguo caserón de su familia, desocupado hacía meses; atravesó el zaguán y vio el patio invadido por la yerba, y unas golondrinas, como dueñas de casa, que volaban del jardín a los cornisones de la arquería. A la izquierda del corredor bajo se abría, descansada y maciza, hecha como para subir por ella con lentitud cortesana, la escalera de piedra. De la pared al barandal resobado, cruzaban unos hilos de araña.

En el centro del jardín el mascarón vomitaba, como siempre, borbotones de agua sobre el tazón de piedra; en la soledad del patio el agua tenía como gemidos y lloros por la deserción de los amos.

Pretendiendo luchar con los sentimientos melancólicos, subió con desenfado la escalera, atravesó el corredor ancho y penetró en la penumbra del salón inmenso, colgado con doble fila de retratos de familia; los antiguos lienzos, de fondo oscuro, en donde brillaban los trece roeles azules en campo de oro de los Avilas. Iba a desprender aquellos cuadros para entregar luégo la casa, se detuvo un momento a contemplarlos, y creyó sentir que aquellas fisonomías altivas lo miraban con aire de reconvención y de sorpresa. Ellos habían estado allí por años, inmóviles entre el oro de sus marcos, viviendo en familia, y sirviendo de ejemplo a generaciones sucesivas. Se acercó al primer retrato:

era el compañero de los Reyes Católicos, el fundador de la raza. Al desclavarlo, relejó Roberto con amor y tristeza la inscripción: "D. Pedro Avila. Señor de los estados de las Navas y Villafranca, vasallo del rey y de su Consejo, primer conde de Risco y de Cadahalso, peleó en la batalla de Albufera contra Portugal. Tomó a fuerza de armas a Cadahalso, de que los reyes le dieron el título. Sirvió con su persona y gente en la toma de Granada."

Roberto se detuvo a contemplarlo, fascinado una vez más por el brillo de los atavíos guerreros; está en pie, revestido de una media armadura pavonada y damasquinada, con cabos de oro; el yelmo adornado de plumas carmesíes, puesto sobre un bufetillo de terciopelo color de grana. Al atavío marcial del

personaje se agrega una cota de menuda malla, gregüescos rojos recamados, bota blanca de ante, calzada la espuela. Descolgó el cuadro y lo puso en el suelo. Pasó al segundo. El soldado de Quesada: Alonso Avila y Cabrera, que vestido de fierro se erguía en el lienzo con ambas manos descansadas sobre la empuñadura de la espada. Sus ojos miraban torvamente bajo el acero del yelmo. Don Miguel de Avila y Arévalo, envuelto en su toga negra, sobre la cual se distingue la cruz de la Orden; enmarcada la fisonomía en el pelucón; la mano apoyada sobre pergaminos amarillentos. También cayó del muro. El cuarto: doctor Melchior de Avila y Castillo, Fiscal de Guatemala, de donde vino y pasó a oidor de Santafé en 1702. Al descolgarlo, un clavo abrió una ancha herida en la toga; Roberto creyó oír un quejido al desgarrarse la tela, y con vago pavor puso a un lado cuidadosamente el retrato, irresoluto y conmovido. Faltaban diez retratos y parecía que ellos, uno por uno, le preguntaban: "¿Por qué nos hechas?" Y él, sin apartar los ojos, y deseando que pudieran entenderlo, pensaba: "no es culpa mía".

Y desfiló en su memoria la cadena de acontecimientos que al fin de los años lo obligaban a entregar la casa paterna.

Con esa penetración con que se rehace el pasado de un golpe en los momentos de crisis, se le presenta el desastre de la inmensa fortuna de los Avilas, ligado a los trastornos políticos, a las revoluciones continuas.

Su abuelo, don Cristóbal, recibe intacta la herencia: fértiles haciendas que llevaban nombres de hazañas del fundador de la familia: *El Risco*, *Villafranca*, en la Sabana; *Las Navas*, *Cadahalso*, con inmensas vegas, sobre el río Magdalena. Don Cristóbal grava sus tierras para auxiliar al Gobierno, atacado en tres revoluciones distintas. Triunfan en la última los revolucionarios, le imponen contribuciones, lo expulsan del país, y muere en el destierro, octogenario, en medio de estrecheces y miserias.

Su padre, educado en Inglaterra, con aficiones de gran señor, de literato, de artista, reniega de su vocación, aprende numerosas industrias. Se traslada a Cuba, a Yucatán; consigue capitales, maquinaria, obreros; se instala en las haciendas del Magdalena, y cuando empieza a sonreírle la fortuna, cuando ha montado ingenios de azúcar, factorías de tabaco, cultivo y explotación de plantas textiles... se desata la guerra y todo lo quema, todo lo arrasa, todo lo desbarata.

Remontando después al más antiguo de sus recuerdos propios, perdido casi en las brumas de la primera niñez, se ve una noche en 1a hacienda de *El Risco* con su madre y su hermana Elisa, todavía en la cuna.

Se oye afuera choque de armas; los criados despavoridos dan el alerta; lo visten de prisa, toma su madre a la niña en brazos, escapan, suben una cuesta, cruzan los vericuetos de la loma, se asilan en una choza, y a la primera luz de la mañana ve recoger por los soldados todo el ganado de la hacienda, sacarlo al camino,

arrearlo para Bogotá. El Gobierno había dispuesto, según supo después, pagarse con él una contribución de guerra impuesta a su madre ya viuda, y que ésta no había podido pagar. Y recordaba la fisonomía de su madre, con un sello de irrevocable melancolía. Sus ojos afectuosos y tristes, que se humedecían de repente sin causa, como si tuviera en el desastre su pensamiento siempre fijo. La explosión de lágrimas, cuando se vio forzada a vender las haciendas para pagar gravámenes, aumentados con intereses de muchos años.

El también, Roberto, había querido trabajar, redimir siquiera la antigua casa de la familia, y se había ido a una montaña, último resto de la inmensa, fortuna territorial. Con infinitos esfuerzos, imponiendo nuevos gravámenes, había descuajado el monte, plantado un cafetal. Pero la guerra, con su regularidad siniestra, había aparecido. El había hecho entonces su primera campaña con el general Ronderos. Al volver a la capital encontró allí los regocijos, los honores del triunfo, y tuvo allí también la noticia de que los revolucionarios habían vivaqueado por meses y meses en sus plantaciones.

Y en ese instante pensó que le tocaba a él hacer la liquidación definitiva, recibir él solo el golpe del derrumbe.

Le tocaba contemplar sin aliento, sin brío, sin fuerzas para la lucha, la última escena del naufragio. De la regia herencia, a pesar de los esfuerzos por conservarla, no quedaba sino ese despojo, esa casa que iba a entregar aquella misma tarde y con cuya pérdida veía desvanecerse para siempre el esplendor de los Avilas.

En el retrato que tenía más cerca a sus pies, leyó de nuevo el lema *Gloria y Duelo*, y pensó que más cierto hubiera sido *más duelo que gloria*.

Vencido al fin por la pesadumbre que había estado desechando, se sentó en un sillón, reclinó la cabeza en el brocado y dejó caer lánguidamente las manos sobre los brazos retallados. Dirigió una mirada hacia los retratos que yacían en el suelo: "Ahí está don Pedro Avila, él fue el primero de la raza... ¡yo soy el último! El fundó la casa... yo vengo a entregarla (y sonrió con amargura). Estos dos primeros fueron gente de voluntad y sangre, hombrones de acción, que encontraron su energía y para sus ambiciones el mundo de los moros para combatir, el mundo de los indios para conquistar."

Recordó el soneto de Heredia que había empezado a traducir:
Comme un vol de grefauts hors du charnier natal,
Fatigués de porter leurs misères hautaines...

.....
.....

Cual se lanzan gerifaltes al dejar sangrientos nidos, Fatigados de arrastrar sus andrajos altaneros, Desde Palos se lanzaron capitanes y pecheros,

Empujados por un sueño, sueño heroico de bandidos.

Dejó vagar luego Roberto los ojos tristemente por la fila de togados, de oidores, de fiscales... También encontraron aquéllos para su fantasía, para sus sentimientos caballerescos, un mundo de aventuras y de amores en la vida romántica de la colonia; encontraron para sus talentos el Virreinato: la educación de un pueblo, la formación de una raza, la organización de un gobierno. A aquellos dos últimos personajes tocó la independencia: una patria que hacer libre y grande: el uno, compañero de Nariño en las campañas del sur; el otro, amigo invariable de Sucre, ambos habían desdeñado títulos y honores coloniales. Todos estos tuvieron épocas heroicas, dignas de grandes esfuerzos. Los conquistadores de hierro, al través de las generaciones, me legaron unas gotas de sangre altiva y aventurera; esos togados, el gusto de refinamientos cortesanos y sus anhelos místicos; los héroes de la independencia, su amor por las cosas grandes, y el apego a este pedazo de tierra, y toda esa gloria vieja, todas esas aspiraciones y apetitos, mezclándose en mis venas, confundándose en mi espíritu, han producido al extremo de la raza, al cabo de las generaciones, un sér reflexivo, vacilante, contradictorio, un vástago neurótico y complicado. Las espadas pasaron a ser espadines y con el desgaste de los años se han convertido para mí en escalpelos. Esos antepasados gozaron de una época en que, desdeñando la existencia, se luchaba por la gloria... a mí me ha tocado un tiempo en que, desdeñando la gloria, se lucha por la existencia: *Struggle for life!*

Hierven en mí sordamente ambiciones y deseos de algo que no puedo definir, pero que no podré realizar; aspiraciones hacia algo que no encontraré jamás; ando y me agito desorientado en el espacio que separa este mundo de grandezas, que queda atrás, y este mundo de prosa y pequeñeces que me rodea.

Y para esta clase de lucha, para las ficciones y arterías, para esta prosa mezquina, soy incapaz, soy un exótico... No me siento con aptitudes ni fuerzas para luchar contra un Landáburo, o un Alcón; soy un derrotado de la víspera, peleo sin fe, sin entusiasmo; el ímpetu de la ambición nace en mí con el sentimiento de la derrota; la iniciativa, con la certidumbre del fracaso; la ilusión, con el instinto del desastre; el deseo, con el sabor anticipado del desencanto...

Se levantó, se arrancó de allí, para apartarse de aquellas miradas tenaces y sacudir sus propios pensamientos. En los corredores, la fantasía hizo revivir escenas familiares de otros tiempos; la casa solitaria volvió a poblarse; creyó Roberto ver a su madre salir por aquellas puertas, a los antiguos criados cruzándose en los pasadizos, a la tía Indalecia (muerta hacía veinticinco años) con su peinetón disforme, pañuelo cruzado al pecho, rociando sus flores; por último, vio un niño enredando y circulando por todas partes, alegre y turbulento, acariciado por todos, y pensó con melancolía que ese niño era él mismo. ¡Cuánto

tiempo corrido desde entonces! ¡Qué remotos aquellos días de juegos y caricias! ¡Qué lejos se habían ido aquellos rostros queridos!... En la soledad del patio lloraba el agua en un canto monótono y quejumbroso la deserción de los amos. Al frente, el comedor, tan ruidoso en otro tiempo, a las horas de cena, en que se alzaba el aroma del chocolate servido en tazas de plata. Vio a la izquierda, con el papel de ramajes y labores amigas, la alcobita donde a los diez años despertó convaleciente de una pulmonía, y a su madre inclinada sobre él con los ojos llenos de lágrimas, prodigándole sus besos apasionados. En un rincón del patio reconoció el puesto favorito, va vacío, de *Maratón*, el leal terranova, gruñón para los demás, para él tan manso y cariñoso, con sus ojazos llenos de dulzura casi humana.

Recordó que, mientras él jugaba con el perro, su madre se entretenía en arrojarle rosas blancas del rosal que, escalando los muros, iba a engarzarse entro los balaustres del balconcito. Ahora todo es soledad, todo vacío, todo mudez; sólo en el tazón de piedras sigue murmurando el agua con notas sordas y tristes.

Dos golpes formidables resonaron en el portón. Bajó. Era Montellano, cuyo cuerpo asombraba el zaguán con su mole. Rico sobretodo recién estrenado, todavía con los pliegues del empaque parisiense, brillante sombrero de copa que aún no había tomado la forma de la cabeza; al cuello, pañuelo de seda afianzado por un tunjo de oro macizo, y los mismos botines que calzara en el viaje, con manchas grises de barro.

Cuando avanzó Montellano, dejó ver la figura de su hija, vestida de negro; Roberto volvió a ver con íntima alegría a la viajera de *El Consuelo*, y admiró de nuevo aquellos ojos tan expresivos, que entre la blonda negra.

—Señorita... Señor don Ramón, los estaba esperando.

Mientras Montellano se adelantó y siguió más cortesías, Roberto le ofreció la mano a Dolores en la escalera, que ella subió con paso firme, cierto aire de conquista, y un relámpago de voluntad en los ojos.

—La casa sí es maciza, dijo Montellano, jadeante por la subida, mientras a derecha e izquierda daba con el bastón formidables puntazos que formaban desconchados en las paredes. Entrar en la sala, y Montellano, dando zancadas por encima de muebles y retratos dispersos, pasó a abrir las ventanas estrepitosamente. Una oleada de luz inundó el salón. Dolores, llena de curiosidad, lo recorrió hundiendo los tacones en la espesa alfombra, mirándose en los espejos que devolvían su imagen alargada desde una profundidad verdosa, como desde el fondo de un lago; estrujando con delicia entre los dedos el damasco de los cortinones rojos, pasando la palma de la mano por el brocado granudo de los espaldares, y al fin se sentó en un alto sillón y desde allí, con sorpresa infantil,

admiraba la larga fila de retratos que parecían seguirla con la misma mirada aguda y penetrante que notó en Roberto desde su primer encuentro.

—Papá, qué raro y qué viejo es todo esto, dijo Dolores, ¿también lo compraste? ¿Cómo se sentarían las señoras en estas sillas tan altas?

—Aquí voy a echar un mobiliario nuevo sin esas cortinas desteñidas, continuó Montellano. Voy a forrarlo todo de peluche. Si esto parece sacristía donde da miedo hablar recio, cuando mucho se puede comprar este baulito por los zunchos de plata; y volviéndose hacia Roberto, que impaciente y nervioso se mordía los labios

—Amigo, Avila, ¿me lo vende?

Roberto había estado observando cómo disonaban, en ese ambiente señorial de cosas desteñidas y suaves, el cuerpo de Montellano, que parecía formado a hachazos; el color de ladrillo de su fisonomía; su voz estentórea, acostumbrada a la inmensidad de los llanos y a la soledad de los bosques; sus bruscos movimientos; su manera de plantarse y de respirar; sus gestos de campesino. Los pies, acostumbrados a andar libremente entre guijas y troncos, deforman los botines; la mano velluda, al señalar los objetos, aprieta y blande un botón disforme.

—Pasemos a otro cuarto, dijo Roberto.

Y subiendo y bajando escalones, abriendo mamparas de cuero, pasando por puertas, muy angostas unas y muy anchas otras, atravesando pasillos oscuros, recorriendo la casa desamueblada y sola, cuarto por cuarto.

—Aquí, observaba Montellano, puede ser mi escritorio; a esto hay que darle luz; tus piezas pueden quedar en este lugar. Cambiar esta ventana, quitar las barandas, envidriar el corredor ancho... hum... hum... esto va a costar un platal.

Dejaron el piso alto y bajaron al jardín, que abarcaba un inmenso espacio.

Montellano, vuelto de cara hacia el muro, abiertos los brazos para coger el bastón por ambos extremos, iba absorto a lo largo de las paredes, tomando medidas.

—Uno... dos... tres... seis... ocho... diez.

—Entretanto Roberto y Dolores circulaban por entre los arcos de los rosales.

Ella iba alegre, como en su elemento por las calles del jardín, admirando las flores, arrancando algunas, dilatando con deleite las ventanas de la nariz para respirar intensamente los aromas de los claveles. Sentía a veces un tironcito en la falda o en la mantilla, y, con ojos de terror y boca de risa, echaba atrás la mirada y el

cuerpo, mientras Roberto la libraba de algún rosal que, como enamorado, parecía querer retenerla.

En los cuadros se enmarañan tallos desgarrados de malvarrosa, cubiertos de flores de un rojo luminoso; rosales viejos, con tronco de arbusto, hojas verdes y pimpollos morados; lirios blancos, novios encendidos como brasas, flotantes en ondas de verdura; macetas de claveles, fucsias que cuelgan como goterones de sangre, azucenas como vasos de alabastro; y por el suelo, desbordando de los cuadros, los regueros de leche de las lilas. Descuellan sobre las flores un papayo de verde imperecedero y un naranjo, cuyas hojas deslustran y encartuchan las telarañas.

—Pero mira, papá, no faltan ni plantas medicinales: saúco, toronjil, yerbabuena, albahaca.

Don Ramón, impasible, hablando para sí, tomaba medidas y medidas con el bastón, y hacía números en los puños de la camisa.

—El rastrojo hay que echarlo todo al suelo. Voy a pasar la escalera al centro, y a meterle a la casa dos almacenes hasta el fondo. Le voy a hablar para que me haga el plano al doctor Karlonoff, ingeniero que me recomendó mucho el doctor Alcón.

—¡Y este rosal tan precioso que se enreda en el balcón! exclamó Dolores encantada.

Por la orilla de la tapia se alzaban, agarrándose a todas las grietas, los tallos de un rosal antiguo que iba a retorcer sus gajos en los balaústres de un balcón alto y a cubrir el marco con un pabellón de hojas. Sobre el fondo verdinegro se destacaban, como una constelación, las rosas de Castilla, tan pálidas que parecían estar muriendo de nostalgia. Al rozarlas el viento, temblaban con temblor femenino y exhalaban de sus cálices de nieve un aroma aristocrático, como aroma de otros siglos.

Roberto se adelantó, tomó algunas rosas y las ofreció a la hija de Montellano.

—Estas rosas, dijo, tienen su historia. En el siglo XVII vino de Castilla doña Agueda de León, mujer del oidor de Avila; la castellana se vino con dolor de abandonar su tierra, y en recuerdo trajo un pie de este rosal, que conservó con esmero durante la larga travesía; lo sembró aquí, y cuando creció ella no encontraba más consuelo a su nostalgia que respirar el perfume de estas flores en que hallaba el perfume de la patria. En los aniversarios de sus bodas se adornaba con ramilletes de estas flores. Cuando murió la cubrieron con sus rosas queridas.

—¡Qué interesante historia!

—Como la casa y el rosal son ya suyos, añadió Roberto con una sombra de melancolía, a usted pasa el derecho de llevar las rosas de Castilla en su velo de novia. Dolores se sonrojó, clavó en Roberto sus ojazos negros; sonrió, quiso contestar, Permaneció callada.

A todo esto, Montellano vagaba por el jardín, haciendo sus cálculos en voz alta, tomando medidas a pasos largos e iguales. A derecha e izquierda descargaba mandobles, tronchando lirios y azucenas.

—Esto estorba aquí, dijo al acercarse al rosal, y obedeciendo a un atavismo de zapador de montaña, frunció las cejas, contuvo el resuello, se echó atrás, apretó la empuñadura del bastón y descargó sobre el rosal un tajo formidable.

Tembló el tronco, mostrando una ancha herida; crujió el ramaje lúgubrememente, los gajos se estremecieron, se balancearon en el aire, como si una sensación de dolor corriera por sus fibras, y una lluvia de flores blancas cubrió a Dolores y a Roberto.

Roberto, después de mirar al cabronazo de Montellano con la cólera y el desprecio de diez generaciones, cubrió su emoción con una carcajada seca y gutural.

—Ya tiene usted su velo de novia, todo de rosas de Castilla, exclamó, suavizando la expresión y dirigiéndose a la joven.

—Papá, este rosal es mío, quiero conservarlo. Nadie lo quita, agregó con acento y ademán imperiosos.

Roberto, con una venia, le dio las gracias, se despidió y salió rápidamente.

En el zaguán se detuvo vacilante: quería antes de arrancarse de allí echar una última mirada al patio de la casa paterna. Hasta él llegó, como voz de despedida, la voz amiga del agua en el tazón de piedra que parecía llorar la deserción de los amos.

En la calle sus ojos se fijaron en el escudo de familia, tallado sobre el arco de entrada: en piedra, carcomida por los años, leyó la vieja inscripción: *Gloria y Duelo*.

CAPITULO VII

LAS ROSAS DE CASTILLA

En su cuartico de costura, donde todo está en orden y limpieza, sentada en una silla baja de vaqueta, hace doña Ana su labor con dos agujas de acero que se acometen y se cruzan como floretes de combate. Cada vez que tira el hilo, salta el ovillo en el suelo, y un gato acostado bajo la silla le da un manotoncito a la bola de lana. Por la ventana, un rayo oblicuo del sol poniente llega a bañar aquella faz cubierta de una palidez dolorosa, de una tristeza profunda, resignada, definitiva, y destaca, sobre los paños oscuros de su vestido y sobre la penumbra del aposento, dos blancuras: el raso de las manos y la plata de los cabellos. Frente a la silla, en un marco florentino, *La Dolorosa*, de Carlos Dolce. En otro lado de la pared un reloj de péndola, que con su tic-tac había marcado el paso de algunas horas alegres, de muchas horas tristes. Sobre las mesas y en la pared, le hacen compañía a doña Ana objetos insignificantes para un extraño, pero que hablan para ella un lenguaje íntimo y resumen épocas enteras de su vida. Allí, en un daguerrotipo desvanecido, Sonríe débilmente el marido muerto hace veinte años. En otra parte, bajo un vidrio convexo, está el mechoncillo de pelo ofrecido por ella cuando novia; mechoncillo negro, lustroso, que ella hoy, al sentir tan lejos su juventud y acostumbrada a peinar sus canas, considera como cortado a otra persona. Más cerca, entre dos miniaturas de damas españolas del siglo XVIII, rozagantes sobre el marfil bruñido, está la fotografía de Roberto, en la primera comunión; fotografía amarillenta, en que el tiempo ha lamido las facciones, dejando solamente los dos puntos negros de unos ojos fijos y cariñosos.

A intervalos, en un éxtasis doloroso, con ternura infinita, detenía doña Ana los ojos en el retrato de Elisa, su hija muerta a los dieciocho años; era el lienzo que Alejandro había hecho pintar en París por una húngara, madame Partaghy; sobre el fondo gris el pincel destacó el busto en una expansión de luz melancólica, y en la fisonomía reunió el sentimiento interno y delicado de la hermosura moral y las armonías de la forma; expresó con una emoción casi religiosa la dulzura de esa cara, en que a un tiempo imprimieron su sello la adolescencia y la agonía; en las facciones delicadas, en la frente casta, flota una suave palidez; un resplandor velado parece salir de los ojos profundos y se esparce por las líneas de un diseño purísimo.

Las ideas de doña Ana se teñían a aquella hora con el tinte sombrío de la tarde; mira en torno suyo, tocados aquí y allá por el rayo del ocaso, telas descolorizadas por los años, retratos de sus muertos queridos, los restos de un naufragio de grandeza, todo lo que ha sido y ya no es, y en su alma enlutada se mezclan, desvaneciéndose en un mismo crepúsculo, el pasado que se va y esa tarde que se muere.

Contra las tallas doradas de una mesa y los relieves de un marco se quiebran los últimos resplandores; las cenizas de la tarde caen sobre la tierra, y pasan temblando los tañidos de una campana. Esa voz mística y quejumbrosa, que va volando de campanario en campanario, llena de sonoridades melancólicas el aposento e inunda el alma de la anciana en ondas de tristeza. Es como un *requiem* por los muertos que permanecen insepultos en su corazón. Las campanadas parecían anunciarle un destino de dolor irremisible.

Por la ventana que deja penetrar los resplandores lívidos, llegan los rumores de la ciudad, lejanos y sordos.

Hundió la mirada en el pasado irrevocable; revivieron las escenas decisivas de la vida: aquel día en que al lado de Gustavo, alborozada y vergonzosa, en las gradas del altar, cubierta con su velo nupcial, veía al través de la gasa, como al través de un ensueño, los resplandores de los cirios y la blancura de los azahares... Surgieron después, en una alucinación retrospectiva, los días en que, al lado de una cuna, besaba las carnes satinadas de un niño. Después — ¡qué noche aquella, Dios santo!— la primera noche de viudez, noche de horror, la noche negra en que las llamas de cuatro cirios atormentadas por un viento de hielo alumbraban a espacios un rostro amarillo y dos ojos cerrados... y pensó que la vida son tres paños: un velo de novia, un pañal, una mortaja.

Luégo la larga viudez, las escaseces, la lucha, la venta de sus haciendas, la zozobra por el porvenir de sus dos hijos, la concentración de todo su amor en Roberto y Elisa... ¡Ah! Elisa, tan dulce, tan hermosa aquella noche de su presentación en el baile; el ramo de rosas de Castilla en el corpiño azul; su sencillez elegante al cruzar el gran salón, y ahí mismo, de pronto, en mitad del valse, aquel grito, esa palidez, la expresión de muerte en los ojos... Después los días de angustia y de esperanza; su lenta agonía... aquellas tardes de llovizna en que el médico, el doctor Agüeros, meneando la cabeza y con medias palabras, con una circunspección ceremoniosa, oficialmente triste, le anunciaba lo incurable del mal, la enfermedad del corazón, esa enfermedad traidora de los Avilas... Y después de ese terrible golpe, de esa ausencia, esa otra soledad, la ausencia de Roberto, el viaje a Europa, en busca de salud, a consultar al doctor Laplace... Luégo el regreso, ¡ah... siempre la respiración anhelante, las ojeras, el sello de la enfermedad incurable!

Dobla ella la cabeza sobre el pecho; deja caer las agujas en el regazo; se cruzan esas manos adelgazadas por años de concentración dolorosa, y de esos labios, que apenas se mueven con un temblorcillo ferviente, sale un rezo hacia aquella que también fue madre y que también lloró las desventuras de su hijo.

—Por él, Virgen Santísima.

De aquella Dolorosa suspendida en el muro, su compañera al través de la vida, un sentimiento de resignación, de tranquilidad, de consuelo, desciende entonces sobre la frente apoyada entre las manos.

Permaneció así largo rato en medio del silencio y de la claridad agonizante. Luégo, del fondo oscuro de sus imaginaciones, surgió una luz, un tenue rayo de esperanza: se había vendido la casa; esa misma tarde la entregaba Roberto, pero de la venta quedaba un fuerte remanente que permitiría tomar acciones en la grande empresa. Debía desechar toda zozobra; el general Ronderos había aprobado la operación, con todo el interés de su cariño, con todo el peso de su experiencia. Un corto tiempo y se habría reconquistado la fortuna. Terminarían las inquietudes, las angustias, las estrecheces... En el abandono de su imaginación se le presentaron a doña Ana escenas que hacían estremecer de gozo ese corazón desacostumbrado a la alegría... Roberto e Inés paseaban en el jardín, y ella, de lo alto, les arrojaba rosas de Castilla; los esposos le dirigían una mirada en que resplandecían la ternura infinita, la suprema dicha... ¡Ah! para que se realizaran sus sueños de ventura se necesitaba el éxito de la empresa; la paz. ¿Habría paz? ¡Ya había temores de guerra! Se ahogó la esperanza, murió la luz risueña que había surgido del fondo oscuro de su pensamiento.

Los últimos destellos del ocaso habían desaparecido también; la envolvían las tinieblas; había venido la noche... el blanco de las cortinas, las labores de las paredes y hasta la frente pálida del retrato de Elisa se borraron en una sola negrura.

Iba a estallar un sollozo en la sombra, iba a aliviarse aquella alma con las lágrimas; pero, acostumbrada a callar, hundió doña Ana en lo íntimo ese sollozo...

— ¿Estáis ahí, madrecita?

Rato hacía que Roberto, silencioso en el umbral del cuarto, se había detenido para dominarse y dar a su voz la entonación festiva que inflexiblemente se imponía en presencia de su madre. Venía de entregar la casa; traía las manos llenas de rosas de Castilla, que acababa de recoger. Había pensado arrojarlas sobre el regazo de su madre, apenas la Viera, pero se sintió, al llegar, sin valor para ello y quiso desviar la tristeza con cualquier trivialidad festiva.

— Madre, esta noche se estrena la compañía de ópera. Tomaremos un abono; ¿no es verdad?... Nos divertiremos mucho.

Y tosió ligeramente.

Doña Ana al oír aquella frase, que aparentaba un tono natural, no se engañó: la voz de Roberto estaba velada, medio rota; la tos dejaba traslucir el esfuerzo para ocultar la emoción; en el aroma de las rosas de Castilla que se difundía por el aposento adivinó lo que acababa de pasar: la entrega de la casa, la despedida de

aquellos sitios llenos de memorias íntimas... ¡el rosall!... ¡Ah! su pobre, su amado Roberto le traía aquellas rosas, las últimas, para ponerlas sobre a tumba de Elisa.

—¿Un abono? Por supuesto, hijo. Nos divertiremos mucho... muchísimo.

Roberto sabía que su madre lo estaba esperando; oyó la frase banal y comprendió que esas palabras salían de los labios todavía temblorosos por la oración, de la garganta anudada por un sollozo. Siguió un silencio que Roberto se apresuró a cortar:

—Muy bien... Sobre todo iremos al beneficio de la Rondinelli... una verdadera artista...

Quiso continuar, pero comprendió que iba a denunciar su emoción, que se le estaba acabando la voz; enmudeció... se arrepintió de haber traído las rosas; no se atrevía a entregárselas; esto resucitaría en su madre toda una evocación del pasado; su padre; Elisa; surgiría la idea de llevar esas flores a su tumba. No había pensado que en aquella hora, en ese estado de ánimo, aquel manojito de rosas pondría en contacto sus pensamientos, su tristezas ocultas en el fondo del alma, y produciría una crisis ruidosa de dolor... Y quiso retroceder en silencio.

—Yo conocí, dijo doña Ana, a Rosina y a Mirándola...

Roberto logró dominarse de nuevo, hizo una risa forzada, y continuó relatando la llegada de los coristas a *El Consuelo*; las peripecias del viaje; mientras hablaba se iba aproximando, y al acercarse, suavemente buscó a su madre. Un aroma de dulzura, lánguida como aroma de otros siglos, se difundió por el cuarto. Sintió doña Ana que los pétalos sedosos de las flores le iban cayendo encima. Y él, que los dedos de la anciana lo apretaban convulsivamente, y que caía la humedad de dos lágrimas. Soltó las últimas rosas, y a tientas, en un arranque inusitado de cariño, buscó la cabeza de su madre, la apretó en las manos, se inclinó e imprimió en ella un beso largo, mudo. En el contacto de los labios tuvo la percepción de las amarguras y angustias no reveladas que torturaban ese cerebro; sintió que el lazo de afecto y de dolor que unía sus dos almas, se hacía más fuerte, se estrechaba.

CAPITULO VIII

BALADA DE LA DESESPERANZA

El inmenso comedor del *Hotel Bicontinental* resuena con el taconeo de los criados sobre el entablado que hacen los últimos preparativos para el banquete organizado por González Mogollón en honor de Landáburo, y para iniciar la unión de los *íntegros* y de los *revaluadores*. Los sirvientes giran en torno de la mesa; ponen en ella a la carrera los *menus*, los ramos de ojal, los fruteros, las tarjetas con los nombres de los convidados; cuelgan festones en las paredes; ponen en los dos frontis del salón trofeos, banderas, coronas en que campean letreros dorados alusivos al acto. Los dos periódicos, representantes y voceros de los dos bandos que van a juntarse en el comedor aquella noche, han enviado dos coronas disformes: *La Integridad*, *La Revaluación...*

Montellano y Dolores, al dirigirse al comedor, fueron detenidos por un criado que les manifestó haberse prevenido para los huéspedes un comedor especial esa noche.

— ¿Por qué? preguntó Montellano, mientras atravesaba el comedor principal, resplandeciente, y se dirigía en busca de la mesa preparada para él y para Dolores en un comedor contiguo.

— Porque esta noche es el banquete para el cabo Landáburo, respondió el criado; ese sí es amigo del pueblo.

Montellano y su hija se sentaron y paseaban la vista con asombro y curiosidad por el salón, por aquella larga mesa reverberante que esperaba a los convidados, en que se destacaban la franja de platos y cubiertos, los ramos de flores, los platicos de colores con pasas y almendras, y el pan entre las servilletas anudadas como azucenas. Racimos de bombillos eléctricos esparcen torrentes de luz que arrancan chispazos del níquel de los saleros, de la tapa de los botellones, y marcan sobre el mantel sombras netas y profundas. El alboroto de las pisadas, el chirriar de los botines de los criados arrecian en cierto punto en que el entablado está flojo y ha bajado. De fuera llega el rumor de pasos sobre ladrillos, voces de mando afrancesadas, choque de vajilla, de cubiertos.

En el corredor sombrío que antecede a la puerta de servicio, pasa y repasa el dueño del hotel con aire de general que se prepara a la batalla. Su cuerpo de jayán, su cara de dogo, le dan gran parecido con Sánchez Méndez, jefe de los *íntegros*, el personaje más conspicuo del banquete político.

Montellano siguió hablando con el criado para preguntarle pormenores de la fiesta, y su vozarrón desbordando la pieza en que estaban, llenaba los aposentos vecinos.

Entraron Alejandro, Roberto y Bellegarde; Montellano se levantó para saludar como viejos amigos a Alejandro y a Roberto, pero ellos hicieron una venia y ocuparon una mesa distante. Roberto al presentarse dejaba ver huellas de pesadumbre, parecía más delgado, más pálido. Dolores le dirigió una mirada cariñosa; entonces pasaron las brumas de tristeza en la fisonomía de Roberto, se acercó a Dolores, le dirigió algunas galanterías y luégo, durante la comida, los ojos negros de Dolores y los ojos pardos de Roberto se mantuvieron en diálogo constante.

Bellegarde se complacía en observar con atención a Alejandro: aquella fisonomía de un diseño más agradable que correcto, parecía un bosquejo, pero un bosquejo trazado por el pincel de un maestro: los cabellos de un rubio dorado; los labios llenos y sensuales; la frente ancha, vigorosa, donde parecía flotar un resplandor de entusiasmo; los ojos de un azul frío que tomaba a veces una tonalidad suave y a veces se encendían con una chispa de locura, al hablar del arte, del pasado, de la gloria, entonces su palabra era ardiente, su voz vibraba; había recibido de la naturaleza el dón de admirar, de sentir, de comunicar su fe, su entusiasmo.

Una carcajada que se desgranaba en notas argentinas y una voz estentórea, anunciaron a la Rondinelli y al tenor de la compañía italiana.

La luz profusa iluminaba el perfil correcto de la prima dona y doraba con tonos blancos la madeja de seda de sus cabellos.

En el salón del banquete empezaron a entrar los músicos sudorosos, mal trajeados. Colocaban con cuidado en el suelo las cajas negras de los violines, sacaban de los estuches las flautas, y de fundas de paño los clarinetes.

Se sintieron a lo lejos murmullos que fueron acrecentándose, y después de un rato hizo irrupción el grupo de los convidados al banquete. Llevaban aire solemne, se decían al oído frases misteriosas, soltaban carcajadas sordas, comedidas, cambiaban palabras almibaradas; y en medio de ese murmullo discreto fueron rodeando la mesa, se agachaban para buscar sus puestos, separaron los asientos, que hicieron un estrépito corto sobre el tablado; se sentaron. Rompió la orquesta con la marcha *Cadenas rotas*, letra del maestro Mata, dedicada expresamente a Landáburo. Dolores, que desde su mesa seguía con curiosidad todos los incidentes del banquete, observaba la hilera de pecheras blancas inclinadas sobre los platos de sopa; el enorme clavel rojo en el ojal de Landáburo; el frac demasiado estrecho y el cuello demasiado alto que torturaban al doctor Alcón; la inmensa calva roja, los ademanes multiplicados de González Mogollón; el tinte amarillento y la mirada muerta de Mata; los anteojos del doctor Agüeros, que reverberaban con los movimientos afectados de la cabeza. Después del silencio que acompañó a la sopa y al pescado, empezaron a animarse las conversaciones y llegaban a Dolores, entre el taconeo de los criados y el tintín de los cubiertos, jirones de frases de los convidados:

—"La hora blanca de un futuro próximo..." "Revaluación o abismo..." "Media nación esclava..."

—... "Comían en el triclinium y salían al vomitorium, como dice Juvenal..."

—"Conciliación de los extremos... abrazo universal... salvación forzosa... idea práctica... de tejas para arriba..."

—"Sopa de ostras... perla, enfermedad de la ostra... la perla, una enfermedad como el genio..."

—"El doctor Charcot, mi profesor en la Salpêtrière... ¿La idea? Un producto como este amontillado."

—"Ignorancia crasa... errores imperdonables. Mis refutaciones históricas..."

En el testero de la mesa se destacaba la figura corpulenta del doctor Sánchez Méndez, que en silencio e inclinado sobre el plato, saboreaba con delicia la sopa de ostras. A la distancia, Dolores sólo distinguía de él, destacándose sobre su pechera blanca, la enorme cabeza erizada como un cepillo. La noticia del banquete, la música y el exceso de luz que desbordaba sobre la calle, habían atraído muchedumbre de curiosos; y algunos amigos políticos del héroe de la fiesta, encabezados por Socarraz, se apiñaban en las proximidades de la puerta, enarcando las cejas, estirando el cuello, listos a recoger, a aplaudir, a regar por los cuatro vientos las palabras del "cabo Landáburo".

Al apagamiento del principio sucedió la alegría: fueron alzando las voces, se cruzaban los brindis, chocaban las copas; y con el apetito saciado, las frecuentes libaciones, la luz de los focos reflejada en los espejos, el calor, fueron corriendo entre los convidados efluvios de expansión, de locuacidad y de "fraternidad universal", según lo deseaba González Mogollón. El, que en todo gustaba de andar aprisa, y que creyó oportuno aprovechar aquel momento favorable, se levantó a dedicar el banquete. Hizo callar la orquesta y empezó a hablar. En la declamación derramaba goterones de vino tinto sobre la mesa. "El confesaba sus pobres dotes oratorias y hacía el distingo entre lo de tejas para abajo y lo de tejas para arriba; no le gustaba hablar de sí mismo; y sólo servía para salvar la humanidad y hacer el bien en todas las clases sociales. Sabía que la costumbre era no hacer brindis sino después del postre y en el momento del champaña; pero él se permitía tomar la palabra a la hora de trinchar las pichonas porque era un hombre así, a la pata la llana, como había oído decir al doctor Alcón, gloria de las letras; y que —añadió— como soldado raso de la patria, lo hacía más por la cuestión de tejas para arriba que por gloria de tejas para abajo, y concluyó regocijándose por haber promovido ese banquete que habría de producir la unión entre el círculo de la *Integridad*, de que era jefe el doctor Sánchez Méndez, y el

círculo de la *Revaluación*, que encabezaba de manera tan brillante y estupenda el general Landáburu."

Roberto, Alejandro y Bellegarde, interesados vivamente en la política, por cuanto ella se rozaba con la paz general, seguían con curiosidad el banquete y comentaban sus incidentes.

—Hombre muy bien intencionado, me parece este doctor Mogollón que acaba de hablar; sus votos por la aproximación dos no pueden ser más patrióticos; duda, por la paz.

—Por la guerra, interrumpió Roberto. Lo que hace es rehabilitar a Landáburu, desacreditado después de sus últimas derrotas, aborrecido y desprestigiado hasta entre sus mejores amigos... Landáburu ha sido, es y será un agitador, un revolucionario.

—Pero ¿cómo pueden estar aquí entonces, preguntó Bellegarde sorprendido, el doctor Alcón, el doctor Sandoval y Sabogal, empleados importantes del Gobierno.

—Le explicaré a usted, dijo. Alejandro, aunque no es fácil explicarlo: al principiar su carrera política Alcón consiguió puestos públicos apoyando al Gobierno; pero él, que es muy avisado, comprendió luego que en el camino de la oposición andaría más aprisa, y empezó a escribir en *La Integridad*, tachando los actos del Gobierno, especialmente en lo referente a finanzas; y el general Ronderos, cuando se hizo cargo de ese Ministerio, pidió al presidente que el doctor Alcón ocupara el puesto de subsecretario para que fiscalizara todos sus actos.

—En cuanto a Karlonoff, concluyó Roberto, su ingreso en el grupo de *La Integridad* es de más reciente data: hasta hace pocos días empuñó el incensario y cantó ditirambos al general Ronderos. Hoy he sabido que después de que el ministro firmó el contrato con usted, contrariando las opiniones del consultor técnico, se encaminó en el acto a la oficina del doctor Sánchez Méndez, jefe de los íntegros, se dio con él un estrecho abrazo, se puso a sus órdenes y juró la guerra a Ronderos, porque lo cree perdido.

—De modo, observó Bellegarde, que si la unión de estos dos círculos llega a efectuarse, puede peligrar la paz.

—¡No! respondió Alejandro, con acento firme, con ademán resuelto. No; porque el general Ronderos está en el Ministerio de Guerra, y vencerá ahora estos obstáculos como los viene venciendo, con mano inexorable.

—Excúseme usted, si no entiendo bien la política... Roberto me ha contado que el general Ronderos y el señor Sánchez Méndez fueron en un tiempo grandes amigos, que entre ambos ayudaren a fundar el orden de cosas que hoy existe...

¿Por qué los amigos de ambos no procuran esa reconciliación, una inteligencia entre ambos personajes?

— ¿Inteligencia? ¿Arreglo? Sánchez tiene nostalgia de mando y no admite más arreglo sino que se lo entreguen... íntegro.

Montellano dirigía miradas perspicaces hacia aquel grupo de políticos importantes que tarde o temprano habrían de servirle en sus evoluciones.

En el salón del banquete resonaban los alegres acordes de la orquesta.

Luégo se inició una conversación sobre el sistema nichista y las poesías de Mata. Landáburo empezó a sentir el malestar que lo invadía siempre que ocupaba él un lugar secundario en la atención de las barras.

— Señor González, prorrumpió, ¿tendría usted la bondad de disponer que me trajeran mi carne cruda? Esperó el efecto y aguardó la pregunta: ¿Cruda por qué? Pero nadie hizo caso, y él entonces explicó: porque me acostumbré a eso desde mi última campaña, y para prepararme a la próxima.

A pesar de todo, la conversación siguió rodando sobre el nichismo.

El doctor Agüeros disertó luégo con sus maneras afectadas sobre la homoplástica de la materia gris, sobre la ubicación de la sensación, sobre la telepatía y sobre la teoría de la sugestión mental de su inolvidable Charcot.

— Querido Mata, dijo González Mogollón, ¿por qué tan triste? ¿Por qué tan callado? ¿Por qué nos priva usted de los diamantes de su genio? Usted con su próximo tomo *Mi Pentateuco* tiene ya adquirida gran posición política.

Mata, con los ojos hundidos, silencioso, mostraba su fisonomía cadavérica.

— Un verso, poeta, le gritó Landáburo, la poesía es hermana de la libertad... Danos una lágrima de tu corazón de polaco oprimido.

El poeta pareció despertarse; continuaron las conversaciones y las instancias. Mata se inclinó, sacó la jeringuilla de morfina, alzó la manga del frac y sin que lo notaran se aplicó una inyección.

En seguida lo vieron incorporarse, encendido, lleno de brío...

— ¡Un tema!...

— Este clavel, dijo Landáburo.

—Denme cuatro pies forzados, los que quieran. Acepto el tema: el clavel rojo es sugestionista... Lo verán ustedes en mi próximo tomo *Líneas rojas*.

—Ahí van los cuatro consonantes, dijo Landáburo pasándole el *menu* escrito en el dorso: *Ultrajadas... lirio... desolladas... martirio...*

Puso el poeta cara inspirada, se pasó la mano por la frente cubierta de sudor, por la melena romántica como en una gestación dolorosa, clavó sucesivamente la mirada en la mesa, en la pared, el infinito... prorrumpió con el clavel en la mano:

Mancha de sangre, para mi próximo tomo Lineas rojas:

No tiene las blancuras de auroras ultrajadas,
Ni tiene los pudores anémicos del lirio,
Ni el viejo Azul... Es rojo cual carnes desolladas
Que sienten la sublime neurosis del martirio.

—¡Bravo! gritó Landáburo. ¡Mi clavel! Tiene la unción del arte... Estupenda estrofa. Que se olvide en la *Revista del banquete*.

Roberto, allá en su mesa, decía a sus amigos:

—Francamente, en cuatro pies no puede hacer nada mejor.

Sonaban los taponazos reglamentarios del champaña.

Todos se dirigieron al doctor Sánchez Méndez para que hablara, pero él se excusó inexorablemente suplicando al doctor Alcón que lo reemplazara; pero éste después de haberse ruborizado con púrpura de la modestia sabia, se excusó también alegando su reconocida incompetencia, su ignorancia, su falta de costumbre de hablar en público.

—No quieren comprometerse, dijo Roberto, ellos banquetean, pero no peroran. Hacen como el mosquito del inglés: comen pero no cantan.

El doctor Agüeros, que era muy amigo de peroratas y declamaciones, se levantó espontáneamente, se afianzó los anteojos, arregló su larga melena y con meliflua voz y exquisita cultura prorrumpió:

—"Los encargados del Gobierno, médicos empíricos, han proporcionado al enfermo el veneno que mata lentamente; en diez años de paz lo han galvanizado; con fugaces convulsiones de efímera actividad han llenado sus venas de una

sangre extraña: ¡la moneda desvalorizada! ¿No oís la voz de la patria angustiada que pide a gritos la supresión de la inyección? Hay que atacar el mal donde existe y aplicar el remedio *loco dolente*, hay que ponerle cataplasmas emolientes a la inflamación producida por la política revulsiva de la constitución imperante. Contra este tratamiento oficial se levantaron hace diez años mis copartidarios, en lucha que admiro; pero como no triunfaron, reconozco que el sistema de la sangría a grandes dosis no dio el resultado apetecido para nuestra causa. Ensayemos hoy otro tratamiento: si ensayado por distintos facultativos un remedio para un mal, se comprueba que no lo cura, sino que lo agrava, es empirismo, es ceguera obstinarse en aplicarlo; acusa por lo menos poca inventiva. Busquemos en la terapéutica política otro remedio. ¡Señores, por la conciliación!"

Al terminar se oyeron voces:

— ¡Que hable Landábuero!

Karlonoff, atajando a Landábuero, se levantó.

— "Señores: estamos en una grande escasez de hombres y es altamente honroso para mí alzar esta copa para saludar a dos notoriedades de alta talla: el doctor Sánchez Méndez y el general Landábuero. Saludo especialmente y como mi adversario ayer al último en esta época en que faltan hombres capaces de dominar el tiempo y el terreno por medio de concepciones de grande envergadura a Aníbal o a lo Napoleón, a pesar de sus contradicciones y errores de orden militar; no obstante esfuerzo por que en este país se conozca, se difunda y se estudie la ciencia militar y el arte de la guerra, poco se ha conseguido, hasta el presente todos nuestros militares han venido cometiendo errores capitales, buscándose pésimas líneas de retirada; el primero de todos, Bolívar, llamado generalmente el Libertador; superior a él mil veces fue el mulato Piar, como lo fueron los Pinzones Colón, porque Bolívar nunca tuvo un plan de campaña fijo y su mando en jefe fue nulo, funesto cuando no vergonzoso. El general Landábuero es apreciado por ser el padre de sus soldados, perdóneme su modestia esta digresión, en tanto Bolívar sacrificaba sin objeto los ejércitos, que mismo formaba con tenacidad de hierro, como indio que en las fiestas de su pueblo juega al bisbís o al chirimbolo, los diez o doce reales que representan el sudor de una semana entera."

Se oyeron por lo bajo risas, murmullos de probación; otros convidados hablaban entre sí, sin atender al brindis de Karlonoff, que continuó:

— "Digo las cosas sin ambages ni rodeos, porque la historia no tiene amos ni partidos; muchos pseudo-historiadores, tal vez no de mala fe, sino ignorancia, han desfigurado estos hechos; pero yo en mis *Refutaciones* les he dado un solemne mentís, porque ellos no son sino copistas que hablan de los asuntos sin entenderlos. Brindemos, señores, con esta misma copa, por la revaluación y la

integridad; demos el abrazo y el saludo de bienvenida al general Landáburo, que así como el doctor Sánchez es la pluma, será él la espada de nuestro campamento. Brindemos por el general Landáburo, que no ha cometido los errores de Bolívar empujado siempre por el afán de entrar a las capitales para que lo llamaran Libertador."

— ¡Basta, basta!

— Que hable Landáburo, gritaron algunos indignados, y Karlonoff tuvo que sentarse. Landáburo había recomendado a Socarraz que hiciera tomar una fotografía de su persona en el momento en que se levantara a hablar, y por ese motivo lo preocupaban sobremanera la apostura, la actitud, el ademán que veía él ya estampado y circulando en los periódicos, en los almanaques, en los paquetes de cigarrillos.

En el momento de hablar Landáburo del salón reservado hasta el extremo del comedor corrió de mesa en mesa un estremecimiento y se levantó un murmullo de admiración anticipada.

— ¡Pschtt! Va a hablar el general... "el cabo Landáburo".

Orgullosa de sentir fijas en él todas las miradas y satisfecho de ver aglomerada la multitud a la puerta del comedor, Landáburo se levantó seguro de sí mismo, listo para el retrato; apartó, haciendo alarde de serenidad, una copa, se arregló el Clavel, sonrió, hizo su ademán circular y con su voz de clarín prorrumpió:

— "Agoto mi vida errante y fecunda, hora por hora y minuto por minuto, en servicio de la libertad. Yo tengo todavía el polvo del camino; ni he podido mudarme."

— ¡Bravo!... clamó la multitud.

— "Acabo de quitarme las botas y los espolines."

— ¡Bravo!

— ¡Bravísimo!

— ¡Qué talento!

— "... los espolines, y apenas he tenido tiempo de recoger en los jardines de Casiano este bello y simbólico clavel que representa el fuego con que debemos atender a la revaluación de los ideales, el color de la sangre que hemos derramado hasta la última gota, cuando nos entrematábamos con encarnizamiento con el partido de la constitución hoy imperante."

—Nada de sangre, interrumpió afanado González, ¡conciliación!

—"...Y simboliza este clavel también la carne cruda con que nos desayunamos, cuando luchando por la fraternidad y la revaluación, preferimos la vida nómada y belicosa, pero sin trabas ni leyes de las dilatadas pampas, rifle en mano y cólera en ristre, antes que amoldarnos a las torturas intelectuales y sobre todo materiales de la paz, con la política de los suizos y de la puerta murada. Por esos hechos me llamaron mis enemigos el Marat revolucionario; más vale que me comparen con Lafayette, porque una vez vencido me siento con el alma amasada de generosidad. Si algún renombre tengo no es porque yo me lo busque con mis discursos en todas partes, sino por el talento de mis conciudadanos, que encuentran el mérito donde se halla."

"Confieso que hay muchos jefes revolucionarios que fincan su vanidad en rechazar esta conciliación se envuelven en la toga de los refractarios. Yo no; vengo a deprecar la lucha legal; yo, que he dado a mi causa cuanto un hombre puede dar; yo, yo, que he aguantado los aguaceros del cielo y de las balas; y que he aguantado durante estos diez años los padecimientos de la paz."

"En lugar de la sangre hagamos correr a torrentes el agua fecundizante de la discusión. Como lo dije yo en mi discurso de *El Consuelo*, al partido de la revaluación, a Colombia, a la América entera: *En nuestros morrales de soldados no carguemos cápsulas sino frutos de exportación*. Creo que me agradecerán esta frase las esferas superiores e inferiores de la administración. Los hombres de la constitución nos vencieron en todas partes, y le han impuesto al país años de paz, probándonos nuestra impotencia para hacer la guerra. El destino nos ha sido adverso, y se pasó al enemigo con armas y bagajes. Hemos equivocado el camino; pero, como dice Mr. Brístol, cardenal arzobispo de Chicago: `¡Qué importa que el hombre peque de cuando en cuando!'"

—Landáburo, dijo Roberto a sus amigos, acaba de hacer lo que no les es dado sino a los Papas y a los garrotes... un cardenal, porque en Chicago no hay cardenal ninguno que yo sepa.

—"Señores, continuó Landáburo: he probado mi amor a la paz, a la libertad, pero no puedo concluir sin mostrar mi amor al pueblo y declarar algunas de mis teorías para mejorar su suerte."

—¡Viva el amigo del pueblo! gritó Socarraz; y el populacho que lo seguía y que había invadido el salón repitió el aplauso.

"Que el hombre goce del fruto de su trabajo es corriente; pero lo que es intolerable es que se amasen esas grandes fortunas que son el insulto de los pobres; los capitales que excedan de diez mil dólares deben ser repartidos entre el pueblo."

Y al accionar señalaba a Montellano que, sentado enfrente, en el comedor particular, se iba encendiendo en ira.

"No es justo ni legítimo tampoco, continuó el orador, que esas grandes fortunas sean transmitidas por herencia, porque esas herencias dan por resultado la ociosidad del que hereda y los vicios que la ociosidad engendra. Aquí no más, señores, tenemos un hombre que goza de una renta casi igual a la de la Nación."

Montellano y Dolores se retiraron. En el salón siguieron resonando las aclamaciones:

— ¡Bravo!

— ¡Sublime!

— ¡Viva el reivindicador republicano!

— ¡Viva el amigo del pueblo!

La muchedumbre, como una ola, había inundado el salón, los fracs se juntaban con las chaquetas, los invitados se confundieron con los espectadores y, el entusiasmo se pintó en todos los semblantes.

Abrazos, apretones de manos, lágrimas, choque de copas, cambio de ternuras, brindis de todos contra todos:

— ¡Por la amistad!

— ¡Por la paz!

— ¡Por mi señora Juliana!

— ¡Por la República!

— ¡Por la raza latina en América!

— ¡Por Angelita y los niños!

— ¡Por la humanidad!

— ¡Por Tubalcaín Cardoso... el gran ausente!

— ¡Por el Dante!

— ¡Por Perucho!

— ¡Por eso!

— ¡Por eso!

La expansión, el cariño, la fraternidad universal habían llegado al colmo. González Mogollón, enternecido, dominaba con su vozarrón el tumulto, aquel estruendo de marea:

— Me salgo con todo... A mí se debe esta unión... hay paz para veinte años... apuesto mi pescuezo... Y poniendo la copa sobre la mesa se pasaba enfáticamente el dedo como degollándose, por la nuez prominente.

Karlonoff iba de grupo en grupo tratando de lanzar el discurso interrumpido: "La impericia y ridiculez de Bolívar llegaron a tal punto, que..."

Socarraz medio achispado, oloroso a brandy, y aprovechando la ocasión de rozarse con gente importante, circulaba por los grupos; ordenaba a los criados que acercaran champaña en grandes charoles; repartía apretones de mano; palabras de entusiasmo a Landáburo, a Sánchez Méndez y a Alcón; de golpe descubrió el comedor en que estaban Bellegarde y Alejandro; llamó con imperio a un sirviente; ordenó que acercara un charol de champaña y penetró con él al comedor.

El champaña, la satisfacción y los tragos anteriores a su entrada, le habían encendido el rostro, generalmente verduoso

— Don Alejandro, don Roberto, señor Bellegarde, esta copa por el general, por el doctor Sánchez.

Ellos lo volvieron a mirar sin contestarle.

— Señores, por la reconciliación, por la paz. Su voz temblaba ligeramente, el color encendido de las mejillas se desvanecía, iba tirando al verde. Roberto sintió pena, quiso complacer al invitante, se levantó.

— Bien, Escipión, tomo contigo... pero déjanos.

— ¿Y los señores no toman conmigo?

Bellegarde parpadeaba, Alejandro se dominaba, conservando en las manos un movimiento convulsivo.

— Pues si no toman ustedes conmigo, gritó Socarraz dirigiéndose a Bellegarde y a Alejandro, tampoco tomo yo; no necesito.

Y puso la copa con fuerza, derramando el champaña sobre el mantel.

Bellegarde tocó el timbre, llegaron los dos criados presurosos.

— Saquen ustedes este borracho, les dijo con voz siempre mesurada, y siguió conversando con Alejandro.

González Mogollón había acudido también para evitar el escándalo.

— ¡Ah! mi querido Socarraz, usted es un joven de mucho provecho... Calma, calma, conciliación, paz, y le echó el brazo por el hombro.

Socarraz se desprendió de González, se plantó enfrente de Bellegarde, le lanzó una mirada furibunda con sus ojos bizcos, después le volvió la espalda bruscamente.

González Mogollón lo tomó de brazo salieron juntos. Se oía la voz de González.

— Calma... calma...

Bellegarde y sus amigos se retiraron. Sánchez Méndez supo con desagrado el incidente entre Socarraz y Bellegarde, y temió que dada la exaltación de ánimo producida por el champaña y la invasión del populacho en el comedor, resultaran al fin bofetadas y mojicones, prólogo poco apetecible para afianzar la paz y la conciliación. El también era hombre cultivado, de aficiones aristocráticas, y solamente la necesidad política lo obligaba a asistir a banquetes tales y a rozarse con gentes como Socarraz y sus compañeros. Se concertó con González Mogollón.

— ¿Dónde está el poeta Mata? Querido Mata, una composición inédita, la última, la que recitó usted en casa de doña Aura de Cardoso y que he oído ponderar tanto... ¿Cómo se llama?...

Y le puso la mano en el hombro, le dirigió por entre los gruesos anteojos una mirada bonachona. Mata tambaleó, alzó los ojos turbios y dijo en voz opaca:

— *Balada de la desesperanza.*

Impusieron silencio a la turbamulta, se hizo un gran círculo en el centro, junto a una mesa se colocó Mata.

Su voz asmática se rompía a veces, se hacía más bronca, se volvía un suspiro, un hálito. En la recitación procuraba hacer gestos vigorosos, movimientos enérgicos, ademanes patéticos y se erguía con un grande esfuerzo, sacaba el pecho, levantaba el brazo, pero inmediatamente empezaba a doblarse, se encorvaba, inclinaba la cabeza, se le caía el brazo, como si fuera de plomo, y luego se apoyaba en la mesa, dirigía en torno la mirada turbia, se le apagaba la voz,

palidecía, y con otro esfuerzo supremo en una convulsión de todo su cuerpo alzaba la cabeza, volvía a levantar el brazo, tambaleaba, se sacaba el puño de la camisa en que lucían dos calaveras.

— *Balada de la desesperan...* De mi tomo *El cantar de mis cantares*:

I

Fray Martín de la Cogulla,
El prior de Calatrava,
Que agotó las penitencias, los cilicios, los ayunos, asperezas, disciplinas, y
con garfios
Desgarró sus carnes pálidas,
Castigó sus apetitos,
Y con santas
Reflexiones y lecturas en misales y breviarios que pintaron los maestros
mosaítas,
Dominaba
Las pasiones de alma y cuerpo,
Cuerpo y alma,
Y era un monje venerable con su barba larga y noble,
Noble y larga.
Y en el coro
Cuando estaba
Entonando las perínclitas secuencias ante el negro facistol,
Y alumbrada
Su figura por los rayos que litúrgica vidriera
Destilaba,
Argentando los toisones
De su barba;
Y entre marcos que un orfebre de Bizancio
Cincelara,
Parecía el gran Pontífice de la Vida y de la Muerte,
Parecía el gran Pontífice de lo Extinto y de la Nada;
Y era así, con el prestigio de sus oros abaciales,
Y los ónices del coro, y las finas filigranas
De la estola y del amito
De los cingulos y el alba,
Y leyendo en los infolios donde la crisografía decoró sus lises reales, sus
quimeras y sus grifos, los anillos de los crótalos; las sierpes,
Y las gárgolas,
Y los rojos y los negros de las letras medioevales,
Era así como el buen monje, el buen monje de la Muerte y de la Nada,
Fray Martín de la Cogulla,

Asombraba

A los monjes y a las gentes de la mustia, de la negra Calatrava.

II

Una noche,

Una noche,

A la una, a las dos de la mañana,

A la una,

A las dos, A las tres de la mañana,

Desvelado el penitente por las ranas y las ratas,

Por las ranas que en los fosos del convento

Crotoraban,

Por las ratas que roían,

Que roían con sus dientes en los bordes de la páginas

De un antiguo pergamino que, con gonces y con llaves,

Refería los prestigios de la vieja Calatrava,

El buen monje, desvelado,

Meditaba,

Meditaba,

Meditaba,

Y en aquella noche gris, y en la mística vigilia

Entre austeras penitencias, y entre las visiones cándidas,

Presentósele de pronto toda llena de dulzuras y de encantos y ternuras y
promesas,

Doña Sancha,

Doña Sancha de Almudéjar que en un tiempo, en los ágiles torneos,

A Martín, el noble y fuerte, coronara.

III

En la torre de almenados

Alminares y ajimeces, granizaba

Sus tres dobles con glas fúnebre, con su bronca voz de bronce,

La campana,

La campana que en la noche suspendida

Granizaba

Sus sollozos, sus quejidos,

Sus terrores, sus plegarias,

Y el buen monje, desvelado,

Meditaba, meditaba

Y en lo negro de la celda

Toda llena de perfumes, de promesas, de ternuras, de candores, fina y
lánguida,

Presentóse junto al lecho la visión dominadora,

La visión de doña Sancha,

Doña Sancha de Almudéjar, que en un tiempo en los ágiles torneos

A Martín, el noble y fuerte, coronara.

IV

Y surgieron en lo negro
De la celda solitaria
Los recuerdos tormentosos de otros días de pasiones,
De otras noches, noches tibias, noches dulces, noches claras,
De saraos y torneos y festines y algaradas,
En que la bella
Doña Sancha
Semejaba un loto vivo
Que triunfaba
Entre el ritmo de las guzlas y de los claros clarines,
Entre el retintín pausado de las grevas y esquinelas y los yelmos y las cotas y
las mallas
Con que el paso
Acompasaran
Los efebos timbaleros
Que entre la soberbia augusta de los arcos y la gloria de los fieros
estandartes, con pausado paso pasan.

V

Quiso dar un fin grandioso al poema de su gran melancolía,
Sintió el beso, sintió el toque, sintió el hielo de mortal desesperanza...
Y el buen monje,
Ante la pálida
Visión dulce,
Visión mágica,
Muy pasito,
Despacito se levanta,
Y por largos corredores
En que el viento rebramaba
Y esparcía los tres dobles, el glas fúinebre, de la tétrica
Campana,
Por las corvas arquerías, y por patios en que el rayo de la luna derramando
sus azogues rielantes
Proyectaba
La silueta larga y negra
Negra y larga,
Del buen monje, el buen monje se desliza
Cual fantasma,
Se desliza,
Cruza y pasa

VI

Y a la luz alborescente
Y esfumada
De la aurora que en los cielos infinitos y verdosos con su gran dosel rimante,
con la seda de sus brumas
Semejaba
Una estrofa de cristal,
Y a la vista de los frailes sorprendidos, que maitines ya cantaban,
El anciano penitente, fray Martín de la Cogulla
Fue a la torre, y una grada,
Después otra,
Y otra grada,
Y otra grada,
Y otra grada,
Fue subiendo
Y en la blanca
Torre, donde una viga negra y vieja de madera carcomida a los tristes
asfodelos de la aurora se extendía,
Con la cuerda que en el cinto le estrechaba.
El buen fraile ¡crac! se cuelga;
Y en las cales de la torre
Proyectadas,
Por los rayos
Gris y plata
De la luna,
Se estiraban
La capucha,
Y las canas,
Los toisones
De la barba
Y las vértebras,
La sarga,
Y los pies,
Y las sandalias,
Y la cuerda,
Y la escuálida
Osamenta,
Eran una
Sombra larga
Una sola,
Una sola,
Sombra
Larga.

CAPITULO IX

NOSTALGIA DE LA MUERTE

—Hemos debido retirarnos antes, dijo Alejandro a sus amigos, mientras atravesaban la plaza de Bolívar; nos hubiéramos evitado la explosión de fraternidad y las galanterías de Socarraz...

De la plaza, de las calles vecinas surgía en la oscuridad un alegre rumor de fiesta. La multitud se encaminaba al teatro, ansiosa por ver el estreno de la compañía italiana.

La luna, en el ocaso, escoltada por nubarrones franjados de plata, bogaba en un piélago de tinta. Al oriente, sobre un telón de terciopelo negro, se destacaban las torres de la catedral. Las luces de los coches, como luciérnagas, rayaban la oscuridad.

—Tengo mucho deseo de conocer a *Werther*, de Massenet; es la primera vez que se da esa ópera en Bogotá.

En la puerta del teatro, bajo los globos de luz eléctrica, un remolino: coches que suben, que bajan, entre un estrépito de herraduras; de otros que se detienen, salen caballeros y damas que dejan regueros de perfume. Sobretodos oscuros, abrigos de seda, pieles, cabecitas descubiertas, salen de la sombra, se detienen en la puerta, brillan en la claridad intensa del vestíbulo, se pierden ascendiendo las escaleras, en la penumbra.

Los tres amigos en su palco de *avant-scène* admiran el espectáculo: la sala colmada; aromas, murmullos, resplandores que destacan las pecheras en el fondo oscuro de los palcos, los diamantes en la blancura de las gargantas. Aleteos de abanicos, reflejos de seda, chisporroteo de pedrería...

—No entiendo, dijo Roberto, cómo han podido hacer drama de un argumento tan sencillo, de tan poco movimiento como el *Werther*, de Goethe. El tema de la novela poca cosa: Werther se enamora de Carlota cuando era ya la prometida de Alberto. Ella, fiel a su compromiso, se casa con su novio. Werther, despechado, se suicida. Podría caber todo el enredo en una quarteta como el de Corina:

Oswaldo a Corina amó,
Pero tuvo la simpleza
De dar su mano a una inglesa
Y Corina se murió.

—Pues justamente en escoger un argumento sencillo, casi sin movimiento, en que sólo hay una pasión inmensa, estuvo el acierto y el éxito Massenet; ese argumento convenía mejor que ningún otro a su inspiración, a sus disposiciones, a

sus tendencias. La música, el drama musical, vive de acción; pero de acción interior, moral, de pasiones profundas...

Y como era éste un tema que arrastraba Bellegarde, continuó:

—Es así como la música puede espiritualizar ennoblecerse, llamando al espíritu, arrebatando el alma, prescindiendo de los nervios, de halagar únicamente los sentidos...

—Pero *La Navarra* del mismo Massenet, que oí en París, es todo lo contrario, una acción agitadísima, violenta... El argumento hubiera sido del gusto de cierto público de aquí: la guerra civil España; gritos, algazara, desorden con acompañamiento de tambores, trompetas, tiros y cañonazos... Era una música que olía a pólvora.

—Y por eso fue un fiasco. Eso tiene su explicación. Mascagni acababa de obtener un éxito con su *Cavallería*. Massenet quiso también hacer su *Cavallería*; y no omitió medio ni recurso de los que emplea Mascagni: desencadenó la orquesta, exasperó la melodía, redujo, doblegó su talento delicado a la vulgaridad de ciertos procedimientos italianos; a los estruendos, a las frases convulsivas que recorren la escala entera, a las oposiciones fáciles.

—Y en ese juego brutal, en ese juego de degollinas y tiroteos fue vencido Massenet, hecho para pintar las pasiones enfermas, la debilidad deliciosa de Werther...

Se alzó el telón.

Bellegarde limpió el monóculo y se volvió hacia el escenario, donde se veía en la pintoresca decoración la aldea de Walheim.

Una hermosa mañana de estío; surge en la paz de la naturaleza el canto de los niños; luégo el movimiento de valse, el motivo vivaz que anuncia la llegada de Carlota.

—A la lozanía de esta aldeana, decía el conde, corresponde la frase musical, ingenua, llena de franqueza, con un acento rítmico, impregnado de originalidad y de alegría.

—No conozco, dijo Alejandro, esta ópera. Dudo mucho que Massenet haya podido representar, o mejor dicho, reflejar en la música, el alma de Werther; según recuerdo, era ante todo un apasionado por la naturaleza. Esa pasión, no tanto Por Carlota, como por la naturaleza, es un sentimiento extraño, profundo, difícil de expresar...

Y dudo...

—Pues bien, dijo el conde con entusiasmo, con exaltación inusitada, cogiendo el brazo de Alejandro, mientras se inclinaba sobre el barandal de terciopelo rojo, para escuchar mejor las voces y la orquesta; eso, eso es lo que ha hecho Massenet con poesía, con pasión, con la pasión de un alma dominada por el sentimiento... ¿Oye usted? ¿Oye usted, Alejandro? (Agregaba, acentuando la presión nerviosa de la mano)... Lo que canta ahora Werther, a la entrada de la casa, en esa hermosa mañana, y lo que canta con él la orquesta, es un homenaje, un himno a la naturaleza, más que a la mujer... ¿No es verdad?... Escuche usted, amigo Roberto... ¡Ah! ese violoncello solo... y ahora este violón, esos preludios de las arpas, esas notas claras y tenues de aquellas flautas, todo ese canto de éxtasis sobre un acompañamiento que ondula y que palpita, trae el recuerdo de los campos, y todo eso tiene el olor del estío, el aroma del trigo maduro, del heno recién cortado, el rumor del viento en las hojas de la viña, la frescura del agua que pasa murmurando por la pradera cubierta de flores.

En el teatro colmado quedaban dos palcos vacíos.

Un ruido de puertas, tric, trac, y en esos dos palcos, entre alboroto de sillas, de bastones que chocaban, haciendo volver las cabezas, y cortando la armonía, aparecieron, se fueron instalando, Landáburo, González Mogollón, Mata, Agüeros, todos los convidados del banquete político.

Landáburo se colocó en el centro de uno de los palcos, entre Karlonoff y Mata; puso los guantes en el barandal, sacó el pecho, se arregló el clavel, tosió, lanzó su mirada circular, satisfecho de ver que, aunque fuera interrumpiendo la fiesta, hacía volver hacia él todos los ojos. En el fondo del palco brillaban los anteojos del doctor Agüeros. En el último término, el binóculo de Roberto descubrió la calva pálida de Alcón.

—Ese es el grupo que no entendiendo el arte, dijo Roberto a Bellegarde, gozaría con el sport de la guerra.

Alejandro, de mal humor, frunció el ceño y agregó.

—Y así como han venido a interrumpir la fiesta, por hacer viso, quieren turbar la paz, el bienestar de que goza ahora el país.

Volvió la calma, la atención del público se concentró de nuevo en el proscenio: Werther y Carlota entonan a la luz de la luna el dúo del amor, de los recuerdos y de los supremos adioses. Ella exclama con acento lleno de castidad y de dulzura: "Debemos separarnos..." Y tras una melodía que se eleva y declina, y evoca el aleteo de la brisa, el fulgor de una estrella, el misterio de la noche, preludia la

orquesta los acentos lúgubres de la despedida, vibra la armonía del acompañamiento, pasa el soplo glacial, solloza el bajo obstinado y sombrío.

Cayó el telón. Roberto, en el entreacto, pasó al palco de Inés que, al sonar el botón de la cerradura, volvió la cabeza, saludó con una blanda ondulación del cuello y de los hombros. Había estado fría, seria hasta aquel momento; pero de pronto se animó, un leve tinte sonrosado le subió del corazón a las mejillas. "Es una estatua de mármol", había dicho doña Aura en el palco del frente; pero al verla animarse, la poetisa se inclinó, cuchicheó algo por detrás del abanico al oído de Mata. Roberto e Inés por aquel movimiento comprendieron que se trataba de ellos. En el palco de doña Aura de Cardoso había un vaivén continuo, y ella, exuberante, con los ojos que sonreían al través de los lentes de oro, con cierta agilidad forzada en que pretendía disimular sus cuarenta años, se volvía, distribuía apretones de manos, a Mata, a Agüeros, a Landáburo, a tantos que iban a saludarla, a hacerle la corte como un homenaje al "conspirador internacional", al adalid ausente de la "revaluación", al "inmortal Cardoso".

En el fondo del palco de doña Teresa estaba el general Ronderos, taciturno, mordiéndose el bigote, fruncidas las cejas. Había ido sólo por complacer y acompañar a doña Teresa; tiempo hacía que no asistía al teatro; con el espectáculo surgieron en su mente los antiguos recuerdos de otras fiestas, las imágenes del pasado se interpusieron entre el espectáculo y su mirada; vivió en espíritu largos años de su vida; la juventud borrascosa; la compañía de Mirándola y Rosina; los bailes y fiesta que daba su padre; aquel primer amor, aquel duelo fatal; la muerte de su adversario, su salida país, su permanencia en Europa tantos años; el regreso a la patria; su matrimonio feliz, sus trabajos de campo a la orilla del Magdalena; la fortuna rehecha; la muerte de su esposa; después la de su hijo en el accidente de una cacería; su soledad; la política para olvidar su dolor en las agitaciones de la vida pública; su amor concentrado y sólo en la patria... ¡Ah, la patria, por la cual tanto había sufrido! Sus campañas, la lucha tena constante, con el partido de la revaluación; la incesante contienda; su anhelo por ver al fin tranquilo y dichoso este país. ¡En vano!... Al cabo de los años, ya en la vejez, con una responsabilidad abrumadora, veía renovarse la lucha, y allá en el horizonte, los nubarrones de una nueva borrasca...

—General, lo noto preocupado... ¿No le gusta la ópera? preguntó Roberto.

—¿La ópera?... dijo saliendo de su abstracción, volviendo de muy lejos. Hombre, Roberto, sí, es verdad, estoy preocupado. Este Landáburo, aunque hace discursos de paz, sin duda trama algo. Ese partido de la revaluación, como dicen ellos, o de la revolución, como digo yo, no se duerme... Véalos usted ahí, en el palco de aquel marimacho, de la mujer de Cardoso; tienen cierto aire de misterio, de inteligencia, de alegría... ¡Ah! ¡Tubalcaín Cardoso! Hace muchos meses salió de México. Le he perdido la pista... Nos invadirá... He puesto telegramas a los cónsules.

—Sí, yo se lo decía a usted la otra noche, en casa de tía Teresa; hay que estar alerta... Pero el Gobierno cuenta con muchos amigos.

—¿Amigos?... Ya lo ve usted: en nuestro propio partido hay un grupo de disidentes; anoche (agregó bajando la voz e inclinándose), anoche hubo una junta en casa de este necio de González Mogollón, con el objeto de decidir sobre la actitud que tomaran respecto de esos agitadores. Han hecho una alianza de paz, que yo llamo de guerra. Y asistieron, entre muchos, el muy santurrón de Alcón, el charlatán de Karlonoff, y otros que pasan por amigos nuestros, y obedecen a Sánchez Méndez. Y en este banquete político de esta noche... Sí, estoy preocupado.

Salió Roberto.

Bellegarde se presentó en el palco; se sentó junto Inés.

—Tenía usted razón, dijo ella mientras apoyaba el binóculo en el barandal del paleo, tenía usted razón: música exquisita, original, nueva, sin embargo, yo no la entiendo bien todavía... comprendo sí que la orquesta tiene una importancia inmensa: su papel en las óperas italianas que más conocemos aquí es un papel modesto de sirviente... se me figura que en esta música moderna la orquesta ha subido en la escala social, es de más categoría que antes... es igual a la voz humana.

—Sí, señorita; ¡eso!... Y Massenet ha sacado partido de un tema que para otros hubiera sido tal vez estéril... descubrió una inmensa pasión y supo inspirarse en ella... Una de esas pasiones —continuó en un tono de voz más profundo— que cambian una existencia, que llenan una vida, que inspiran todas las acciones de un hombre.

—Sí; una de esas pasiones, dijo Inés con una sonrisa fina, que ya no se usan. El que hoy la abrigara se presentaría como un hombre ridículo, fuera de la moda, como si usara, a estas horas, casacón y peluca empolvada.

—Y es particular, continuó Bellegarde, volviendo a su tono de voz fría, que Goethe describiera esa pasión, esa pasión tan intensa, tan sincera, sin haberla sentido el nunca la crisis romántica le pasó pronto, fue como una enfermedad de niño; corta y ligera.

—Pues Goethe hubiera sido más notable si hubiera sentido esa pasión, aunque no la hubiera descrito.

Doña Teresa y el general Ronderos tomaron luego parte en la conversación; doña Teresa declaró francamente que le gustaban mucho más *Carmen* y *Cavalleria*; una música más comprensible y sobre todo mucho más alegre; el aria del torero

era de los trozos de música que más le gustaban... La música triste, melancólica, no podía soportarla... Bastantes penas y aflicciones había en el mundo real para ir a aumentarlas y a agravarlas en el teatro con penas de mentira.

— ¿No es verdad, Ronderos? Pero él se manifestó de una incompetencia absoluta en lo de música; recordaba haber leído el *Werther*, hacía tiempo, con gusto, sin desconocer que había en ese libro una enfermedad de la imaginación, un veneno poderoso, de gran vitalidad, como se había dicho, una apoteosis del suicidio.

— En fin —concluyó— no me sorprendería que una edición castellana de *Werther* tuviera en el país un éxito colosal; porque ese libro estaría en consonancia con la pasión dominante de esta tierra: la pasión, la manía de destruir, un veneno de gran vitalidad, el ímpetu de acabar con lo que queda; la manía del suicidio, la nostalgia de la muerte.

Sonó el timbre anunciando que iba a alzarse el telón; Bellegarde se levantó e inclinándose hacia Inés:

— Recuerdo en este instante, dijo, las palabras con que Werther describe a su amigo la pasión que lo domina. "¡Ah! Suceda lo que suceda, no podré decir que no he conocido la felicidad, y encorvándose más, gozo de toda la felicidad que ha sido concedida al hombre."

Se alejó de espaldas, hizo una venia ceremoniosa en la puerta del palco y se retiró.

Roberto se había dirigido en busca de Alejandro; no lo encontró en el palco, se encaminó al proscenio; abrió la puertecita de comunicación; cruzó por detrás de las decoraciones; en el camarín de la Rondinelli se movían, gesticulaban de pie Landáburo, Mata, Karlonoff.

Este último continuaba un monólogo:

— En las innovaciones que hice al teatro tomé por modelo el de Bayreuth, cuya primera piedra se puso en 1872; pero que no se inauguró sino en 1876. Algunos ignorantes arquitectos dicen que la buena acústica de una sala de teatro, es efecto de la casualidad: error grosero. El teatro de la Escala tiene cupo para más de 3.000 espectadores; mientras que en el teatro modelo de Bayreuth sólo caben 1.758...

Alejandro, sentado en el canapé de felpa roja, examinaba la pintura de un abanico. La Rondinelli, junto al tocador cubierto de frascos, se arreglaba el peinado, mientras masticaba un pastilla de goma; se quejaba del esfuerzo que tenía que hacer al cantar, por la acústica defectuosa del arco escénico. Malatesta, que de pie, reclinado en la puerta, apuraba un vaso de cerveza, observó que ese defecto

no existía en la temporada anterior, en que, él había cantado. El mal dependía de una reforma que habían hecho últimamente.

—Si, dijo la Rondinelli volviendo la cabeza, dicen que el teatro lo ha dañado ahora un sabio ruso o polaco... un... ¿cómo se llama?

—Ya recuerdo, dijo Malatesta, ¿ruso? No... debe ser alemán... Kar... Karlonoff... ¡eso!., exclamó con su voz sonora... Un bárbaro, el Karlonoff.

Todos contuvieron la risa. Uno de los visitantes se escabulló.

—¿Por qué ríen? preguntó la Rondinelli. Porque se fue este *signore*?

—¡Ja! ¡ja! contestaron. ¿No sabía usted? Ese es Karlonoff.

—¡Imposible! exclamó Malatesta... ¿ruso?... ése...

—¡Imposible! prorrumpió la Rondinelli, ese.. ¿el sabio polaco? ¡Ja, ja!

Y todos prorrumpieron en risas.

González pidió un beneficio para el *Hospital Docente*.

—Cuánta gracia, dijo Alejandro, cuánto arte ha puesto usted, señorita, en las tres notas del tema, que van entrelazándose en la orquesta: ese último tema, tan puro con las flautas, tan chispeante con las notas del arpa, tan lleno de ternura con los violoncellos.

—Esas tres notas dominantes, si no me engaño, observó Roberto, las he oído yo, dispuestas de la misma manera, en Patria y en la Cavallería rusticana.

—¿Es verdad?

—Cierto, exclamó Malatesta, tiene usted buen oído, buena memoria... ¡cierto!

Landábuero, que no podía permanecer callado:

—Yo no entiendo, dijo mientras sacudía el brazo, como esgrimiendo la espada, no entiendo sino un tema: ¡la diana de victoria! No comprendo sino un instrumento: el tambor, que dice francamente lo que quiere.

—Señorita Rondinelli, dijo el doctor Agüeros, con sus maneras afectadas, pasándose las manos por los cabellos, voy a permitirme una receta, unas pastillas, para la garganta, que fortifican la voz y suplirán el defecto del arco escénico... Mi profesor de clínica en París, el doctor Laplace...

— ¿Listos? preguntó el traspunte en la puerta, ¿damos la primera llamada?

— Sí.

— ¡Ah! la corneta, otro noble instrumento, continuó Landáburo, en la última revolución, en mi famosa carga en el alto Gachaneque, gracias a la corneta...

— ¿La corneta? exclamó Karlonoff, que había vuelto a deslizarse entre ellos, la corneta fue uno de los grandes errores de Napoleón en Austerlitz, y de Bolívar en Boyacá. La táctica moderna la ha suprimido. Las señales, para que no se imponga el enemigo, deben hacerse con el *kepis*.

Dieron la segunda llamada. Salieron todos, menos Mata, que deseaba quedarse al lado de la Rondinelli para declararle su pasión. Ella, entregada a la tarea de darse los últimos toques de carboncillo en torno de los ojos, no atendía a las frases del simbolista.

— Una pasión sugestiva la de Werther, señorita... Una pasión sin esperanza... Será así la mía... Werther hizo bien suicidándose. El suicidio es el mejor final de un cerebral superior a su tiempo...

Tercera llamada: un timbre. Se volvieron a llenar palcos y butacas. Se alzó el telón. Carlota está en su cuarto, sola, de noche, lee y relee las cartas de Werther, y la música va siguiendo la lectura de aquellas cartas; haciendo eco a las frases de amor y de tristeza. Carlota lee: "Escribo desde mi cuarto solitario," y el movimiento de la frase musical, los silencios de la orquesta, el trémolo lúgubre de los bajos, todo acompaña el pensamiento, todo expresa el abandono, la ausencia, la agonía. Carlota toma otra carta: "Alegres cantos de niños llegan hasta mi ventana"; y entonces la orquesta cambia de tono, se anima, ríe, juguetea, como expresando la infantil algazara.

La adorada lee la última frase: "¿Volver a vernos?... ¡Nunca, nunca!" Y Carlota enmudece, pero entonces la orquesta, interpretando el dolor, lanza un acorde vigoroso de terrible esperanza.

Al palco de doña Aura de Cardoso entraron Landáburo y el doctor Agüeros; hablaron en voz baja, con gravedad, y el rostro de la poetisa fue perdiendo su gesto jovial, palideció, tomó una expresión cada vez más seria.

En el proscenio siguió el gran dúo entre Carlota y Werther, escena de una declamación sorda entre la candorosa aldeana y el complicado pensador, y en aquella estancia en que los objetos mismos parecen evocar los recuerdos de amor, se desarrolla el diálogo lúgubre, insinuado por la voz humana, acentuado por las quejas de la orquesta. Werther se aleja, se despide para siempre.

Un grito en el palco de doña Aura. Un abanico cae al patio; todas las cabezas se vuelven, ven a la poetisa, pálida, dando el brazo a Landáburo, salir del palco. Circula por el teatro la gran noticia: el general Tubalcaín Cardoso, el "gran ausente", ha muerto en el desierto de Tarapacá.

Tras un instante de agitación en la platea, se volvieron los binóculos hacia el proscenio: continúa el tercer acto: un mensajero de Werther presenta una carta al esposo de Carlota: "Envíame las pistolas, voy a emprender un largo viaje." Y Carlota misma, inconsciente, sin comprender la intención del amante desesperado, entrega las armas, en una escena muda; calla la voz humana, y el trágico episodio sólo está comentado por un grito, por un estremecimiento de la orquesta.

— ¿Oye usted, Roberto? dijo Bellegarde: ha llegado el instante más trágico de la ópera, en que los personajes deben callar, y la sinfonía tiene el derecho, mejor dicho, el deber de hablar en nombre de ellos.

Se suicida Werther: "Adiós, naturaleza; cúbrete de duelo. Tu hijo, tu amigo, tu predilecto se acerca a su fin." Cae el telón, una salva de aplausos; los artistas, llamados a la escena varias veces; un grupo de aficionados va a felicitarlos entre bastidores. Roberto y Alejandro tropiezan con Mata, en un rincón oscuro, tras una decoración, pálido, la mirada siniestra: quiere imitar a Werther, lo ha seducido el suicidio contagioso; brilla un revólver en sus manos; se lo arrebató Alejandro; González Mogollón, que había ido a insistir en la solicitud de un beneficio, interviene:

—No, devuélvanle su arma. Mata no piensa hacer eso. Apuesto mi cabeza. Voy a inscribirlo entre los socios de la *Salvación Forzosa*.

—Es singular, decía Bellegarde a Alejandro en el vestíbulo de la salida y mientras se subía el cuello del gabán, ante el soplo helado de la calle. Aquí, en un país privilegiado, no se piensa en la vida, en la felicidad, en el arte, en la *joie de vivre*, sino en la destrucción, en la guerra, en el suicidio. Este joven, este señor Mata, que tiene talento, un porvenir, no piensa sino en destruirse. ¿El país rico, privilegiado por Dios, también piensa suicidarse?... Es extraña esa afición, ese misterio...

Roberto explicó:

— ¿Un misterio?... ¿Una. afición?... Es la nostalgia de la muerte.

CAPITULO X

LA GARRA DEL AGUILA

Montellano, instalado en la antigua casa de los Avilas, escribe en su despacho, inmenso aposento en cuyos muros se ven los planos de sus haciendas. La luz cruda que entra por los balcones abiertos despierta destellos fríos en la caja de hierro, en la prensa de copiar, en las cantoneras de cobre de los libros de cuentas, en el barniz de los estantes. Dirige cartas, telegramas, órdenes, instrucciones a todos los extremos de la República, en donde mantiene en agitación continua un ejército de empleados, para los cuales está siempre Montellano presente y que creen oír a todas horas su voz gruñona, dominante: "Remate usted renta por ciento veintitres mil dólares..." "No descuide *hormiguillo* macho frijol..." "Ejecúteme sin miramientos a Pepe Redondo..." "Déle sal al ganado; indispensable aumentar *botijas* leche..." "Recoja órdenes de pago y ceses militares, pero no pase de treinta por ciento de su valor..." "Venda vaca muerta epizootia, precauciones no decomísenla..." Es indispensable que la inmensa maquinaria trabaje sin cesar, sin pararse un instante; es preciso que de todas partes afluayan corrientes de dinero a llenar aquel monstruo insaciable que en un rincón espera con la jeta abierta: la caja de fierro. A veces se detiene, vacila, concentra el pensamiento; sus ojuelos negros, redondos, toman la dureza, el brillo extraordinario de los ojos de águila; parece que desde la altura registra toda la haz de la República; atraviesa con la mirada espacios inconmensurables; descubre por allá, en un rincón oscuro, accesible sólo para él, una presa, una ganancia cierta. Durante la meditación permanece extático, mientras agita los dedos de la mano en una convulsión inconsciente, y cuando ha tomado un partido, en la violencia del deseo, abre la mano, la cierra a medias, lentamente.

Por los balcones llegan los ruidos de la ciudad que empieza a entrar en movimiento y la brisa de la mañana que sacude el guardapolvo de los canapés, la carpeta de una mesa; se oye un estrépito lejano, confusión de campanillazos, choque de ruedas y de herraduras, chasquidos de látigo, silbos... se acerca, aumenta el estrépito... pasa el tranvía; el tañido tenaz, monótono, de una campana que llama a misa; en la calle, pisadas, carraspeos, el trajín de carros y coches.

De una pieza vecina llegan las notas claras, mecánicas, del piano en donde estudia Dolores: do, re, mi, fa, sol, la, si, do... do, si, la, sol, fa, mi, re, do...

Un leve golpe en la puerta.

— ¡Adelante!

Entre un ruido de cuentas y medallas se presentan dos Hermanas de la Caridad... El millonario las envuelve en una rápida mirada; hace un gesto de disgusto; observa la figura varonil, los hombros cuadrados de la hermana Visitación, y se

inclina con un movimiento de instintivo respeto ante la hermana San Ligorio. Cada día más flaca, más espiritualizada. Los ojos entre las ojeras sombrías tienen una fascinación indecible y revelan la nostalgia incurable de los desterrados, el excelso reposo de la esperanza.

— ¿Qué las trae por acá, hermanas? dijo Montellano con su voz estentórea, levantándose y dando algunos pasos que hicieron temblar el piso.

Se sentaron todos; hubo una corta pausa en que resonaron en el aposento el alboroto del tranvía y los dobles quejumbrosos de una torre vecilla. Las hermanas se miraron; habló la hermana San Ligorio, y, al hablar, levantaba suavemente las manos que había reposado sobre los brazos de la silla: unas manos largas, aristocráticas, como hechas de una sustancia inmortal. Su voz, de una música triste, penetraba hasta el fondo del alma.

— Señor de Montellano: conocemos la generosidad de usted y venimos a pedirle una limosna para los enfermos que no pueden ir a los hospitales y que cuidamos la hermana Visitación y yo en sus propias casas.

Montellano giró sobre el asiento de su escritorio, hizo crujir el resorte, se puso de pie.

— ¿Una limosna, hermana? pero si ustedes no saben cómo estoy... los gastos de Bogotá son extraordinarios... esas clases de Dolores... no se gana un cuartillo... nadie me paga...

Se dirigió a la pared, dio un golpe con la mano abierta sobre un plano firmado por Karlonoff.

— La composición de esta casa no más vale un caudal... Karlonoff con su plano equivocado me iba arruinando...

Al hablar hacía gestos violentos, ademanes de desesperación; Con su voz dominaba el bullicio de la calle, el estruendo de coches y de carros, el choque de herraduras, el grito penetrante de los chicuelos: "*¡La suerte enterita...!*" "*¡La Revaluación...!*" "*¡La Integridad...!*" "*¡El Escorpión con caricatura...!*"

— Perdone usted, señor Montellano, dijo con su voz melodiosa la hermana, volveremos en ocasión más propicia; nuestros pobrecitos enfermos carecen de todo y tenemos que recurrir a la caridad de los corazones compasivos...

Volvió a estallar el vozarrón de Montellano:

— Ustedes tienen, hermanitas, como veinte casas, media Sabana, acciones en todos los bancos, fondos en Europa... más bien podrán ayudarme...

Las hermanas hicieron una sonrisa de protesta, de resignación, y se encaminaron a la puerta entre el rumor de cuentas y medallas.

—Usted se informara mejor, dijo la hermana Visitación, dirigiéndose a Montellano; volveremos después; no desconfiamos de su corazón generoso.

—¡Aguárdense! ¡Aguárdense! gritó Montellano, no quiero que se vayan con las manos vacías...

Y empezó a buscar con afán en los bolsillos del saco, del chaleco, de los pantalones. Por fin encontró dos papeles sucios, dos billetes de a peso, y se los entregó a la hermana San Ligorio.

—Dios se lo pague, señor Montellano.

Al pie de la escalera encontraron las hermanas a Alejandro, quien al verlas se inmutó, se inclinó profundamente.

—Monsieur Alexandre, dijo la hermana Visitación, ¿por qué no ha ido a vernos?

—Iré mañana...

Después de que ellas pasaron, subió con celeridad la escalera. En la puerta del despacho se encontró con el doctor Alcón; pero Alejandro entre adelante, dejando la puerta abierta. Alcón volvió a la galería donde había estado esperando, y, mientras Alejandro se despachaba, se enfrascó del nuevo en su lectura: "*La Integridad*. Director: *Luis Sánchez Méndez*." Quería tener la fruición de leer un artículo elaborado entre él y Karlonoff, con el objeto de proporcionar dificultades a Ronderos y sus amigos. ¡Gozaba tanto en aspirar el olor de la tinta fresca de sus producciones!

"*Canalización*.—Ya nuestros piadosos lectores se han dado cata del contrato que se celebró, va para tres meses, entre su señoría el Ministro de Finanzas y el señor Bellegarde. Interpretando el gusto y voluntad de nuestros coterráneos queremos satisfacer una y otro recogiendo opiniones de personas asaz entendidas en la materia y pertenecientes a diversas clases, partidos y profesiones. Es por eso que hemos enviado sendas esquelas a los señores cuya lista va en seguida ..."

Y al ver ese *que* galicado sintió una conmoción, un choque eléctrico. Comprendió que Karlonoff había retocado las pruebas de imprenta a última hora. Se creyó perdido si llegaba a ser conocida su participación en el escrito y resolvió ocultar a todo trance su connivencia en ese delito gramatical.

"El director de *La Integridad*, teniendo en cuenta la reconocida competencia de usted en asuntos fiscales, de ingeniería y de canalización, suplica a usted venga

en responder las preguntas del siguiente interrogatorio, si a su gusto acomodare y a su voluntad satisficere."

Del fondo de la galería salían las escalas y los ejercicios que estudiaba Dolores; un pasaje constantemente principiado y continuámente trunco, a que se mezclaba la voz de la Rondinelli.

—Señorita, empecemos de nuevo.

Alcón siguió leyendo:

"1ª En opinión de usted ¿es científicamente realizable la obra de la canalización?

"2ª ¿Debe prestar fe completa a los planos, dibujos, cortes y trazados presentados al Ministerio por los ingenieros franceses?

3ª ¿El sistema de diques movibles será preferible al empleo de dragas?

"4ª ¿En esta empresa, hecha con capital extranjero, no habrá un peligro para la seguridad nacional y en general para la raza latina en América?

"5ª En caso de que ingrese al tesoro la fianza de un millón de francos, ¿a qué debe destinarse?

"6ª Si en concepto de usted se debe aplicar la amortización de la moneda enferma, ¿cuál sería el procedimiento que debería seguirse?

"El director de *La Integridad* espera de usted pronta respuesta.

"Señores doctor Melchor J. Alcón, publicista y filólogo.—General Floro Landáburu, connotado revolucionario.—Doctor Carlos Onofre Sandoval y Sabogal, coronel de puentes y calzadas.—Doctor R. Agüeros, médico.—S. C. Mata, poeta.—Giovanni Malatesta, artista.—N. González Mogollón, comerciante.—Ramón Montellano, banquero.—Nic. Villafañe, agente de negocios.—Nabuc. Benavides, cafetalista, agricultor.—N. Tapia, agricultor.—John K. Gacharnah, agente viajero.—Escipión Socarraz, político y periodista.—Terencio Nichols, fotógrafo.—Expósito Montes, fabricante de calzado.—Nerón Jaspe, sastre profesor (estudios en Dublín y Nápoles).—Sinaí Largacha, encuadernador.—Aura de Cardoso, hombre de letras."

Suspendió Alcón la lectura con sobresalto, porque del despacho salía la algazara de un altercado sostenido por el vozarrón del millonario la voz de Alejandro en que temblaba la cólera.

—Hace dos meses, don Ramón, que cerrámos el negocio de la venta de *Cebaderos* y aún no hemos concluído.

—Ayer se firmó la escritura, ¿qué más, don Alejandro?

—Que ya no tengo paciencia: después de discusiones inacabables convinimos en un precio fijo de 55.000 dólares... Al ir a firmar la escritura me salió usted con que tenía que refaccionarle la casa de la hacienda... nueva póliza; volvimos a la notaría, y ya había agregado usted, sin consultarme, que los gastos de registro y notaría eran de mi cuenta. Convine también...

—¿Si usted convino, de qué se queja, don Alejandro?

—Quince días después, cuando me dio usted su palabra de honor de no cambiar nada a la póliza, agregó una nueva cláusula...

—¿La de las bardas de las tapias y arreglo de medianías? dijo la voz ronca

—Sí, señor; contestó la voz colérica.

—Pues bueno, usted también convino.

—Por fin, don Ramón, se firmó ayer la escritura, en que usted mismo hizo poner que pagaría 55.000 dólares en oro o en letras de cambio.

—Bueno. Por eso le di ayer, al firmar la escritura, las letras.

—Pero no sobre Europa, sino sobre la plaza de Manizales, y no he encontrado quien me compre esas letras... nadie necesita fondos en Manizales.

—Eso se lo arreglo.

—¿Me da oro?

—Eso si no. Usted ya confesó, don Alejandrito, en la notaría, que había recibido a su entera satisfacción. Le cambio las letras sobre Manizales por letras sobre Europa o por oro amonedado, si me hace una rebaja.

—Creí en su buena fe, Montellano, y me equivoqué. ¿En cuánto debo pagar la equivocación?

—Dejamos lo 50.000 redondos.

—Para mí es una cuestión de honor, cosa de que usted no entiende. Ofrecí pagar hoy a Bellegarde el valor de las acciones que me entregó, confiando en mí, hace meses.

Sintió Alcón que la puerta se cerraba con violencia, y poco después vio a Alejandro que, enrojecido, con los ojos centellantes, cruzaba el corredor que resonaba con su cólera, y se dirigía a la escalera.

—Mi querido doctor Alcon, dijo Montellano, echándole el brazo y conduciéndolo a un canapé sobre el cual caían los rayos del sol. ¡Quién me hubiera dicho que usted viniera a ser uno de nuestros sabios, de nuestros hombres políticos de importancia!

Por la calva pálida del sabio pasó un baño de carmín, se sentaron. Montellano encendió un cigarro, estiró las piernas, echó grandes bocanadas de humo.

Un silencio. Entraron al cuarto por los balcones el timbre de una bicicleta, el ladrido de un perro, rumor de conversaciones, silbidos, el paso de los transeúntes sobre los enlosados de la calle.

La lección de piano había terminado, seguía la de canto. Por la puerta entreabierta llegaba, con la voz fresca de Dolores, la romanza de Carmen: "*L' amour est enfant de Bohème... Il n'a jamais, connu de loi... Si je t'aime, prends garde á toi...*" Frases que resonaban de un modo extraño en aquel templo de Mammon, en que sólo dominaban el egoísmo brutal de las combinaciones comerciales, el afán de ganancias, de lucros enormes.

Montellano se levantó, cerró la puerta con llave y, después de chupar con fuerza el cigarro, exclamó:

—Dolores me ha vuelto la casa un colegio; diez clases por día: clase de piano, clase de canto, clase de pintura, clase de corte, clase de gramática, de francés, de italiano de historia... y todas esas son historias; con que supiera sumar y algo de cocina, bastaría.

Al oír nombrar Dolores volvió a pasar sobre la calva de marfil baño de púrpura.

—Amigo Alcón, usted sabe mucho; así me gusta; irá muy lejos. Usted ha escogido la carrera que en este país puede conducir a las posiciones más elevadas, lleva a los más altos puestos: la gramática, la literatura. Entró al Gobierno, puso un pie en el Ministerio, apoyando por la prensa al general Ronderos en *El Sostén Oficial*, y luego con grande naturalidad que yo aplaudo, para dar un paso más, ingresó en el partido de los íntegros, donde se adquiere atente de honradez, muy útil para cualquiera operación.

El sabio guardaba un silencio prudente y Montellano continuó acercándose más y envolviéndolo en su mirada aguileña, que se hacía ahora blanda, acariciadora, fascinante.

—Si a usted lo arrojaran del Ministerio en estas circunstancias, se diría que era por temor de fiscalización, porque había descubierto manejos ocultos, especulaciones, cuestiones de manos puercas.

Luégo, bajando la voz, en tono aún más confidencial:

—El Gobierno tiene ese ferrocarril de Sabanilla; sé que la empresa de canalización marcha y tiene muy despejado el río en Bocas de Ceniza; cuando entren buques por ahí, el ferrocarril se quedará sin carga, no producirá nada, no valdrá nada. Sin embargo yo lo compraría por un precio bajito, a plazos... ¿Se admira usted de que quiera comprar una empresa caída, ruinosa? Pues, amigo, yo tengo mucha experiencia, conozco el país, pueden venir trastornos imprevistos... y con ellos el fracaso de la canalización, depreciación de moneda... y presintiendo la ganancia, escuchando y ese torrente de billetes que iba a despeñarse sobre su caja, Montellano, en un movimiento inconsciente, paseaba la mano inquieta por los brazos, los filos del espaldar, por el asiento del canapé. Alcón, que mientras hablaba su amigo, había conservado la mirada fija en las labores de alfombra, la levanto, la clavo de lleno en los ojos de Montellano, volvió a inclinarse. Montellano, animado ya, continuó:

—Quisiera también que me ayudara en lo del empréstito al Gobierno que tengo pendiente con Ronderos, para que me reciba siquiera la mitad órdenes de pago a la par. Esto es lo más importante por ahora... y otra cosa muy importante suspender o retirar los fondos de los bonos del 48... eso es fácil... una economía.

Resonaron golpes en la puerta. Alcón alarmado se levantó en el acto, tosió, habló recio, se dirigió a la puerta. Mientras lo acompañaba, Montellano decía:

—No le pesará, Alconcito... no le pesará...

Polanco, agente del millonario, había llegado la víspera de la costa. Era un joven agraciado, de facciones finas de bronce, de ojos brillantes. Dio parte a su jefe de haber efectuado la operación ordenada, la compra de tierras cultivadas a orillas del río Magdalena, para revendérselas a la empresa de canalización, que las necesitaba con urgencia, realizando así una ganancia cuantiosa e inmediata.

Después de enterarse de las condiciones de la compra, Montellano estalló en protestas por haberse comprometido a pagar al contado, por el alto precio.

—Nada, lo que no hago yo mismo, queda mal hecho. No hay modo de interesarlos a ustedes suficientemente para que pongan actividad e inteligencia en los negocios... ¿Y la canalización?

—Están trabajando muy bien; tienen mucha gente...

Siguió dando a Montellano, con inflexiones variadas en que subía y bajaba la voz, explicaciones, detalles completos sobre el estado de los trabajos de la empresa.

—¿Que dejó usted por la costa?

—Hay movimiento, hay comercio; pero hemos logrado que el disgusto sea general, y Landáburu, a su paso, dejó organizado el partido de la revaluación, y habló mucho de las tropelías y de las especulaciones del Gobierno. Si los íntegros no nos dejan metidos, como otras veces.

—Bueno, usted me tendrá al corriente. Si acaso va a haber algo, llevaremos a cabo una operación sobre el ferrocarril de Sabanilla.

Un golpazo en la puerta, y Socarraz atravesó el salón con paso menudo, a pesar de su corpulencia, como deslizándose, como arrastrándose.

Llevó a Montellano al hueco del balcón; sacó del bolsillo un manuscrito.

—Lea usted, don Ramón.

Y él leyó un artículo titulado: *El rico avariento*, en que se excitaba al pueblo a descuartizar a Montellano, a saquearlo, a recuperar esa inmensa fortuna mal habida.

—¿Ya leyó? dijo Socarraz, clavando en su interlocutor sus ojos bizcos. Eso y una caricatura estupenda me llevaron a *El Escorpión* que hubiera tenido muchísima venta; pero yo no quise publicarlos, a pesar de mis ideas.

Montellano, que sentía con inquietud la mirada oblicua del periodista clavada en él y con disgusto el tufo de aguardiente, sacó sin chistar de su cartera un manojito de billetes y se lo ofreció.

—No, no; lo que quiero es una colocación e sus empresas, en los estancos de tabaco, en el monopolio de fósforos, en alguna de sus haciendas... Yo soy hombre para todo.

Iba a continuar; pero se presentó Nerón Jaspe, el sastre profesor, con estudios en Dublín y en Nápoles, y con un envoltorio negro debajo del brazo. Montellano acogió con gran placer la ocasión de cortar con Socarraz, y, volviéndose con viveza a Nerón Jaspe, le dijo:

—Lo estaba esperando, amigo; pruébeme la levita.

Se quitó el saco, lo tiró sobre el canapé. El sastre tomó la levita; se acercó con cortesía y se la puso a Montellano. Se colocó enfrente, metió la mano para acomodar la camisa, dio dos tirones a las solapas, volvió a retirarse para observar.

—Se presenta bien, dijo con una sonrisa de satisfacción.

Unos golpes discretos en la puerta.

—Siga usted.

Era Bellegarde. Al ver la operación del ensayo, iba a retirarse.

—¡Adelante, adelante! gritó Montellano; precisamente lo estaba necesitando para pedirle un servicio.

—¿Un servicio? Pues si está en mi mano, delo usted por hecho.

—No para mí; para este joven, y mostró a Socarraz, que desea trabajar.

Bellegarde fijó en él la mirada perspicaz, parpadeó, vaciló un instante; y volviendo a recobrar su actitud ceremoniosa:

—¿Una colocación?... preguntó. ¿Lo desea usted, señor Montellano

—Se lo agradecería extraordinariamente. Le convendría a usted, a él, a todos...

—Muy bien, dijo, que pase cuando quiera por mi oficina.

El sastre continuaba señalando arrugas, clavando alfileres, desprendiendo otros que cogía en los labios. Se inclinaba, volvía a enderezarse. Tomó una manga, la desprendió, la puso a un lado.

—¿Qué lo trae por acá? dijo Montellano dirigiéndose a Bellegarde y accionando con el brazo en que blanqueaba la manga de la camisa.

—Venía a tratar de las tierras que usted ha comprado por medio del señor Polanco —y se inclinó ante éste— en las márgenes del río. Usted me ganó de mano. Está bien. Ha tenido fe en la prosperidad de la empresa. Yo debo pagar mi descuido y la fe de usted. A mí me complace que todos los colombianos ganen. ¿Quisiera usted por esas tierras el doble de su costo?... Sería una utilidad de... permítame; sacó un memorándum, hizo rápidamente una cuenta, una utilidad para usted de doscientos mil francos.

Polanco, que escuchaba a distancia, no pudo reprimir un movimiento de satisfacción y dirigió a Montellano una mirada de codicia y de triunfo, como respuesta a las reconvenciones y burlas de poco antes.

Montellano empezó entonces a moverse, inflamado por la fiebre del lucro, mientras el sastre continuaba dando vueltas alrededor suyo, arrancaba la otra manga y señalaba los ojales.

Esas tierras, decía el millonario, agitando ambas mangas de la camisa, eran la única herencia de sus hijos... Había hecho para comprarlas sacrificios ruinosos... Le habían costado mucho más de lo que el conde creía; los envidiosos le habían informado mal... Pero estaba en grandes afanes de dinero... ahogándose, estrechado por sus acreedores... y tal vez por complacer al señor conde podría entrar en el negocio, aunque no por la suma ofrecida sino por mucho más... El éxito de la empresa era seguro; el valor de esas tierras incalculable, porque la paz era firme, duradera...

Al agitar los brazos resuenan las mancornas de los puños. Sobre el lino blanco se ven guarismos, operaciones, palabras, abreviaturas de memorándum escritas con lápiz.

Se paseaba, se rascaba la cabeza, tomaba actitudes desoladas, de hombre que está al borde de la ruina y se desataba en lamentaciones.

—Usted me conoce, dijo Bellegarde secamente. Sabe que pago bien, que no regateo y que trato mis negocios de una sola vez. *C'est á prendre ou a laisser*, y dio media vuelta.

Con su paso ratonil se había colado Karlonoff, que, en mitad de la pieza y agitando un papel, exclamó

—Señor Montellano, vengo por el valór de un cuentecita. Es la octava vez que se la presento.

Y el señor Montellano se volvió tan bruscamente hacia Karlonoff, que hubiera derribado al sastre profesor con sus estudios en Dublín y Nápoles, si no saca el cuerpo.

—¿Cuentecita usted? Yo soy el que debía cobrarle todo lo que me ha hecho perder con su maldito plano; por poco me deja en la calle.

Bellegarde continuó su movimiento de retirada.

—Permítame usted un momento, le gritó Montellano, siempre nos entenderemos.

—No, señor, replicó Karlonoff, encolerizándo y dando palmetazos sobre el plano. Verdad es que un desplome se ha presentado, ese desplome no es inconveniente.

El sastre profesor, Socarraz y Polanco habían formado un grupo aparte, cuchicheaban, mantenían una conversación misteriosa y animada.

—¿Que el desplome no es un inconveniente? prorrumpió Montellano, al bajar la pared sufrió todo el enmaderado, se pandearon las vigas y los limatones... Un momento, señor Bellegarde... El cielo raso de la sala se cuarteó... El florón vino al suelo... un florón de yeso... Aguérdeme, señor Reflegarde, siempre nos entenderemos... El entablado también ha sufrido... ¿El desplome no es inconveniente?, camine a la calle se lo muestro; verá con sus propios ojos el tamaño de las grietas; su plano no sirve para nada...

El sastre alarmado se lanzó en pos de su cliente, viendo que había olvidado su traje, esa levita hilvanada y sin mangas. Trató de contenerlo por las faldas que se descosieron y quedaron pendientes.

Abajo, en la calle, entre un círculo de curiosos, Karlonoff continuaba impertérrito una conferencia científica. Y Montellano, entre andrajos flotantes, con una mano agarraba al coronel de puentes y calzadas y con la otra señalaba las famosas grietas.

Pasó Bellegarde en ese instante, huyendo del tumulto; pero los ojos de águila lo descubrieron, la mano que señalaba la pared se cerró a medias lentamente, y temiendo que la presa se le escapara, el millonario gritó:

—Bellegarde, estamos convenidos... pero al contado... oro americano...

CAPITULO XI

HORRORES DE LA PAZ

Sin hacer caso del tumulto que se había formado en la calle, ni de la figura extravagante de Montellano, entró Roberto en su antigua casa. Llevaba la contabilidad de algunos establecimientos, y con ese objeto acudía al despacho de don Ramón todos los días, una o dos horas en la mañana. Nunca el millonario gastó con él las asperezas y recriminaciones que con sus empleados y agentes; al contrario, con admiración general toleraba sin chistar sus bromas e impuntualidades.

Gran conocedor de los hombres y del modo de utilizar sus aptitudes y talento, don Ramón estimaba en Roberto ante todo la reserva; sabía que sus negocios serían siempre un arcano, y que ni una palabra de las que resonaban en el despacho sería repetida por Roberto. Además, su contabilista le suministraba datos preciosos sobre las personas y sobre las cosas, y muchas veces le había dado consejos útiles y hecho indicaciones valiosas, sin que jamás Roberto le exigiera la más mínima participación o ventaja.

Precisamente en esos días estaba Montellano desarrollando una operación sugerida por su tenedor de libros. Una vieja vergonzante había ido a ofrecerle unos papeles de crédito público, deuda de 1848. Montellano había rechazado con la mayor aspereza a la vendedora, y Roberto, por espíritu de caridad, le manifestó entonces que esos papeles, cuyos tenedores eran los infelices, duplicarían su valor el día que fueran recogidos, porque les estaba destinado un buen fondo de amortización. Montellano, después de meditar y estudiar prolijamente la operación, resolvió ejecutarla, pero mejorándola a su modo. Para recoger los bonos a bajo precio pidió a Alcón, subsecretario de finanzas, que hiciera suprimir aquel fondo, sin perjuicio de que fuera restablecido y aumentado cuando toda la deuda estuviera en sus manos.

Para realizar la compra se cuidó bien de valerse de los agiotistas o corredores de comercio que hubieran husmeado el negocio, y encomendó la operación a la misma viejecita que le ofreció los primeros bonos y a otras personas desvalidas, que no inspiraban sospecha ninguna.

Encima del portón de la casa se había conservado, medio oculto por el blanqueamiento, el escudo de armas con los trece roeles y la inscripción *Gloria y Duelo*, y Roberto no pudo reprimir un movimiento de impaciencia al ver en aquel hervidero de codicias el limpio blasón de los Avilas. Lo mortificaban igualmente el "*verde eufónico* y el *amarillo inicuo*", como decía Mata, con que estaban embadurnadas las pilastras de piedra, los comisones de la arquería, el tazón de la fuente... El agua continuaba su parloteo incomprensible y Roberto creía sorprender a veces carcajadas de ironía.

El verde brillante del rosal de Castilla competía con el verde eufónico de las barandas y su fragancia se mezclaba con el olor de barnices frescos. Con placer observaba Roberto que el rosal estaba cuidado con esmero y que una vía láctea de flores descendía de la baranda al patio.

El joven, que no había olvidado que la mejor de las flores es la sonrisa de una muchacha, dejó las rosas y se encaminó a la escalera. Sabía que esa sonrisa lo esperaba en el último peldaño.

Según los planes de Montellano y los planos de Karlonoff, la escalera de piedra, que invadía inútilmente un costado, había sido reemplazada por otra central muy empinada, pero que dejaba espacio para dos almacenes de a cien dólares cada uno.

Se detuvo Roberto para reponerse de la fatiga que le producía la subida, y en el fondo del corredor se interrumpió la clase, una mano femenina alzó un visillo y apareció la faz sonrosada y turbulenta de Lola, que al sonreír mostró el esmalte blanquísimo de la dentadura. Roberto contestó con otra sonrisa. La lección de canto se reanudó: *L´amour est un enfant de Bohême...*"

Entró en el despacho, lo atravesó y ocupó su puesto enfrente de una mesa alta en donde reposaban los libros con cantoneras de cobre.

Montellano regresó de la calle, y en pos de él entró Landáburo ataviado con botas, espolines, guantes de manopla y llevando en la mano su látigo con cabeza de plata. Acababa de desmontarse y había dejado a la puerta su caballo.

Al verlo, Montellano hizo un gesto de desagrado, guardó un silencio hostil.

—General Polanco, dijo Landáburo abrazando al costeño, ¿usted por aquí? Y en tono de confidencia: lo espero esta noche en casa; tengo urgencia de hablar con usted.

Luégo, dirigiéndose a Montellano:

—Quisiera decir a usted dos palabras.

Y mientras hablaba se golpeaba la bota con el látigo.

Montellano conservaba su ceño adusto, su silencio hostil.

Landáburo quiso tomarlo amigablemente por el brazo para conducirlo a la ventana. Entonces el color de ladrillo de Montellano se encendió y desprendió el brazo con aspereza.

— ¿Qué tiene usted, mi querido amigo? exclamó Landáburo, ¿está usted disgustado?

Montellano estalló:

— ¿No dijo usted en el banquete político que se deben entregar los capitales al pueblo, que no se puede ni testar, es decir, que se debe despojar a los que con nuestro trabajo hemos adquirido algo?...

Iba a continuar, pero lo atajó Landáburo.

— ¡Ah! mi querido don Ramón, ¿no es más que eso? Le empeño mi palabra de militar, de caballero y de amigo, que no tuve intención de molestarlo; que esas frases no iban contra usted ni contra nadie. Es usted demasiado inteligente para no comprender que eso era para la exportación, para la barra que se agolpaba a las puertas, y que un hombre de mi posición, en quien están fijadas las miradas de todos, ricos y pobres, y de quien espera el pueblo su alivio y bienestar, tiene que soltar algunas frases de esas, como se sueltan huesos a los perros, para que no se le siga tachando por sus enemigos de monarquista y de aristócrata; pero eso no vale nada, no tiene portancia ninguna, no tiene consecuencias...

— ¿No tiene consecuencias? interrumpió Montellano, sepa usted que he recibido anónimos en que se me pide, no una limosna, sino la parte de capital que retengo indebidamente al pueblo, y que algunos han intentado suprimirme para heredarme, según las teorías y las excitaciones de usted.

— Pues para borrar esa mala impresión y producir en el pueblo una corriente de simpatía hacia usted, voy ahora mismo a escribir en *La Revaluación* un artículo en que haré los mayores elogios suyos... y ahora mismo se me ocurre el título: *¡Paso al trabajo!*

Aunque Montellano no quedó perfectamente tranquilo ni aceptaba las protestas de Landáburo, ¿quien tenía aversión instintiva, se dio por satisfecho, previniendo el evento de una guerra en que Landáburo podría arruinarlo, desarrollando su programa socialista.

Se retiraron, pues, al hueco del balcón.

— Usted no ignora, prosiguió Landáburo, que soy apoderado de la casa *Mac-Gregor*, que desde hace veinte años está en posesión de algunas salinas marítimas. Usted, señor Montellano, ha ofrecido al Gobierno comprobar que el título con el cual mis poderdantes explotan esas salinas es imperfecto y en cambio de ese servicio pide usted las salinas en arrendamiento. ¿No es así?

Montellano asintió.

—Pues bien, yo vengo, continuó el general, a proponer a usted que retire esa propuesta y éntre con nosotros.

—Lo cual me prueba, respondió Montellano con que tengo ganado el asunto. Y no cederé. He ofrecido cuatrocientos mil pesos anuales por las salinas que ustedes disfrutaban por cuarenta mil. Si yo aceptara la propuesta que usted me hace, el Gobierno perdería trescientos sesenta mil pesos.

—Eso es lo mejor del negocio, señor don Ramón, pues todo lo que sea quitar recursos a este Gobierno es patriótico. Por otra parte, si usted desea sinceramente el bien del país, mayor se lo puede hacer evitando la reclamación diplomática que promoveré, si no nos arreglamos de algún modo los dos, y que acabará indudablemente en el bombardeo de Cartagena y Buenaventura, o el pago de unos millonajes en oro. Hay que darles una lección a estos ladrones del Gobierno.

—¿De modo que usted cuenta con los cañones ingleses y los utilizará preguntó Montellano sorprendido.

Landáburo, con ademanes vehementes, hizo entonces una exposición en voz baja para reducir al millonario. Este quiso encaminarse de nuevo a su escritorio, pero Landáburo lo detuvo por el brazo.

—Quisiera pedirle algo para los pobres polacos; estoy levantando en toda la República una suscripción para auxiliarlos.

—Nada, nada; yo no doy para extranjeros aquí también tenemos muchos pobres polacos.

—Si es para la insurrección de Polonia, insistió Landáburo, con malicia.

—Bueno, bueno, dijo Montellano después de momento de reflexión en que comprendió de qué se trataba. Vuelva usted por aquí. Ya sé quiénes son sus pobres polacos y dónde será esa insurrección... Y si acaso usted tiene que irse, dígale a su familia que cuente conmigo.

—Y usted, amigo Montellano, esté seguro que se lo agradeceré vivamente. Le empeño mi palabra de honor, de militar, de caballero y de amigo. Ya sabe que soy leal. En fin; escribiré a Mac-Gregor. Ahora lo dejo, porque tengo que ir a acabar el editorial para *La Revaluación*, ya verá qué vapuleo a Ronderos: se llama *Cleptomanía*.

Montellano, que no entendió la palabra, hizo su movimiento habitual de levantar los hombros.

Resonaron en la galería pasos menuditos. Se agitó la cortina al soplo de un viento inesperado; vibró una carcajada, y jadeante, con su chaleco blanco, la gardenia en el ojal y los guantes color de carne cruda, apareció Gacharnah, prodigando sonrisas y agitando sus manos regordetas que parecían centuplicarse para distribuir efusivos apretones de manos.

— ¡Roberto! gritó, ¿cómo está Alejandro? Extraño verlo a usted solo, porque siempre andan juntos; son como Cástor y Pólux.

— ¿Y qué es eso de Cástor y Pólux? preguntó Montellano.

Es la razón social de unos comisionistas griegos, gritó Roberto, mientras pasaba una partida del Diario al Mayor.

Landáburo se dirigió a sus amigos Polanco y Socarraz, con quienes entabló una conversación animada y misteriosa. Entretanto Gacharnah, en el hueco del balcón, mostraba a Montellano trozos de paño azules y rojos.

— Como usted tiene tantas relaciones con el Gobierno, vengo a proponerle que hagamos un gran pedido en compañía... Mire qué buena imitación, qué buena apariencia... *good appearance*... este otro paño se parece a los más fuertes de Mánchester... El pedido podemos hacerlo por cable... tres palabras, y con eso tenemos despacho rápido de veinte mil yardas de paño azul y cinco mil de paño rojo para vestuarios. Mire usted la clave: "*Gacharnah Brothers. — Birmingham. — Gigantón, barbudo judaizante.*"

Luégo, como para despistar a los presentes, y alzando la voz:

— ¿Recibió usted vino, don Ramón? Es del mismo que tomámos aquella tarde en casa. Precisamente aquí tengo el modelo del tiquete: "*Old Cherry. — Despachado expresamente para don Ramón Montellano. — Colombia. — Bogotá.*"

Y en voz baja:

— Hay otro artículo mejor que los paños... Y casi al oído: los armamentos, los buques armados en guerra. También tengo eso listo. Un buque muy barato, pero de buena apariencia... *good appearance*... No es más que poner otro cable: *persificación*, y Gacharnah Brothers nos lo despachan en el acto... Queda también, si hay guerra, el ramo de reclamaciones extranjeras, en que pueden hacerse negocios brillantes. Porque ahora en la paz, mi querido don Ramón, se gana el dinero muy difícilmente, muy despacio, con mucho trabajo; mientras que en la guerra prosperan industrias, verdaderamente provechosas, un comercio lucrativo y fácil, se pueden dar golpes maestros, hacer pronto una fortuna...

—Sabe usted como un Salomón; pero sus negocios no me convienen, querido Gacharnah, respondió Montellano. Yo no entro en eso; pero aquellos señores que están allí, añadió con una carcajada, señalando al grupo de Landáburo, Socarraz y Polanco, pueden proporcionarle esa guerra que necesita usted dentro de corto plazo y hasta la vista, si se arreglan. Entiéndase con ellos.

—Ya sé, ya sé, señor Montellano, prorrumpió el extranjero furioso, que para usted los revaluadores y los íntegros, la paz y la guerra, todo es igual, porque sabe sacar partido de todos los partidos, de todos los hombres y de todas las situaciones.

—Mi querido Mata, gritó Landáburo al ver que llegaba a la puerta, con su aspecto de extenuación y de fatiga, el poeta

Tenía ese día los ojos más empañados, la tez más amarilla, el andar más inseguro que de ordinario.

—Vengo, don Ramón, a proponerle un negocio que le producirá honra y provecho, más honra que provecho.

Y al ver el gesto de malestar y de impaciencia de Montellano, el poeta continuó, con acento lánguido:

—Deseo que me preste una suma para hacer en los Estados Unidos la edición de los tres primeros volúmenes de mi segunda serie de poesías: *Oriente eterno*, *El cantar de mis cantares* y *Líneas rojas*. Me permito hacerle esta exigencia fundado solamente en su filantropía y a pesar de que usted no me conoce ni conoce mis versos.

—¿Y cómo quiere usted, dijo Montellano, que le preste dinero sin conocerlo ni conocer sus versos?

—Pues por eso, dijo Roberto por lo bajo.

—Tengo otra idea, prosiguió imperturbable Mata: que usted me firme, señor Montellano, esta exposición al Gobierno.

Y Montellano leyó:

"Los infrascritos, concedores y admiradores del mérito y trascendencia de las producciones literarias del señor S. C. Mata, el más inspirado de los poetas de Hispanoamérica, que rompiendo las Viejas ánforas y las ligaduras clásicas se ha remontado al azul y visto frente a frente al sol de la armonía; gloria purísima de la raza latina; ingenio auténtico, que está a cien codos por encima de todos los escritores vivos y comparable sólo a uno o dos de los muertos; el único que ha

sabido juntar en un haz "los jazmines de oriente, los nelumbos del norte, de occidente las dalias y las rosas del sur"; el único a quien "Píndaro diole sus ritmos preclaros, diole Anacreonte sus vinos y mieles", impulsados por un deber patriótico manifestamos espontáneamente al Gobierno la necesidad de publicar las obras de este Homero colombiano para satisfacer el deseo vehemente de los pueblos, dar brillo a las letras nacionales y poner muy en alto el oro, la púrpura y el zafiro de nuestra bandera".

Landáburo, impulsado no por un deseo patriótico, sino por su vanidad cosquillosa e inquieta, se lanzó a firmar el primero.

—Mi nombre es conocido en toda la diócesis; servirá de pasaporte.

En seguida firmaron Montellano, Socarraz (*Director en jefe de "El Escorpión"*) y Polanco.

—Yo también firmo, dijo una voz estentórea y asmática que zumbaba como un abejón. Yo bien quiero proteger a ese joven. Voy a sacarle unos versos para la inauguración del *Hospital Docente*. Ya me ha ofrecido entrar en la sociedad de *La salvación forzosa*.

Todos, al ver a González Mogollón, se escurrieron, y el filántropo, con su calva de color de cangrejo, quedó solo en presencia del millonario.

—Vengo a traerle los estatutos del *Hospital Docente*, como le había ofrecido. Tenemos ya un local hecho con alas de cucaracha, y espero vaya usted una tardecita a visitarlo. Hay, hasta ahora, ocho enfermos... Imagínese que antes salían del otro hospital sin saber cómo ganar la vida. Nuestro plan es que cuando ya estén convalecientes puedan salir ocupados en algo. Para que aprovechen el tiempo durante la enfermedad, los socios están instruyéndolos. Estudian especialmente instrumentos de música, para formar una banda. Tenemos dos dispépticos consuetudinarios tocando a cuatro manos piano, a razón de ocho horas diarias. Otro convaleciente que padece de insomnios los aprovecha tocando clarinete durante la noche... Pondremos una banda lindísima... ¿Quiere ver la lista de los contribuyentes?

Montellano, sin contestar la pregunta de González Mogollón, le ofreció materiales de construcción para la obra, siempre que se los pagaran al contado. Cerraron en el acto un negocio en que don Ramón realizaba una ganancia pingüe. Parte muy pequeña de esa utilidad la cedió al *Hospital Docente* como limosna.

La voz bronca y pareja dejó de resonar en el despacho de Montellano, porque González se había retirado, pero del descanso de la escalera regresó.

—Amigo mío, había olvidado mostrarle los planos. Y desenrollando una serie de papeles sobre la mesa, continuó: aquí tiene usted la planta baja. El gran comedor central, con veintiocho puertas a la derecha y veintiocho puertas a la izquierda. Aquí, los salones de recibo. Aquí, la portería. Enfrente, el consultorio médico.

Montellano bostezaba hambriento y fastidiado; pero la voz continuaba áspera, inexorable, igual, como el zumbido del viento, como el batir de las olas, como el gotear del agua.

—Al otro lado sala de espera para enfermos, biblioteca para profesores, y luégo, biblioteca para enfermos.

—Bueno, bueno, amigo González, estoy enterado. Ya arreglamos el negocio; le doy el auxilio en materiales ¿qué más quiere?

Pero la voz dormilona continuaba:

—Aquí, en estas rayas azules, los refectorios, hasta dar con este círculo verde, que es la gran rotonda central. Aquí, en estos puntos colorados, son los sanitarios, cerca de los refectorios, como en el hospital *Beaujon*. Aquí, en estos cuadros negros, vea, aquí son las cocinas...

De pronto la cara de Montellano, que tenía en esos momentos una expresión de dureza y descontento, se bañó toda en una sonrisa plácida; el millonario se adelantó gozoso hacia la puerta. Un perfume de *Kananga invadió el aposento*, y se oyó el *frou-frou* de la seda sobre la alfombra.

Era una mujer alta y frescachona; la cara llena; una sombra de pelusa sobre el labio superior. Ojos rasgados y vivos, cubiertos por gafas de que pendía una cadenilla de oro. Sobre el pecho un prendedor con el retrato en miniatura del gran muerto, del *revolucionario internacional*: Tubalcaín Cardoso. Vestía la dama de riguroso luto, y el crespón de la mantilla hacía resaltar la blancura de su piel.

—Un instante no más, entró diciendo doña Aura. Espero que mi presencia no importune, señor de Montellano. En el siglo XIX el feminismo avanza, y la mujer tiene prerrogativas para presentarse a cualquier hora. Además, después de la muerte de Tubalcaín —y aquí dio un gran suspiro— tengo que valerme por mí misma. No sin razón algunos de mis amigos han querido llamarme *hombre de letras*

—¡Ah! señora, usted no sabe, usted no sabe cuánto gusto tengo en verla en esta casa... ¡Desgraciadamente viene usted tan poco!...

—Con más frecuencia lo hiciera; pero mis ocupaciones no me lo permiten. *La Mujer Independiente* absorbe la mayor parte de mi tiempo.

Hay veces que temo que mi cabeza estalle.

Retembló de nuevo el piso y volvió a resonar en la casa un zumbido de abejón. Era González que regresaba precipitadamente.

—Olvidaba, dijo, explicarle dónde quedaban las cocinas, y su mecanismo Kneip. Tampoco le mostré la planta alta del edificio...

Se detuvo de pronto, saludó a doña Aura, y continuó:

—Planta alta del...

—¡No más! le gritó Montellano; vuelva usted esta tarde, mañana, cuando quiera.

—Bueno, pues. Esta tardecita lo espero sin falta en la obra.

Y salió.

Entretanto doña Aura había sacado de su garnielito unas pruebas de imprenta en largas tiras, y se preparaba a leerlas. Montellano, cuyo rostro se había encendido por la cólera que le causó la impertinencia de González Mogollón, se volvió a su interlocutora, ya suavizado y sonriente, y miró con sorpresa la forma extraña del impreso.

—Es una biografía de usted, señor De Montellano, que saldrá como editorial en *La Mujer Independiente*, con el retrato que usted me dio en la semana pasada. Oiga cómo principia:

"*La Mujer Independiente* engalana hoy sus columnas con el retrato del distinguido caballero doctor don Ramón de Montellano y Canasto, honra y prez de la República, personalidad eminente de la alta banca y benefactor eximio de las letras colombianas. Ni el lugar de su nacimiento ni la fecha de este fausto suceso hacen al caso: los grandes hombres no tienen edad ni patria..."

Montellano aspiraba con delicia, junto con los efluvios de la kananga, el perfume de ese incienso a que no estaba acostumbrado, y admiraba más y más el talento y los atractivos de esa mujer que tan profundas emociones le estaba proporcionando. Ella suspendió la lectura, lo miró en los ojos, como para sorprender en ellos el efecto de sus lisonjas, y adivinó la satisfacción íntima que inundaba el alma de Montellano. Temiendo que pudiera desvanecerse tan grata sensación no quiso continuar, y dijo:

—Esto ha sido un *impromptu*, aprovechando un momento de inspiración. Las musas conmigo son esquivas; pero aquí le dejo las pruebas para que usted suprima o añada lo que quiera. Espero que usted mismo irá a llevármelas, para

tener el gusto de volver a verlo por allá. Le leeré capítulos de mi novela inédita, titulada *El Mosquetero del Rey* o *Las Vírgenes Desenmascaradas*. ¿Le gusta el nombre? También le mostraré otra, aunque todavía no he encontrado el desenlace. Lo buscaremos juntos, ¿no es cierto? Se llama *La Palmera del Oasis* o *Un Drama en el Polo Antártico*... Pero si usted es tan esquivo... dijo lanzándole una mirada que comentó con un suspiro... Lo espero sin falta; siento que al lado de usted me vendrá la inspiración... Seré como la hiedra protegida por el olmo. Qué lindo nombre para una novela: *El olmo y la hiedra*...

Montellano acompañó hasta el pie de la escalera a doña Aura, apoyada con abandono en su mano. Roberto, que volvía de la calle en ese momento, apreció el contraste que formaba la mano fofa y blanca de la poetisa con esa otra mano áspera, ennegrecida, deformada por el hacha, y que ahora también, al alejarse doña Aura, se cerró con lentitud, como una garra, en un movimiento inconsciente de posesión.

Iba Montellano a pedir el almuerzo, pero le atajó el paso un individuo envuelto en una capa verdosa de donde salía una cara de cera; los costados de la capa se inflaban con los líos que llevaba bajo los brazos.

—Son, señor Montellano, Gaspar Sánchez de Peñanegra, autor de varios inventos que harán la fortuna de quien me ayude a explotarlos... Pero no se impaciente usted... permítame pongo en la mesa estos libros, estos planos... Aquí tiene el ternero automático; mire: este es el mamador (le acometió un acceso de tos)... perdone usted; ya puedo continuar... seré muy breve, no se retire usted... Pero me dirá usted que la vaca para soltar la leche necesita las cabezadas del ternero... pues precisamente ahí está el invento: se cuelga este mazo y cuando la vaca siente la cosquilla, precisamente cocea, golpea el mazo la ubre, chupa el mamador y brota la leche a chorros: ya ve qué economía y qué aseo (nuevo acceso de tos), ¡Jesús, María!...

Ya acabo, ya acabo; tengo también otro invento, la sal de la remolacha, pero no quiero detenerlo más en este instante; permítame: voy a mostrarle el grande invento, el que lo hará duplicar a usted sus millones... vamos a la práctica... ante los hechos no hay discusión... va usted a ver la luz de las tinieblas... ¿se ríe usted?... También se rieron de Colón, de Stevenson, el inventor del vapor; sí, señor, la luz de las tinieblas... Voy a sacar de esa petaquita los aparatos... ¡Ah, muy sencillos!... Esta tos va a matarme... hace diez años que me atormenta, sólo las hojas de paico me alivian algo; gracias a Dios ya acabó... puedo continuar... Aquí tiene usted estos anteojos negros... pero no retroceda usted; antes permita que se los ponga. ¿El hiladillo un poco usado?... No importa... ¿que no cree usted en mi teoría?... ¿que es esto imposible?... No tengo tiempo de explicarle; comprendo por sus bostezos la urgencia que tiene de almorzar pronto... sólo le diré que he descubierto el origen de la luz: la energía luminosa no es más que la materia que cae, que vibra... Yo he descubierto los rayos A. En estos anteojos,

aun cuando usted no lo comprenda en este momento, se encuentra la radioactividad universal; es el bombardeo de la materia imponderada, pero ponderable; todo esto es más claro que la luz que va usted a ver, si me permite ponerle los anteojos... ¿Acepta usted?... ¡Bien! muchas gracias... Un poquito más baja la cabeza... ¡Es usted tan alto!... ¿El lobanillo?... ¿En la nuca?... No tenga cuidado... lo trataré con todo esmero... ¿comprendió usted la importancia de mi invento? Con un par de anteojos en el bolsillo puede usted ver a tres leguas de distancia en la noche más oscura, como con el reflector de un acorazado; no tiene usted, señor Montellano, por rico que sea, con qué pagar mi invento. Permítame cerrar estas ventanas... ¡Bien! ¿Ve usted algo?... Otra vez la tos... Un instante, por piedad: hay unas rendijas que impiden la oscuridad completa... ¿Qué rodó por el suelo?... ¡Ah!... es un tintero... Ahora sí estamos en oscuridad completa, en oscuridad científica, la oscuridad de Papin, de Turpin y de Melin... ¿Que no ve usted nada?... Voy a ajustarle mejor los anteojos... ¿Pero dónde está usted?... Otro tintero. Bueno, ya lo encontré, perdóneme que le cogiera las narices; aprieto más el hiladillo... ¿Estrellas?... ¿Ve usted estrellas? Voy a apretarle más y el bombardeo de la luz será completo... por Dios, perdóneme, le he metido los dedos entre la boca.

Montellano, que se había prestado al ensayo con la esperanza de lanzar acciones para una compañía, se arrancó los anteojos, abrió la ventana con estrépito. Una onda de luz invadió el aposento y mostró al millonario iracundo, zapateando, cruzada la cara de manchones negros y con un palmo de lengua afuera para escupir la tinta astringente que le llenaba la boca.

CAPITULO XII

MONUMENTO PARA LOS VIVOS

—Perucho, ¿ya se levantó Alejandro?, preguntó Roberto a un muchacho de ojos negros como dos cuentas de azabache, mientras, seguido de su perro, cruzaba el patio y se dirigía al interior de la casa.

—No, señor, todavía no; contestó el criado que lo condujo, y abrió la puerta de las pesebreras. Un vaho caliente, con olor de heno, los envolvió. Roberto, encandelillado con la luz del patio, nada distinguió. Los alazanes del coche, con gravedad, en la penumbra, despachaban la ración de la mañana. Al abrir el criado una ventana, en forma de media luna, brillaron las grupas, y bajo el pelo lustroso se destacó la recia musculatura. En otro compartimento la Alondra, una yegua negra que Roberto preparaba para las carreras del *Sporting Club*. La yegua, nerviosa, se estremeció, templó la cadena, volvió la cabeza, en que lucía una estrella blanca.

Roberto le pasó la mano por el cuello, le golpeó cariñosamente el lomo; la *Alondra* pareció reconocerlo: el ojo vivaz, al revolverse, dejó ver el blanco del globo inyectado de un tinte rojizo.

Entretanto en su alcoba, colgada de cuadros, Alejandro acababa de levantarse. Se había acostado tarde; toda la noche había estado desempacando las esculturas que había traído de Europa, instalándolas en el salón-museo, donde tenía su caballete, obras de arte, objetos llenos de recuerdos. Entreabrió una hoja de la ventana y una ola de luz cayó sobre la alfombra, destacó en el fondo de la pieza la enorme cama antigua con macizas labores de cobre incrustadas en las columnas de caoba. Alejandro atravesó el aposento; pasó al salón de pintura, se tendió en un canapé.

En ese estado de letargo volvieron las imágenes de otros días, y en su fantasía de artista, tan viva, tan poderosa, que le repetía las escenas y las fisonomías con todos sus rasgos y colores, al pasear la mirada sobre las esculturas, al detener los ojos en un bajorrelieve de grandes dimensiones que tenía al frente, revivieron con intensidad sus recuerdos, todas las escenas en que había visto a Berta...

Una ventana inmensa arrojaba la luz sobre los grandes grupos de esculturas, que tomaban tintes de carne con el reflejo de las cortinas de damasco rojo.

Alejandro contempló largo rato, con amor, con melancolía, *El monumento a los muertos*, que le recordaba el instante supremo de su vida que había querido detener: aquel primer encuentro, esa mañana de primavera en París, en el palacio de la Industria. Al llegar allí, desprevenido, sin más propósito que una vuelta de

artista, no sospechaba que tocaba a un punto decisivo de su vida, y a un sitio que jamás volvería a recordar sin emoción profunda.

...Y vio de nuevo el vaivén de los espectadores ante las esculturas y los lienzos. Recordó con precisión, con nitidez de imágenes, la serie de salones que al levantarse los cortinajes de las puertas dejaban ver hileras de cuadros, inmensas escenas de historia, manchas de sangre, notas de paisajes, trozos de azul, retratos recién barnizados, brillantes entre el oro chillón, demasiado nuevo de los marcos, y bañados por esa luz primaveral que, tamizada por un inmenso velario, caía de la techumbre de cristales. Por aquellas galerías que había visitado cien veces y que encontraba casi desiertas, pues se acercaba el día de la clausura, había discurrido fatigado... Dejó el salón de retratos ante los cuales algunos paseantes, plantados en firme, con el mango del bastón sobre los labios, se extasiaban, daban los nombres de algunos modelos, reconocían a las cantantes de la Opera Cómica... Emma Calvé, en el traje de *Carmen*. Bajó la grande escalera, pasó a los salones de la estatuaria, y allí, una vez más, se sintió atraído, seducido, lleno de asombro, ante la escultura de Bartolomé: *A los muertos*; la fachada colosal de un sepulcro; una puerta alta y estrecha que conduce al interior de la cripta; a uno y otro lado dos grupos que en el umbral de la eternidad se agitan, avanzan de rodillas, prosternados, de pie, según su agonía, su resignación o su esperanza... Estuvo así, olvidado del tiempo, contemplando aquella obra, cuando de pronto un perfume suave le hizo volver la cabeza: oyó a su lado una voz de timbre musical que penetraba hasta el fondo del alma; vio a dos mujeres de aspecto distinguido que hacían comentarios. Una de ellas, la más joven, dilatada la pupila por la admiración, tendía la mano hacia la parte inferior del monumento, señalaba el nicho profundo, el interior de la cripta, donde yace una pareja, unidas las manos en la paz de la muerte, en tanto que un ángel lleno de dulzura y melancolía desciende y se arrodilla al lado, abiertos los brazos como dos alas protectoras, y vela el sueño eterno en la penumbra del sepulcro.

— ¡Ah!... sí, exclamó la más joven, allí el artista ha querido concretar su pensamiento: ese ángel es la explicación del drama, el símbolo de la inmortalidad y la esperanza. Y en esas palabras creyó descubrir Alejandro una emoción profunda. Permanecieron largo rato contemplando en silencio el monumento y en tanto él se extasiaba admirando aquella mujer y comprendió que un sentimiento extraño, una pasión nueva, lo infinito del amor, penetraba para siempre en su corazón. Un sello de grandeza, de majestad, de estirpe, una palidez ideal, unos ojos azules en que flotaba misteriosa ansiedad: la nostalgia incurable de los desterrados. Tenía en la voz una música triste, algo que sacudía el alma y que enternece como el llanto.

Desfilaron luégo por la mente de Alejandro escenas y paisajes en que volvió a verla: el paseo del Pincio... aquella recepción en la embajada de Francia, el baile en el palacio Torlonia, donde al fin pudo hablar con ella... Siempre la misma melancolía, un hastío incurable, la pasión de lo inaccesible, ese sentimiento que

los hizo comprenderse... Aquella noche en el baile ella, aunque sólo hablaron pocos momentos, le dejó comprender el tedio de un alma que busca en vano el reposo, una felicidad infinita. Recordó cómo entonces había él descendido hasta el fondo de su propia alma y comprendido que también era un insaciable, un buscador de dichas, un enfermo de indefinible nostalgia...

Luégo Jerusalén, el santo sepulcro, la entrada en el santuario, y en la penumbra, entre los aromas, entre la niebla del incienso, un sollozo. Ella... inclinada ante el sepulcro, los labios sobre la piedra sacrosanta... Después... Tras un año, dos, tres, en que ella había desaparecido, sin dejar huellas, el encuentro inesperado a bordo del trasatlántico la *Turena*. Las Hermanas de la Caridad: ¡Berta entre ellas!... Era ya la hermana San Ligorio. La expresión de misteriosa angustia había desaparecido y en cambio las pupilas azules reflejaban una serenidad inefable, una dulzura triste... ¡Otra vez juntos!... Aquella mujer con quien lo reunía de nuevo el destino, había de tener en su existencia una influencia decisiva.

Un golpe en la puerta sacó a Alejandro de su ensueño. Entró el criado.

—El señor Bellegarde.

—Que entre.

Alejandro se arregló de prisa: cruzó varias piezas, salió hasta la galería.

—¡Ah! amigo Bellegarde, excúseme usted, me levanté muy tarde: toda la noche, arreglando unas esculturas que traje de Francia y que por pereza no había abierto.

Atravesaron varios salones atestados de antigüedades, donde flotaban mezclados el olor del cuero de Cordoba y el incisivo del alcanfor adherido a los brocados viejos. De los estuches de terciopelo marchito salían esencias vagas que evocaban recuerdos de amores y refinamientos coloniales: en los muros se mezclaban los andrajos de banderas de la Conquista, golillas esponjosas, herrueruelos, cascos abollados, guanteletes de hierro, cotas de malla destruladas por los siglos.

Idolos de barro en cuclillas sonreían con risa estúpida en la sombra de los rincones. Los escuálidos santos, pintados por Vásquez, se veían más pálidos entre los reflejos de oro de los muebles y el granate de los cortinajes de damasco. Aquí y allá saltaba un relámpago de las lanzas y alabardas.

El conde dejaba caer su mirada de experto sobre las flores inmensas de la alfombra, por las paredes cubiertas de pinturas y sederías, en los escritorios incrustados, en los sillones con espaldares de casulla. Observaba la armonía entre el ébano y el marfil, el carey y el oro, la plata y el terciopelo; el conjunto exquisito

de cosas raras, espléndidas y opacas que el tiempo destructor ha pasado acariciando.

Se había formado una cordial amistad entre Alejandro y el conde, como lo había previsto Roberto, por sus aficiones artísticas, por la simpatía entre sus caracteres hidalgos y sus instintos señoriales, por el concepto de la vida en que hacían privar las preocupaciones estéticas sobre las preocupaciones mercantiles.

—Recibí ayer la letra, el valor de sus acciones, gracias, dijo Bellegarde, sentándose en un ancho sillón, como los que se ven en los presbiterios, y apoyando las manos en los brazos rojos. Y luégo, incrustándose el monóculo y sacando un telegrama que presentó a Alejandro, dijo:

—Las acciones de la canalización, como ve, han duplicado en la bolsa de Bruselas... La empresa ha despertado entusiasmo... Tengo que volverme al Magdalena pronto; nos llegan dos vapores para el río y veinte dragas... Usted me acompañará, ¿no es así?... Y después de una pausa: ayer compré a Montellano todas las tierras cultivadas de la margen del río; se nos anticipó, pero no podíamos dejar de adquirir esos terrenos que deben estar en poder de la compañía para colonizarlos. Contraje también un compromiso que temo que le disguste: colocar en la empresa a Socarraz.

Alejandro hizo un movimiento de impaciencia y de asombro. Bellegarde continuó:

—A mí no me disgusta en el fondo dar ocupación y dinero a cuantos quieran trabajar. Tal vez así logremos apartar del mal camino, alejar de la idea revolucionaria a muchos que buscan en la revolución su prosperidad y su fortuna. Es preciso, aun haciendo sacrificios y con los medios de que podemos disponer, luchar contra la guerra, que es el único enemigo serio de la empresa.

Y después de una nueva pausa, continuó:

—Fui a ver el cuadro de la Magdalena que dicen ser de Guido; yo me inclino más bien a creer que es del pintor español Carreño. Ese cuadro tiene grandes analogías con otra Magdalena de ese que he visto en el museo de San Petersburgo.

Y luégo, levantándose y pasando a otro salón donde estaba el estudio de Alejandro:

—¿Cómo va el cuadro del presidente Borja?

En el centro del salón estaba el caballete en que se veía un lienzo de grandes dimensiones, manchado apenas, y enfrente una armadura de acero bruñido.

—Ya conoce usted el tema, dijo Alejandro: el momento en que el arzobispo Arias de Ugarte entrega al presidente Borja los datos y proyectos mejora que en su visita pastoral ha recogido.

— ¡Magnífico! Ya me figuro qué partido sacar usted del contraste entre las telas de las vestidura episcopales con los reflejos del acero bruñido; la palidez ascética del prelado con los rasgos voluntariosos y encendidos de la fisonomía de su antepasado, el guerrero. Pero, ¿no sería mejor terminar por completo sus bocetos que bauticé yo *Pax*? Y se dirigió a uno de los muchos bocetos que campeaban en los muros. Aquí está el primer esbozo, dijo mostrando dos pequeños cuadros, hay detalle y golpes de luz muy felices.

Cerca de los dos cuadritos había un lienzo poco mayor que representaba una casa de campo vetusta, y delante un grupo del cual apenas estaban bien diseñadas las cabezas.

—Esto está hecho con *amore*, observó Bellegarde, dirigiendo a Alejandro una mirada interrogadora.

—Quise copiar, contestó, una fotografía de familia. Es la casa de *Cebaderos* que he vendido a Montellano. Aquí arrugó la frente, revelando un sentimiento de desagrado. He querido conservar a lo menos en el lienzo la antigua casa de campo de los Borjas... ¿No ve usted? Aquí están los tres hermanos: tía Teresa, tía Ana, mi padre...

El conde se retiró y Alejandro se puso a pintar.

Poco después se presentó Roberto, y enseguida Perucho, que llevaba una losa de piedra.

—Te traigo una sorpresa; un hallazgo estupendo.

Alejandro, sin volverlo a mirar y recogiendo vista para ver el efecto de una pincelada:

— ¿Te encontraste con Bellegarde? Acaba de salir de aquí. Y agachándose para tomar un color de la paleta: me mostró un cable en que avisan que las acciones han duplicado de valor.

Roberto contestó, parándose frente al lienzo y después de observarlo un momento:

—El dibujo va bien, pero no me gustan esos toques. La armadura, aunque presenta curvas elegantísimas, no se presta para que muestres el lujo de tu paleta, el conocimiento del color, de que sacas tú buen partido. En lugar de esa

armadura escueta, tan fría, tan monótona, yo le pondría a nuestro abuelo Borja los arreos con que el maestro Velázquez viste al marqués de Spínola en el cuadro de las lanzas. Recuerda... aquello es tan noble, tan brillante, tan armonioso. Armadura negra claveteada de oro, valona de encaje, banda rosada, manoplas, chambergo negro con pluma blanca... Pero obsérva mi sorpresa: la lápida que puso el presidente Borja en el puente de San Francisco, que encontré ayer en una colección de antigüedades que han dado ahora a la venta.

Alejandro puso a un lado los pinceles, se acercó a ver la lápida.

—Eres el hijo mimado de la fortuna, exclamó. Hace diez años que la estaba buscando. ¿Y dónde es la venta? Es preciso que vayamos pronto.

Alejandro puso la lápida sobre una mesa, trajo agua, la lavó para reconstruir letra por letra la inscripción corroída por los siglos. Luégo tomó Roberto por un brazo, y llevándolo hacia otro salón-museo, le dijo:

—Camína te muestro ahora mi sorpresa.

Ambos se pararon enfrente a las esculturas Roberto se acercó, mientras Alejandro apoyado la puerta se dejaba dominar nuevamente por sus recuerdos y sus pesares.

—¡Conque esta era la gran sorpresa!... exclamó Roberto. Yo vi en París fragmentos de este grupo, que por la sencillez del estilo y la profundidad del sentimiento revelaban ya al grande artista y deseaba con vehemencia ver la obra completa. volvió a retirarse para dominar el conjunto, para penetrar la intención, el pensamiento completo del escultor.

—Míra, Roberto, lo que más me conmueve esta escena del centro: estas dos figuras, este matrimonio que entra al sepulcro. Destacándose sobre la oscuridad misteriosa, la joven apoya la mano al hombro de su compañero como para animarlo; obsérva este movimiento del brazo, esta actitud llena de ternura y de resignación que da a los esposos en su entrada a la eternidad una solemnidad triste y conmovedora.

Volvió a su caballete y siguió pintando. Se fijaba en el modelo con atención, para arrancarle a la luz Sus secretos y sus prodigios. Se detuvo de pronto para estudiar un efecto imprevisto.

—Ven acá; el sol ha querido también darme mi sorpresa; si yo pintara esto, dirían que había falseado la naturaleza, que había hecho mentir a la luz.

Un rayo de sol vivo, quebrándose en el prisma de una araña, llegaba a teñir, como con una mancha de sangre, el peto de la armadura.

—Lo que probará a los críticos, exclamó Roberto, admirando ese raro efecto de luz, que la realidad supera a la ficción; que la vida práctica es la de los soñadores y los poetas... pero aquí he encontrado otra sorpresa: el fiscal Avila, el que vino de Guatemala a la Audiencia de Santafé.

El resplandor irisado se había desvanecido; Alejandro seguía estudiando los reflejos del acero y ensayaba los colores de la paleta, de modo que parecía conversar con el maniquí.

—Tóma, continuó Roberto, esto tiene muchísima importancia para mí, pues sin duda, según se ve por la energía de la expresión, por la vida que hay en los ojos, este retrato sí fue tomado del original vivo y no del muerto, como se adivina que fue hecho el que yo tengo en casa.

Se inclinó a descifrar la inscripción que había al pie del retrato:

"Excmo. Sñr. Dn. Melchor de Avila y Castillo Cav.º Gran Cruz de la R. ¹¹ Aud.^a de Sta. Fe de Bogotá N.º R.º de Granada, vino a esta R. ¹¹ Aud.^a de Guat.^a en 1702 y fue su Presid. ^{11te}"

—Este abuelo tuyo se te parece mucho más que el retrato que está en tu casa, respondió Alejandro volviendo la cabeza; tiene tus mismos ojos, la misma frente con las prominencias de los Avilas.

—Así me imaginé a don Melchor cuando hice su biografía para la *Ilustración Santaferña*.

—¡Rectifico!... Cuando hiciste la primera parte, pues todavía está por ver la segunda. Todos me reclaman la continuación de tus artículos históricos y la segunda parte de la famosa biografía.

—Nunca segundas partes fueron buenas; no me hagas escribir más, eso no vale la pena.

—¡Negado! ¡Qué pintura tan fresca, tan real la que hiciste de esos tiempos de amor y de sangre, en que se amaba y se odiaba de veras! ¡Cómo evocaste a todos esos conquistadores medio santos, medio bandidos, a esos oidores audaces y románticos; ¡y a vuelta de pintar estocadas en las callejuelas y serenatas al pie de las rejas, iba saliendo un estudio a la moderna, de análisis profundo y ameno!...

—¡Mira! interrumpió Roberto, si se te ocurre escribir mi biografía, me contento con que hagas la primera parte.

Alejandro dejó en el suelo la paleta, tiró los pinceles, y levantándose precipitadamente se paró enfrente de Roberto y le puso las manos en los hombros:

— ¡Convenido! exclamó, mostrando su animación en el resplandor de las pupilas, en el color de las mejillas, en el timbre de voz. Seré tu biógrafo y diré así: "Fue un hombre de grande ingenio, de sentimientos delicados y artísticos, de ilustración vasta; pero le faltó energía, voluntad, *esprit de suite*; tuvo la iniciativa y le faltó la constancia; el gusto de la vida, y le faltó la ambición; estudió más de lo necesario para graduarse, y nunca fue doctor; fue militar valeroso, ayudó con sus consejos al triunfo, y nunca pasó de capitán de mojiganga; tuvo visión clara de las cosas; fue el mejor consejero, y nunca se aprovechó de sus conocimientos..." No me interrumpas... "Comenzó una traducción de *Fausto*, interpretó magistralmente trozos de varias escenas, y nunca llegó a hacer un acto entero; dejó inconclusos estudios históricos, para los cuales había reunido, con gran trabajo, datos completos. Hizo biografías trucas y sonetos que firmaría Núñez de Arce... si Núñez firmara sonetos en que faltan los tercetos finales."

— ¡Bravo! Te estás ensayando para el senado.

— ¡Déjame concluir! ¡Me falta lo mejor! Has ido regando por dondequiera tus ideas, tus inspiraciones, tus inventos que han aprovechado otros. Has hecho ganar batallas a Ronderos y hacer buenos negocios a Montellano, sin ser tú ni general ni millonario.

— *Oui, ma vie ce fut détre celui qui souffle, et qu'on oublie.*

— ¡Ah! si empiezas con las citas de Cyrano de Bergerac no acabaremos nunca. Te he dicho que me falta lo mejor.

Le empuñó la solapa vigorosamente, con la costumbre que tenía de convencer, de hipnotizar, de dominar con efecto lleno de violencia en que el azul de los ojos se le aclaraba.

— Es indispensable, continuó, que acabes esta traducción de *Fausto*, tus estudios coloniales, la biografía de don Melchor, los sonetos y ese idilio que has comenzado. — Y apretándole ahora el brazo—. No lo niegues, estás en un idilio; síguelo por ahí sin análisis ni vacilaciones. Resuélvete y me haces tu padrino de boca con Dolores Montellano.

— ¿Casarme?... Bien está que cuando Dios no manda una enfermedad crónica la soportemos con resignación y con paciencia... ¿pero buscármela yo mismo?

— Déjala broma. Abandónala la costumbre de no tomar nada en serio.

—No sé qué autor grave ha dicho que hay que tener grandes consideraciones por las costumbres, sobre todo cuando son malas.

—Tienes que fundar un hogar, una familia, la dicha del *home*... Menos fantasía, menos bohemia... y más felicidad positiva y sólida... No me interrumpas... Ya sé que vas a decirme que no tengo autoridad para predicador, que he sido incapaz de fundar un hogar, pero por eso mismo soy maestro. Maestro de las tristezas ocultas, de la aridez de la vida, maestro de la soledad.

—¡Ah! sí; te gusta mucho, muchísimo, la soledad en dulce compañía.

—Necesitas tú por eso mayor fijeza, la vida interior.

—¿Interior?... Sí, ya te entiendo; lo que quieres es que yo haga un interior de Teniers; inmortalizarte pincel en mano, copiando el cuadro de mi felicidad: seis chiquillos babosos, una mujer mofletuda, un carro cargado de heno, las gallinas, el rescoldo, diez toneladas de cerveza, y mucha paz, muchísimo queso de Flandes.

—Francamente, interrumpió Alejandro en tono serio, tú has emprendido un género de *sport* que yo no he ensayado nunca, a pesar de mi mala fama. Porque tú has despertado en Dolores refinamientos, aficiones literarias, la voluntad de cultivar la inteligencia, de aprender sin cesar... Tú lo sabes, esas ocho horas diarias de estudio son por ti y para ti; ese esfuerzo incansable, esa voluntad decidida de adivinar tus gustos para satisfacerlos, son prueba de un cariño que francamente no mereces.

—¿Pero le has visto las manos, esas manos cortas y anchas que recuerdan las manos rapaces de Montellano; te has fijado en el pelo?

—Una cabellera negra, magnífica.

—¿Ya ves? No has aprendido a ver; eres como aquel artista que decía: hoy miro, mañana veré; pero yo sí he observado, mirado y visto. Esa cabellera negra y magnífica, muestra a plena luz reflejos canelos de piel de mono. Con los millones de Montellano ella tiene la marca imborrable de los soles tropicales, de la intemperie, de la *vie en plein air*, de la existencia salvaje de las montañas y de las pampas. ¿Con esos atavismos aprenderá alguna vez la utilidad de lo inútil? ¿Cuándo se convencería por completo de que el objeto de la vida es el arte, como dice Bellegarde? Y aun cuando aprendiera todo eso, los millones de su padre son mucho dinero; me pesarían como si estuvieran amonedados sobre mis espaldas; los sentiría derretidos en la garganta.

—Pues la clave de tu felicidad la dio Landáburo aquella noche. Prepára un proyecto de ley para la próxima legislatura, da cumplimiento a tus teorías socialistas: reducción del capital; prohibición de testar... Ya tienes a Lola pobre...

¿O son pujos aristocráticos, cuestión. de pergaminos, de abolengos, de ejecutorias?... Y añadió con una carcajada irónica e inclinándose: el conde del Risco y de Cadahalso, señor de las Navas y Villafranca, *tes autres titres don Juan...* qué bien te quedaría la tirada de los retratos de Hernani. Y mostrando de manera, teatral uno de los lienzos del muro: *Celuici des Silva fut V'ainé*; ¡ja, ja, ja! Pues mira: tú sabes que mis derechos al ducado de Gandía y al marquesado de Lombay no son dudosos; yo se los cedo, endoso y traspaso a Dolores... Además, olvidas que ella es marquesa de la inteligencia y de la gracia, duquesa de la hermosura, princesa del amor...

—Con ese último título me basta. Los p^érgaminos, las ejecutorias el abolengo limpio, los títulos de legitimidad, cristiandad y nobleza los exijo irremisiblemente, pero no para Dolores sino para los millones de Montellano; no quiero hacer una *mésalliance* con ellos.

—¿El origen de esa riqueza? Está en esos mismos visos canelos que te horripilan. Tú has visto en ellos un estigma, para mí son una corona, no por cierto la corona de laurel ni la corona de encina, sino la corona de oro que se discierne al trabajo inteligente. Yo aspiraba a enlazar sin desdoro tu corona condal enmohecida con esa otra corona. Quise poner una sangre nueva en nuestra raza y volver a los Avilas la ambición, la audacia, la energía, quise borrar la mitad de nuestro lema mejorándolo, quitar *duelo*, dejar sólo *gloria*.. . Casarse por el dinero, ¡malo! Pero desechar una muchacha encantadora y enamorada porque es rica, ¡peor! En cuanto a Montellano, el océano sería poco para separarte de él; no te he contado la última que me hizo, ni te la cuento... En fin, no insisto... Lo que es indudable, si no piensas casarte con Dolores, es que debes huir de esa casa, alejarte. No aumentes el estrago. Dolores ha sido arcilla blanda que has modelado con tus manos de artista, le has impuesto tus gustos de refinado, le has dado el afán de saber, de ilustrarse; tú has abierto a su inteligencia horizontes infinitos, le has dado alas, y cuando la ves en la altura ideal ¿la dejarías caer, estrellarse, contra las vulgaridades de otra existencia? Has henchido su alma de delicadezas y de ilusiones para darte después el lujo de que sienta el vacío, de que llore, de que muera por ti. ¿La elevas en los aires para dejarla caer y destrozarse como Simón el Mago?... ¡Demonio!

—Cálmate, Fausto; desentonas, dramatizas, exageras. Tú sabes que me críspa los nervios el amarillo inicuo con que han pintarrajeado mi casa; sabes que sufro con el espectáculo de ese hervidero de codicias, de ese hormiguero de bajezas; pero Montellano me divierte tanto... ¿Huir de allí, alejarme para siempre, trazarme con energía ese plan de fuga?... ¡No! No pidas a mi voluntad más de lo que ella sabe hacer; puesto que no sé medir ni calcular, ni prever consecuencias, déjame seguir así, déjame ver algo noble donde todo me parece ridículo; permíteme que respire esa rosa nueva en el antiguo rincón de mi familia; déjame ver cómo aquella crisálida se convierte en mariposa.

— Te pintas peor de lo que eres; tú no puedes tener la inconciencia del mal, no puedes gozar con las convulsiones de la víctima; sería un refinamiento de crueldad que chocaría con tus demás refinamientos. Por fortuna lo que hay en el fondo de tus repugnancias es tu antiguo cariño por Inés; por desgracia, tú no te acuerdas de ella sino cuando te figuras que pudieras perderla, tienes demasiada seguridad en la retirada; ¡cuidado! Bellegarde enseña a querer, porque sabe querer; él te puede cortar la retirada.

— ¿Inés? dijo Roberto, si es una esfinge; tú conoces mi aversión por los jeroglíficos... por los más bellos jeroglíficos... Tan prudente, tan fría, y yo necesito que me quieran con pasión, con estruendo... Hasta su sonrisa tiene silencios.

— Feliz el que descifre el enigma de esa esfinge; el que interprete esos jeroglíficos, el que haga hablar ese silencio... Desgraciadamente no serás tú.

Roberto se había puesto a jugar con los cachivaches de una mesa; los levantaba, los cambiaba de lugar; acercándose de nuevo a Alejandro, con aire sombrío:

— Una vez por todas, ¿quieres saber por qué no doy el paso definitivo, irreparable?... Es que he perdido la fe en el éxito... Es que tengo miedo... miedo de la vida; me ha enseñado tanto, en mi cabeza y en cabeza de los míos... Tengo la certidumbre de que todo lo que llega a mis manos —el prestigio, la fortuna, la riqueza— se desbarata, se evapora. —Se había puesto grave, hablaba en voz baja—. Conociéndome, sabiendo que soy inútil para la lucha, que me dejaré fatalmente vencer por la suerte, ¿crees que sea leal, que sea generoso, que sea caballeresco hacer participar a mi compañera de la desdicha? Sé recibir sonriendo los golpes de la fortuna, pero la impotencia para librar de ellos a Dolores, a Inés, me mataría de angustia.

Alejandro tomó del brazo a su amigo, lo puso de nuevo enfrente de las esculturas, y con acento en que la emoción vibraba, exclamó:

— Morir sin haber amado es morir sin haber vivido. Ese monumento no es tan sólo a los muertos: es un monumento, una enseñanza a los vivos. El escultor ha querido concentrar la atención en esa pareja que en mitad del monumento avanza llena de vigor y de fuerza hacia la eternidad. Míra el matrimonio que te asusta: esos dos seres que se han encontrado en las inmensidades de la existencia han centuplicado sus goces y mitigado sus pesares en la vida común. Ella es parte del alma del esposo, es su valor, y él se hace fuerte para proteger a su compañera, buscando en el amor el secreto y la fuente de sus energías. Apoyándose mutuamente entran con paso firme en el sepulcro, así como han atravesado la vida con paso firme, de la mano, dichosos y sonrientes. Lo que ves ahí es la verdad, la fuerza, la respuesta a tu desaliento. —Luégo, con un timbre de voz ahogado, como hablando para sí—. Lo demás es mentira, error irreparable. —Se dejó caer en una silla, apoyó la cabeza entre las manos—. ¡La desesperación!

CAPITULO XIII HORTICULTURA

—Prometiste a las hermanas ir hoy a visitarlas.

—Vamos, pues, si te empeñas.

Roberto estaba acostumbrado a ver atravesar a su amigo crisis de tétrico *spleen*, de mal humor, de flato, que llamaba Alejandro sus horas negras; pero esos arrebatos súbitos, que revelaban penas muy hondas sepultadas en las reconditeces del alma, lo llenaban de dolorosa sorpresa. Sabiendo que en el secreto de sus dolores había de ser impenetrable, permaneció a distancia, callado; después de un largo silencio Roberto, queriendo arrancar a su amigo de amarguras y pesares cuya causa era para él desconocida, le había propuesto hacer una excursión, agitarse, salir, visitar el establecimiento recién instalado.

Después de cruzar por callejuelas estrechas, de subir por vericuetos y promontorios, de orillar el río, de cruzar camellones y plazuelas, se les presentó el campanario blanco, tras una masa de árboles.

—¿Lo ves?... Ya llegamos. ¿Te fatigaste con la pendiente? Estás engordando mucho.

—Yo no, tú estás fatigoso; observó Alejandro ver a Roberto pálido y anhelante.

Llegaron a un precipicio en cuyo fondo se azota el río, y torcieron por un desfiladero; de pronto se hallaron en un sitio como de otra comarca y otro siglo; la plazuela solitaria, el campanario resplandeciente, las tapias blanqueadas, sobre las cuales se asoman y se bambolean los ramajes del huerto.

—¡Cómo disuena esa corrección tuya, dijo Roberto, teniéndose y cerrándole el pasó a Alejandro. ¡Cómo chillan aquí ese *chic* del *West-end*, esos botines de Fuchs, esa medalla griega en el pendiente, ese flux de Poole, ese sombrero de ocho reflejos, en esta plazuela austera como un patio de la Cartuja... ¡Qué mal cuadran con este silencio, con esta soledad, con este rincón que habla de olvido, de pobreza, de recogimiento y penitencia!..

Alejandro no contestó de pronto la broma, absorto en la tranquilidad que lo rodeaba.

—Hombre, sí : esto me hace el efecto de un baño en el alma.

Cruzaron la plazuela, tocaron tímidamente a una puerta, al pie del campanario. En aquel instante apareció en la plaza la figura del doctor Miranda, cuya larga capa negra se destacaba sobre las paredes reverberantes de blancura.

—¡Hola, Roberto! ¿Tú por aquí? dijo con cierta sorpresa. ¿Y usted, Alejandro?... ¿Usted?

Dio en la puerta un toque familiar y se entreabrió una ventanilla donde asomó y desapareció la cara de la hermana portera, que pasó a correr el cerrojo. Entraron. Un zaguán oscuro, olor de humedad, perfume místico de un ramo de flores que adorna la imagen de la Virgen, ante la cual arde la luz lánguida de una lamparilla. Al extremo del zaguán resplandecía un patio cuadrado, arquería blanca, la mitad en luz, la mitad en sombra.

Se presentó la madre Paulina, una mujer de edad indefinida, pero con frescura virginal y la eterna sonrisa bajo la corneta de lino. Un saludo familiar al doctor Miranda, y luégo una mirada de interrogación a los visitantes.

—Madre, observó Alejandro, ¿no recuerda usted que fuimos compañeros de travesía?

La expresión de la madre cambió:

—¡Ah!... sí, sí; es *monsieur* Alejandro... lo recuerdo; ¿quieren ustedes visitar nuestro establecimiento?... dijo la madre con acento francés, apoyando en las sílabas finales. Ahora no están trabajando las niñas... Van a tomar las once.

En el centro del patio, puestas de espaldas, en dos filas, las chicuelas volvían hacia los visitantes sus cabecitas inquietas, y cuchicheaban con un rumor de inocencia y de alegría.

—Siento que no las vean ustedes trabajar en las rucas. Van ahora al refectorio; pero pronto vuelven.

Sonó la campana. Adelantaron las filas, cruzando el patio. Observó Alejandro cómo pasando de la sombra al sol, las cabecitas negras tenían reflejos azules, y las rubias se abrillantaban con reflejos de aureola.

Reinó el silencio. Los visitantes, precedidos por la madre, entraron a la imprenta, un salón largo y oscuro, cubierto el techo con recortes de papeles de diversos colores; ante las cajas y las máquinas, vieron algunas chicuelas robustas y limpias, cubiertas con grandes delantales de tela cruda. La madre hizo ejecutar algunos trabajos, explicó que la instalación de la imprenta se debía a los esfuerzos de González Mogollón, que cada día iba a visitarlas, a reanimarlas en su entusiasmo. Sonó de nuevo la campana; salieron las niñas, llenando el patio y los claustros de risas frescas, de cuchicheos; resplandecieron al sol los colores de los trajes, la seda de los cabellos, el carmín de las mejillas; y tras un remolino como de abejas que acuden a la colmena, corrieron a sus puestos bajo la arquería, y empezó el tric-trac de los telares, el zumbido de las rucas. Cruza el patio, bajo el

sol, un grupo que hace rodar enormes líos de cobijas, con botes blandos sobre los ladrillos. La hilera de ruecas, impulsadas con movimientos rítmicos del pie, giran todas a una, y los vellones se van diluyendo, se van alargando en hilos que retuercen aquellos dedos ágiles, entre rumores acompasados; una confusión de blancuras, la claridad de la arquería, la nota suave de los vellones, los paños immaculados del telar, los tambores del bordado, y la nieve de las tocas, que cruzan, flotan, aletean sobre ese movimiento de trabajo, de juventud y de alegría.

—Mira Fausto, cuchicheó Roberto, mientras la madre se apartó un instante a examinar la pintura de una tela, mira estas ruecas, estas margaritas...
¿Recuerdas?... El sueño de Fausto dado por Irving en el *Lyceum!*

Alejandro frunció levemente el ceño, apartó la idea profana.

—No, hombre, déja. Mira más bien aquel detalle: esa rueca, esa nuca, ese brazo extendido. Algún modelo así inspiró a Velázquez la nuca admirable, el brazo magnífico de las *Hilanderas*. Y con un tono entre cariñoso y severo, agregó:

—Tú sabes que en el polo todo tiene el color de la nieve, hasta los lobos y los osos. En Muzo todo es verde, desde las esmeraldas hasta las mariposas... Aquí el pensamiento debe teñirse del color que predomina y nos rodea: la blancura.

—¿Vamos a ver el huerto? dijo la madre, regresando hacia ellos con aire solícito.

Subieron la escalera de piedra, a cuyo pie bordaban unas niñas; pasaron frente al dormitorio, penetraron en la sala de costura. Sobre las mesas chirriaban las tijeras, mordiendo las telas, que se desgarraban estrepitosamente; de espaldas a una ventana trabajaban algunas muchachas, y tras ellas, en una expansión de luz, se divisaba el huerto, y más allá la lontananza verde de la sabana. Cruzaron de nuevo los corredores, pasaron por la ropería, olorosa a alhucema, y luégo bajaron una escalerilla oscura cuyos peldaños crujían.

—*Prenez garde : il y a dix marches...*

La madre regresó y los visitantes salieron al huerto.

Una sensación de frescura y de paz, aromas de azucenas y albahaca, arrullos de una fuente invisible que se desliza entre las matas, el rumor del viento que hace cabecear las copas de los árboles, gorjeos de bandadas de chisgas, los envolvían, los penetraban, les llegaban al alma como un lenguaje de misterio y de ternura, como un acento religioso de otros siglos.

El sol, brillantando las hojas de los naranjos, bañando el pabellón de un curubo y lamiendo las hojas de las higueras, llega al suelo y juega en redes de luz y de sombra, haciendo resaltar las siluetas blancas sobre el fondo verdinegro de los

follajes. Dos hermanas en silencio van y vienen, y mientras una de ellas coge flores, la otra deja caer el chorro curvo de la regadera, que en lluvia irisada redobla suavemente sobre las hojas y sobre la tierra que negrea.

Al oír el crujido de hojas en el sendero, las dos hermanas volvieron la cabeza. La hermana Visitación, roja como una amapola por la faena y el calor, puso a un lado la regadera, sacudió el delantal negro y se enjugó una mano. La hermana San Ligorio, recogiendo de un banco de piedra varios manojos de flores, avanzó unos pasos hacia los visitantes; luégo en mitad de la callejuela y bañada por una luz tamizada, quedó inmóvil.

Los dos amigos, al verla, se descubrieron; Alejandro retrocedió, inclinó la cabeza en un movimiento de reverencia, de respeto profundo; dijérase que, aunque permanecía en pie, se había prosternado y en espíritu tocaba el polvo con la frente. Roberto cómo en *El Consuelo*, observaba a la hermana con admiración profunda.

El mismo selló imborrable de nobleza; la misma tristeza solemne. Entré las ojeras, las pupilas fascinantes revelaban una vida interior intensa, la devoción mística bañaba su rostro demacrado con blancuras y trasparencias de alabastro.

Manojos de rosas blancas, gajos de lirios, macetas de azucenas, desbordando el delantal, le cubrían el pecho, le tocaban el cuello, le besaban las manos.

—Mira, Alejandro, ese lujo de blancuras.

—Alejandro, con un ceño imperceptible, manifestaba el disgusto con que se escucha una nota estridente que interrumpe una armonía, un estruendo que turba el silencio de la meditacion. Roberto continuaba:

—Es una aparición; el sueño hecho mármol de un artista cristiano.

Alejandro se dominó; tomó un aire natural, desembarazado.

—No es la primera vez, dijo a Roberto mientras avanzaban por la callejuela, que la veo así cubierta de flores... Hace tres... no; hace cinco años, en Niza, en la batalla de flores... su coche era el mejor adornado; todo blanco, también todo de lirios.

Los dos amigos se inclinaron, el doctor Miranda se adelantó; la hermana hizo una reverencia:

—¿Se admira usted de tantas flores? dijo la hermana, pues es el mes de las flores, el mes de la Virgen.

—Es un huerto cerrado con su fuente sellada, respondió el sacerdote. Sacó la caja de rapé, tomó un polvo entre el índice y el pulgar, alzó la mano como para arrojarle al viento.

—Hermana, dijo Roberto recogiendo una azucena, usted nos hace recordar aquel pasaje que trae su paisano Montalembert... ¿su pariente, creo?... en que Santa Isabel aparece con la cantada de rosas...

—Hombre, interrumpió Alejandro, no desbarres delante de las hermanas y de Sebastián. No fue Santa Isabel: fue... aquella princesa mora convertida... a quien sorprendió su padre llevando panes a los cristianos: al abrir el delantal cayó al suelo una lluvia de rosas.

—¡Nada! Fue Santa Isabel, repuso Roberto entre serio e irónico; ¡tú que sabes de esto!... Tú viste el cuadro y te supusiste el cuento.. Decíde tú la cuestión, Sebastián. ¡Que hable Pedro!

Las hermanas pusieron una cara de beatitud, esperando la respuesta inapelable del doctor Miranda.

—¿Quieren ustedes saber la verdad? ¿Quieren que dirima la contienda? Qué sabroso sería en otras ocasiones fallar sin disgustar a ninguna de las partes. A Santa Isabel los panes se le convirtieron en rosas— y mientras sorbía el rapé por ambas ventanas de la nariz y se restregaba los dedos, contemplaba la satisfacción de Roberto—.

—Te gané la cuestión, Alejandro.

—Y también a la princesa mora, según una piadosa tradición de Andalucía, agregó el doctor Miranda observando la complacencia de Alejandro.

—Estas flores vendidas nos producen a veces con qué sostener a nuestros pobres niños, observó la hermana San Ligorio, con su voz melodiosa; aquí nos sucede lo contrario del milagro: las rosas se convierten en pan. Y haciendo una cortesía, cruzó el sendero, llegó a la puerta... y se desvaneció la aparición blanca.

La hermana Visitación los invitó a recorrer el huerto para ver las pequeñas maravillas que había logrado. Orillaron algunos cuadros en que se esponjaban las lechugas: llegaron a un terreno de surcos negros, erizados de palitos con rótulos de cartón blanco, y el doctor, atraído por el latín, se encorvaba a descifrar las líneas:

—"*Sepium*"... "*Trifolium frangiferum*"... "*Spercula arvensis*"... "*Panem germanicum*"...

Cuando el doctor Miranda leyó en alta voz esta última frase,

— ¡Ah! exclamó la hermana Visitación, esa es mi gran conquista, es la *Moha* de Hungría... pobrecita... su grano germina fácilmente, entonces, lo mismo que la sequeresa, suspende la vegetación de las otras especies.

Alejandro, que permanecía mudo y taciturno, quiso dar una muestra de atención a la hermana pasando la mano por la espiga de la *Moha*.

—No, *monsieur Alejandro*, exclamó la hermana enarcando con terror las cejas y juntando las manos regordetas en actitud de súplica, no la toque porque se daña toda.

Siguieron recorriendo el huerto en un rincón, con su escarcha de rosas, se alzaba un kiosco de donde salió una carcajada estridente; Roberto, adelantándose, vio una hermana sentada en un banco de piedra...

Era una figura espectral; una momia blanca; parecía tallada en un bloque de hielo; de los ojos, en donde se había refugiado la vida, brotaban centelleos que revelaban sobresalto, asombro, espanto, como si Roberto blandiera un puñal...

—Es la hermana San Bernardo, murmuró, el doctor Miranda en voz baja, jamás rompe el silencio sino con esas carcajadas, sin un gesto, sin una contracción. Vivió en Agua de Dios, entre los leprosos, diez años la trajeron ya... así... loca.

Continuaron en silencio profundamente conmovidos con el inesperado fantasma; a la sombra del murallón observaron un surco de tierra cernida en que se veía apenas la huella de un pie aristocrático, y allí, en una explosión primaveral, se agitaba a la brisa una tendada de lirios.

El doctor Miranda se encorvó de nuevo para leer los rótulos.

— "*Lirium peneracium*"... "*Amarillis formosina*"...

La hermana Visitación estiró el labio inferior y un supremo desdén se dibujó en su fisonomía candorosa.

—Ta, ta, ta... Estos no son más que caprichos de la hermana San Ligorio... ¡Cuánto de pena perdida por nada!... Plantas inútiles... ¿Le gustan, doctor? ¿Le llaman la atención?... Entonces voy a explicarle: este es el "lirio de Guernesey", originario del Japón, se ha totalmente naturalizado en la isla de Guernesey, que allí se reproduce abundantemente. No florece más que una sola vez, y esto mismo le encanta a nuestra hermana, y da botones como éste, color de cereza, llenos de venturina en oro... Este otro el "lirio Santiago", cruz de Calatrava... Vea usted, señor *Alejandro*, este botón que empieza a abrir... ¡Qué penas ha costado!... Se

cultiva en tierra que no puede llevar estiércol; y su flor, que es este terciopelo rubí regado de polvo de oro, representa el lirio heráldico, los lises de Francia, no dura sino cinco o seis días, y el hielo lo mata... ¡La hermana lo adora!... Cuando van a abrirse, los lleva a su apartamento... Mire usted allá arriba, toda llena de lirios aquella ventana cuadrada.

Y en alto murallón de piedra vieron los tiestos de lirios que se asomaban entre los barrotes de hierro y balanceaban a las brisas de la tarde sus cálices blancos y rojos.

— ¿Usted conoció a la hermana San Ligorio en Europa, Alejandro, antes de profesar preguntó el doctor Miranda?

— Me parece, observó Roberto, haberte oído decir que la encontraste en tus viajes a oriente.

Iban caminando en silencio, lentamente, envueltos por el olor de la tierra húmeda; se oían los pasos sobre el cascajo de la callejuela y sobre algunas hojas marchitas. Todos dirigían a Alejandro miradas interrogadoras, y él, haciendo un esfuerzo, dijo con el acento velado y melancólico con que había hablado a Roberto en la mañana de ese día:

— En Jerusalén, en el templo del Santo Sepulcro, bajo la inmensa cúpula brillaban los mármoles de colores al resplandor de los cirios y de las lámparas de plata: el santuario, que se destaca como una joya en la mitad del templo, está dividido en dos compartimentos: esperé en el primero a que llegara el momento de entrar yo... Salió alguien encorvándose por la puerta baja y pude penetrar en el recinto mismo del Santo Sepulcro. El aire era pesado, flotaban jirones de incienso entre la luz misteriosa de las lámparas; los muros de mármol amarillo resplandecían. Reinaba un silencio solemne. Vi delante de mí un cuerpo postrado, una frente que se apoyaba sobre el mármol sagrado, oí un sollozo..

Y se calló, no pudo continuar, dominado por una emoción profunda.

Sonó una campanada y siguieron en silencio, envueltos por esa atmósfera de la tarde, por ese ambiente de paz y de recogimiento en que parecían confundirse el olor del incienso y de los lirios, los aromas de la oración y los bálsamos del huerto. Surgió luego un canto de voces frescas, el coro de los niños que entonaban el himno de la tarde.

Salve, Regina Mater...

Todos alzaron la vista hacia el murallón bañado con una claridad dorada, y lleno de agujeros adonde entran chillando las golondrinas. Cerca del suelo, en la humedad, las piedras se cubren con un musgo que tiene el color rico y sombrío de

la sangre coagulada; más arriba, entre festones de hiedra, los bloques ennegrecidos por el azote de la intemperie, parecen tiznados por el humo de un incendio, y luego se cubren con una felpa verdosa que tiene la suavidad del terciopelo, la opulencia de una tela magnífica y blanda; y allí, entre esos tonos armoniosos, resplandecen los lirios blancos y rojos que sobre los matices sombríos de la muralla simbolizan esas almas puras y ardientes, que florecen en el olvido, y encendidas en castos amores se abren entre la tristeza del recinto cerrado, alegran la soledad, sonríen entre las rejas y embalsaman con su oración la penumbra del claustro.

CAPITULO XIV

LA LAMPARA DEL SANTUARIO

Salieron. Los gajos de los duraznos sobre las tapias extienden sombras en la plazuela solitaria. El campanario resplandece con la luz de la tarde:

—Ya ves cómo te he hecho realizar un viaje a la Cartuja o al Desierto de La Candelaria, sin montar en mula ni en ferrocarril.

—Sí... Es decir... qué me preguntabas dijo Alejandro con una mirada distante.

Al frente, tras los barrancos del río, se alzaba una línea de tejados, y más allá, entre las brumas azules, la curva de la serranía.

Roberto, con un guiño le indicó al doctor Miranda que Alejandro se hallaba en un estado de preocupación: el doctor, cerrando los ojos, contestó con una sonrisa.

—¿Qué te parece este rincón, Alejandro?

—¿Este rincón? replicó con un deseo visible de contradecir. ¿Este rincón? ¿Pretendes que es poético? Un arrabal, un campanario derruido, un huerto solitario, y nada más... No ha podido el Bogotá moderno desterrar de aquí la Colonia... ¡Qué!... ¿Pretendes que salgamos de aquí muy contritos?

Pasó la sombra de un cuervo por el suelo. La brisa hizo estremecer en un ventanillo de la fachada una palma de ramos, marchita, enlazada a los barrotes de hierro.

—Ya veo que estás —dijo Roberto— en una de tus horas negras.

Alejandro frunció el ceño, movió los labios para contestar, y guardó silencio.

—Efectivamente, todos tenemos o tuvimos esas horas, dijo el doctor con tono natural, temiendo la declamación; pero, querido Roberto, no son horas negras, sino horas blancas.

Llegaron lentamente al extremo de la plazuela. Del fondo surgieron el ruido del río entre los pedrejones, el choque de las ropas, el balido de una cabra que escalaba el barranco, los cantos de las lavanderas.

—¿Por qué horas blancas? observó Alejandro alzando los hombros; para mí son negras... si ustedes se empeñan, grises.

—Son los momentos en que todos miramos para adentro y nos recogemos en el fondo de la conciencia.

Alejandro permanecía silencioso. El doctor Miranda continuó

— Esa lucha interior, esas horas de dolor, de sombra... todo eso es la gracia, Alejandro.

Luégo, sacando el reloj de prisa y mirándolo en la palma de la mano:

— Tengo que hacer, exclamó, y se alejó a grandes pasos.

Al bajar rápidamente se inflaban los pliegues del manto del sacerdote, y su estatura elevada y esbelta se destacó entre los paredones de la callejuela y desapareció luégo en un recodo de la pendiente.

Ambos amigos quedaron silenciosos. Alejandro aún más taciturno y cabizbajo; Roberto temía provocar una nueva contradicción: conocía aquel carácter y sabía que en esas horas era mejor dejarlo entregado a sus ideas. Bajaron. Tenían la costumbre de observar, sabían ver, buscar detalles, para recoger en las cosas más insignificantes una línea artística, un gesto, una mancha de color, que después destacaban con vigoroso relieve en el lienzo o en la página. Desde el tajo veían interiores de casas, que caían sobre el río, y se mostraban con cierto aire de familiaridad, de abandono, de confianza: series de pisos, vidrieras reverberantes, escalerillas tortuosas, balcones asomados al abismo con matas, jaulas, macetas de flores... Siguieron bajando; llegaron a otra plazoleta, desde la cual divisaron, hacia el poniente, la línea de tejados dispares en que el rojo tiene matices tan diversos: las agujas de las torres, la curva de una cúpula, chimeneas, copos de humo, y más allá la sabana, verdosa, como un lago muerto.

Querían hablarse, cruzar alguna palabra, pero no encontraban la frase: todo les parecía fútil, indigno de romper el silencio, de alterar las emociones anteriores, tan profundas y sencillas. Roberto sentía que ambos llevaban en el alma esas impresiones ideales, la paz del huerto, la palabra del sacerdote, el recogimiento del claustro, un aroma de santidad, "la aparición blanca", las azucenas... y le parecía que al dejar caer una palabra lo borraría todo como al tirar una piedra en un lago desaparecen las imágenes reflejadas en el fondo tranquilo: una estatua de mármol, una fachada de templo, el azul purísimo, la paz del cielo infinito.

Observan en el centro de la plazoleta una fuente con tres chorros de plata. Contra el brocal de piedra, una muchachona en actitud de cariátide, la trenza enroscada en la cabeza, el cántaro al hombro, sostenido en elegante curva por un brazo desnudo, mientras el otro cae y se balancea sobre el faldón empapado que dibuja el cuerpo con relieves esculturales.

No lejos un grupo de campesinos que, aparejando un buey, miran con afán la caída de la tarde y preparan de prisa el regreso a sus montañas.

Los dos amigos, como si regresaran de un largo viaje, antes de meterse en una callejuela, antes de volver al tumulto de la ciudad, con la tristeza de las despedidas, se volvieron a contemplar la altura, el cerro con sus casitas en anfiteatro, y entre la masa de árboles, el campanario.

Siguieron en silencio por callejuelas; entre escenas y ruidos de arrabal: chicuelos que echan a volar una cometa: una clueca con su pollada: en el fondo del barranco, el rumor de un hilo de agua que rodea una habitación entre cañabravas. Más adelante charlan los obreros a la puerta de los talleres. Una hilera de muchachos escala la pendiente con cántaros de agua.

Después de un largo rato de silencio, prorrumpió Alejandro:

—Bellegarde sostiene que la Magdalena de que hemos hablado es del español Carreño; yo creo que es un original o copia de Guido Reni. Quiero volver a estudiar el cuadro, a observarlo con mayor detenimiento... ¿Quieres acompañarme?

Roberto se excusó. Alejandro se dirigió hacia el templo; un deseo vago lo conducía a algún lugar donde pudiera prolongar en la soledad, en el recogimiento, sus impresiones.

Siguió de prisa temiendo que le faltara la luz. Poco después se hallaba en la iglesia, frente al cuadro de la Magdalena. Era una hora excelente para verlo, porque un rayo de una ventana lateral bañaba el lienzo.

La santa está reclinada en un peñasco y tiene un fondo de paisaje, un cielo de tarde, una franja amarillenta en el horizonte. La cabeza está echada hacia atrás, los ojos vueltos a la altura, y parece ella conversar con los ángeles, que flotan, descendiendo con una corona. Una tela roja, de anchos pliegues, cae de la cintura al suelo, de entre ese manto surge el busto, delicado como una azucena.

Un rayo de sol cruza la nave central, y va a caer sobre la tela roja, como para realzar la intención del artista, para animar la tonalidad general, y abrillantar el manto que resalta entre las rocas.

Alejandro abandonó la línea y el color para entrever la mente del artista, creyó adivinar el pensamiento íntimo, el tema de la composición, el poema del manto, de la cabellera y de las manos; ese manto que entre el paisaje agreste es como un jirón de las antiguas pompas que abandonó la cortesana penitente, esas manos que llevaron los aromas al Sepulcro, y esa cabellera abundantísima cuyos gajos de seda enjugaron en el festín los pies del Salvador, ungidos con el nardo de la copa de alabastro. La mano derecha aparta hacia atrás una crencha de cabellos, en actitud que recuerda, como a pesar suyo, a la antigua pecadora.

En el movimiento de ambas manos, en el manto y la cabellera, están simbolizados el pasado y el presente... El tiempo, el mejor de los coloristas, ha fundido los tonos, dorado las blancuras, esfumado los contornos.

—No cabe duda, dijo Alejandro, dando un paso atrás; original o copia, es de Guido; no sé cómo puede negarlo Bellegarde; ese primor en los pliegues del manto, esa cabellera tratada con tal importancia, esas medias tintas con tonos azulinos, denuncian, a no dudarlo, el pincel del maestro.

El rayo del crepúsculo, que penetraba al sesgo por las claraboyas, iba subiendo, tembló en la altura, irisó el cristal de una araña, y luego se apagó. Alejandro tuvo que acercarse más; los colores del lienzo se marchitaron, se esfumaron los perfiles...

De las claraboyas desciende un resplandor, que va muriendo; las sombras inundan la iglesia solitaria...

Se han borrado y muerto las llamaradas de los prismas, el chisporroteo de los retablos, la alegría de las flores.

De la cúpula cae un resplandor lívido que diseña apenas el borde del arco toral. Sigue la sombra sumergiéndose el recinto, ahogando luces y colores, y sólo queda una penumbra en el centro de la cúpula, y allá en el fondo de ella, en una lontananza repleta de negrura, dos claraboyas que parecen asomarse como dos ojos verdosos. Las tinieblas, más y más densas, invaden los arcos de los confesonarios, los rincones de los altares, las combas de la arquería. Sólo fulgura allá en el fondo, en una capilla lateral, un resplandor amarillento, un foco de luz mortecina que tiembla y desborda blandamente, se desliza por el muro, sube a la bóveda, hace más verdoso el último rayo de la cúpula, cruza diagonalmente la techumbre, cae reflejándose en el espaldar de los escaños, y muriendo por grados, extinguiéndose, en los rincones, llega a apagarse en las profundidades del coro.

Alejandro avanzó unos pasos hacia el fondo de la iglesia. A la derecha, en una nave, sobre un candelabro de madera, la vela que había dejado allí como una oración algún desgraciado, agonizaba ante un crucifijo. A veces la mecha humeaba un resplandor que hacía danzar las sombras en la pilastra; a veces la llama se consumía, parecía muerta, y en los vaivenes de la energía y el desaliento, volvía a surgir con nuevo esfuerzo de vida. Esa agonía de la luz alumbrando la agonía del crucifijo, llenó a Alejandro de tristeza indefinible. ¿Por qué? No sabía explicárselo... ¿Acaso esa su antigua fe, su piedad de niño, que todavía luchaba en la sombra, que iba acaso a apagarse para siempre?... Se apagó la llama. Quedó la nave en tinieblas. Sólo allá adelante, en la capilla lateral, un resplandor tenue. Avanzó. La lamparilla, suspendida de tres cadenas de plata, se balancea y gira con ondulación apenas perceptible, proyecta y pasea

lentamente sobre el muro blanquecino la sombra de una cadena, una sombra que partiendo del altar se va deslizando, pasa sobre una imagen de piedra en su nicho, flota sobre una pilastra, llega al borde del arco, se pierde en las tinieblas; luégo, tras un espacio, asoma de nuevo a la orilla del arco, regresa hacia la imagen de piedra, vuelve hacia el altar, deslizándose con paso de espectro.

Invadió a Alejandro un vago pavor, el sobrecogimiento de lo sobrenatural: la sombra que se paseaba por los muros iba a animarse, a alzarse delante de él, a dirigirle palabras misteriosas, acentos de amenaza. De los rincones tenebrosos surgieron rumores que rodaban por las bóvedas en lúgubres retumbos. Recordó ese rayo fugitivo que se había presentado en la mañana en la cota de acero, que volvía en la tarde con tenacidad misteriosa a iluminar el lienzo de la pecadora arrepentida. Quiso huír de aquel lugar, arrancarse a esas pueriles imaginaciones; pero de pronto se le presentó con viveza extraordinaria la aparición del huerto con sus mejillas demacradas, con sus ojos azules de una fascinación indecible, y quedó clavado en el sitio, sintió confusión, vergüenza: ese recuerdo tan puro, tan santo, no podía reposar en una conciencia manchada. Todos los recuerdos de la mañana desfilaron de nuevo, precisos y dolorosos en su fantasía febricitante. Lo subyugó una pesadumbre inexplicable, una sombra espesa lo envolvía, toda esperanza de felicidad estaba muerta.

Surgieron de lejos voces sordas, un largo ritmo lleno de dulzura y de misterio. Venían de un lugar invisible, se dilataban de arquería en arquería y, como la luz, morían lánguidamente en los rincones del santuario.

De una capilla remota llegó la voz del celebrante: "*Salve, Regina Mater*", y resonó en el templo un murmullo de catacumba. Luégo el perfume del incienso y con él el recuerdo de algo muy lejano, el aroma de la niñez, toda una época de candor, de piedad inconsciente. Resonó un canto, un coro de voces infantiles, una música sencilla y tierna, un argumento conocido que él entonó de niño, la melodía de la inocencia, de la sumisión y de la pureza.

Venía la música envuelta en ondas de incienso, en tenue aroma de flores, y entonces, gracias al misterioso poder del ritmo, como si de pronto se hubieran borrado sus años de borrasca y de pasiones, se presentó un cuadro de otro tiempo, de otros años mejores: el oratorio de la hacienda, el mes de María celebrado noche por noche en familia... toda una generación muerta, de la cual sólo él flotaba como un trozo de naufragio.

Ante los ojos de Alejandro, en el muro, cruzó de nuevo la sombra de la lamparilla que pasó por el arco y desapareció lentamente...

Entretanto, en la capilla el canto continuaba más dulce, más conmovedor, se repetía la frase musical, la frase amiga, y Alejandro se dejaba arrastrar por él, su alma se mecía en vaivenes de esperanza y de eternecimiento. Se presentó otro

cuadro, palpité su corazón con el ritmo igual y libre de los primeros años, el altar, los cirios, las coronillas de azahares, el mantel blanquísimo, el copón que tiembla en las manos del sacerdote, y luego el éxtasis, las promesas de la primera comunión, la entrega de su vida, el ofrecimiento de una existencia de abnegación y de pureza...

En el muro, como un fantasma, pasó en silencio la sombra, que cruzó y se perdió en las tinieblas.

CAPITULO XV

EL OLMO Y LA HIEDRA

Bajo el sol de aquella alegre mañana, entre murmullos y risotadas, entre un traqueteo de ruedas y de fustas, siguen llegando al pie del atrio de la Capilla del Sagrario los carruajes, briosos los troncos, relucientes los arneses, recién afeitados los cocheros. ¡Los novios, los novios! murmuraron los curiosos. Y se formó un remolino al ver parar ante las gradas dos cupés cerrados, con caballos rucios que sacudieron con orgullo las cintas blancas pendientes de las orejas. Grandes ramos de azahares albeaban en la fusta y en el levitón de los cocheros, y tras la vidriera se divisaba en un fondo oscuro un perfil de mujer.

Se abrió una portezuela, asomó un pie deforme, una pierna de coloso, una pechera bombeada, con tres grandes diamantes; tropezó el sombrero de copa contra la cubierta del coche, y salió Montellano, que se dirigió hacia la iglesia con el sombrero todavía ladeado por el golpe. Del segundo coche bajó doña Aura, vestida de seda negra, y siguió con andar dengoso del brazo de Landáburu, padrino del matrimonio, que paseó una mirada por la multitud sin descubrir en ella más que su persona.

Al entrar ellos estalló en el coro una marcha triunfal que, colmando el recinto, despertaba en doña Aura mal reprimidas emociones. Mientras atravesaba la novia el templo, en él brillo de los trajes y el aroma embriagante de los perfumes de los convidados, recordaba su primer matrimonio con Tubalcaín Cardoso, en una humilde aldea, y avanzaba ahora erguida, con un resplandor de triunfo en los ojos. Recordaba toda la astucia y todas las artimañas que había gastado para conquistar al millonario.

Montellano y doña Aura se arrodillaron en los reclinatorios de terciopelo rojo, y con sus dos moles parecían cubrir todo el frente del presbiterio... Al fin... no había duda, seguía pensando doña Aura, Montellano estaba ahí... a su lado... hacía traquear el reclinatorio con su peso y ella sentía sus resoplidos de buey... Dentro de media hora sería eterna la unión con el millonario, tendría realización esa frase feliz que se le ocurrió a ella en una de sus entrevistas.

¡Qué gran capítulo esa escena, ese desenlace para un final! Debía cambiar el título, eso sí, de *Angel o demonio*, por ese otro tan sugestivo, tan poético: *El olmo y la hiedra*. Procuraba retener las emociones que la embargaron para encarnarlas luego en la heroína de la novela, Aurora; y paseaba con grande atención la mirada por lo que tenía enfrente para pintar en su libro esos detalles con el colorido de la realidad, como los hermanos Goncourt. Aunque la ceremonia había empezado, ella no le prestaba atención, entregada toda entera a sus concepciones literarias: sobre el presbiterio se erguían, adornados de azahares, cuatro grandes cirios que rayaban paralelamente el fondo del altar; las llamas parecían deslustradas al

través de las espirales de incienso; un rayo oblicuo del sol formaba entre la nube azulina fajas luminosas, espejeaba en las placas de carey del tabernáculo, y destacaba en un extremo la página blanca del misal cruzada por una cinta roja. Descubrió un nuevo detalle, de que se prometió sacar un efecto grandioso: en los dos rincones sombríos, a un lado y otro, aparecen la cabeza del Bautista, la de San Pablo en dos fuentes de plata, un cerco sangriento en el cuello, los labios cárdenos, bañados por una lividez trágica en que se adivina el último estremecimiento de agonía.

Cesó la música; concluyó la marcha triunfal en el coro. Se presentó en mitad del presbiterio el doctor Miranda, de capa pluvial, con el libro en la mano. Era así, erguido en las gradas del altar, envuelto en el manto que cae en pliegues rectilíneos, iluminado por un rayo de lo alto, en el esplendor de su frescura virginal, de su hermosura ascética, como se imponía al amor y al respeto de las muchedumbres. En medio del silencio se adelantó hacia los novios, y su voz, vibrante y llena, resonó en las bóvedas del templo.

—Mirad, hermanos, que vais a celebrar el santo sacramento del matrimonio...

De afuera, de la plaza, llega un estrépito de ruedas. Un coche se detiene. Las miradas se vuelven: las flores, las cintas, los sombreros se agitan; se acercan las cabezas, cuchichean. Inés avanza con paso leve sonriendo a todos y sin mirar a nadie. Llega al centro de la iglesia, busca un lugar con los ojos, regresa; Roberto se levanta, le ofrece su silla y queda a su lado. Las cabezas vuelven hacia el altar; de atrás sólo se ve la hilera de espaldas, la mancha oscura de las cabelleras entre los colores claros de trajes y sombreros.

Desde su puesto nota Roberto que en la primera fila, cerca del presbiterio, se estremecen en un sombrero dos botones de ababol; y adivina en Dolores una inquietud nerviosa al verlo al lado de Inés.

Se alzó entretanto en el coro la voz de la Rondinelli. Una melodía lenta con un ritmo sencillo que rompe en una frase musical, sonora, poderosa y libre en su fantasía, como una improvisación; sostenida por armonías que la apoyan en su vuelo, la melodía es al principio como un soplo ardiente, luego se hace más lenta, se extingue hasta que languidece y muere en un suspiro.

Y doña Aura, inspirada en esa melodía por el espléndido aparato que la rodea, forma en su imaginación el enredo de la novela, en un vuelo remoto de la fantasía: una gran ciudad de oriente, a orillas del mar Caspio... sitiada por el tirano Ronderil con el auxilio del Nabab Montileno. El jefe de los sitiados, Tubal-kan, muere... Los sitiados hablan de capitulación cuando la mujer del jefe, la inspirada poetisa, Aurora, nueva Judit, resuelve dirigirse al campo contrario. Ante el gran Nabab se estremece, se enamora del nuevo Holofernes y, en vez de degollarlo, se casa con

él. Esa novela se llamará... ya encontró un título... *El olmo y la hiedra* o *La nueva Judit del Negroponto*.

—Señora Aura del Campo, ¿recibe usted al señor Ramón Montellano por su legítimo esposo?...

Doña Aura permaneció en silencio, estaba absorta con la atención en su enredo novelesco. Hubo una expectativa de angustia, de sorpresa. ¿Se habría arrepentido doña Aura? Pero Montellano, con voz de trueno, exclamó:

—Señora, es con usted.

—¡Sí lo recibo! ¡Sí me otorgo!

Concluyó la ceremonia.

En medio de la alegre música de un valse empezó el desfile de la concurrencia, adelante don Ramón con la que era ya doña Aura del Campo de Montellano; detrás larga hilera de parejas; Roberto de brazo con Inés, Alcón de brazo con Dolores.

Cuando llegaron los convidados a la casa de Montellano encontraron en la puerta una turba de curiosos contenidos por dos policías de cara estúpida que ostentaban los grandes levitones, el casco prusiano con labores de metal blanco; hollaron las alfombras recién extendidas por el zaguán y la escalera; se abrieron paso por entre pinos, palmas, plátanos de Abisinia que llenaban el ambiente de un olor de humedad y de bosque. Las frondas exóticas se estremecían al roce de las parejas, hacían destacar los alegres colores de los trajes, que crujían en la escalera, y luégo se adormecían deslizándose en las alfombras espesas.

—¡Un lápiz, un papel! clamó doña Aurora, se me va la inspiración... Y atravesó los salones, llegó al escritorio que le estaba preparado en su nueva casa, y con mano febril trazó algunas frases, algunas palabras que habrían de servir luégo para el gran capítulo de desenlace.

Entretanto Montellano buscaba afanoso al doctor Alcón; lo desprendió del brazo de Dolores y se lo llevó a su despacho. El sol jugaba en la caja de fierro, en las bolas de la prensa y chispeaba alegremente en los botellones de brandy.

—Doctor Alcón, he estado pensando en usted en la iglesia... ya tengo recogida toda la deuda del 48, ahora necesitamos el decretico para restablecer el fondo de amortización; para restablecerlo ¡no!... hay que duplicarlo... Cuento con usted, ¿no? Una copita de *whisky*... ¿No le gusta? Es de diez chelines y seis peniques el frasco; pues aquí tiene este *Otard Dupuy*... es de veinticinco francos... ¿Tampoco?

Ahora vaya busque su pareja... Espérese... me paga mañana lo del último empréstito... es lo convenido... cuento con usted.

—Mañana no, porque es Corpus... pasado mañana, seguramente... haré lo posible, tengo un jefe escrupuloso.

Alcón, viéndose así indirectamente apoyado por el padre de Lola, alentado en sus pretensiones, atravesó gozoso la galería, atropellando la compacta concurrencia, la buscó en el salón principal, el antiguo salón de los retratos, y no encontrándola, esperó allí su llegada.

Dolores, en el tocador adonde iban llegando las señoras para dejar el sombrero y arreglar el peinado, aguardaba con inquietud, casi con miedo, el instante en que entrara Inés; iba a verla de cerca, a abrazar esa hermosura generalmente aplaudida y que se interponía en el camino de su dicha. Y por encima de un biombo espiaba su llegada con el corazón palpitante. La vio llegar de brazo de Roberto, que se separó de ella al fin de la escalera, y atravesar la galería; al presentarse en el marco de la puerta, Dolores se mantuvo suspensa, pero Inés dio un paso, sonrió, le tendió la mano, cambiaron un beso, salieron y atravesaron los salones; todos al verlas juntas observaban con atención el contraste entre esas dos hermosuras: la hermosura turbulenta de la una y la regia serenidad de la otra. Las curvas llenas, el andar firme, la cabellera abundantísima y negra, los ojos ardientes, las mejillas de rosa, las manos anchas de Dolores, con la estatura erguida, el paso leve, los cabellos de seda, los ojos soñadores, la palidez de jazmín, y las manos de Inés, largas y finas, de un modelado perfecto, como joya de arte.

Vestía Dolores a la moda rigurosa: llevaba un traje de terciopelo encarnado y en las orejas dos enormes diamantes; y la prima de Roberto un traje de punto de Alencon que la envolvía como una onda de espuma; no llevaba joyas, y en todo su atavío se notaba algo propio y personal que se apartaba del uniforme de la moda.

Alcón se acercó a ofrecerle el brazo a Dolores; atravesó de nuevo Inés la galería, entre una doble fila de admiradores que se inclinaban a su paso. Ella saludaba a derecha e izquierda, dejando caer una palabra, una mirada, una sonrisa.

Alcón había formado la resolución inquebrantable de vencer ese día su timidez, declararle su amor a Dolores, proponerle matrimonio; y se paseaba por los salones admirando el mobiliario de peluche, el gusto con que Montellano había hecho cambiar las vejeces desteñidas de esa casa por ese mobiliario flamante. Pero la flamante declaración no llegaba a sus labios; por la calva de marfil pasaban baños de púrpura que denunciaban su placer o su angustia. Dolores lo escuchaba distraída e inquieta. Ese matrimonio de su padre había sido penoso para ella, y derramó en la mañana algunas lágrimas con el recuerdo vivo de su madre; además, no podía ella ver sin íntimo disgusto esa nueva autoridad que iba

a entronizarse en el corazón de Montellano y en la casa en donde ella había mandado como reina soberana. Esas ideas sombrías se desvanecían al pensamiento de Roberto que representaba vagamente para ella el amor satisfecho, el señorío, el dominio.

Se oyó de pronto el tañido inarmónico de un violín, la escala suelta de un clarinete, el ronquido del violón; tres toques secos del director de orquesta con la batuta, y sacudiendo los nervios, calentando los corazones, estalla el ritmo embriagador del valse que todo lo llena, todo lo ahoga en una palpitación de alegría, en una onda de color y de entusiasmo; y ante los ojos miopes de Alcón y los inquietos ojos de Dolores pasan cruzándose las parejas, mezclando los matices alegres de encajes y terciopelos con la nota uniforme de las levitas.

De pronto en un canapé vio Dolores a Roberto al lado de Inés; no pudo disimular su emoción, se detuvo, sacudió su brazo un ligero estremecimiento, se puso pálida, luego muy encendida. Alcón de rechazo sintió el sobresalto de su pareja, recogiendo los ojos vio a Roberto y creyó que había llegado la ocasión oportuna, el momento apetecido para ventilar con Dolores el asunto de su matrimonio apartándola de los amores con su rival, y murmuraba:

—Usted, señorita Dolores, la de los ojos oscuros e ingentes, ora apasionados, ora picarescos, ora ternísimos; dotada de la boca más salerosa que jamás tuvo morena, y morena picantísima, de esas que hacen volver la vista a todos cuando pasa; de cabellos ondeados y no escasos, que caen sobre las sienes en rizos amotinados, usted, permítame decírselo, no ha de tolerar que el muy tuno de Roberto, a guisa de afortunado mancebo, abuse de las dotes que le adornan, ingenio agudo, algún barnicillo de lectura, facilidad y vehemencia de expresión, instrucción de la que aquí se usa, para camelarla, harto entusiasta, si bien con astutas restricciones, sin dejarse él resbalar al gremio de los listos para maridos en que casi suegros y no menos urgidas mozas pretenden enrolarlo.

—No, doctor; no hay nada de eso.

—¿Que no? Si yo me sé la máquina del amor al dedillo... quimeras, pamplinas, futesas. Usted, tras rabieta estruendosa y después de querellarse con el ingrato por algunos días que no llegan a semanas y de hablar de él lindezas con sus amigas, ensayar discreteos con algunos de sus muchos adoradores, entre los cuales yo me cuento, acabará siempre por perdonarlo, bajo el juramento cien veces formulado y violado otras ciento, de no volver a las andadas; pero el ingrato burlado, notando la falsedad de la indiferente calma con que usted, inhábil para el fingimiento, tratarlo suele, no se dejará engañar ni por sus furores ni por sus añagazas de indiferencias cortesas, pues el muy redomado Roberto sabe cuál es el punto y remate de todos esos amagos de indiferencia y desvío...

En el despacho de Montellano, invadido por nubes de humo de los cigarros, había mesas para los jugadores, se charlaba, se apuraba el *whisky* de 10 chelines peniques y el brandy de 25 francos.

En un rincón cuchicheaban Landáburo, el doctor Agüeros, Polanco, Mata. El alegre estruendo de la orquesta ahogaba las conversaciones, facilitaba las confidencias.

—Esto va mal, decía el médico componiendo un cigarrillo. Ronderos se eterniza; su prestigio, a pesar de los ataques de *La Revaluación*, se extiende y la paz de Varsovia se concilia.

—La maldita canalización lo ha salvado, observó Landáburo. Muchos de nuestro amigos están desertando. Socarraz mismo, que parecía el más intransigente, ha recibido destino de Bellegarde.

—Y es que realmente en pocos meses han hecho prodigios, agregó Polanco. No me figuré yo, cuando oí hablar de este asunto, que la empresa fuera tan seria. Han establecido trabajos por todo el río; tienen miles de trabajadores y riegan el oro por todas partes.

—La empresa se ha hecho simpática. Los artículos de Roberto han hecho impresión, preciso es confesarlo, dijo Agüeros. Si no se hace un esfuerzo, el viejo Ronderos se nos encarama a la presidencia. Por el río canalizado se nos sube al palacio de San Carlos.

Calló la orquesta. Al despacho llegaron los murmullos de las conversaciones de fuera. Los del grupo creyeron prudente suspender las confidencias; Mata los convidó a tomar un trago; se acercaron a la mesa, apuraron las copas, encendieron cigarrillos. Llegó de nuevo al espacio el estrépito de una polka.

—Necesitamos organizarnos mejor, amigos; dijo Landáburo reuniendo nuevamente el grupo de sus íntimos. Es indispensable la dirección unitaria del partido, la obediencia ciega a un solo jefe. Es indispensable que ustedes proclamen mi candidatura de jefe único de la *Revaluación*; yo la propongo a ustedes con la franqueza de soldado que me caracteriza y como la única tabla de salvación posible para nuestro gran partido; esto no constituye pecado, sino antes un quijotismo político que está mandado recoger por inepto, anticuado y gazmoño... Necesito, reconocido ya como jefe, que me entreguen las fuertes sumas que los copartidarios han erogado en toda la República para los heridos de Polonia.

—Esta parte es difícil, dijo Agüeros, que estaba encargado de la tesorería... a menos que usted fuera declarado director, como lo desea.

—Lo seré... me haré; querido Agüeros... Yo he andado buscando hace largo tiempo, como Diógenes con su linterna, el hombre que pudiera ejercer la dirección unitaria, el mando supremo, y lo he encontrado; amigos, lo he encontrado... ese hombre soy yo.

—Chit, dijo Mata; otra copa. Vamos más bien al comedor... ¡Vamos!

En la galería, la orquesta llenaba la casa de estrépitos; brillaban los cobres y los arcos de los violines iban y venían; pudieron penetrar por entre la apiñada concurrencia y llegar a la puerta del salón. En el centro, doña Aura, con movimientos afectados, en que procuraba ocultar sus cuarenta años, repartía el bizcocho de novia. Landáburo al verla, y no pudiendo hacer papel secundario en acto ninguno, penetra por entre las parejas, se acercó a la poetisa.

—Voy a ayudarle a usted en esta poética ceremonia.

Y oficiando Landáburo, continuó la poética ceremonia en que los convidados no sabían qué hacerse con esas tajadas negras y duras, cubiertas de balines plateados que se deslizaban entre la dentadura.

Al ver a Mata en la puerta del salón, se alzó la voz de doña Aura:

—Que nos recite algo el siempre inspirado poeta.

—¡Sí... sí... dijeron varios; que hable.

—Se lo suplico, bardo amigo.

—*La balada de la desesperanza*

—*Metamorfosis.*

—*Sinfonía en gris mayor.*

—*Nostalgia egipcia.*

—¡Sí, sí, eso! *Nostalgia egipcia.*

Condujeron al poeta a un ángulo del salón, se sentaron las parejas y empezó Mata su recitación. Los espejos colosales copiaban la escena: las señoras ocultaban el fastidio detrás de los abanicos; algunas muchachas cuchicheaban con sus novios; otras, acreditándose de literatas, alargaban el cuello, prestando grande atención; los hombres, en pie, en un círculo apretado, ostentaban las banderitas en el ojal, cintajos blancos, y mostraban sus fisonomías aburridas, en tanto que el poeta junto al balcón, en plena luz, caídos los párpados que dejaban ver la línea roja de

una pupila sanguinolenta, alzaba y bajaba los brazos, iba y venía como un hombre que se bambolea en una barca. Por fin concluyó:

No me pongan maderos de cuatro ángulos rectos
Que tienen los cristianos en sus tumbas erectos.

Ra vele allí mi sueño. Ra, el gran dios del dominio,
Ese sueño de momia de que nos habla Plinio.

Y también me acompañe Keth, la divina Gata
Con sus ojos de fósforo y su sonrisa chata.

¡Cuánto mejor que monjes y romanos pontífices,
¡Tener de Phat-Hotep los divinos artífices!

Y cúbrame la sombra, en el imperio Idea,
De Patch, que con su testa de leona muequea.

Y el Buey Apis, el bruto más santo de los brutos,
Que sus cuernos eglógicos tuerce en corvos volutos.

Yo quiero que se rompa el canto de mi lira
Junto a la eterna Esfinge, que mira, mira, mira,

Y en el arenal nubio, que un sueño blanco finge,
¡Ser el eterno novio de la inviolada Esfinge!

Resonó en los salones un aplauso amortiguado por los guantes; volvió el grato murmullo de pases, de conversaciones animadas, de carcajadas alegres, y poco después rompió la orquesta.

Landáburo y sus amigos continuaron su marcha interrumpida hacia el comedor. Por fin llegaron a la puerta y legraron columbrar, tras una masa compacta de convidados, el inmenso mostrador desbordante de manjares y de vinos. En el interior se agitaban los criados, alzaban los brazos, distribuían platos que en el aire arrebatában los convidados.

Caballeros y señoras, los codos contra el cuerpo, trinchaban y bebían con dificultad; tras ellos, una segunda fila, que esperaba el momento de llenar los claros y entretanto atajaban el vuelo a algún pastel, unas pasas, una taza de caldo, que temblequeando pasaba sobre las cabezas y que entre exclamaciones de terror caía sobre los trajes en forma de rocío. Más atrás, tercera fila, que se entretenía viendo y escuchando de lejos el juego de las quijadas, el vaivén de los criados, los taponazos del champaña, el *chis chas* de los cubiertos y de las copas.

Landáburo y sus amigos ingresaron en la tercera fila, en la fila de los aspirantes. Después de larga expectativa lograron que algún comedido les enviara platos; luego consiguieron tajadas de carne fría; media hora después llegó un cuchillo, más tarde un tenedor, y ya provistos de ellos, quedaron en pie, mirándose, sin apoyo, sin saber cómo trinchar, con los platos en la mano. Observaban con envidia en un extremo a Sánchez Méndez, pegado al mostrador, que saboreaba con lentitud los manjares, daba sorbitos de vino, lo paladeaba, dejaba la copa y tomaba el menú, se lo acercaba a los ojos para cerciorarse de que había comido a conciencia.

Al comedor llegaba la frase infatigable del valse y en el ambiente caldeado y espeso se cruzaban los gritos:

— ¡Jacinto, galantina de pavo!

— ¡Champaña!

— Pedro, ¿qué hubo de mi carne fría?

— ¡Otro pastelito

— A ver, a ver: un poco de vino tinto... pero *Chateau Lafitte*... no me acerque el catalán.

— ¡*Sandwiches*!

— Una taza de caldo.

— ¡Ay, mi levita!

En los corredores se habían establecido dos corrientes contrarias: los que iban al comedor, decaídos y escuálidos, y los que, satisfechos y rozagantes, regresaban a los salones. Por fin pudieron Landáburo y sus amigos pasar a la segunda fila, luego a la primera, junto al mostrador, entre un grupo de comerciantes.

—Prefiero, vino tinto, decía un comerciante enjuto, de mirada vidriosa y con una voz doliente; la dispepsia no me permite otro... el Burdeos está a 300 francos tonelada...

Otro comerciante de mofletes rozagantes, y cuya panza le impedía aproximarse debidamente a la mesa:

—Pues usted con su dispepsia debe estar contento con la baja de los derechos al tinto.

—No, porque se los han subido a todo lo demás.

Los artículos de Manchester han alzado; ya no se pueden importar... El comercio perdido, muerte.

—No tanto, decía el capitalista panzudo. Si adelanta esa empresa de canalización este país se salva como la Argentina; ya han bajado mucho los fletes del río, al acelerarse un poco la navegación... Calculen ustedes lo que será cuando Bellegarde logre que suban directamente buques de gran calado.. Suspensión de comisionistas, trasbordos... además, exportación rápida y barata... Esperemos... Yo mismo creí al principio que esa empresa, como muchas otras, era una farsa... No, señor, es muy seria y buena para todos... Con cuatro años de paz tenemos canalizado el río.

El general Ronderos, que por sus ocupaciones no había podido asistir a la ceremonia y al principio de la fiesta, acompañado de Montellano y de algunos amigos más, se presentó en el comedor. Lo rodearon, lo agasajaron, levantaban las copas brindando por él.

Karlonoff, que se había reconciliado con Montellano, que creyó que las acciones de Ronderos subían y que su prestigio era invencible, exclamó:

—Por el futuro presidente.

De extremo a extremo de la mesa fue acogido con júbilo el brindis, se alzaren las copas.

—Por el futuro presidente.

Landáburo y Sánchez Méndez cruzaron una mirada, dejaron las copas en la mesa, pero hicieron un gesto, como si hubieran probado vinagre.

El general Ronderos, después de manifestar con emoción su agradecimiento, de decir algunas galanterías a las damas y de cruzar algunas chanzas con sus amigos, se retiró.

Landáburo propuso un brindis, dirigiéndose al grupo de comerciantes, que iba engrosando de momento en momento:

—Brindo por los hombres de trabajo que viven de y para la industria. Yo también soy hombre de trabajo. Toda mi ambición hubiera sido ser un oscuro labriego... Ustedes habrán visto mi famoso editorial *Paso al trabajo*, en favor de las clases dirigentes... Hasta donde sea yo periodista, tribuno y guerrero, se lo debo más a ciertas persecuciones —y señaló con la punta del bigote la puerta por donde había salido Ronderos— que a mi vocación por la política... Como el *Médico a palos*, de Molière, yo he venido a ser una notabilidad política contra mi voluntad...

Se hizo poco caso de Landáburo. Este se sentó, pero levantándose de nuevo continuó, encarándose con el grupo de comerciantes:

—Se me tacha de jacobino, de anarquista en los periódicos... ¿Encarno yo ese tipo?... Necesita el ambicioso vulgar, mentir, fingir, tergiversar, acariciar a los fuertes y adular a todos... ¿No les consta a ustedes que soy hombre de algún gusto literario, que sé algo de comercio y agricultura?

—Me consta, me consta; contestó con afán el comerciante dispéptico, como temiendo un empréstito forzoso.

Las horas sé deslizaban felices y rápidas; en los salones las cortinas filtraban los resplandores de la tarde que se apagaban a veces cuando, arrastrada por el viento, bajaba de Monserrate la llovizna que, precipitándose por ráfagas, azotaba los cristales. Reaparecía el sol, y quebrándose en los prismas de las arañas daba toques de arco-iris en los barnices de las puertas.

La concurrencia, haciendo remolinos de colores, giraba por la galería, por los corredores, por los salones espaciosos, entre crujidos de seda; las mejillas estaban encendidas, los ojos chispeantes. El baile se sucedía sin tregua, cuadrillas, polkas, valeses... La orquesta lanzaba sus notas instadoras, turbulentas; cuando enmudecía, el murmullo de las pisadas, de las conversaciones, de las risas, se había vuelto un estruendo en que robosaba la alegría. Un vaho perfumado y ardiente envolvía, embriagaba a los convidados.

En el despacho de Montellano, anublado por el humo de los cigarrillos, menudeaban los tragos; los frascos de brandy y de *whisky*, y las cajas de cigarros habanos habían sido apurados y repuestos varias veces; la intimidad, la confianza, la expansión fueron dominando a los comerciantes, a los capitalistas, en cuyo centro tronaba la voz de Montellano

—Ustedes habrán extrañado este matrimonio en mi casa contra las costumbres... según me dicen... La casa de Aura muy pequeña... queríamos una gran fiesta... una fiesta de tres mil pesos oro americano, amigos.

Los capitalistas, los grandes comerciantes, generalmente recelosos, fueron abriendo sus almas con precaución, como abrían sus cajas de hierro y dejaban ver sus proyectos, sus esperanzas, sus ambiciones. En medio de la música lejana, entre risotadas, golpes en el hombro o en el vientre, entre el champaña, el brandy y el tic-tac de las copas, estallaban en el aire, como fuegos artificiales, frases que tenían para esos hombres una sonoridad, un encanto, una poesía indecibles:

—Alza del café.

—Mercado flojo.

—¿Saben ustedes la quiebra de Martín Brothers?

—La quina va a resucitar; hay la esperanza de una guerra europea.

—Cotizaciones de Costa Rica y Guatemala.

—Café pilado de exportación.

—Cueros salados verdes.

—Veinticinco por ciento de descuento.

—Bayeta de cien hilos.

—Acciones de la canalización.

Doña Aura, asumiendo su papel de ama de casa, hacía con ostentación los honores, discurría por todas partes buscando parejas para las jóvenes sentadas, deslizado una palabra aquí, una frase literaria allá, solicitando galanes para llevar al comedor a las matronas. Su fisonomía se iluminaba cada vez que encontraba a Bellegarde y alzando la voz para ser oída:

—Señor conde, no ha tomado usted nada.

—Señor conde, ¿qué cuenta usted ahí?

—Señor conde, ¿quiere usted darme el brazo?

—¿Querrá usted creer, señor conde, que yo me asfixio en este país?... Anhele íntimamente el posar el pie en la patria de usted, en fin, la patria de George Sand, de Anais de Segalais, de Madame Stael, de Madame Craven... Esas mujeres varoniles vivieron de su pluma... Allí una mujer puede ser hombre de letras.

Inés, rodeada de sus muchos admiradores, sostenía con ellos una conversación chispeante. Roberto dominaba el grupo, lo tenía bajo el encanto de su palabra

retozona, neta, brillante, amarga a veces. Bellegarde, cada vez más enamorado, se había impuesto inexorablemente la reserva, no quería romper el arreglo de las dos familias, ser estorbo a la dicha de Roberto, llevar mayores inquietudes y zozobras al corazón de doña Ana. Pero, a pesar del dominio que ejercía sobre sí mismo, desfallecía y, como en el teatro, en la noche de *Werther*, dejaba caer en los oídos de Inés alguna frase, alguna alusión que revelaba su pasión escondida. Sin embargo, no se creía obligado a privarse del placer de conversar con Inés, de admirar sus ojos meditativos y acariciadores, aquella fisonomía altiva, ennoblecida por un reflejo de bondad, alumbrada por un resplandor de inteligencia.

Se presentó Landáburo:

—Roberto, una recitación... ¿Puedo conducirla al piano, señorita Inés?

Ellos se excusaron.

—Señor Bellegarde, se me dice que usted es un gran músico, un gran pianista... Yo entiendo bastante de música, conozco la armonía, el contrapunto, aunque no sé tocar instrumento ninguno; apenas sé dar los toques más importantes en la corneta... ¿No quiere usted complacernos, señor conde?... Vengo como embajador de la dueña de casa, de doña Aura del Campo de Montellano.

—¿Como embajador? dijo Roberto. En 1815 se presentó Canova a reclamar en París los cuadros que Napoleón se había traído del Vaticano, para volverlos a él. —"Vengo como Embajador de la Santa Sede." —Como *empacador*, querrá usted decir, le contestó Talleyrand.

Landáburo se retiró molesto, fue a cumplir otra embajada.

—Y no será fácil empacar a doña Aura, continuó Roberto en voz baja.

Alcón, que había dejado libre a Dolores, mientras bailaba con los jóvenes, en un nuevo arranque de audacia, resuelto ahora sí a dar cima y remate al asunto, la tomó de nuevo del brazo y continuaron los interminables paseos. Ella no quería exhibir su despecho, su desencanto, la ruina de sus esperanzas y fingía la animación, la alegría, una explosión de contento. Alcón, al verla así, se creía vencedor, triunfante, sin duda el gozo de Dolores estallaba por estar en su compañía. El había conseguido, con sus frases de corte clásico y con el descrédito de Roberto, ablandar el pedernal de ese corazón, doblegar aquella voluntad en favor suyo.

Pero cuando pasaban por el saloncito en que estaba Roberto, él sabía distinguir la amargura de Dolores en su acento, en la crispatura de las manos que retorcían una cinta, en el febril centelleo de la mirada.

Lo que más le irritaba era ver tan cerca la cara del doctor Alcón, enrojecida por el placer y el presentimiento del triunfo, esa sonrisa falsa, esa nariz corva, esos ojos de ave de rapiña, que parecía iba a tomarla traidoramente en sus garras, arrebatarla.

—Señorita, dijo Landáburo, como embajador de su nueva madre vengo a pedir a usted que nos embelese con los encantos de su voz.

Ella vaciló, pero para desprenderse de Alcón, para salir de sus garras, tomó el brazo del embajador.

— *Carmen*... tengo encargo de suplicar a usted que nos cante el aria de *Carmen*.

Ella por un instante quiso rehusar; sentía una opresión extraña, experimentaba repulsión por ese canto tan apasionado, de una alegría tan chispeante, repasado todas las mañanas, mientras oía el murmullo del agua en el patio y en el escritorio vecino la voz de Roberto... ¿Cantar?... Sí, cantar, dominarse, ostentar una alegría atrevida, la alegría de un corazón libre. Cerca al piano temió que las fuerzas la abandonaran, que se quebrantara su energía; sintió una palpitación en las sienes, un zumbido en los oídos, el ardor de la sangre que le quemaba el rostro... olvidó la letra, el canto; pero en un nuevo arranque se dominó, con un esfuerzo supremo hizo una señal a la orquesta y, sostenida por los primeros acordes, rompió con voz insegura:

Quand je vous aimerai, ma foi je ne sais pas.

Peut-être jamais peut-être demain.

Mais pas aujourd' é est certain.

Roberto notó con extrañeza que esa frase musical, juguetona, en que se adivinaban las castañuelas, que repetía Dolores por las mañanas, sin intención, sin alma, se iba impregnando de sentimiento personal, de vida, de espíritu, de fuego, y lo dominaba una emoción profunda, el contagio de los sentimientos vigorosos, de los ímpetus incontenibles.

Dolores continuaba:

L'amour est oiseau rebelle

Que nul ne peut apprivoiser;

S'il lui convient de refuser

Rien n'y fait menace ou prière.

L'un parle bien, l'autre se taie,

Et c'est l'autre que je préfère,

Il n'a rien dit, mais il me plait.

Los circunstantes escuchaban extáticos: corrían los efluvios misteriosos, la vibración de los sacudimientos profundos.

Roberto, inmóvil, pálido, alorado, la escuchaba. La voz de Dolores, mal educada todavía, con acentos salvajes, con timbres ásperos, comunicaba a la melodía un sabor extraño, una expresión de sinceridad indecible. En la música retozona dominaban las notas de despecho, las inflexiones de amargura, la lágrima escondida entre la carcajada, la amenaza oscura de los celos. Era el amor que estalla, que palpita, que contagia; la pasión fascinante, avasalladora.

L'amour est enfant de Bohême
Il n'a jamais connu de loi
Si tu ne n'aimes pas je t'aime
Si je t'aime prends garde á toi.

A pesar de la admiración que despertó el canto, la concurrencia permanecía en silencio; la dominaba y la paralizaba la sorpresa, el estupor el pasillo, el escalofrío del entusiasmo.

Bellegarde observaba a Roberto, veía cómo sus ojos aclarándose tomaban una intensidad de vida extraordinaria, y en la intuición de los momentos supremos comprendió que la pasión de Dolores repercutía en el corazón de su amigo, que estaba subyugado, vencido; y entonces él quedaría libre, sus vacilaciones, sus delicadezas caerían; el obstáculo para su felicidad desaparecería. Inés lanzó una mirada rápida a su primo, sobre su frente de jazmín pasó una sombra, pero volvió en el acto a su altivez amable.

Alcón con la calva enrojecida, con los ojos centelleantes, se dirigió a Dolores; sin duda esa pasión tan sincera la había inspirado él; ese canto apasionado, ese timbre de voz penetrante, esa música elocuente eran su triunfo. Dolores era suya y con ella el prestigio invencible de los millones.

Los ojazos negros y ardientes cayeron sobre Roberto, que también estaba a su lado; una expresión de alegría inefable iluminó el rostro de Lola, se apoyó sin vacilar en el brazo del joven y entre los aplausos estruendosos de la concurrencia que despertaba al fin de su estupefacción, atravesaron los salones, se alejaron juntos. Dolores sintió que el momento tan anhelado llegaba, que se iba a decidir su suerte: ¡Dolores!...

Y ella radiante de alegría volvió la cabeza en que daba de lleno el sol de la tarde.

La frase ardiente, apasionada, estaba ahí, brotó en el pecho de Roberto como una llamarada, subió por la garganta, le tembló en los labios; pero observó los enormes diamantes, los colorines, el andar estrepitoso, un gesto de triunfo vulgar... los visos canelos en la cabellera de azabache, esas manos anchas y cortas, las manos rapaces de Montellano... y la frase quedó muerta, soltó el brazo, hizo una venia fría, en tanto que ella se entraba a sus habitaciones.

La orquesta continuaba; repetía el ritmo acelerado, juguetón, en que se adivinaban las castañuelas.

L'amour est enfant de Bohême
Il n'a jamais connu de loi.
Es el amor un bohemio
Que no tiene Dios ni ley.

CAPITULO XVI

INSOMNIO

Dolores, al soltarse del brazo de Roberto, cruzó el tocador, atravesó dos salones, llegó a su cuarto, cerró la puerta para aislarse en su despecho, en su tristeza; se sentó fatigada, con los ojos fijos, sin mirar, sin pensamiento, los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Toda la vida, toda la sangre estaba en el pecho, en el corazón desordenado.

Al través de las paredes y de las cortinas llegaban hasta ella las voces de las flautas, los gemidos de los violines, la nota solemne del contrabajo, que se confundían con los aletazos de la brisa y con los silbidos del viento en las rendijas. ¡Qué distinta había sonado esa música en la atmósfera clara de la mañana, en horas de esperanza, anunciando un día de regocijo!... Ahora ya era una melodía fatigada, que los músicos arrancaban sin entusiasmo de las cuerdas gastadas; melodía que se arrastraba con acentos de hastío, con dejes de extenuación, por los salones donde los últimos convidados giraban entre flores muertas y encajes marchitos. Por fin callaron esas notas que le herían la cabeza, que le golpeaban los nervios como los martinetes golpean las cuerdas del piano. Se fueron ahogando en los salones los murmullos de voces y pisadas. En la calle se oyó el golpeteo de las portezuelas, el rodar de los coches y las herraduras de los caballos que sordamente se fueron perdiendo en la distancia. Después algunas pisadas solitarias, voces de criados, puertas que se cerraban una tras otra; luégo un silencio general acentuado por esos rumores, la tristeza de la noche que todo lo invadía; y entre esa mudez, en medio de aquel frío, surgió ante los ojos de Dolores, como a consolarla en esa soledad, la imagen de su madre.

Y con ese pensamiento, el falso valor de que estaba alardeando, la indiferencia fingida que la sostenían, se deshicieron. Sobrevino la crisis, la explosión de llanto, y tendió los brazos en el vacío buscando a su madre. Con cuánta confianza, oculta la cabeza en el regazo materno, hubiera desahogado su pena. ¡Qué falta le hacían esos besos apasionados, esas palabras de ternura, esas caricias! Nunca como en ese instante había comprendido su orfandad, jamás se había sentido tan sola... ¡Qué horror, qué repugnancia experimentaba en ese momento por doña Aura, que había usurpado esa mañana el puesto de su madre!... Y en su cerebro calenturiento veía dos caras aborrecibles: doña Aura e Inés. Inés que se atravesaba en su camino, le arrebatava su dicha. ¡Ah, pero ella la humillaría, le pagaría con creces baldón por baldón, vergüenza por vergüenza!

Se paseaba agitada por el cuarto, se retorció las manos, se despertaban instintos oscuros, indefinidos, ocultos, en los pliegues recónditos del alma y que brotaban en ese instante de dolor, causándolo sentimientos confusos de rabia, de despecho, de tristeza.

Y como para alejar de sí esas imágenes odiosas se llevó las manos a los ojos y desfilaron las escenas de aquel día: la partida a la iglesia, el altar, los cirios, las fajas de sol entre las nubes de incienso, el rodar de un coche en la plaza, un presentimiento que la hace estremecerse; un ruido de seda... ¡Inés! y a su lado Roberto... Después la casa, los salones, el remolino del valse... el tocador... otra vez Inés que llega entre un murmullo de homenaje. El beso... esos labios fríos, suaves como pétalos de rosa que aún siente en la mejilla... Alcón, su calva, su sonrisa falsa, su aspecto de ave de rapiña... Y, con mayor intensidad, causándole una opresión, una punzada de dolor en el pecho, la canción de *Carmen*; Roberto trasfigurado, con los ojos aclarados por la pasión intensa, los labios que tiemblan, que van a balbucir aquella frase: ¡Dolores!... De pronto el frío, el cambio, la mirada que se apaga, la desilusión que se refleja en las pupilas. Dios mío, ¿por qué? ¿Qué tengo yo que lo aleje de ese modo?

Un relámpago inundó el aposento, y haciendo eco a su dolor, corrió por la cordillera el retumbo de un trueno.

En esa hora de desengaño, de primer dolor intenso, cuando se secaron las lágrimas en sus párpados ardientes, sin querer mirar hacia el futuro, pensó en el pasado, recordó su niñez a que se mezclaba siempre el recuerdo de su madre... la hacienda de la *Danta*, la existencia en la naturaleza salvaje, el gemido del trapiche... Su eterno anhelo por llegar a la capital y en un día de esperanza la partida, el viaje... la subida a los riscos de *El Consuelo*... la mariposa azul... El desconocido que se acerca, el diálogo en esa mañana que los envolvía con los vapores tibios de la hondonada ante esa inmensidad llena de luz, como un horizonte nuevo de dichas infinitas... El rosal, la lluvia de pétalos blancos, que los cubre como una lluvia de azahares, su velo de novia.

Una tiniebla espesa invadía la alcoba de Dolores, que se levantó y fue a apoyar la frente en los cristales, hundió la mirada en la calle desierta, oscura, en el cielo sin estrellas... Empezaron a caer gruesos goterones que golpeaban en las vidrieras y resbalaban como lágrimas. De pronto, un relámpago, deslumbrándola, iluminó la línea de fachadas con una reverberación cárdena, y todo volvió a hundirse en la sombra... Otro relámpago, y con los ojos dilatados de espanto vio de nuevo destacarse sobre el cielo encendido, los perfiles de las casas, la torre de una iglesia, mientras el trueno hacía retemblar los cristales.

Se fue alejando la tempestad, rodaban por la serranía los lejanos ruidos del trueno, hasta que enmudeció la noche.

Sintió entonces un cansancio, un dolor agudo en los ojos, en la frente, como si fuera a estallar la cabeza. Se sintió ahogar, la invadió un anhelo vehemente de deshacerse, de borrarse, de morir, y volvió a dejar correr de nuevo el llanto que caía por las mejillas, por la curva de la barba.

La fatiga, la pesadumbre, la rindieron al fin; quedó dormida. El frío de la madrugada la despertó; se incorporó en la oscuridad; llena de miedo, sin recordar en dónde estaba, tiritando de frío con la conciencia de un pesar confuso y vago. A tientas, y tocando objetos que al caer la horrorizaban, logró llegar a la ventana. Había escampado, reinaba en la ciudad un silencio sepulcral, interrumpido por la queja igual de la gotera. En una gradación de sombras se presentó la fila de fachadas, alumbrada a trechos por la claridad polar de los focos eléctricos. En el fondo, sobre una atmósfera de silencio, en que se adivinaba el letargo de millares de seres, se alzaban pesadamente las moles de Guadalupe y Monserrate; más allá, por la abertura de los dos montes, las fajas de la aurora. Un gato andaba furtivamente por un tejado, llegó al filo, se orientó, destacando sobre el cielo ya limpio su silueta. Dolores buscó el abrigo de la cama y quedó de nuevo dormida...

La voz solemne de la campana mayor de la Catedral la despertó; abrió los ojos entre ondas de luz que jugaban en las cortinas y en el papel de ramazones azules. Quiso sonreír como de costumbre ante ese resplandor de alegría; pero de pronto la asaltó un recuerdo vago, sintió la punzada de la pesadumbre; la sonrisa se le murió en los labios.

— ¡Ah sí!...

Se incorporó. Su pensamiento, como iluminado por aquella luz fresca, y serenado por el descanso, trajo ante sí, en orden, una por una, las impresiones de la víspera.

Continuaban los repiques llenos de estruendos, de promesas, de alborozos; vio en la casa del frente, bañados por el sol, los festones que se bamboleaban a la brisa.

¡El Corpus... la fiesta!

La luz, los clamores de la torre vecina, el bullicio que subía de la calle, le hablaban de alegría, de nueva vida; le infundieron valor, despertaron en ella las energías de la herencia, el instinto batallador, el deseo de la lucha y del triunfo.

CAPITULO XVII

CORPUS

Un viento regocijado, que baja de la serranía y toma parte en la fiesta de la ciudad, corre llevando el clamoreo ensordecedor de cien campanas, el estallido de los cohetes, el rumor de las muchedumbres vestidas de gala, esparce los aromas de laureles y musgos frescos, y, formando una confusión de colores, sacude con ímpetu los gallardetes y banderolas, estruja las cintas de los altares, agita los festones, balancea las canastillas de flores y hace crujir ricamente los damascos.

Dolores, que deseaba moverse, sacudir sus pesares, ver la ciudad engalanada, salió acompañada por doña Ana y se confundieron con la multitud que rebosante de alegría recorría las calles adornadas para la fiesta del Corpus; desfilaron por las aceras respetando el centro de la calle, que extiende hasta el extremo de la vía su alfombra de musgo parejo como un prado inglés, orlado con palmas de helechos. Tachonan el fondo verde estrellas y arabescos morados. Encerrando la vía, ligados por cadenas de festones, se alzan mástiles coronados de banderolas y gallardetes que se agitan, se inflan y se retuercen.

Ante los altares, todavía cubiertos con velos, tras de los cuales resuenan los últimos martillazos, se agrupan las gentes endomingadas; en los tablados algún operario levanta el velo para recibir un candelabro, una corona; entonces la multitud prorrumpe en un ¡ay! de asombro, al vislumbrar el templete adornado con peluches, terciopelos, candelabros, bosques de margaritas.

Sobre la crestería de cabezas se levantan brazos que sostienen coronas, columnas y lienzos de altares inconclusos, y canastos con pilas de naranjas, de dulces, barquillos, manzanas acarameladas. Los campesinos ricachos, con levitas de moda pasada, van admirándolo todo y delectando con cuidado las inscripciones de los almacenes y de las paredes, que asoman a trechos entre los cortinajes: *Extracciones sin dolor... Notaría 4^a... Sus exequias se celebrarán... Relojería suiza... Alerta... Vidaurre y Villafañe, comisionistas...* Escuchan en las esquinas los barrazos y se detienen a ver sembrar arbustos de los cerros vecinos, que van a adornar la fiesta con el último esplendor de sus frondas.

Suena un nuevo repique general, más solemne y sonoro, y la multitud penetra por las tres grandes puertas a la Catedral; en pocos momentos llena las naves, se apiña en torno de las pilastras, invade las capillas laterales, todos los rincones, y estancada, desborda por el atrio, refluye sobre las calles, forma remolinos en las esquinas.

En la sacristía giran tropezando y cruzándose con afán, los sacerdotes con capas recamadas, los monaguillos vestidos de rojo, los pertigueros cubiertos con la garnacha de raso blanco; algunos comedidos sacan brazadas de cirios, un

canónigo de prisa se ata la muceta dorada, un inmenso grupo de caballeros de frac va tomando los cirios, algunos empuñan la vara maciza de los estandartes. En la penumbra de la sacristía empiezan a brillar las llamas de los cirios. El Arzobispo, rodeado de su corte, espera en el presbiterio bajo el solio, puestas las tunicelas, el palio y ceñida la mitra.

Empezaron los estandartes a bambolearse pesadamente sobre las cabezas; formáronse los grupos de los que debían llevarlos y tomar los cordones; Montellano empezó a moverse con uno de los estandartes; a su derecha debía ir González Mogollón, que había soltado la borda y por toda la sacristía sudaba y se enrojecía dictando órdenes. Detrás, Alejandro y Roberto, quien ese día estaba pálido, con una palidez inusitada, que hacía resaltar los bigotes negros y las ojeras sombrías.

En vano se había esperado al general Ronderos al doctor Alcón, cuya ausencia era notable.

Montellano volvió la cabeza con inquietud y preguntó en voz baja:

—Roberto, ¿qué es que no ha venido el ministro?

—Ocupado y preocupado...

—¿Sabe usted algo, mi querido Roberto? preguntó Montellano con la boca seca de angustia, y agregó: ¿Y el doctor Alcón?... ¿No debía venir?... ¿Estará enfermo?...

—Algo más, dijo Roberto, con el gusto de inquietar a Montellano: renunció o lo renunciaron.

Montellano, que vio comprometida su influencia en el Ministerio, el pago inmediato de su empréstito, la resolución sobre bonos del 48, recibió un golpe; abrió desmesuradamente los ojos, se estremeció, tambaleó como el toro que lleva la espada entre las paletas, bufó, y, soltando el estandarte, atropelló a los circunstantes, hizo un reguero de monaguillos en la escalera de la sacristía, se enredó en una dalmática, en la cadena de un incensario, y entre el murmullo general bajó a la nave de la iglesia, y como el espolón de un buque penetró en la ola humana que se agitaba en el recinto. Salió a la plaza, tomó resuello, se orientó, y se lanzó hacia la casa de Alcón para informarse sobre la terrible noticia. Echó a andar a escape, jadeante, por la Calle Real, en dirección opuesta a la corriente, por el centro de la vía, bajo el toldo de verdura, hollando la alfombra de musgo, que se extendía intacta, desbaratando labores y arabescos, dejando impresas sus pisadas como huellas de elefante, llevándose engarzados en el frac largos hilos de liquen de los arcos, roscas de viruta, flecos de papel, mientras se

cruzaban voces de asombro, de protesta, de cólera, estallidos de risas, de acera a acera, y en ventanas y balcones:

— ¡Abranle paso!

— ¡Se salió del toril!

— Tumbó aquel arco... ¡Hola, cuidado!

— ¡Ya no hay procesión!

— Incendio en la catedral!

— ¡Se murió el Papa!

Siguió así dos cuadras, torció a la izquierda, a caza del subsecretario.

Granearon en el aire los cohetes, y principió a removerse la gente en el atrio, formando una cascada, bajaron dos corrientes de tinta separadas por dos hilos de luces. Asoma la cruz del Capítulo, en pos de ella, en interminables hileras, desfilan los colegios con sus uniformes, luégo los caballeros vestidos de ceremonia, los seminaristas, que vistos a distancia, con los roquetes, trazan dos largas orlas blancas sobre el musgo. Detrás palpitan a la brisa los plumones en los sombreros de los generales que sirven de comitiva al Jefe del Estado; y en el centro, dalmáticas, estolas, capas pluviales, paños de lama de oro, que tejidos para el crepúsculo de las naves, a la luz intensa del día reverberan con resplandores extraños; brilla la nieve de los roquetes; centellean los flecos de las capas pluviales de un grupo de sacerdotes, cuyos pasos se amortiguan en la alfombra de musgo; de continuo se vuelven, agitan largos incensarios, y a intervalos envían a la altura leves copos de incienso. Bajo lluvia de flores, entre el humo perfumado y el murmullo de los salmos, lento y solemne avanza el palio; a su sombra, el prelado, que en las manos trémulas, entre un cerco de diamantes, presenta a la adoración del pueblo la Hostia blanquísima.

En una fiesta de colores que abrillanta el sol de medio día, entre un traqueteo de ruedas, un vocerío de entusiasmo, el rebombo de músicas marciales, aparecen los carros con pasajes de la Biblia; los cuernos dorados de los bueyes, los turbantes de los conductores, y en lo alto, entre grupos de follajes temblorosos, los niños con caras de rosa enmarcadas por barbas de ancianos; las niñas, adornadas a la oriental con vistosa pedrería que relumbra sobre los brazos y los cuellos desnudos; y pasan bamboleándose entre haces de trigo, pieles de leones y de osos, telas rayadas de rojo y azul, flecos de oro, franjas de brocado, Ruth con sus espigas; David con el arpa bajo el manto de armiño; el Sumo Sacerdote con la mitra de plata y el racional sembrado de esmeraldas y rubíes; los exploradores agobiados bajo el peso de los racimos; Judit, el alfanje, el lecho suntuoso de

Holofernes; Mardoqueo, con su caballo blanco; Ester, Herodías, Rebeca... todo el oriente, toda la poesía, toda la majestad de la Biblia.

Los balcones repletos de gentes, cabezas rubias, cabelleras negras, rizos de plata, sombrillas que se agitan.

Durante la procesión, al són de la música que retumba al extremo de la vía, González, que ha intervenido hasta en los últimos detalles, va gesticulando, mueve la cabeza, hace espejear la calva, agita los brazos, muestra los objetos con el cirio encendido, que gotea sobre los fracs.

—Vean ustedes, yo siempre —aunque un simple recluta de la buena causa—, teniendo que intervenir en todo, logré que pusieran esta cruz de peluche en esta bocacalle... Vean, aquí al frente, sobre ese bosque de margaritas, yo hice colocar el Libro de los siete sellos... las letras, que son los pecados capitales, las hice poner yo mismo; vean B. C. P. C. E. O. N., ¿no han leído el Apocalipsis?

Las balcones de Montellano, repletos de gente: manteletas, sombrillas, caras diversas, agrupaciones abigarradas, criadas que vociferan y se empinan, chiquillos que lloran y babea, y toda aquella barahunda, esa multitud que se asfixia y se revuelve entre un zumbido de colmena, parece pertenecerle al millonario, según la inscripción que flamea el balcón del centro, en letras de hierro bronceadas que se destacan entre los barrotes: "soy de Ramón Montellano".

No lejos, en antiguo balcón, donde se agita una colcha de damasco, están doña Ana y doña Teresa; adelante, Inés y Bellegarde. La víspera, el conde al ver que Roberto se decidía por Dolores, se creyó libre, y ahora, rompiendo el duro silencio que él mismo se había impuesto, podía mostrar a Inés, sin reserva, el fondo de su corazón; ni una palabra de amor asomaba a sus labios, pero hablaba con ella en una conversación familiar, con una intimidad deliciosa, pidiéndole detalles de nuestras costumbres, de nuestras fiestas y escuchando con arrobo miento las respuestas de Inés. Ella, sin duda, mostraba complacida, parecía despertar de sus ensueños; y, sin apartarse de su altivez amable, silencio suyo, de que hablaba Roberto, empezaba a balbucir. Al pasear la vista por los balcones del frente, sus ojos se encontraban siempre con ojos de Dolores fijos en ella, apasionados, ardientes. Y Dolores, al ver la pareja, el grupo de Bellegarde e Inés, sentía cruzar por su mente ideas que la llenaban de alivio y de esperanza... Si se casaran ellos...

En la oficina de Vidaurre y Villafañe, con puerta entornada, conversaban el doctor Agueros, Landáburu, Polanco y Gacharnah.

—Se nos corren los íntegros, dijo Polanco. ¡La paz de Varsovia se eterniza!

—No lo creo, respondió Gacharnah con misterio. Sé que Alcón escribe en *La Integridad* contra Ronderos.

—Es irritante el espectáculo de una doctrina respetable, decía Landáburo, como son las teorías del distinguido filósofo de Palestina, ridiculizada por estas mojigangas. Es humillante que la guardia colombiana, contra el espíritu militar, venga a hacer coro a las farsas católicas. Doctor Agüeros, estas fiestas del fanatismo ultramontano habrá que suspenderlas cuando venga la Revaluación y esté en el solio.

—Cuidado, mi querido general, contestó el medico; el clero es un enemigo temible. En la evolución de las sociedades tarda mucho en desaparecer de los cerebros populares el microbio religioso, que produce una linfa, un fermento lleno de...

—¡Se muere! ¡Se muere! ¡Un médico! gritaron por fuera y el doctor Agüeros se lanzó a la calle.

Al pasar Roberto con el estandarte enfrente de los balcones de Montellano, se detuvo de pronto, se cubrió de una palidez lívida, el gesto de la boca reveló un intenso dolor comprimido, extendió los brazos y antes de que Alejandro pudiera sostenerlo, cayó sin sentido.

Dolores había dejado escapar un grito que hizo alzar las cabezas, quiso correr hacia el caído. Inés se acercó a doña Ana y sólo reveló su angustia en el temblor de la mano con que estrechaba la mano fría de la anciana, que traspasada de dolor, sin dar un paso, sin un gesto, dejó correr sus lágrimas, volvió la mirada hacia la Hostia y con los labios blancos murmuró:

—Señor... Tú, Tú, que en una calle resucitaste al hijo de la viuda...

Roberto abrió los ojos y con un esfuerzo de voluntad suprema se irguió de nuevo. Tambaleándose, cogido del brazo de Alejandro, tomó la borla del estandarte y dijo con acento quebrantado:

—No ha sido nada, ¡adelante!... quebrantado.

El doctor Agüeros movió la cabeza, frunció los labios, prodigó su sonrisa de suficiencia y de misterio, y en latín afrancesado dijo algunas palabras al oído de Alejandro.

—No, dijo Roberto... sigamos; estamos dando función... ¡adelante!

Y él mismo empezó a ordenar el desfile, a reorganizar la marcha de los carros. Al pasar por frente, quiso decir con la mirada y la sonrisa:

— ¡Ya estoy bien, madrecita!

Frente a la iglesia de San Francisco, contra la torre, destacándose sobre los manchones de la piedra, se alza un alto trono de grana con fondo de armiño; bajo el dosel chispea la luz en los prismas de las arañas, en los briseros de los candelabros. El viento infla el pabellón, sacude las telas y las cuerdas con estremecimiento y frote de jarcias y de velamen.

Llega el palio, la procesión se detiene, enmudecen las fanfarrias; el doctor Miranda se acerca al prelado, sube luego la escalerilla de terciopelo, y sobre una columna, en el fondo del tabernáculo, deposita la *Custodia*. Todas las rodillas se doblan, todas las frentes se inclinan, asciende el humo de los incensarios, y en el silencio de una ciudad postrada en tierra, se alza la voz del prelado y se dilata luego con infinita dulzura un himno de voces infantiles que se remonta y va a perderse en el azul de la bóveda esplendente.

En el mar de espaldas encorvadas sobresalen el palio, la cabeza retorcida del violón, los papeles de la música y los penachos de los generales.

El inmenso concurso continuó recorriendo las calles y regresó a la plaza de Bolívar. Sube el prelado las gradas del atrio, y, dando la espalda a la iglesia, mira al occidente. La comitiva de canónigos, de sacerdotes, de caballeros, se agrupa en torno suyo; llegan los carros, se alinea el ejército, se confunden las músicas, la inmensa multitud negrea en la plaza. El sol ya declina; con sus resplandores postreros acaricia la frente del bronce del Libertador, relampaguea en los bosques de bayonetas, ilumina el grupo vistoso de los carros aglomerados en el centro; y sobre un mar de cabezas enciende, como una aureola de gloria, el polvo de oro de la tarde.

El prelado da un paso, presenta la Custodia. Un redoble de tambores se extiende por las filas; se levanta el grito de las cornetas, que llena los ámbitos; el ejército rinde las armas. La multitud se postra. Impera un silencio de expectativa y de sobrecogimiento, sólo interrumpido por el aleteo de un gallardete en lo alto de la torre. El sol sigue bajando, lanza un último rayo que viene a besar el pie de la Custodia.

La Hostia, entre resplandores, se va levantando, traza una cruz en el aire... lentamente.

CAPITULO XVIII

SACRIFICIO

Bellegarde vivía en una quinta sobre el camino de Chapinero. Una mañana vino a Bogotá muy temprano y tomó el tranvía para regresar inmediatamente a su habitación, en donde quería escribir, en el silencio del campo, una carta importante. Las alamedas del camellón, una bruma ligera, el rodar de coches y carros, el frío vivificante, le recordaban su patria, la primavera; una de esas mañanas de abril en que los árboles han anochecido desnudos y amanecen cubiertos de pimpollos, de bretones poderosos; en que una savia nueva parece correr por la sangre, en que todo renace: las hojas y las esperanzas.

Bellegarde había tomado, después de largas vacilaciones, una resolución que lo llenaba de alegría y de esperanza: pedir a doña Teresa la mano de Inés; y él, que estaba acostumbrado a vencer obstáculos gigantescos, que había levantado en Europa millones para lanzarlos sobre América, que había dejado en los Estados Unidos y en la Argentina monumentos imperecederos de su audacia, estaba ahora temeroso y vacilante, casi vencido por una timidez insuperable. No se atrevía a presentarse a doña Teresa, haciéndole su petición verbo a verbo, y mucho menos a dirigir a Inés la pregunta de cuya respuesta dependía su dicha. Y luchando entre su pasión vehemente y el temor de un rechazo había resuelto escribir a doña Teresa; concentrando su atención, buscando los términos para aquella difícil carta y mientras meditaba, iba pasear la mirada a un lado y a otro por los puntos que recorría el tranvía. Los primeros rayos del sol lanzan las sombras de los árboles sobre las fachadas de las casas... Un parque... tapetes de flores, calles de troncos, trozos de sabana. Como una aparición de la Colonia, una iglesia vetusta con su techumbre parda que en medio de la agitación y del estruendo despierta ideas de sosiego, de paz, de silencio. La ciudad se va extinguiendo, se presentan construcciones bajas, miserables, como sorprendidas por el tranvía en su indigencia, pero de pronto en la altura se yerguen las espigas de dos chimeneas, el humo borbota, se alza manchando el horizonte, tuerce al occidente, se desvanece.

Bellegarde se recoge, se concentra, se entrega con placer a la redacción de su carta: "Doña Teresa Borja. Muy respetada señora"... ¿amiga?...

Se abrió el horizonte a la izquierda; al opuesto lado, colgadas de cuerdas, se agitan al viento ropas blancas y rojas. Las tapias del camino cierran la perspectiva; en la lejanía, por sobre las bardas, lomas ondulantes envueltas en gasas de violeta. A la derecha, las moles de los cerros, con sus lacras amarillas y sus cañadas oscuras.

"Voy a permitirme —seguía pensando Bellegarde en su carta— someter a usted un asunto de que dependerá la felicidad o la desgracia de mi vida; si hay exceso

en mis pretensiones, sírvame de excusa la bondad de usted y de la señorita Inés y la intensidad de mi cariño por ella."

La sabana se abría de nuevo anchurosa y espléndida y se presentaba a los ojos distraídos de Bellegarde en una explosión de verdura, con sus grupos de árboles, con su alfombra pareja, con sus casitas blancas en que el sol resplandecía. En la bajada se alzaron las tapias y taparon el espectáculo como el telón cubre las decoraciones del escenario. Luégo, hacia el oriente, se presentaron a Bellegarde las aspas de un molino de viento, rosas blancas y rojas que desbordaban sobre las paredes, humo, alcaparros que destacaban sus flores sobre el fondo sombrío de las montañas.

Y seguía Bellegarde redactando interiormente la carta:

"Acaso debiera haber informado a la señorita Inés de mis pensamientos antes de dar un paso decisivo..."

Y mientras buscaba la frase, dejaba vagar de nuevo la mirada. El panorama de la sabana se presentaba ahora entrecortado por edificios: quintas rojas, azules; en un escape, en la lejanía sobre la línea azul de los montes, una nube finge la blancura y los resplandores de los nevados. Antes de continuar la redacción, Bellegarde repasó en su memoria los términos de la carta, los encontró importunos, fríos, inadecuados.

Y a medida que avanzaba el tranvía entre el crujido de cadenas y estrépito de ruedas, iba cambiando instante por instante el escenario: el sol da golpes en el llano, esmalta de resplandores el césped, juega en los cristales de las ventanas, se desliza en las hojas de plátano que se asoman sobre las verjas.

Se le presentó a Bellegarde la quinta en que habitaba, pensó desmontarse; pero de súbito resolvió seguir hasta el templo de Chapinero, que no conocía, a pesar de haber habitado en sus cercanías; lo impulsaba también un vago deseo de pedir protección a la Virgen de Lourdes en aquella hora suprema de su vida. Pronto apareció la población y poco después el templo con sus torres inconclusas y con sus ojivas medio ocultas por los árboles.

Atravesó la plazuela y se dirigió a la puerta del templo: la luz viva y alegre de fuera se recoge, se apaga en las naves del templo, en donde impera una sombra mística. A la entrada descubre apenas los detalles, los haces de columnas, la techumbre altísima. Al frente, sobre la cúpula del altar mayor, un rayo de sol que se lanza por entre los vidrios de colores, arroja sobre las baldosas sombrías, en el centro de la iglesia, cuadros luminosos, azules, rojos, amarillos. Con esa luz misteriosa, la mirada experta de Bellegarde va descubriendo las líneas, los perfiles, las masas, el púlpito, la arquería del primer cuerpo, la galería; y encima la

serie de ojivas en las ventanas, el tabernáculo que cubre casi todo el frente, blanco y oro sobre el fondo azul.

Las luces de colores se apagan, se acentúa la penumbra y entonces se marca la claridad suave que se filtra por las altas ojivas laterales. Reaparece el sol en mitad del templo y resalta de nuevo el tabernáculo gigantesco; allí, como en todo el edificio, domina la forma aguda, es su triunfo, su apoteosis; el eterno crepúsculo interior mata el resplandor del oro en doseletes, molduras y archivoltas; el tabernáculo es un encaje, una filigrana de columnitas, de rosetas, de cúpulas, de ojivas y de aristas; y en el centro, en gran nicho, la Virgen de Lourdes.

En el altar mayor resuena la voz sonora del doctor Miranda. Junto a la verja del comulgatorio, las cintas rojas de una congregación se destacan sobre los mantos negros de las señoras. Un reloj, con voz solemne, da lentamente la hora; leve rumor de pasos; quedan los reclinatorios un instante vacíos, son de nuevo ocupados; las cintas rojas se destacan sobre los mantos negros; de golpe, llega el pito, la campana de la locomotora, que llena de estruendos el recinto y sigue retumbando en las bóvedas altísimas.

El doctor Miranda, de espaldas al altar, avanza, va a dar la comunión, y Bellegarde ve salir de una capilla a doña Ana y atravesar el templo hacia el comulgatorio. Su cuerpo endeble parece aún más delgado, lleva las manos puestas y en el rostro la expresión de dolor, de tristeza, se ha acentuado. Sus labios se agitan apenas, luego en un ademán, en un movimiento de abnegación, de fervor y de esperanza, se postra. Y Bellegarde adivina esa angustia, esa amargura, esa oración... Esa misa que ha venido a decir en el templo de Chapinero el sobrino de doña Ana; esa comunión ferviente son por la salud, por la dicha de Roberto. Permaneció prosternada largo tiempo la anciana, luego se levantó y se arrodilló de nuevo en mitad de la iglesia, allí donde el resplandor de los colores centelleaba; levantó el rostro lleno de lágrimas a la Virgen y parecía que esa luz que la bañaba, esos alegres colores que teñían el manto oscuro, eran como la respuesta de la Virgen, la señal de conforto y de alivio, la prenda de la protección celeste.

Al salir del templo se acercó Bellegarde al doctor Miranda y a doña Ana para ofrecerles el desayuno en su quinta. Aceptaron, y siguieron a pie por el camellón cruzado por las sombras de los árboles.

Después del desayuno vinieron a llamar al doctor Miranda para la confesión de un enfermo de las cercanías, y quedaron solos en el comedor doña Ana y el conde.

A plena luz, el quebranto de doña Ana era más notable, se leía sobre su rostro un dolor inquieto y se pasaba con frecuencia las manos temblorosas por los cabellos. Bellegarde sentía acrecentarse su cariño y su respeto por la anciana; había adivinado esa alma colmada de delicadezas y de ternuras, poseída de una sensibilidad intensa, que centuplicaba en ella el sufrimiento; alma capaz de todos

los sacrificios y de todas las abnegaciones y dotada de una fuerza prodigiosa para luchar con el dolor y el infortunio.

Por fin rompió el silencio:

—Señor Bellegarde, deseaba hablar con usted a solas, pensaba molestarlo, mandarlo llamar, y con gusto aprovecho esta ocasión.

Bellegarde la escuchaba con una expresión profunda de comedimiento y de respeto. El resplandor de acero de sus ojos se apagaba, su mirada penetrante se hacía ansiosa, llena de ternura.

—Perdone, continuó doña Ana, que lo moleste... ¡Tengo en usted tánta confianza!

Y con voz segura, animada por la expresión de Bellegarde, prosiguió:

—No conoce usted la serie de calamidades y desgracias que acabaron con nuestra fortuna, tan grande en otro tiempo; pero sí sabe que para tomar acciones en su empresa realizámos la más querida de nuestras propiedades. Mi suerte no me preocupa; poco me falta por vivir... pero Roberto...

Y en el acento de estas tres sílabas se concentraban todo el amor, toda la ternura, todas las zozobras de la anciana.

—Como dije a usted, ya está bien; el accidente de antier pasó por completo... la Santísima Virgen me ha escuchado... hoy ha salido al campo... como él no debe preocuparse ni perder el reposo ordenado por los médicos, usted excusará que yo tome parte en este asunto, que me dirija a usted en busca de informes y de consejos.

Bellegarde se inclinó, manifestando con cuánto gusto le serviría.

—Nos compren las acciones de la canalización... por el triple de su costo, según entiendo... Para nosotros, en medio de nuestros constantes infortunios, es una ganancia inesperada que debemos a usted... No le ocultaré que Roberto se inclina a conservar esas acciones, pero yo vivo llena de zozobras y desconfianzas; la mala suerte me ha hecho recelosa y pesimista... Si ese capital se perdiera...

Y en el semblante de doña Ana se reflejaba el sobresalto, la angustia; se pasaba la mano por la madeja de canas.

—Voy a abrirle a usted mi corazón, señor Bellegarde; así podrá aconsejarme mejor. ¿No es verdad que me perdonará mi franqueza?

Bellegarde no pudo reprimir un movimiento de sobresalto, un presentimiento lo turbaba, entornó los párpados.

—Si esa fortuna se perdiera, continuó doña Ana con voz trémula, habría que perder toda esperanza del matrimonio de Roberto e Inés... El, usted lo sabe, no se casaría pobre... Y ese enlace ha sido el deseo vehemente de ambas familias... el último sueño de mi vida... yo moriría tranquila.

Calló doña Ana y fijando la mirada en el conde, observó con sorpresa que se desfiguraba. Bellegarde abrió los ojos desmesuradamente, los cerró luégo. Se le encendió el rostro, que bañaron palideces mortales, y un copioso sudor le inundó la frente. Quiso hablar, y expiró la voz en su garganta; por fin después de un silencio doloroso en que resolvió de nuevo sacrificarse, ocultar para siempre su amor, consiguió ordenar sus ideas, recordó la pregunta de doña Ana.

—Para contestar su consulta para dar un consejo acertado, mi señora, dijo al fin, con voz bronca, es inevitable que haga cálculos y números, porque los números no engañan.

Conservaba todavía la agitación en el pecho, la voz insegura, una palidez intensa en las mejillas.

—El capital nominal de la compañía son diez millones de dólares hasta ahora.

Y mientras hablaba de cálculos y números, y precisaba cifras, se agolpaban las ideas lúgubres, su esperanza deshecha, su existencia rota, su amor trunco.

—Roberto tomó ocho acciones de fundador de a diez mil dólares, de las cuales no se ha exigido sino el primer instalamento, la cuarta parte. Pudo ser aventurado el haber invertido todo su capital para pagar ese primer instalamento, quedando sin fondos para cubrir los otros. Pero la operación aventurada le salió bien, porque al lanzar la empresa en la bolsa se han computado las acciones de los fundadores en el doble de su valor, de modo que Roberto tiene hoy treinta y dos mil acciones de a libra esterlina y no debe sobre ellas sino sesenta mil pesos en oro.

Y como Bellegarde veía todavía la incertidumbre y la zozobra pintadas en el rostro de doña Ana, continuó dando mayores detalles.

—Las mil acciones de a diez mil dólares con que se fundó la compañía, se convirtieron en cuatro millones de acciones de a libra esterlina... ¿No le molestan, señora, estos pormenores de Bolsa? Y como viera que el instinto maternal de doña Ana la hacía ocuparse de asuntos extraños para ella, prosiguió con un nuevo esfuerzo, para desechar su tristeza, forzando su atención en esos detalles prosaicos. Estas acciones de a libra han sido adquiridas por pequeños capitales y no me sorprendería. que cuando la empresa sea suficientemente conocida en

todas las bolsas europeas, adquieran mayor valor, tal vez de cuatro libras... El único obstáculo para esa alza o alguna mayor todavía, sería que se turbara la paz... Pero no debe perderse de vista que mi empresa debe contribuir a conservarla... Es seguro también que esta empresa desarrollará otras de gran porvenir. Roberto puede alcanzar una gran fortuna que lo pondrá para siempre a cubierto de los vaivenes de la suerte... Para evitar las zozobras de usted y traer en cambio la tranquilidad, sería fácil vender las acciones de Roberto, asegurar ese capital; yo le cedería a largo plazo número igual de las mías al precio inicial; así podría anticiparse su matrimonio... que desea usted con tanto anhelo.

— ¡Ah! no señor, eso no; dijo doña Ana, con un movimiento, mezcla de gratitud y de altivez, bastante ha hecho usted por nosotros... Cedernos sus acciones a bajo precio para asegurar el valor de las nuéstras, no podríamos aceptarlo.

Una sonrisa pasó y murió por el rostro pálido de la anciana.

En la puerta se presentó el doctor Miranda, interrumpiendo la confidencia.

— Yo me voy mañana para el Magdalena, dijo Bellegarde, mientras conducía a doña Ana a su coche, en donde permaneceré algún tiempo. Reciba usted mi despedida... Todo cuanto pueda hacer por la dicha de Roberto, por la tranquilidad de usted, lo haré con gusto como si se tratara de mi madre, de un hermano.

Doña Ana le había tomado ambas manos, se las estrechaba efusivamente y sentía en esas manos vigorosas y ardientes, trémulas todavía por la emoción, toda la sinceridad de las palabras del conde; comprendió que su hijo tenía un amigo leal, un protector fuerte.

— Y ahora voy a hacer una súplica, un encargo, continuó Bellegarde con acento inseguro: no tendré tiempo de despedirme, de volver a Bogotá, usted presentará mis recuerdos, mi cariño, mis adioses a doña Teresa... a Inés.

CAPITULO XIX

CHISPAS

Roberto abrió la puerta de su cuarto, salió al corredor y echó una mirada hacia el corralón de la hacienda. Le dio en el rostro el frío cortante de la madrugada, y al través de la neblina le llegaron el bramido desesperado de una vaca, el olor de los doncenones y de las violetas del jardín. En la ramada se sentía un trajín de monturas y el choque de los estribos, al mismo tiempo que las pisadas secas y duras de la Alondra contra el pedernal de la pesebrera. Antes de verlo, sintió al perrazo Maratón que le ponía las manos en el pecho, y que con un gruñido afectuoso le colocaba la cabeza sobre el hombro; Roberto se la apretó contra la mejilla y sintió el ardor de la oreja del perro que rozaba la suya helada. Rodeó el cuello del animal con el brazo y deslizó la mano a lo largo del espinazo nervudo y lleno.

Cuando el muchacho trajo la Alondra, Casanova, el mayordomo de El Sauzal, revisó las cinchas para ver si estaban bien templadas; Roberto montó, movió la rienda, y a saltos cortos y elásticos se hundió, seguido de Casanova, en las profundidades de la niebla.

Descendió la colina, llegó a la llanura, y al galopar de la yegua se le iban presentando como a través de un ensueño, con los contornos esfumados, cercas de piedra, los matorrales de las orillas, y los objetos que surgían de pronto desaparecían, desvaneciéndose luégo entre una blancura flotante: un peñasco gris, zarzales en que la neblina parecía enredarse como vellones de ovejas. Las vacas al sentir el trote se levantaban, bufaban con disgusto y arqueaban perezosamente el espinazo. Del cuerpo de las reses del pasto chafado, que volvía a esponjarse, emanaban intensos olores.

Roberto y Casanova galopaban en la llanura, y en aquella soledad dormida eran más sonoros el retumbar hueco de las pisadas de la yegua de Roberto, del potro del mayordomo, y los acecidos del perro que en giros inútiles cruzaba, se perdía, y surgía para hundirse de nuevo entre la niebla.

La sabana se adivinaba entre las brumas; las masas de los árboles, sin contornos precisos, surgían en la penumbra como fantasmas. Roberto sentía que la frescura de la alborada le llegaba al espíritu, alentaba la voluntad y a medida que se iban brillantando las nieblas, sus pensamientos se inundaban con claridades y esperanzas de aurora.

Llegaron a una puerta de golpe; Casanova taloneando su potro, se adelantó, la abrió, y la puerta al girar resonó con una escala quejumbrosa.

En un rincón del potrero los peones ya tenían recogidos los bueyes, que uno a uno doblaban al yugo la cornamenta desgastada y bruñida por las coyundas.

Los pantalones enroscados a media pierna dejaban ver la pantorrillas macizas y la humedad escarchaba jergas de lana burda, las barbas de los trabajado y los espinazos de los bueyes. Las yuntas cruza el barbecho, pisando trabajosamente y hundiendo la pezuña entre los mogotes removidos la víspera. Uncen, echan a andar, trepida la mano de los mozos en las manceras, muerden las rejas en la tierra resistente, tiemblan los cogotes de los bueyes chirrían las coyundas, y con un desgarramiento de raíces van retorciéndose y cayendo largas tajadas de césped.

Un estruendo de voces broncas, de voces agudas de muchachos, de silbidos, de imprecaciones, rompe el silencio de la llanura, puebla el aire, despierta los ecos de los peñones que, repercutiendo sílaba por sílaba, acento por acento la gritería, parecen entablar un diálogo grotesco con los gañanes, quienes, con vociferaciones de aliento, de reproche, de cariño, azuzan los bueyes que adelantan por el barbecho, sacudiendo con las trepidaciones de la reja la cornamenta.

Roberto seguía tras de los arados para aspirar de cerca y con avidez el reguero oloroso que dejaban el aliento de los bueyes y las emaciones de savia de la tierra revolcada. Andando y aspirando ese olor acre y sano, observaba con curiosidad la sorpresa de millares de insectos, que llenos de pavor, tiemblan en los cortes de los cespedones, se retuercen en el fondo del surco al sentir el cataclismo de su mundo, sacado de pronto a una luz desconocida.

Después de organizar los trabajos, de lanzar reprimendas a los mozos, de ajustar perfectamente los arados, Casanova, en su potro, siguió a dar vuelta a la hacienda y Roberto regresó a la casa.

Las señoras, envueltas en los pañolones, sonrosadas las mejillas por el frío, salieron al corredor a saludarlo

—Pero, hijo, observó doña Ana con aire de aprehensión y de reproche... tan temprano... ¡y en ese animal tan brioso!...

Roberto se desmontó, le dio un beso.

—No, madrecita, es la *Alondra*... me conoce. ¿Temprano?... me sienta mucho este aire fresco.

Doña Ana movió la cabeza para reiterar su improbación, en tanto que doña Teresa, siempre alegre, observó que encontraba a Roberto mejor que nunca. Inés extendió la mano:

—Vea, Roberto, qué efecto de niebla...

Sólo surge de entre la blancura flotante la colina de la casa; a pocos pasos cierra la vista el telón de brumas que empieza a brillantarse con una claridad vaga, cada vez más intensa. El sol todavía invisible, se anuncia con resplandores por detrás del cerro, y a sus primeros rayos la niebla, que llena la inmensa cuenca de la sabana, principia a moverse, a ondular con pereza, va replegándose, como empujada blandamente, hacia el ocaso. Surge una masa de árboles negros, como dibujados con tinta sobre el fondo lechoso que sigue huyendo: van apareciendo, como en la vaguedad de un ensueño, lagunas color de acero, lengüetas de islotes, juncales, prados dilatados de un verde pálido, continúa alejándose la niebla, arrollada, cada vez más densa, más luminosa, con reflejos sonrosados, con cambiantes fantásticos de lila. Al recogerse hacia las montañas del ocaso, resaltan las praderas, y en la altura, en el cenit, se abren trozos de azul, cada vez más profundo. Ha triunfado el sol; brilla toda la sabana despejada, resplandecen los pantanos, copian el azul del cielo; sólo queda tendida sobre el río, diseñando los caprichos de las curvas, una gasa levísima. Toda la niebla, como una inundación que se aleja, dejando los campos húmedos y frescos, huye hacia el horizonte y va a estrellarse contra las cordilleras de occidente.

—Vea, Roberto, decía Inés, allá en el horizonte esas dos grandes franjas: la pincelada horizontal de la niebla, y encima la franja dorada de las cumbres.

El sol perfila los objetos, las sombras se hacen más intensas. En el remoto confín las nieblas perseguidas siempre por el sol, van escalando la cordillera, se alzan, llegan a la cima, se desligan, se rompen a trechos, forman grumos espesos y brillantes. Reposan allí las nubes condensadas, y luégo, en un movimiento ascendente, proyectando sombras violáceas sobre la cordillera, flotan en el éter azul, siguen alzándose.

—Inés, dijo Roberto con voz de convaleciente, en que había algo roto, un dejo de melancolía. Se van alzando las nieblas, allá, con lentitud, como despidiéndose con tristeza de la tierra.

—Hijo, ¿vamos a tomar la leche? preguntó doña Ana, que no olvidaba un momento el régimen trazado por los médicos.

Roberto cogió del brazo a su madre con mimos de enamorado, y bajaron todos a la corraleja, donde los envolvieron el olor del hato, el alborozo ensordecedor, los bramidos de las vacas, los berridos de los terneros y el redoblar sonoro de los chorros de leche entre los tarros coronados de espuma. El sol dora el dorso de las vacas, que al respirar, lanzan con fuerza el vaho por las narices; los terneros golpean la ubre, se embadurnan el hocico, y al desprenderlo, con un chasquido de placer, relamiéndose, babean, sueltan hebras brillantes que flotan en la luz de la mañana.

—Es conveniente ensayar el *ternero automático* del inventor Sánchez de Peñanegra, a ver si lo hace tan bien como estos becerros, dijo Roberto con una carcajada y con el vaso de leche en la mano.

En la inmensa comba de la altura, el limpio cristal del cielo ya sin un vapor, sin una mancha. El éter azul envuelve la tierra, parece adherirse a las colinas, tiñe las rocas y los árboles, flota en las ondas del río, se disuelve en el agua muda de los pantanos: y aquel resplandor de zafiro todo lo envuelve, todo lo sumerge, todo lo inunda. Allá, en las profundidades de occidente, en la atmósfera diáfana, en una lejanía inconmensurable, se alza el nevado del Tolima...

Maratón iba y venía, asustando a los terneros, amenazado por las vacas.

Regresaron. Al acercarse el perro a la casa, levanta una bandada de palomas, que en aleteo ruidoso como un aplauso se alza, se aleja, vuela hacia las praderas, en amplios giros sigue las curvas del río, se deja llevar de la brisa, se columpia, parece que va a posarse en un prado, y luégo, con un balanceo rítmico en que se apaga y se enciende al sol la nieve de las alas, torna a la casa, describe una espiral, desciende al tejado. A una voz de Inés, que esparció un puñado de migajas, las palomas bajaron al patio.

—Como las almas, dijo Roberto que en la *Divina Comedia* acuden al grito misericordioso de Dante.

—Voy a dar el primer toque a misa, continuó; allá vienen ya Milán y Bibiana.

Sonó la campana esparciendo sus alegres notas por la llanura. En la falda de la loma se divisaba un grupo de campesinos que se perdía en las hondonadas para reaparecer luégo, y que al oír la campana apretó el paso.

Iba a celebrarse ese día el matrimonio de Milán Gil, mayordomo del general, Ronderos, con Bibiana, la de *El Consuelo*, que habitaba con su madre de nuevo en *El Sauzal*. En los amores de Milán y Bibiana, Socarraz se había interpuesto como pretendiente de la novia, y las riñas entre los dos rivales se repetían con frecuencia. Socarraz no se presentaba nunca en la hacienda ni se dejaba ver de sus dueños, porque repugnaba encontrarse en los dominios de sus antiguos amos. Las contiendas entre Socarraz y Milán Gil, a quien llamaban el *Chispas*, se verificaban en el camino, en las ventas, a veces en las encrucijadas del monte. Había vencido Milán en los amores a gusto y contentamiento generales, especialmente de la madre de Bibiana, que se mantenía en constantes alarmas por la rivalidad de los mozos, temiendo de continuo, como había dicho en *El Consuelo*, una desgracia.

Se presentó el grupo en la casa. Los novios iban enlazados de la mano. Sus esbeltas figuras se destacaban bizarramente en la alegría de esa mañana sobre el

fondo oscuro de los trajes de los acompañantes. Milán, alto, garboso, con su nariz corva, con su barba negra y cerrada, parecía árabe. De su faz retostada por el sol brotaba la felicidad. La novia era una morena picante, de boca fresca, con dos carreras de dientes magníficos que daban expresión a su sonrisa y a su palabra. La cabellera, negra y rizada, recogida sencillamente atrás con una cinta blanca, le caía con gracia infinita sobre los hombros.

Inés, madrina de matrimonio de Bibiana, la condujo a una pieza para ponerle el vestido que ella misma le había hecho, en tanto que el general Ronderos, padrino de *Chispas*, salió al corredor, le dio un abrazo y le regaló trece onzas de oro que habían de ser las arras de su matrimonio. Le tenía un cariño entrañable; *Chispas* le había servido desde niño, y había acompañado al general en su última campaña, como ordenanza primero, luego tras repetidas hazañas, como jefe de una compañía, en donde había mostrado su lealtad y su bravura. Durante la misa, la concurrencia de gente campesina llenaba la capilla y se extendía por el corredor contiguo; grupos de arrendatarios sudorosos y jadeantes iban llegando, hasta que el corredor quedó repleto, y Roberto que se había quedado atrás, observaba las ruanas pardas, la frisa nueva, los cuellos almidonados, las cabezas aborascadas. Y con gusto veía que esos campesinos reflejaban en su porte, en su traje, el bienestar, la holganza, fuera de las miserias, sin los peligros mortales de la guerra.

El general Ronderos e Inés fueron sustituidos por Casanova y doña Teresa, padrinos de velación. Inés se sentó al piano, colocado expresamente al extremo del corredor y tocó durante la misa.

Concluida la ceremonia, pasaron los novios al comedor, en donde Inés les sirvió el desayuno, y luego montaron a caballo Milán y Bibiana para dirigirse a *La Laguna*, hacienda del general Ronderos, donde *Chispas* había preparado su casa.

Todos se asomaron al corredor para ver partir a la arrogante pareja, y no se retiraron hasta que *Chispas* y su mujer se perdieron en el primer recodo del camino.

De pronto sonó un tiro lejano, después otro y otro.

— ¡Socarraz! chilló la madre de Bibiana, presa de mortales angustias.

— No puede ser; Socarraz está en el Magdalena en la canalización, dijo Roberto, quien montó en la *Alondra* y partió a escape, seguido de Casanova. Bajaron la pendiente, aparecieron en la explanada, salvaron de un salto la cerca y como una exhalación tomaron el camino.

Los del corredor, llenos de inquietud, esperaban. De nuevo divisaron a Roberto, antes de perderse en el recodo, tendido sobre la yegua negra y detrás, mucho más atrás, a Casanova. Momento de angustia, de afán, de horrible expectativa,

nadie hablaba ni se movía. Doña Ana, quebrantada al fin, vencida por esa sorpresa, llena de temor por Roberto, se entró a la capilla.

Reapareció la yegua negra a galope largo. Doña Ana adivinó la llegada de Roberto, salió de la casa, se paró en el camellón.

— ¡Sí, era Socarraz! Disparó sobre *Chispas* sin herirlo, pero no pudimos alcanzarlo, iba muy bien montado. Ordené a Casanova que acompañara a los novios.

Desde que se oyeron los tiros y se nombró a Socarraz, se desprendió del grupo de campesinos mi anciano, muy entero y erguido, afeitado por completo. Durante la expectativa, con la mano temblorosa sobre la frente, sirviéndole de vísera, procuraba observar el camino, espiaba la llegada de Roberto, y cuando oyó la nueva fechoría de Socarraz, lanzó un grito de la garganta seca, levantó al cielo las manos trémulas, y exclamó:

— ¡Hijo maldito!

CAPITULO XX

LA MEJOR CRUZA

Levantando una polvareda en el camino, se divisó otro jinete; nuevo sobresalto; llegó un muchacho, se desmontó y entregó un papel a Roberto.

— ¿Qué es, hijo? preguntó doña Ana, con nueva angustia en los ojos.

— Una esquila muy fina de doña Aura, suplicándome que vaya en el acto, que me necesita con urgencia.

Y volviéndose al muchacho:

— Dile a doña Aura que iré esta tarde.

Horas después entró Roberto en el camellón que conducía a la casa de *Cebaderos*; los sauces antiquísimos que a un lado y otro formaban una calle umbrosa, habían desaparecido; los troncos cortados al ras del suelo, mostraban el golpe del hacha; algunas raíces asomaban a flor de tierra, ya inútiles.

Condujo doña Aura a Roberto a su estudio, inundado de libros y papeles.

— Dolores está con dolor de cabeza, se ha encerrado, le dijo, y Ramón duerme su siesta; ¡tanto mejor!, podremos hablar a solas. Tengo que consultarle un punto de alta importancia para mí, el desenlace de la novela que estoy escribiendo ahora: *El olmo y la hiedra*. Es la mejor sentida, la más estudiada; puede ser mi obra maestra.

De la pieza vecina salían ronquidos de Montellano, truenos, voces aflautadas, resoplidos entrecortados con palabras de una pesadilla.

Doña Aura, caladas las gafas, se dirigió a una mesa en que había un maremágnun de cartapacios y cuadernos cogidos con cintas rosadas y azules, con grandes títulos: *Plan... Enredo... Desenlace*.

— ¡Ay, ay! exclamó de golpe.

— ¿Qué tiene, señora?

— Esta mano: vea usted: un calambre, se me contraen los dedos: el doctor Agüeros me lo ha explicado; yo tengo el calambre de los escritores... Pero ya encontré... Escuche usted:

"EPILOGO..."

.....

"Cuando entraron, Aurora estaba arrodillada en un rincón; levantaba hacia el cielo sus manos suplicantes..."

Llegó un quejido entrecortado de Montellano, como de un hombre a quien estrangulan.

— "Aurora, querida Aurora, exclamó su padre, levántate, sé feliz, hé aquí a tu esposo Manfredo."

— ¡Auxilio, me matan! gritaba la voz balbuciente del millonario.

Roberto se levantó sobresaltado, pero doña Aura lo calmó.

— No es nada; Ramón tiene la digestión pesada... Pesadillas. Y siguió leyendo:

"La joven se levantó y corrió hacia Manfredo con los brazos abiertos."

— ¡La caja, suelten la caja! bramaba Montellano.

"Catalina, la pobre viuda, habitaba la alquería del castillo. Manfredo y Aurora la protegen. Juana es la mujer del jardinero del castillo; vive en medio de las flores.

"Sólo el malo padece: está en prisión."

Un grito, un bufido, un estruendo sobre el entablado, y con el cabello revuelto, desperezándose, bostezando, se presentó Montellano.

— Estaba soñando que me habían roto la caja de hierro y que me apretaban el gaznate... ¡Bueno! Cuando acaben, aquí afuera lo espero, Roberto.

Doña Aura continuó:

— En este otro final mato a la heroína, a Aurora.

Tomó otro legajo y siguió la lectura:

"EPILOGO

"La pálida luna, como una navecilla, boga en lo más alto del firmamento... La naturaleza adormecida como un niño parece descansar... El cárabo nocturno como centinela del alba reposa en el nicho de la torre.

El fatigado viento se aduerme en el cáliz de las flores..."

El vozarrón de Montellano volvió a resonar afuera:

—Aquí tengo que cambiarlo todo... Los arrendamientos que ustedes le pagaban a Alejandro eran una miseria.

Se oyó el murmullo de los arrendatarios consternados.

"Se aduerme en el cáliz de las flores; y ante una tumba de hierro en que se lee el nombre de *Aurora*, se prosterna Manfredo, y..."

—Triplico los arriendos, y si no quieren desocupen.

"Se prosternó Manfredo, y con una mirada triste como el balido de una corza moribunda..."

—Voy a hacer potreros donde hay estancias, y se largan estos vagabundos.

Montellano impaciente porque no llegaba Roberto, se entró de nuevo a la pieza.

—Señora, no me entretenga a Roberto con sus vagabunderías.

Cuando salieron encontró Roberto con pesar el grupo de los arrendatarios entristecidos y cabizbajos que protestaban humildemente, algunas mujeres imploraban llorosas.

—Roberto, dijo Montellano mientras salían de la casa sin atender las súplicas reiteradas de los campesinos, necesito que me muestre dónde era el antiguo desagüe de este estanque... Alejandro tenía la hacienda por diversión y yo la tengo por negocio... Dejaba dos fanegadas para patos silvestres... terreno perdido, inútil.

—Es que Alejandro conoce la utilidad de lo inútil.

—Voy a sacarlos, continuó Montellano

Caminaban por un camellón al lado del estanque cuyas orillas se habían cubierto de vegetación.

—Cuánta tierra perdida, cuántos animales inútiles, gritó Montellano.

Algunos patos duermen con la cabeza sobre el espinazo, mientras otros se espulgan en el pecho en actitud de pelícano o andando sobre el piso como adoloridos y pujando, se echan al agua, y hendiendo la superficie quieta, dejan una estela, aletean y se levantan sobre el agua que rueda en perlas por el plumaje bruñido y atornasolado.

Un pato celoso, lleno de furor, se lanza corriendo sobre el estanque, levanta oleadas, se precipita sobre un rival y le arranca plumas, que flotan sobre el agua alborotada.

Yo sé aprovechar todo esto, contestó Montellano; con este pantano secándolo, hago una manga para los terneros cerca de la casa. Vendo los patos en la plaza... Lo mismo que esta arboleda que había en este camellón: le he sacado más de quince mil pesos en madera.

Roberto miró de nuevo con tristeza, con cólera, talada, destrozada, la antigua arboleda que conducía a la casa; ¡cuántas veces a la sombra de esos sauces había jugado en otro tiempo con Alejandro!

Se presentó un muchacho.

—Que si me venden unas frutas de la huerta.

—Se vende todo, exclamó Montellano, ciruelas, peras... Míre, Roberto, continuó contando uno a uno los billetes que dio el paje; ustedes no le sacaban un cuartillo a estas frutas. La huerta hoy me produce cosa de mil a mil quinientos pesos mensuales, por lo menos, mientras estoy yo aquí. Ustedes no hacían sino gastarle dinero a la huerta... Apuesto a que nunca se les ocurrió que a esto se le podía sacar reales... ¡Nunca! ¿No es cierto?

—¡Nunca! dijo Roberto, ¡nunca!

—Lo mismo que la capilla... también le sacaré algo... Para qué sirve eso... Con el oratorio pequeño es suficiente.

—¿Qué va usted a hacer con la capilla? exclamó Roberto con alarma, al pensar que ese hombre iba a destruir el edificio que se alzaba al lado de la casa, y donde se reunían en otro tiempo los amos, los sirvientes, los arrendatarios, a celebrar la Nochebuena: aquel rincón sagrado, misterioso, que imponía respeto con su tejado musgoso, su fachada venerable, su portalón claveteado, su campanario, que todos los domingos esparcía por los campos la voz que durante años, durante siglos, había llamado y congregado a tantas generaciones...

—¿Qué voy a hacer con la capilla?... Pues un molino... La toma de agua pasa aquí no más... Es un sitio magnífico.

Roberto, en un estado de malestar, de angustia, se despidió: quería alejarse de allí, arrancarse a aquellos espectáculos de destrucción, de barbarie, que se le figuraban como un asesinato.

—Yo lo acompaño, dijo Montellano, lo llevo hasta el lindero con *El Sauzal*... Allí, hasta esa cerca.

De pronto empezó a oírse el rumor lejano del tren... Montellano con sorpresa de Roberto se lanzó, saltó una cerca, bajó por un corte hecho en el terreno. Eran dos barrancos altos coronados por cercas de piedra: en el fondo, la carrilera; los rieles, brillantes entre los cascajos que reverberan al sol, se extienden, se pierden en un recodo sobre el fondo azul de la sabana... En medio de la carrilera, un toro Durham, pura sangre; Montellano se afanaba por espantar al animal, para salvarlo del tren que iba a llegar... El animal seguía por entre los rieles, a veces se enfrentaba, sacudía el testuz, pronto a embestir... Se empieza a oír un zumbido sordo, que decrece, aumenta... se pierde, vuelve, se acrecienta, anunciando con alarma el tren invisible. Y Montellano, saltando con afán sobre las traviesas, haciendo crujir rudamente los carbones regados entre los durmientes, resbalando en los rieles, tropezando en los cascajos, tambaleaba, seguía tras el toro, se afanaba por espantarlo, por hacerlo subir la escarpa del lado, tomar la salida... pero el animal, sin comprender el peligro, a veces se enfrentaba, a veces seguía corriendo por entre los rieles... y el tren ya resonaba en la curva del banqueo.

Montellano al ver el peligro se prendió al barranco, despavorido, se puso en pie, y ya en salvo, exclamó gozoso y tranquilo:

—¡Bueno! que lo maten me sale mejor, y esperó alegremente el resultado.

Segundo por segundo, el ronquido, el traqueteo iban aumentando con insistencia feroz, amenazante... En el recodo, entre un estrépito creciente y un nubarrón de humo, aparece la mole del tren amenazador, precipitada en la pendiente... Vibran los rieles, tiemblan, repican, como el yunque bajo los martillos... La locomotora pita con alarma, con desesperación; los silbidos se repiten por el eco de la serranía... Y entre un ruido de catástrofe, vomitando vapor, arrojando excrementos de brasas, entre un resplandor de hornillas y de cobres, la locomotora avanza, cruza... Tiembla la tierra... un choque ... un bramido... un soplo caliente... una onda de vapor... gotas de sangre... y en un estrépito pasó el tren, huyó a lo lejos, desapareció entre el humo, dejando en el silencio de la sabana la vibración de los rieles, como el tañido de dos cuerdas de acero...

—Me lo pagan bien pagado, gritaba Montellano con grandes risotadas... ¿Mil dólares?... No, señor... cuatro, cinco mil, como con otro toro que me mataron el mes pasado... aquí mismo... en este potrero... Les cobro cinco mil, y con eso encargo cuatro toros en vez de uno... Me lo alegro... ¡Todo es negocio!

Llegaron al lindero con *El Sauzal*. Roberto se despidió, pero Montellano lo detuvo un momento:

—Dígame Roberto... Como usted conoce esta clase de tierras y pienso encargar esos toros, ¿cuál es el mejor cruzamiento?

—¿El mejor cruzamiento... dijo Roberto mientras abría una puerta, para usted, el mejor cruzamiento, el más productivo?... Toros con locomotoras.

CAPITULO XXI CREPUSCULOS

Al traspasar Roberto el lindero, se encontró con su madre e Inés, doña Teresa y el doctor Miranda, que iban a dar un paseo vespertino, y se dirigió con ellos por la falda de la colina hacia un paraje muy pintoresco.

En un recodo, bruscamente aparece el muro de granito. Los filos de la peña fingen en la fachada ventanas ojivales, haces de columnas, se esbozan quimeras, dragones alados.

Separado del muro, aislado, se alza un torreón gigantesco. Se cree ver marcado en sus escalones el golpe ascendente de la ola del diluvio, y de alto a bajo, los zarpazos de las tempestades, las quemaduras del rayo, las dentelladas de los siglos. De la piedra roída el ventarrón saca bramando y esparce por el valle plumas de águila, huesos sangrientos; y en los costados del torreón alternan manchas rojas y blanquecinas con chorreones negros. Hincan sus raíces los arbustos en las grietas y se asoman tambaleando sobre el abismo. Enredaderas salpicadas de púrpura dibujan las quiebras de los peñones y desbordan en festones flotantes. Recortadas sobre el cielo se yerguen hojas de *quinche* y de *motuas* como manojos de espadas. En la cima, donde nunca duerme el viento, ondula, cae y se eriza la cabellera de pajonales.

Regresaron. El doctor Miranda, doña Teresa y doña Ana van atrás; adelante, en silencio, Inés y Roberto, contemplando el ocaso, dejándose agasajar por esa naturaleza amiga y cariñosa, por los aromas de la ruda y del poleo, por esa luz acariciadora. Las vacas agachadas, repletas, van paciando entre mordiscos y resoplidos estrepitosos. En la cima de la colina, recortando sus siluetas sobre el horizonte, pasta la yeguada.

Al lado opuesto brilla la sabana con la riqueza de sus colores; vela una franja de nubes el sol, se confunden los matices, una gasa sombría, uniforme, cubre la extensión de extremo a extremo. Pasa la nube y reaparecen los tintes morados, verdes, azules, de las campiñas, los grupos de ganados, el oro de los trigales, las torres lejanas de las aldeas, el río con sus aguas tranquilas, tersas, deslumbrantes.

En una mancha de sol, entre dos largas sombras, divisa Roberto *El Risco*, la antigua hacienda perdida, sus arboledas, sus peñones, su casa vetusta, la portada monumental... un punto blanco... ¡muy lejos! Y pasaron en la placidez de la tarde las visiones de otros años ya remotos en que él e Inés, contemplando ese mismo panorama, hacia el ocaso, acariciados por la naturaleza amiga, por los aromas penetrantes de la ruda y del poleo, recorrían las lomas y las llanuras, cruzaban la sabana, hacían resonar los cascajos de las colinas, las pradera de *El Sauzal* y

de *El Risco*, al galope alegre de sus caballos. En un movimiento casi involuntario, como empujado por los recuerdos, por la poesía que emanaba de todas las cosas, se acercó a Inés, le ofreció el brazo.

El viento traía y se llevaba la voz vibrante del doctor Miranda, las carcajadas de doña Teresa. Surgieron en la paz del crepúsculo rumores armoniosos como ecos de bienestar, movimiento, de riqueza. Baja entre balidos la manada, paseando por la falda la nieve de sus vellones; se alza en las veredas de la loma el canto de los labradores que vuelven de la faena; resuena la gritería del barbecho; suben del camino real los silbidos de los arrieros, el choque resonante de los carros, zumban a lo lejos las trilladoras, trae el viento el estruendo remoto de los trenes que dejan en el cristal del cielo un astro fugitivo, un copo blanco... Más cerca, inmensas partidas de ganado llanero avanzan al són del cuerno monótono y quejumbroso.

El sol incendia desde las profundidades del ocaso nubecillas flotantes y tiende sobre la sabana un manto de rosa.

El pesimismo de Roberto, las zozobras, las angustias de su madre, se ahogan, se sumergen, naufragan en ese océano de paz, de alegría, de sosiego.

El doctor Miranda alcanzó a Roberto.

— ¿Te acuerdas, le dijo, del texto desconsolador que les citaba el día de año nuevo en casa de tía Teresa? Pues ahora, en medio de este himno de paz, de este movimiento, se me ha venido este otro de Zacarías para contrapesarlo:

— *Semen pacis erit; vinea dabit fructum suum, et terra dabit germen suum, et coeli dabunt rorem, suum*, exclamó extendiendo los brazos.

— Regaré la semilla de la paz, y entonces dará vid sus racimos, la tierra sus frutos, y el cielo rocío.

Cuando llegaron a la casa se encontraron con cartas de Alejandro que llevaban el timbre de la canalización: dos CC enlazadas.

"...Te escribo de Puerto Borja, decía Alejandro, una población recién nacida en las márgenes del Magdalena, una distinción cariñosa de Bellegarde, que ha querido bautizar con el nombre de uno de nuestros antepasados este lugar de que podrá decirse algún día: 'lugar que ayer se fundó y hoy es poderosa villa'. Las fotografías que te envió te darán escasamente idea de Puerto Borja. Es una inmensa explanada que cierra en el fondo una colina; a los costados, los edificios de la canalización y por el frente el río. Las casas, que vienen numeradas de los Estados Unidos, se arman como por encanto. El edificio de la Dirección, en que vivimos Bellegarde y yo, es una residencia magnífica en que no falta nada; tenemos luz eléctrica, abanicos refrescantes, hasta piano. Es increíble lo que se

ha hecho; he visto trabajar los diques móviles; el agua, estrechada, se precipita al centro del río y ella misma socava el lecho, barre con furor las arenas, muerde en el fondo del cauce y se lleva el lodo hacia el océano: y cuando la corriente misma no puede, tenemos las dragas que extienden sus brazos de hierro, los pasean por el aire, los hunden en el río, cavan el fondo, y luégo, con un movimiento acompasado de gigantes, sacan el lodo, giran, lo depositan en las orillas. Todo esto entre el movimiento de las lanchas de vapor que suben, bajan, pitan, despiertan los ecos de la selva, dan vida a estas soledades... En fin, es la resurrección de un mundo muerto. Entre paréntesis, pues te escribo al correr de la pluma, entre ese clamoreo de las lanchas, y el traqueteo incesante de las cadenas de las dragas, olvidaba decirte que ayer hicimos una fiesta en que bautizámos con los nombres de *El Inés* y *El Bellegarde*, los buques más importantes de la compañía. Rompimos en la proa una copa de champaña... Cuéntaselo cuando la veas, si acaso no estás a su lado en el momento en que leas estas líneas...

"Como gozo tanto en este trabajo, a veces pienso que obedezco a una ley de la herencia (dicho sea entre nos y sin hacer alarde), y recuerdo que fue nuestro antepasado don Francisco Borja, quien como presidente del reino se ocupó en arreglar la navegación de este río, en establecer puertos para el comercio... A veces me digo al pisar estas playas, que van despertando a la vida: aquí estuvo él hace siglos trabajando por la civilización: aquí estoy yo continuando esa obra.

"Te he hablado de la canalización, pero no de la colonización. Esta es la parte más hermosa: figúrate cuatro mil trabajadores —antioqueños, jamaicanos, chinos— esgrimiendo el hacha, el machete, no para tronchar cabezas, sino para descuajar la selva, volcar cedros, maderas riquísimas que se echan a la corriente y siguen para Europa. Bosques silvestres de caucheras, sangrando a toda hora, son el ramo más productivo de la empresa. Tenemos además miles de fanegadas de tierra limpia de monte, saneadas, cultivadas, cubiertas de plataneras, y es inmensa la exportación de bananos en las lanchas de gasolina... Todo esto, de que se burlaba tanto Karlonoff en sus disertaciones llenas de cifras científicas y de galicismos anticientíficos, es ya un hecho, y dentro de cinco años será una maravilla realizada con la ciencia y el dinero... Van dentro de ésta unos recortes de periódicos de L'conomiste Be y otros, para que veas que ya en Europa se le va teniendo confianza a esta empresa: van marcadas con lápiz rojo las cotizaciones. Verás cómo las acciones de a libra se cotizan ya a tres libras en la bolsa de Londres. Esa confianza, ese entusiasmo que en el exterior despierta nuestra empresa, son una fuerza enorme, y con ellos, hoy podríamos en otros ramos, con otras empresas, levantar más y más este país.

"No he pasado en mi vida una época más agradable que ésta, viendo domesticar este río, haciéndolo útil, navegable, dominando la naturaleza, descuajando estos montes...

"Suspendí aquí, pero vuelvo de inspeccionar los trabajos; no puedes imaginar lo que es un desmonte, qué escena tan grandiosa, tan trágica.... *¡Quien supiera escribir!*

"Entre la sombra del bosque se oye el golpetear de las hachas, los trabajadores turnándose atacan un cedro gigantesco, el rey de la selva; con su copa llena de viento y de sonoridades, parece ver con desdén desde la altura a los hacheros como pigmeos; pero ellos tenaces, incansables, descargan y descargan sus golpes; se esparce el grato aroma de resinas, brillan los tajos al girar en el aire, saltan las astillas, caen las hachas, muerden, chirrían, vuelven a alzarse; ya traspasaron la corteza, un círculo blanco, se acercan al corazón; el cedro impasible, altanero, erguido, domina siempre la selva sin un estremecimiento, sin una sacudida; ignora o desprecia la muerte; y los hacheros, jadeantes, dando silbidos de fatiga, pero tenaces, siguen descargando sus golpes, brillan los tajos y saltan astillas... han traspasado el rodete blanco, atacan ya el corazón rojizo... el cedro se inclina blandamente, con coquetería, como mecido por el viento... de golpe un traquido espantoso, un estrépito de salva, y el gigante yace en tierra con el follaje tendido, con los brazos rotos.

"Imposible pintar ni con la pluma, ni con el pincel estas escenas, los paisajes que veo constantemente; imposible copiar esta naturaleza en que la vegetación, como exasperada por el calor, retuerce los troncos, encorva las ramas en contorsiones violentas, teje y reteje en tupida trabazón telones de enredaderas, aprieta los nudos de los bejucos, estrangula los árboles, alarga por el suelo bretones que buscan luz, empuja a lo alto los follajes, en la fiebre de la vida, en una plenitud de savia, en un ímpetu de expansión, no sólo cubre la tierra sino que se lanza a invadir el espacio.

"No puedo cerrar esta carta sin hablarte de Bellegarde. ¡Qué hombre! Es el equilibrio perfecto entre el corazón y la cabeza; conoce la empresa con todos sus mecanismos, como conoce una sonata con todas sus semicorcheas. A las cinco de la mañana está ya lavado, afeitado, redactando su correspondencia para Europa, para el Misisipí, para la Argentina. Trabaja todo el día, atiende a cada por menor, pasa del buque a los desmontes, de los desmontes a las dragas, a las lanchas, todo lo ordena, aceita todo este complicado engranaje, y después de trece horas de fatiga, sin haber dado un grito, sin un desentono, se sienta a comer en el saloncito del Inés, correcto, de *smoking*, fijo el monóculo, una flor en el ojal, la sonrisa en la boca...

"No he visto alterado a Bellegarde ni en el percance que voy a contarte:

"A pesar del sol extraordinario de aquí, Socarraz nos lo ha sacado del cuerpo (excusa el calambur). Bellegarde desde su llegada, sin hacer mención ninguna del incidente del *Bicontinental*, lo trató con su cortesanía fría y mesurada, y Socarraz se figuró que Bellegarde le mostraba con sus maneras exquisitas una distinción

especial, una amistad decidida y no escatimó las familiaridades. Pronto vinieron las borracheras, las tremolinas, las pependencias, hasta los conatos de rebelión en las cuadrillas de peones puestas a su cuidado. Por fortuna encontró el trabajo demasiado fuerte, el sol muy picante, la alimentación desagradable y pidió que se le colocara en otra parte, donde pudiera estar a la sombra. Bellegarde, que había pasado por alto todas las faltas del director de *El Escorpión*, convino en darle el puesto que solicitaba, por complacerlo lo colocó... ¿dónde creerás?... ¡en la caja! Quiso, dándole esta prueba de confianza, aguijar su honor, su delicadeza. Sin embargo, pronto empezaron las faltas, las irregularidades, las diferencias; hasta que por fin un día, de esto hace bastante, sorprendió Bellegarde un desfalco en la caja, mayor que los anteriores. Llama al impenitente, le demuestra su culpabilidad, lo amonesta, le exige el cumplimiento estricto de su deber o su partida; el otro protesta, niega, echa la culpa a sus compañeros, trata a Bellegarde de calumniador, quien no pudiendo ya más lo despide. Entonces Escipión, vomitando denuestos atroces, ciego de ira, se lanza sobre el conde. Yo vi brillar el cuchillo en la mano, cerca del cuello de Bellegarde, pero él impasible, desdeñoso, como un relámpago, atajó el brazo, cogió la muñeca, la retorció con fuerza hercúlea, hasta que saltó el cuchillo y Socarraz cayó al suelo pidiendo misericordia. Bellegarde le volvió la espalda y Escipión se alejó amenazándolo con la mano"...

.....

En Puerto Borja, un mes más tarde, Bellegarde y Alejandro, en el comedor de *El Inés*, después de un día de calor, de fatigá, refrescados ya por un baño, se habían sentado a la mesa, y con el placer de una lucha fructuosa, aspiraban los soplos de la selva, las brisas frescas que se arrastraban por el cañón del río, y en su pensamiento todo era rosado y vasto como ese horizonte que se dilataba ante sus ojos.

El sol acababa de hundirse. Después de la agitación, todo volvía a la calma; el clamoreo de la colonia parecía alejarse con el esplendor del día. Reinaba en torno del buque el silencio interrumpido sólo por el chapoteo acompasado del agua contra los costados del barco. Los tintes del crepúsculo flotaban en el aire, se cernían sobre las aguas del Magdalena, con reflejos irisados y fugitivos. Cruzaron blandamente sobre el río bandadas de garzas, que fueron a detener su vuelo en los pantanos.

De pronto el espacio se enciende y todo se envuelve en un vapor de rosas. Los peñones parecen de mármol rojo; las cadenas brillan como hierro candente; el río arrastra ondas de llamas; los penachos de las palmas son plumones de escarlata; los follajes semejando pabellones de púrpura, y los cables mojados, destilan gotas de fuego. Las palancas de las dragas, húmedas todavía, se alzan al cielo como brazos de gigantes tintos en sangre.

Se oyó un pitazo, y el eco se perdió en la inmensidad de las selvas; luégo el estrépito de las ruedas removiéndola corriente, el acecido de un vapor: *El Bellegarde*; y en un recodo, tras el encaje de enredaderas, asomaron dos chimeneas, grandes penachos de humo. Tina maniobra, pitazos, y el buque se acerca a *El Inés*; salta el capitán, y tocándose respetuosamente la cachucha, en que brilla una doble C, le presenta a Bellegarde un paquete de cartas.

—Una para usted, Alejandro; dice el conde.

—¡Ah! es de Roberto. Noticias de Bogotá... veamos.

"... Querido Fausto: me tienes en Santafé desde hace dos semanas, después de cuatro ídem de descanso en *El Sauzal*, en una paz no octaviana sino *ronderiana*. Pero llegan allí los periódicos *La Revaluación*, *La Integridad*... con sus frases de estilo, `la noche de Nínive´ y algo de `los aquelarres del misterio´, total: ataques a Ronderos, a la canalización, al Gobierno, a Bellegarde, a nosotros... Me vine. Encontró aquí una atmósfera adversa. Hay gentes impresionadas con el artículo de Sánchez Méndez. *Abismo sin fondo* (como si él conociera abismos con fondo). González Mogollón, el propagandista inconsciente, iba por todos los almacenes, rojo, gesticulando, y repetía a gritos la frase sensacional del artículo: `... No dejará de haber en ese contrato alimañas ocultas y en asecho tras el matorral de los artículos y el jaral de los incisos´...

Y con voz más bronca que nunca, clamaba, sin entender el latinajo: `Abisus, abisum´...

"Creí conveniente hablar con el general Ronderos: lo hallé en el Ministerio, nervioso, reconcentrado; veía así pagada su buena fe, su amor al país... Mascullaba el bigote, callado; hizo llamar a Alcón, que entró lívido. `Doctor Alcón, le preguntó, presentándole *La Integridad*, ¿son suyos estos artículos?... "No, general, no son míos´, dijo el otro secamente. ¿No son suyos? (y aquí sacó Ronderos de la levita un rollo de manuscritos). ¿No son suyos? Vea usted los originales de su letra...´ (Gacharnah se los había enviado). Alcón, cogido, retrocede, mira en torno, se apoya contra una mesa. Y Ronderos, sacudiéndole los papeles en la cara, en la calva, le enrostró su falsía, la traición de pertenecer a un tiempo al ministerio y a la oposición... pero `dejo esto a la consideración del lector´, como diría doña Aura en su novela. Los pensamientos y las palabras golpeaban como una granizada contra la calva de Alcón; aquello era una tempestad *sobre* un cráneo. A usted, continuaba el general con el *sans-facon* de sus arrebatos militares, a usted, que era de la oposición, lo traje aquí, lo nombré para que fuera mi fiscal, para que viera, hora por hora, que aquí no se hace nada indigno. Usted redactó, revisó, una por una, las cláusulas de ese contrato... y, ahora, sin su firma, habla de alimañas ocultas en los jarales de incisos... Yo he buscado los enemigos de frente, en los campamentos; prefiero los adversarios francos, como Polancó, como Cardoso, a quien he combatido en campo abierto...

¡Pero esto, pero esto!... Usted es un enemigo encubierto, calumniador, solapado... un Alcón, una ave de rapiña traidora. A cualquiera otro le pediría su renuncia; a usted, voy a removerlo por indigno... Alcón salió, verde, como un poema erótico de S. C. Mata.

"Esta noche, según me refirió González Mogollón, que lo refiere todo, hubo Capítulo en la oficina de *La Integridad*; se congregó el estado mayor de los íntegros: felicitaron a Alcón, le anunciaron que esto lo haría el hombre de la situación. En efecto, telegrafiaron a todas partes. Alcón fue en telegramas y artículos la `víctima inmolada`, el `hombre del día`; y una asamblea, con mayoría integrista, lo acaba de elegir senador. A propósito, otra asamblea te ha nombrado padre conscripto. Tendrás a Alcón en la curul vecina, y a mí al otro lado.

"Ven: el beneficio de la Rondinelli será pronto, con *Aida*. Dentro de dos semanas, carreras. Estás nombrado juez del hipódromo. Mata, el *divino*, acaba de publicar tomo de versos. Por el próximo correo, o con persona segura, no te enviaré este tomo, que se titula Sauces y lápidas.

"Salúdame a Bellegarde, díle que pronto iré a acompañarlo; creo que el nivel del mar me sentará mejor que la altiplanicie. Sebastián me encarga que te escriba un texto de buen augurio que debe contraponerse, ahora que la paz parece inalterable, al que la zozobra de agitaciones políticas nos citó el 1º de enero en casa de tía Teresa: `Regaré la semilla de la paz, y entonces la tierra dará sus frutos, la vida sus racimos, el cielo su rocío.`"

.....

Alejandro y Bellegarde siguieron así, en el Saloncito del vapor, leyendo la carta a la luz de la lámpara, que venían a azotar con sus alas los insectos de la selva, mariposas, zancudos deformes.

La noche estaba clara. Bellegarde quiso bajar algunas leguas para preparar desde la madrugada varios trabajos de diques. Se atizó la hornilla, que lanzó resplandores sobre el río, y el vapor empezó a deslizarse, orillando aquellos bosques, entre cuyos follajes se revolvían enjambres innumerables de cocuyos. En los playones se formaban racimos de caimanes, que al acercarse el buque, se removían, hormigueaban, se lanzaban al agua.

De pronto el vapor viró, se detuvo, la rueda giró con lentitud, un negro se lanzó al agua, nadó con el cable entre los dientes; llegó a la orilla; trepó ágilmente por una escarpa; envolvió la cuerda a un tronco. El buque atracó al lado de un alto barranco que dominaba la cubierta; soltó los chorros de vapor; y cesó el acecido de las calderas. La tripulación se tendió en la proa; se durmió al rumor de la corriente y al murmullo inmenso de las selvas tropicales.

Los dos amigos, hostigados por el calor, no tenían sueño, siguieron conversando, leyendo periódicos hasta la media noche.

Un ruido en el techo del salón, sobre la cubierta, los hizo interrumpir la lectura; un cuerpo que cae con fuerza, pisadas blandas, que cesan por instantes y vuelven a hacerse sentir, con cautela, como las de un ladrón que amortigua los pasos; luego, alboroto, estrépito, rasguños, algo que se arrastra por la cubierta de metal. Bellegarde, inquieto, cogió de prisa una lámpara que colgaba del techo, y los dos, de puntillas, subieron la escalera que llevaba a la cubierta. La luz tocaba a trechos los árboles, proyectaba sombras danzantes sobre el follaje de la selva. Cruzan la cubierta en dirección a la popa; alzan la linterna; un bulto, dos ojos como ascuas, una piel lustrosa con reflejos amarillos... un tigre que bufa, y arrastrando la carne, llega al borde de la cubierta, mide la distancia, se recoge, salta al barranco y desaparece en las tinieblas.

— ¡Ah! mi querido conde, dice Alejandro mientras se asoma hacia el lado de la selva, esta es nuestra misión: ahuyentar los tigres... espantar la barbarie, alentados por las palabras de un texto que nos envía Sebastián: *Regaré la semilla de la paz... y entonces la tierra dará sus frutos.*

CAPITULO XXII

S. C. MATA

Dolores, al entrar en el palco, mientras se quitaba la capa de seda, parpadeó deslumbrada por la ola de resplandores que, cayendo del techo, inundaba todo el teatro, rebotaba en columnas y cariátides.

Era el beneficio de la Rondinelli y se representaba a *Aida*.

Montellano, que se acostaba inexorablemente a las ocho de la noche, no había llevado al teatro a Dolores antes de su matrimonio con doña Aura, pero obligado por la poetisa, iba luégo de cuando en cuando a acompañar con sus bostezos las terribles amenazas del bajo y las notas apasionadas del tenor y de la prima donna.

Instalada en su asiento, Dolores, algo confusa y sintiendo palpitar el corazón con una mezcla de dicha y de zozobra, tomó el binóculo y pasó la vista por la platea donde dominaban las calvas relucientes; lo dirigió hacia los palcos y vio desfilas en el lente los bustos erguidos, las cabezas que se inclinan, ademanes y gestos sin sentido, bocas que sonrían a vecinos que no caben en el cerco del binóculo, el movimiento, la agitación de la concurrencia, entre chispazos de nácar, fulgores de diamantes, centelleo de pulseras.

De pronto, Inés con su blancura de jazmín, con su cuello de estatua que sostenía una cabeza de medalla griega. Aquel rostro se animó un instante, los ojos perdieron su languidez de sueño. Dolores buscó con ansia, con angustia, el compañero de Inés, y con dicha inefable se presentó en el lente la fisonomía varonil, los ojos de acero de Bellegarde... ¿Roberto?... Buscó el palco de *avant-scène* que estaba todavía desocupado, siguió paseando el binóculo por los palcos y con dulce emoción se presentó de golpe el rostro pálido de doña Ana y junto a ella Roberto. Volvió la cabeza hacia el escenario:

El palacio del rey en Menfis; a derecha e izquierda, inmensas columnatas, las estatuas de los dioses: Keth, la divina gata; Ra, el gran dios del dominio; Patch, con su testa de leona; el Buey Apis, el bruto más santo de los brutos. En el fondo, a través de grandes pórticos egipcios, el desierto, las pirámides, la Esfinge.

Amneris y Radamés han empezado el dúo de la angustia, de los celos palpitantes; se adelanta Aida y el dúo se convierte en trío; la orquesta continúa con el mismo tema, pero se van entrelazando con él las notas que lanza Aida, notas prolongadas como largos gemidos que revelan también los celos, un amor profundo, resignado. Y Dolores, sin quererlo, sentía que esas notas repercutían dolorosamente en su pecho; que ella, que conocía ese amor, podría dar a la melodía el acento, la intención que Verdi había puesto en ella.

Vino el aria del primer acto, que la Rondinelli interpretó magistralmente, entusiasmando al público: la lucha tremenda, el combate espantoso que se libra en el pecho de Aida entre el amor y el patriotismo, esa aria en que la frase musical va siguiendo, va mostrando las facetas sucesivas del pensamiento, expresión perfecta del drama musical en que el primero de los maestros modernos ha logrado hermanar la palabra y la melodía. Sonó el botón estrepitosamente y entró al palco Mata, con el cabello revuelto y en los ojos un centelleo calentamiento.

— ¿Ha visto usted, señorita? exclamó con su voz asmática, revolviendo las pupilas sanguinolentas, esta fue mi creación, mi sueño, mi nostalgia... Sólo las almas de alto vuelo podemos entendernos... Usted acaso no me entiende, yo le explicaré... pero Verdi y yo nos hemos entendido... ahí están mis versos:

"Yo quiero que se rompa el canto de mi lira
Junto a la muda Esfinge que mira, mira, mira,

Y en arenal cálido que un sueño blanco finge
Ser el eterno novio de la silente Esfinge."

— Señorita, ¿no vio usted el desierto, la esfinge, los dioses?... ¡Ah! los genios. Oh Verdi, mi hermano... hermano del alma.

Mata era presa de una excitación extraordinaria, sus miembros demacrados se agitaban en una convulsión febricitante: en los ojos, donde se veía el extravío de la locura, aparecieron dos lágrimas.

— No; aquí no hay quien me entienda, y continuó en voz cavernosa:

"En vez de cruz y de latines quiero magníficos
Signos sobre mi lápida, con ocres jeroglíficos;
En vez de los *requiescat* en caracteres góticos,
Quiero los sugestivos caracteres demóticos."

Y como agobiado por el paroxismo del entusiasmo, por la exuberancia del genio, desfalleció, dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Alcón con el sobretodo al brazo, en un noviciado de elegancia, salió al vestíbulo, subió la escalera, y notó con satisfacción que a su paso algunos grupos cuchicheaban, hablaban de su renuncia, de su gran carácter... cambió sonrisas, saludos, apretones de manos... tomó por uno de los corredores. Tras las puertas cerradas de los palcos, buscando el número 18; y mientras iba así recorriendo los números 10... 12... 14... 16... sentía la satisfacción de presentarse ante Dolores, no ya como el subsecretario encogido, sino como el opositor audaz que hace agitar los carrillos, aplaudir de gozo a los enemigos de Ronderos, crujir todas las prensas de la capital... ¡Ah! y además, senador, senador por el Departamento de Aguirre, donde la Asamblea, con mayoría opositora, acababa de recoger su nombre, un nombre de víctima inmolada, de patriota mártir, para lanzarlo de nuevo

como un reto a la faz del Gobierno... Y así, con esa aureola de mártir, de patriota, de opositorista, sin duda Dolores...

—"Número 18... aquí..." Torció el botón, carraspeó por una atroz manía contraída en sus tiempos de servilismo, cuando abría con temor la puerta del Ministerio, al oír la campanilla de Ronderos... y al meter la cabeza estuvo a punto de decir: "Señor ministro..."

—¡Ah mi querido Alcón! tronó adentro Montellano. Síga. Nos acomodaremos de cualquier modo. E inquieto por el estado de excitación en que encontraba a Mata, lo tomó de un brazo, lo levantó, y sentó en su lugar a Alcón. La calva le resplandecía como una aureola, estaba encendida, brillante; su sonrisita falsa le bañaba toda la cara, sus ojos redondos de ave de rapiña, chispeaban detrás de los anteojos. Vio que de abajo se dirigían a él algunos binóculos, movió su asiento hacia adelante, no buscaba ya la sombra, como en la noche de *Werther*, sino la luz plena, la apoteosis; se inclinó al oído de Dolores:

—Para usted siempre el mismo... ¡Jem!, carraspeó, lo mismo me está una cosa que otra... siempre suyo.

En el *foyer* se había preparado un golpe teatral: Landáburo con algunos amigos cuchicheaban en un rincón observando la entrada. Alcón con el sobre todo al brazo se presentó, dirigió su mirada vacilante de miope por todas partes, al fin encontró a Landáburo, adelantó. Exclamaciones de gozo, de sorpresa... ¡Doctor!... ¡General!... Los dos políticos se encontraron en el centro del salón, se precipitaron uno en brazos de otro, se estrecharon frenéticamente.

—Doctor Alcón, en nombre del partido de la revaluación, felicito a usted, que no sigue la política de la puerta murada.

—General Landáburo, en nombre del grupo de los íntegros, saludo en usted al campeón de la libertad...

Los circunstantes se enternecieron: se formó una agitación sorda primero y luego se alzaron las voces, dominadas por el clamor de González Mogollón, que iba de grupo en grupo:

—¡Viva!... ¡Esto es muy tierno!... Es la liga de los hombres que valen!... Tenemos paz para veinte años... con las concesiones y los abrazos se acaba con la injusticia vieja... Miren mis lágrimas; estoy conmovido...

Y al *foyer*, atraídos por el clamoreo, fueron llegando gentes y gentes, opositoristas, personas neutras, curiosos, y todos, animándose por instantes, contagiándose con el entusiasmo, con el odio, empezaron en un murmullo que

creció, se agigantó, estalló en gritos y aplausos, en movimientos de ira, de amenaza:

—¡Viva!... ¡Viva Alcón!... ¡Viva Landáburo! ¡Abajo Ronderos!... ¡Muera!

Landáburo cuchicheaba al oído de sus amigos:

—Pasado mañana todos, sin faltar uno, a la barra del Senado... después gran mítin... hay que estar listos.

Es el triunfo de Radamés: en el escenario se alza el trono del rey, la multitud hormiguea; en el fondo, la calle engalanada para recibir al héroe. Rompe la orquesta con una marcha en que enmudecen las flautas y las melodías blandas, y estallan las fanfarrias estridentes, los cobres y las trompetas lanzan en un clamoreo brillante tres notas persistentes en el monorritmo oriental, como un grito implacable de combate, y avanza el ejército vencedor en largo desfile.

Y pasan las trompetas en un tropel de heraldos, el grupo de esclavos nubios y etíopes, con los brazos de ébano cubiertos de cadenas; un tropel de siervos egipcios con los brazos rojizos, ceñidos de guirnaldas; nuevas trompetas, y el clamoreo brillante con las tres notas como un grito implacable de guerra. Desfilan los guerreros, cargados de trofeos, con sus espadas desnudas y los escudos bruñidos, que fulguran al sol de oriente. En alto los estandartes místicos, los papiros joroglíficos. Nuevas trompetas, con la marcha de tres notas dominantes como un grito implacable. La teoría de sacerdotes, de escribas, luenga la barba, erguida la cabeza, majestuosos en sus actitudes, emblemáticos y ceremoniosos. Y el grito de guerra continúa estridente, con sus tres notas cada vez un tono más alto.

Meciéndose sobre la muchedumbre aparecen escoltados por gentes de guerra, y en hombros de los sacerdotes, sobre andas cubiertas de seda, los ídolos.

Había logrado Roberto, después de muchas instancias, llevar a su madre al teatro; su palidez, la blancura de sus canas se destacaban sobre el fondo rojo. Al ver a Roberto restablecido, alegre, dichoso; al pensar que su fortuna no corría peligro, al recordar los paseos vespertinos de *El Sauzal*, en que la suerte de Roberto e Inés parecía fijada irrevocablemente, la expresión de tristeza y de dolor que habían impreso su sello sobre la fisonomía de la anciana, se había atenuado. A veces un resplandor de alegría, una sonrisa, pasaban derramando un tinte sonrosado sobre su frente pálida. Y esa noche embargada por la música, por esos efluvios de gozo y entusiasmo que corrían por la numerosa concurrencia, había roto su silencio habitual, estaba locuaz, animada.

—Yo no entiendo, decía a Bellegarde, más música que la música italiana. Cuando conocí la primera ópera que vino a Bogotá, no se cantaba sino *Norma*, *Lucía*, *El*

Trovador, Traviata; mi admiración, mi cariño, quedaron como adheridos a esa música. Ella me recuerda la única época feliz de mi vida, y cuando oigo esos trozos, esas melodías, me parece vivir en el pasado, que resucita un mundo muerto, me siento joven, lo veo todo de color de rosa, y pienso que la vida es una historia que acaba bien.

—Pero, madre, decía Roberto encantado, dichoso de verla así, olvidada de sus dolores, tomando esos temas de música y arte; contemplando en torno de sus labios esa sonrisa que parecía haber huído de ellos para siempre. Pero, madre, tú no conoces a Wagner, esa orquesta sugestiva que es la decoración, el paisaje en que se van desarrollando las escenas, las pasiones que va cantando la voz humana.

—Hijo, estoy ya muy vieja para entender esas cosas. No puedo comprender yo cómo, con la sinfonía, con los acordes, con la orquesta, se puedan representar rocas, llanuras, el día, la noche, la soledad.

—¿Que no?... pues óye, madrecita, óye ese silencio embalsamado que flota sobre los ensueños de *Aida*; ese trémolo de las flautas, que hace sentir la impresión de la soledad y de la paz.

—Pues yo no lo veo, no lo siento, pero si es así, entonces no es Wagner quien ha inventado todo eso que dices y que yo no entiendo, sino Verdi... A ese sí puedo entenderlo yo... Si supieran ustedes, dijo dirigiendo una mirada a Alejandro y a Bellegarde que la escuchaban, si supieran cuánto llorámos en mi tiempo con *Traviata*... ¿A que Wagner no ha hecho llorar a nadie?

Se abrió la puerta, y presentóse Mata.

—Mi señora, Roberto, querido conde... ¿Vieron el triunfo?... ¿Los dioses?... ¿El Egipto? ¿Oyeron, comprendieron esa luz de luna en *sol mayor*? Ese sentimiento grandioso, el ímpetu de la muerte, el descanso en reunión de los viejos dioses egipcios, fue lo que inflamó mi genio, fue lo que el gran viejo Verdi representó en esta ópera... ¡Oh, la nostalgia egipcia!... Romper la lira... morir junto a la esfinge.

"Ra vele allí mi sueño, Ra el gran dios del dominio,
Ese sueño de momia, de que nos habla Plinio.
Y también me acompañe Keth, la divina gata,
Con sus ojos de fósforo y su sonrisa chata.

Y cúbrame la sombra en el imperio Idea
De Patch que con su testa de leona muequea
Y el Buey Apis, el bruto más santo de los brutos..."

—Tú eres, dijo Roberto, el que tienes los ojos de fósforo, el que muequeas, el más santo de los brutos...

— ¡Nadie me entiende; nadie me entiende! exclamó Mata, y como una exhalación, con movimientos desordenados, dejó el palco.

Concluyó el acto.

Entre bastidores giran, se arremolinan, se confunden sacerdotes, soldados, esclavos que ayudados de los tramoyistas, van acumulando en un rincón los ídolos sagrados que habían servido para el triunfo de Radamés; queda el Buey Apis bajo la diosa Osiris; Patch, Ra, hundidos entre haces de lotos y de espigas; Keth, la divina gata, entre los monolitos con caracteres demóticos; por último, avanza por el entablado la esfinge y queda colocada junto a los dioses en el rincón oscuro.

Los pontífices fuman, los esclavos etíopes apuran vasos de cerveza, los prisioneros con cadenas de cartón lanzan, improprios en italiano; en la penumbra, entre un conjunto de estrópitos, taponazos, martilleos, gorjeos de ensayos, voces de mando y el rumor lejano de los espectadores, los empleados de maniobras, sudorosos, van, vienen, gritan, suben con cuerdas trozos de bambalinas, columnas egipcias.

Llegó el último acto, sonó la campana, se oyeron las primeras notas de la orquesta, todos acudieron a sus puestos: esperaban con ansiedad el momento en que apareciera de nuevo la Rondinelli. Viene el cambio de decoración: aparece el templo envuelto en una luz que bajando de una altura misteriosa, cae sobre el ídolo del fondo, le baña la frente y los hombros, resbala por la escalinata, atenuándose hasta morir en una penumbra azulina, al pie de las columnas que se hunden entre las sombras de la cripta. Coros de sacerdotisas y pontífices, moviéndose acompasada entonan ante el ídolo un canto primitivo y monótono como el arrullo sobre una cuna.

Aparece Radamés, que va a morir, sentenciado ya, sepultado en la cripta. Alzase un clamoreo de alarma en la orquesta. Baja el guerrero a la caverna. Rueda la piedra. Radamés queda sepultado. Un golpe trágico en los címbalos, que cae y se hunde bruscamente en las profundidades de la orquesta, como si se hundiera en las sombras de la cripta. Luégo un silencio de pavor y se siente pasar la muerte.

Tras una pausa, como eco de dolor profundo y resignado, como un acento de tristeza irrevocable, preludian los violines a media voz el tema:

"Oh terra, addio!..."

El lamento se extiende, sube al templo, muere a los pies del dios indiferente.

En la altura, en la luz, la turba salmodia el arrullo religioso: en la caverna, en la sombra, Radamés solloza: "Addio, o valle di pianto..."

Mata se ha aplicado una nueva inyección; en los brazos de momia, de que nos habla Plinio, se ven algunas úlceras, pero él necesita en ese instante todo su valor, va a declarar su pasión a la Rondinelli. Como el acto había empezado ya, ella en su camarín esperaba el momento de entrar a la escena, estaba sola, sentada junto al tocador; la trenza maciza de oro estaba esa noche pintada de negro y negros también son los brazos, el cuello, el rostro, en el cual el globo blanco de los ojos juega de una manera extraña; su mirada inconsciente, esa mirada húmeda y tranquila de las vacas, tenía en ese instante, gracias al contraste, una expresión, un resplandor extraordinarios. Estaba ensayando en el espejo la mirada llena de amor que dejaría caer sobre su amante al entrar en la cripta. Mata, en su locura, creyó que esa mirada era para él, se arrojó a las plantas de la artista, le tomó una mano..

— ¡Perla de Italia!... ¡Te amo!

— ¡Pero ío non lo amo!... dijo la Rondinelli con una carcajada y, viendo que el otro no soltaba la mano, sino que la cubría de besos, se levantó y con un ceño, una expresión de rabia verdadera, con acento y ademanes en que desaparecía la mujer ideal, la hija del rey, y sólo quedaba la mujerzuela vulgar de los barrios bajos de Venecia, exclamó.

— ¡*Via di qua!* ¡Fuera, canalla!

En ese instante venía a llamarla el apuntador para que entrara en escena.

Radamés, sepultado vivo, la esperaba en la cripta. Ella compuso el rostro, tomó una expresión de dulzura, de resignación, de amor infinito, y entró por entre las bambalinas al escenario.

Un instante después, por el mismo punto por donde entró *Aida*, asoma un brazo, se oye una detonación., ¿Qué se ha roto?... ¿Qué instrumento ha saltado?... ¿Qué cayó a las tablas?...

Algunos espectadores en la platea vuelven la cabeza, buscan con los ojos: ¡nada! Y tornan a quedar absortos en el cuadro final, en la música arrobadora.

Termina la obra en la serenidad, en la paz. En la altura, en el templo lleno de luz, las ceremonias religiosas continúan imperturbables; abajo, en la cripta asfixiante, mueren dos seres humanos.

— Madrecita, decía Roberto a doña Ana, embelesada por la música, ese dúo no es un diálogo de voces, es un cambio de almas... ¡Qué sobriedad y qué abundancia! Nunca Wagner consiguió esos efectos con medios tan sencillos. Aquí la orquesta no es ni esclava ni tirana de los personajes, es lo que debe ser: su aliada, su amiga, su hermana.

Pasan palpitando sobre la orquesta, como aves heridas, reminiscencias de los antiguos cantos de amor y de gloria; continúan en el templo las salmodias insípidas, un monorritmo soñoliento; en el subterráneo, los amantes se asfixian; la música tiene estremecimientos dolorosos y las dos melodías, el arrullo religioso de la altura y el himno agonizante del sepulcro se confunden, flotan mezcladas, van a morir en las profundidades de la cripta.

"Addio, oh terra;
Addio, oh valle di pianto."

Mata había creído que al suicidarse en el escenario, en aquel *addio* postrero, llegaría a lo sublime, al paroxismo de lo trágico. Pensó que todos los espectadores se pondrían en pie, clamando, agitando los sombreros, pidiendo auxilio, ofrendándole sus lágrimas; creyó que Inés se desmayaría en su palco, mientras Dolores sollozaría en voz alta, y que la Rondinelli, Radamés, los pontífices, los circunstantes, formando una confusión de épocas y trajes, se agruparían en torno de los restos ensangrentados, para exclamar entre el asombro, la admiración y la angustia: "Sí, es Mata... es Mata el *divino*... Lo mató el genio!..."

Pero en vez de caer a la derecha, hacia la luz, en pleno escenario, cayó a la izquierda, en la penumbra del pasillo, entre dos bastidores. Un tramoyista, que estuvo a punto de irse de bruces, creyó que había tropezado con un ebrio, lo tomó por los pies y sin notar la raya roja que dejaba en el piso lo arrastró a un rincón, entre las trompetas, los oropeles y los dioses de mojiganga. Concluyó la ópera, quedó el teatro vacío; un rayo lívido que se filtraba por las bambalinas, iluminó tenuemente los bastidores del Nilo, el desierto, la esfinge. El Buey Apis, la diosa Keth entre las espigas, Patch con su sonrisa de gata, y entre ellos un cuerpo rígido, unas manos crispadas, una cara pálida, el hilo de sangre que del cráneo destrozado cae a la pechera, la boca torcida en una mueca de réprobo, y un ojo saltado de su órbita y que cuelga sobre la mejilla verdosa...

Mata, el *divino*, el genio incomprensible e incompredido, concluía su nostalgia egipcia, dormía su último sueño junto a la muda esfinge.

No me pongan maderos de cuatro ángulos rectos
Que tienen los cristianos en sus tumbas erectos;

Ra vele allí mi sueño, Ra el gran dios del dominio,
Ese sueño de momia de que nos habla Plinio.

Y también me acompañe Keth, la divina gata,
Con sus ojos de fósforo y su sonrisa chata.

Yo quiero que se rompa el canto de mi lira

Junto a la muda Esfinge que mira, mira, mira...

FIN DEL TOMO I